

Madame Bovary

GUSTAVE FLAUBERT



ILUSTRADO POR:
FABIAN ALEXANDER LASSO



BIBLIOTECA
ENTRETRAMAS

Gustave Flaubert

Madame
Bovary

Gustave Flaubert

Madame
Bovary

Título original: *Madame Bovary*
Autor: Gustave Flaubert, 1856
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

 BIBLIOTECA
ENTRETRAMAS

Ilustraciones: Fabian Alexander Lasso
Diseño de portada: Fabian Alexander Lasso
Maquetación: Fabian Alexander Lasso
Coordinador editorial: Mateo Terán Guerrero
Asesor creativo: Mateo Terán Guerrero

Impresión: Biblioteca Entretramas
Impreso en Pasto, Colombia - Printed in Colombia



 Creative
Commons

© Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro, incluyendo su contenido textual, visual y gráfico, puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la Biblioteca Entretramas.

Las ilustraciones contenidas en esta obra son propiedad intelectual de sus autores y están protegidas por las leyes internacionales de derechos de autor. Cualquier uso, reproducción o adaptación de este material, total o parcial, sin la autorización expresa del autor, está estrictamente prohibido y será sancionado conforme a la ley.

La Biblioteca Entretramas es una iniciativa sin ánimo de lucro que busca enriquecer culturalmente a la comunidad a través de la difusión de obras de dominio público. Su propósito es promover el acceso a la literatura y al conocimiento, utilizando estas herramientas como medios para la transformación social.

A MARIE ANTOINE JULES SÉNARD
MIEMBRO DE LA ORDEN DE ABOGADOS DE PARÍS
EXPRESIDENTE DE LA ASAMBLEA NACIONAL
Y EXMINISTRO DEL INTERIOR

Querido e ilustre amigo:

Permítame poner su nombre al principio de este libro, e incluso antes de la dedicatoria, ya que es ante todo a usted a quien debo el verlo publicado. Al cruzarse por el camino con su excelente alegato¹, mi obra ha adquirido para mí algo parecido a una autoridad imprevista. Acepte, pues, aquí la expresión de mi gratitud que, por grande que sea, no estará nunca a la altura ni de su elocuencia ni de su entrega.

GUSTAVE FLAUBERT
París, 12 de abril de 1857

¹ Recordemos que Sénard, a quien está dedicada la novela, fue el abogado defensor de Flaubert en su famoso juicio. [Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]

A Louis Bouilhet

Índice

Primera Parte

Capítulo I -----	15
Capítulo II -----	27
Capítulo III -----	37
Capítulo IV -----	45
Capítulo V -----	53
Capítulo VI -----	59
Capítulo VII -----	67
Capítulo VIII -----	75
Capítulo IX -----	87

Segunda Parte

Capítulo I -----	103
Capítulo II -----	115
Capítulo III -----	125
Capítulo IV -----	139
Capítulo V -----	145
Capítulo VI -----	157
Capítulo VII -----	171
Capítulo VIII -----	181
Capítulo IX -----	205
Capítulo X -----	217
Capítulo XI -----	229
Capítulo XII -----	243
Capítulo XIII -----	259
Capítulo XIV -----	271
Capítulo XV -----	283

Tercera Parte

Capítulo I -----	297
Capítulo II -----	313
Capítulo III -----	325
Capítulo IV -----	331
Capítulo V -----	337
Capítulo VI -----	355
Capítulo VII -----	373
Capítulo VIII -----	389
Capítulo IX -----	407
Capítulo X -----	417
Capítulo XI -----	425



Primera Parte





Capítulo I





Estábamos en el aula de estudio cuando entró el director y, tras él, un nuevo vestido de calle y un mozo que traía un pupitre grande. Los que estaban durmiendo se despertaron y todos nos levantamos como si nos hubieran sorprendido en plena tarea.

El director nos hizo una seña para que nos volviéramos a sentar; luego dijo a media voz, volviéndose hacia al profesor pasante:

—Señor Roger, aquí tiene a un alumno que le encomiendo. Entra en segundo. Si se lo merece por la aplicación y el comportamiento, pasará con los mayores, que es con quienes debe estar por edad.

El nuevo, que se había quedado en el rincón de detrás de la puerta, de forma tal que apenas si se lo veía, era un muchacho campesino de alrededor de quince años y más alto que todos nosotros. Llevaba el pelo cortado en flequillo recto, como un chantre de aldea, y tenía una expresión formal y muy apurada. Aunque no era ancho de espaldas, la chaqueta corta de paño verde con botones negros debía de tirarle en las sisas y por la raja de las vueltas le asomaban las muñecas encarnadas acostumbradas a ir al aire. Las piernas, con medias azules, asomaban de unos pantalones amarillentos que los tirantes le subían mucho. Calzaba unos zapatones de clavos mal lustrados.

Empezaron a tomarnos la lección. Escuchó con los cinco sentidos, atento como en el sermón, sin atreverse siquiera a cruzar los muslos ni a apoyarse en el codo y, a las dos, cuando tocó la campana, el profesor tuvo que avisarlo para que se pusiera en fila con nosotros.



Teníamos la costumbre, al entrar en el aula, de arrojar las gorras al suelo para que nos quedaran, al hacerlo, las manos más libres; desde el umbral, había que tirarlas debajo del banco, de forma tal que pegasen contra la pared y levantaran mucho polvo; era lo que se llevaba.

Pero, bien porque no se hubiera fijado en la maniobra, bien porque no se hubiera atrevido a respetarla, ya habíamos acabado el rezo y el nuevo tenía aún la gorra encima de las rodillas. Era uno de esos tocados de orden heterogéneo donde aparecen los elementos del morrión, del chascás, del sombrero hongo, de la gorra de nutria y del gorro de dormir, uno de esos objetos lamentables, en pocas palabras, cuya fealdad callada alcanza las mismas honduras expresivas que el rostro de un imbécil. Ovoide y con unas ballenas que la abultaban, empezaba por tres rodetes; luego, iban alternándose, separados por una tira roja, unos rombos de terciopelo y de piel de conejo; seguía algo así como una bolsa que terminaba en un polígono de cartón forrado con un bordado de galones complicados y del que colgaba, en la punta de un cordón largo y demasiado fino, una crucecita de hilo dorado a modo de borla. Era nueva: la visera relucía.

—Póngase de pie —dijo el profesor.

Se puso de pie y la gorra se le cayó. Toda la clase se echó a reír.

Se agachó y la recogió. Uno de los compañeros de al lado la tiró de un codazo; volvió a recogerla.

—Líbrese ya de ese casco —dijo el profesor, que era hombre de ingenio.

Estallaron los alumnos en una carcajada estruendosa que desconcertó al pobre muchacho, tanto que no supo si seguir con la gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza. Se sentó otra vez y se la puso en las rodillas.

—Póngase de pie —repitió el profesor— y dígame cómo se llama.

El nuevo articuló, tartamudeando, un nombre incomprensible.

—¡Repita!

Volvió a oírse el mismo tartamudeo de sílabas, que cubrían los abucheos de la clase.

—¡Más alto! —voceó el profesor—. ¡Más alto!

El nuevo tomó entonces una decisión desesperada: abrió una boca enorme y soltó a pulmón herido, como si estuviera llamando a alguien, esta palabra: *Charbovari*.

El barullo creció, saltó, subió in crescendo, con chillidos agudos

(berreábamos, ladrábamos, pateábamos, repetíamos: *iCharbovari! iCharbovari!*), redobló luego en notas aisladas, apaciguándose con gran trabajo y reanudándose de repente en la fila de un banco, donde brotaba acá y acullá, igual que un petardo mal apagado, una que otra risa ahogada.

No obstante, bajo el chaparrón de castigos, se fue restableciendo poco a poco el orden en el aula y el profesor, que había conseguido enterarse del nombre de Charles Bovary, tras mandar que se lo dictara, que lo deletreara y que lo volviera a leer, ordenó en el acto al infeliz que fuera a sentarse en el banco de los vagos, al pie de la tarima. Echó a andar, pero, antes de arrancar del todo, titubeó.

—¿Qué busca? —preguntó el profesor.

—Mi go... —dijo tímidamente el nuevo, mirando cuanto lo rodeaba con ojos inquietos.

La exclamación, dicha con voz furiosa, «¡Quinientos versos a toda la clase!», detuvo, como el Quos ego¹, una nueva tempestad.

—¡Quietos de una vez —añadió el profesor, indignado y secándose la frente con el pañuelo que acababa de sacar del birrete—. Y usted, el nuevo, me copiará veinte veces el verbo ridiculus sum.

Luego, con voz más suave:

—Vamos, ya encontrará la gorra. ¡Nadie se la ha robado!

Volvió la calma. Las cabezas se inclinaron sobre las carpetas y el nuevo estuvo dos horas en una postura ejemplar, aunque de vez en cuando alguna pelotilla de papel, lanzada con una plumilla, le salpicase la cara. Pero se limpiaba con la mano y seguía quieto, con la vista gacha.

A última hora de la tarde, en el estudio, sacó los manguitos del pupitre, ordenó sus cosas, dispuso cuidadosamente el papel. Lo vimos estudiar a conciencia, buscando todas las palabras en el diccionario y esforzándose mucho. Gracias sin duda a esa buena voluntad de que hizo gala pudo no bajar de clase, porque, aunque se sabía aceptablemente las reglas, no tenía elegancia alguna en los giros. Había empezado a estudiar latín con el cura de su pueblo, pues sus padres, para ahorrar, lo mandaron al internado lo más tarde que pudieron.

¹ Amenaza con que Neptuno calma a los vientos en la Eneida: Quos ego... sed motos præstat componere fluctus. «Os voy a... pero antes procede aplacar las olas.»



Su padre, Charles-Denis-Bartholomé Bovary, que había sido auxiliar del cirujano mayor, se enredó allá por 1812 en asuntos de reclutamiento y tuvo por aquel entonces que dejar el servicio; sacó partido después a sus prendas personales para echarle mano, según le pasó por delante, a una dote de sesenta mil francos que se presentaba bajo la forma de la hija de un comerciante de géneros de punto que se prendó de su porte. Hombre de buen ver y fanfarrón, repicaba las espuelas, llevaba patillas que se le juntaban con el bigote y los dedos siempre llenos de sortijas, vestía con colores chillones, parecía un valiente y tenía la jovialidad de un viajante de comercio. Una vez casado, vivió dos o tres años del dinero de su mujer, cenando bien, levantándose tarde, fumando en pipas grandes de porcelana, no regresando a casa más que por la noche, después del teatro, y frecuentando los cafés. El suegro se murió y no dejó gran cosa; él, indignado, se metió a fabricante y perdió algo de dinero; luego se retiró al campo, donde quiso sacarle partido a la tierra. Pero, como no entendía más de cultivos que de telas estampadas, montaba sus caballos en vez de mandarlos a arar, se bebía su sidra en botella en vez de venderla en barriles, se comía las mejores aves del corral y engrasaba el calzado de caza con el tocino de sus cerdos. No tardó en caer en la cuenta de que más le valía dar de lado todo negocio.

Por doscientos francos al año, encontró, pues, en alquiler, en un pueblo en las lindes de la región de Caux y Picardía, algo así como una vivienda, a medias casa de labor y a medias residencia; y, agrio, royéndole las decepciones, acusando al cielo, envidioso de todos, se encerró a la temprana edad de cuarenta y cinco años, asqueado de los hombres, a lo que decía, y decidido a vivir en paz.

Tuvo loca a su mujer en los primeros tiempos; lo quiso con mil servilismos que lo desviaron aún más de ella. Risueña al principio, expansiva y muy cariñosa, se volvió, al envejecer (igual que el vino desbravado se vuelve vinagre) de carácter difícil, chillona, nerviosa. ¡Había sufrido tanto, sin quejarse al principio, cuando lo veía ir detrás de todas las merdellonas del pueblo y veinte antros se lo devolvían por las noches, de vuelta de todo y apestando a borrachera! Luego se le desmandó el orgullo. Entonces se calló, tragándose la rabia con estoicismo mudo, que conservó hasta la muerte. Siempre andaba haciendo gestiones y metida en asuntos. Iba a ver a los procuradores, al presidente, se acordaba de cuándo vencían las letras, conseguía aplazamientos; y en casa planchaba, cosía, hacía la colada, vigilaba

a los operarios, pagaba las facturas, mientras que, despreocupado de todo, el señor, continuamente embotado en un letargo huraño del que no despertaba más que para decirle cosas desagradables, se quedaba fumando junto a la chimenea y escupiendo en las cenizas.

Cuando tuvo un hijo, hubo que darlo a criar. Cuando volvió a casa, mimaron al arrapiezo como a un príncipe. Su madre lo alimentaba de mermeladas; su padre lo dejaba andar descalzo y, para hacerse el filósofo, decía incluso que no había inconveniente en que anduviera desnudo, como las crías de los animales. En contra de las tendencias maternas, tenía en la cabeza cierto ideal viril de la infancia a tenor del cual intentaba educar a su hijo, y pretendía darle una crianza austera, espartana, para que tuviera una constitución recia. Lo mandaba a la cama sin luz, le enseñaba a echarse al colete tragos de ron y a insultar a las procesiones. Pero el niño, de carácter tranquilo, no respondía adecuadamente a esos esfuerzos. Su madre lo tenía siempre pegado a las faldas; lo ayudaba con los recortables, le contaba cuentos, charlaba con él en monólogos interminables colmados de alegres melancolías y de mimos balbucientes. En el aislamiento de la vida que llevaba, le trasladó a ese niño todas sus vanidades dispersas y quebradas. Soñaba con elevadas posiciones, lo veía ya alto, guapo, ingenioso, con un buen puesto en la ingeniería o la magistratura. Le enseñó a leer e, incluso, en un piano viejo que tenía, a cantar dos o tres romanzas de poca monta. Pero ¡a todo aquello el señor Bovary, a quien no le importaban gran cosa las letras, decía que no merecía la pena! ¿Acaso iban a tener alguna vez con qué pagarle las escuelas del gobierno, con qué comprarle un cargo o el traspaso de un comercio? Por lo demás, el hombre que tenga descaro siempre triunfará en sociedad. La señora Bovary se mordía los labios y el niño vagabundeaba por el pueblo.

Se iba con los labriegos y cazaba, tirándoles terrones, los cuervos que alzaban el vuelo. Comía moras en las cunetas, pastoreaba a los pavos con una vara, segaba, corría por el bosque, jugaba a la rayuela en el porche de la iglesia los días de lluvia y, en las fiestas mayores, le rogaba al sacristán que le dejase tocar las campanas, para colgarse con todo el cuerpo de aquella cuerda grande y notar cómo lo arrastraba en su vuelo.

Así fue creciendo, recio como un roble, con manos fuertes y buen color.

A los doce años, su madre consiguió que empezase a estudiar.



Lo pusieron en manos del párroco. Pero las clases eran tan breves y tan irregulares que no podían servir de mucho. Se las daba éste en ratos perdidos, en la sacristía, de pie, deprisa y corriendo, entre un bautismo y un entierro; otras veces, el párroco enviaba a buscar a su alumno después del Ángelus, cuando no tenía que salir. Subían a su cuarto y allí se acomodaban: las mosquitas y las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de la vela. Hacía calor, al niño le entraba sueño; y el buen hombre se quedaba amodorrado con las manos encima de la tripa y no tardaba en ponerse a roncar con la boca abierta. En otras ocasiones, cuando el señor párroco volvía de llevar el viático a algún enfermo de las inmediaciones, divisaba a Charles, que andaba haciendo travesuras por el campo, lo llamaba, le echaba un sermón de un cuarto de hora y aprovechaba la coyuntura para que le conjugara el verbo de turno al pie de un árbol. Los interrumpía la lluvia, o un conocido que pasaba por allí. Por lo demás, siempre estaba satisfecho de su alumno y decía incluso que el mozo tenía muy buena memoria.

Charles no podía quedarse en eso. La señora Bovary fue enérgica. Avergonzado, o hartado más bien, su marido cedió sin resistirse; y esperaron otro año, hasta que el chiquillo hiciera la primera comunión.

Pasaron otros seis meses; y al año siguiente mandaron definitivamente a Charles al internado de Ruán, donde su padre lo llevó en persona a finales de octubre, allá por la feria de Saint-Romain.

Hoy a ninguno de nosotros nos resultaría posible recordar nada que tuviera que ver con él. Era un muchacho de temperamento tranquilo, que jugaba en los recreos, estudiaba en el estudio, atendía en clase, dormía a pierna suelta en el dormitorio y comía con apetito en el refectorio. Era su tutor un mayorista de artículos de ferretería de la calle de Ganterie que lo sacaba una vez al mes, en domingo, y lo volvía a llevar luego al internado en cuanto daban las siete, antes de cenar. Todos los jueves por la noche escribía a su madre una carta larga con tinta roja y tres lacres; luego, repasaba los cuadernos de historia o leía un tomo antiguo del Anacarsis² que andaba rodando por el estudio. En los paseos, charlaba con el criado, que era del

² El viaje del joven Anacarsis (1790), novela didáctica sobre la Antigüedad del padre Barthélemy de frecuente lectura en los centros de enseñanza.

campo como él.

A fuerza de aplicación, siempre estuvo en la mitad de la clase; en una ocasión incluso tuvo un primer accésit en ciencias naturales. Pero, a finales del tercer curso, sus padres lo sacaron del internado para ponerlo a estudiar medicina, convencidos de que conseguiría seguir solo hasta el examen final de bachillerato.

Su madre le escogió una habitación en un cuarto piso, que daba a L'Eau-de-Rohec³, en casa de un tintorero a quien conocía. Cerró el trato para el pago de la pensión, consiguió muebles, una mesa y dos sillas, mandó desde casa una cama vieja de cerezo y compró una estufilla de hierro y una remesa de leña para que no pasara frío su pobre hijo. Se fue luego, al cabo de una semana, tras mil recomendaciones de que se portase bien ahora que ya no iba a velar nadie por él.

Al ver el programa de las clases, que leyó en el tablón de anuncios, le dio algo así como un mareo: clases de anatomía, clases de patología, clases de fisiología, clases de farmacia, clases de química, y de botánica, y de clínica, y de terapéutica, por no mencionar la higiene y la materia médica, nombres todos cuyas etimologías ignoraba y eran como otras tantas puertas de santuarios colmados de augustas tinieblas.

No entendió nada; por mucho que atendía, no se enteraba de nada. Y eso que estudiaba, tenía cuadernos de tapa dura, iba a todas las clases, no se perdía ni una visita. Cumplía con su modesta tarea igual que el caballo que da vueltas en el sitio con los ojos vendados, sin saber cuánto trabajo saca adelante.

Para ahorrarle gastos, su madre le mandaba todas las semanas con el recadero un asado de vaca con el que almorzaba por las mañanas, al volver del hospital, pegando en la pared con los pies para entrar en calor. Tenía luego que irse corriendo a clase, a prácticas de anatomía, al hospicio, y volver a casa cruzando calles y más calles. Por las noches, después de la magra cena que le daba el casero, subía a su cuarto y seguía estudiando, con la ropa húmeda, que no se quitaba y soltaba vaho delante de la estufa al rojo.

En las tardes de verano hermosas, a esa hora en que están vacías las calles tibias, cuando las criadas juegan al volante en el umbral de las puertas, abría la ventana y se ponía de codos. El río, que convierte

³ Río de Ruán a cuyas aguas iban los desagües de las tintorerías.

esa parte de Ruán en una especie de infame Venecia en miniatura, corría abajo, al pie del edificio, amarillo, morado o azul, entre sus puentes y sus verjas. Unos obreros, acuclillados en la orilla, se lavaban los brazos en el agua. Colgando de unas varas que salían de lo alto de los desvanes se secaban al aire madejas de algodón. Enfrente, allende los tejados, veía la extensión del cielo ancho y puro donde se ponía el sol rojo. ¡Qué bueno debía de hacer allí! ¡Qué frescor en el hayedo! Y dilataba las ventanas de la nariz para aspirar los gratos aromas del campo, que no le llegaban.

Adelgazó, creció en estatura y se le puso en la cara algo así como una expresión doliente que la volvió casi interesante.

Espontáneamente y cayendo en la indolencia, acabó por desvincularse de todas las resoluciones que había tomado. Faltó una vez a la visita, al día siguiente a clase y, paladeando la pereza, poco a poco dejó de asistir del todo.

Se acostumbró a la taberna cuando le entró la pasión por el dominó. Encerrarse todas las noches en un local público sucio para dar golpes en las mesas de mármol con unos huesecillos de cordero marcados con puntos negros le parecía una valerosa decisión de su libertad que incrementaba el aprecio que se tenía. Era como una iniciación al mundo, el acceso a placeres prohibidos: y, al entrar, ponía la mano en el picaporte con una alegría casi sensual. Entonces crecieron muchas cosas que llevaba reprimidas dentro; se aprendió de memoria estrofas que cantaba en las bienvenidas, se entusiasmó con Béranger⁴, aprendió a hacer ponche y supo por fin del amor.

Merced a tales tareas preparatorias, suspendió más que de sobra el examen de titulado en sanidad. ¡Esa misma noche lo esperaban en casa para celebrar su éxito!

Fue a pie y se detuvo a la entrada del pueblo, adonde mandó recado a su madre de que fuera; se lo contó todo. Ella lo disculpó, achacando el fracaso a la injusticia de los examinadores y lo animó algo al ocuparse de arreglar las cosas. Hasta pasados cinco años no supo la verdad el señor Bovary; era una verdad antigua y la aceptó, ya que, por lo demás, no podía suponer que un hombre nacido de él fuera tonto.

⁴ Pierre-Jean de Béranger (1780-1857) escribió y dio a conocer canciones muy populares, tanto ligeras cuanto patrióticas o de tema político. Defensor de la leyenda napoleónica, fue hostil a la Restauración.

Así que Charles se puso otra vez a estudiar y preparó con constancia las asignaturas del examen, cuyas preguntas se aprendió todas de antemano de memoria. Aprobó con bastante buena nota. ¡Qué día tan hermoso para su madre! Dieron una cena de gala.

¿Dónde iba a ir a ejercer su arte? En Tostes, donde no había más que un médico viejo. La señora Bovary llevaba tiempo al acecho de su muerte y aún no tenía el buen hombre el pie en el estribo cuando ya estaba Charles instalado enfrente, en calidad de sucesor.

Pero no bastaba con haber criado a su hijo, haberle hecho estudiar medicina y haber descubierto Tostes para que ejerciera de médico: necesitaba una mujer. Le encontró una: la viuda de un alguacil que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta.

Aunque era fea, más seca que un palo y con más granos que un granero, la verdad es que a la señora Dubuc no le faltaban partidos donde escoger. Para llegar a sus fines, a la señora Bovary no le quedó más remedio que desbancarlos a todos, y llegó incluso a desbaratar con gran habilidad las intrigas de un carnicero que contaba con el apoyo de los curas.

Charles había vislumbrado en el matrimonio el advenimiento de una condición mejor, suponiendo que contaría con mayor libertad y podría disponer de su persona y de su dinero. Pero su mujer fue el ama; en sociedad Charles tenía que decir esto y no decir lo de más allá, tenía que ayunar todos los viernes, vestirse como a ella le parecía y acosar, cuando ella se lo mandaba, a los clientes que no pagaban. Le abría las cartas, espiaba lo que hacía y pegaba el oído al tabique cuando atendía a un paciente en su consulta si se trataba de una mujer.

Había que prepararle chocolate todas las mañanas a la señora y tenerle consideraciones infinitas. Se quejaba continuamente de los nervios, del pecho, de los humores. Le sentaba mal el ruido de pasos; si te ibas, la soledad le resultaba odiosa; si volvías, seguro que era para presenciar cómo se moría. Por las noches, cuando Charles regresaba, sacaba de las sábanas los brazos largos y flacos, le rodeaba el cuello con ellos y, tras obligarlo a sentarse al filo de la cama, empezaba a contarle sus penas: ¡la tenía olvidada, quería a otra! Si ya le habían dicho que iba a ser desgraciada; y acababa pidiéndole algún jarabe para su salud y algo más de amor.



Capítulo II





Una noche a eso de las once los despertó el ruido de un caballo que se detuvo en la misma puerta. La criada abrió el tragaluz del desván y estuvo parlamentando un rato con un hombre que estaba abajo, en la calle. Venía a buscar al médico; traía una carta. Nastasie bajó las escaleras tiritando y fue a abrir la cerradura y a correr los cerrojos uno tras otro. El hombre dejó el caballo y entró pisándole los talones a la criada. Se sacó del gorro de lana con borlas grises una carta envuelta en un trapo y se la presentó con muchos miramientos a Charles, que se acodó en la almohada para leerla. Nastasie, junto a la cama, sostenía la lámpara. La señora, por pudor, estaba de cara a la pared y se la veía de espaldas.

La carta, lacrada con un sello pequeño de cera azul, rogaba al señor Bovary que fuera inmediatamente a la granja de Les Bertaux para curar una pierna rota. Ahora bien, de Tostes a Les Bertaux hay seis leguas¹ largas de camino pasando por Longueville y Saint-Victor.

¹ 6. Hasta entrado el siglo XX, la literatura francesa siguió recurriendo con frecuencia a la legua en vez de al kilómetro. El valor de la legua es muy variable, según la época y la región, pero ronda los cuatro kilómetros. Unos cuantos comentaristas de Flaubert coinciden en el hecho de que éste exageraba con frecuencia las distancias reales.



La noche era oscura. A la mujer de Charles Bovary le daba miedo que su marido tuviera un accidente. Quedó decidido, pues, que el mozo de cuadra iría por delante. Charles se iría tres horas después, cuando saliera la luna. Mandarían a un chiquillo a su encuentro para enseñarle el camino de la granja e irle abriendo las cercas.

Alrededor de las cuatro de la mañana, Charles, muy abrigado, se puso en camino hacia Les Bertaux. Adormilado aún en la tibieza del sueño, dejaba que lo acunase el trote apacible de su montura. Cuando ésta se detenía sola delante de esos hoyos rodeados de espinas que cavan junto a los surcos, Charles se despertaba sobresaltado, se acordaba en el acto de la pierna rota y hacía por recordar todas las fracturas que conocía. Había dejado de llover; empezaba a amanecer y, en las ramas de los manzanos sin hojas, los pájaros estaban quietos, erizando las plumitas en el aire frío de la mañana. El campo, llano, se extendía hasta perderse de vista y los grupos de árboles alrededor de las casas de labor formaban, a intervalos espaciados, manchas entre moradas y negras en esa ancha superficie gris que se diluía, al llegar al horizonte, en la tonalidad tristonada del cielo. Charles abría los ojos de vez en cuando; luego, se le cansaba la cabeza y el sueño volvía espontáneamente y no tardaba en sumirse en una especie de letargo donde las sensaciones recientes se confundían con los recuerdos y se veía a sí mismo duplicado, estudiante y hombre casado a la vez, en la cama como hacía un rato, cruzando una sala de operados, como antes. Se le mezclaba en la cabeza el olor caliente de las cataplasmas con el olor verde del rocío; oía correr por la varilla las anillas de hierro de las camas y a su mujer dormir... Al pasar por Vassonville, divisó, al filo de una cuneta, a un muchachito sentado en la hierba.

—¿Es usted el médico? —le preguntó el niño.

Y, tras responderle Charles, echó a correr delante de él con los zuecos en la mano.

El funcionario de sanidad sacó en limpio, de camino, de lo que le iba diciendo su guía, que el señor Rouault debía de ser un agricultor de los más acomodados. Se había roto la pierna la víspera por la noche, al volver de la merienda de Reyes en casa de un vecino. Hacía dos años que había fallecido su mujer. Vivía solo con la señorita de la casa, que lo ayudaba en el gobierno doméstico.

Las rodadas se hicieron más hondas. Estaban llegando a Les Bertaux. El chiquillo desapareció entonces, escurriéndose por un agujero del seto, y regresó luego, desde el fondo de un corral, para abrir la

cerca. El caballo resbalaba en la hierba mojada. Charles se agachaba para pasar por debajo de las ramas. Los perros guardianes atados a la caseta ladraban tirando de la cadena. Al entrar en Les Bertaux, el caballo se asustó y dio una espantada.

Era una casa de labor con buena apariencia. Se veían en las cuerdas, por la parte de arriba de las puertas abiertas, recios caballos de labranza que comían tranquilamente en pesebres nuevos. A lo largo de los edificios se extendía un ancho estercolero del que salía vaho y, entre las gallinas y los pavos, picoteaban cinco o seis pavos reales, el lujo de los gallineros de la zona de Les Caux. El redil de las ovejas era largo, el pajar era alto y con paredes lisas como la palma de la mano. Había bajo el cobertizo dos carros grandes y cuatro arados con sus látigos, sus colleras y todos los aparejos, cuyos vellones de lana azul manchaba el polvillo que caía de los graneros. El corral iba cuesta arriba, plantado con árboles espaciados simétricamente y el ruido alegre de un rebaño de ocas retumbaba cerca de la charca.

Una joven con un vestido de merinos azul adornado con tres volantes salió al umbral de la casa para recibir al señor Bovary, a quien hizo pasar a la cocina, donde ardía una gran fogata. La rodeaba el almuerzo de los peones, que hervía en cazuelitas de talla desigual. Había ropa húmeda secándose dentro de la chimenea. La pala, las tenazas y el pico del fuelle, todos ellos de tamaño colosal, relucían como acero pulimentado y, a lo largo de las paredes, había una abundante batería de cocina donde espejeaba con mayor o menor fuerza la llama clara del hogar, junto con las primeras luces del sol que entraban por los cristales de la ventana.

Charles subió nada más llegar a ver al enfermo. Lo encontró acostado, sudando bajo las mantas; había tirado lejos el gorro de dormir. Era un hombre de cincuenta años bajo y grueso, de cutis blanco, ojos azules, calvo por delante y que llevaba pendientes. Tenía al lado, encima de una silla, una jarra grande de aguardiente, de la que se servía vasos de trecho en trecho para darse ánimos; pero, en cuanto vio al médico, se le pasó el enardecimiento y, en vez de blasfemar como en las últimas doce horas, empezó a quejarse débilmente.

La fractura era sencilla, sin complicación alguna. Charles no habría podido desear nada más fácil. Entonces, recordando el comportamiento de sus profesores junto al lecho de los heridos, reconfortó al paciente con todo tipo de amenidades, caricias quirúrgicas que son como el aceite con que se engrasan los bisturíes. Para hacerse



con tablillas, fueron a buscar al cobertizo de las carretas un brazado de listones. Charles escogió uno, lo cortó en trozos y lo cepilló con un cristal mientras la sirvienta rasgaba sábanas para hacer vendas y la señorita Emma intentaba coser unas almohadillas. Como tardó mucho en encontrar el costurero, su padre se impacientó; ella no le contestó, pero se pinchaba los dedos al coser y se los llevaba luego a la boca para chuparlos.

A Charles le sorprendió lo blancas que tenía las uñas. Eran brillantes, afiladas en la punta, más limpias que los marfiles de Dieppe y cortadas en forma de almendra, aunque no tenía las manos bonitas, quizá no lo bastante pálidas y de falanges un tanto enjutas; también eran excesivamente largas y sin blandura de curvas en el perfil. Lo que tenía muy hermoso eran los ojos; parecían negros, debido a las pestañas, aunque fuera pardos, y la mirada le llegaba a uno con franqueza y un atrevimiento candoroso.

Acabada la cura, el propio señor Rouault invitó al médico a tomar un bocado antes de irse.

Charles bajó a la estancia de la planta baja. Estaban puestos dos cubiertos con cubiletes de plata en una mesita, a los pies de una cama con dosel de algodón estampado cuyos personajes eran unos turcos. Se notaba olor a lirios y a sábanas húmedas, que salía del armario alto de roble que estaba enfrente de la ventana. En el suelo, en los rincones, estaban, de pie, unos sacos de trigo, los que no cabían en el granero vecino, adonde se subía por tres peldaños de piedra. Para decorar el aposento había, colgada de un clavo en medio de la pared, cuya pintura verde se desconchaba bajo la capa de salitre, una cabeza de Minerva a lápiz negro, en marco dorado, y que tenía escrito en la parte de abajo, con letra gótica: «A mi querido papá».

Primero hablaron del enfermo; luego del tiempo que hacía, del frío de pleno invierno, de los lobos que merodeaban por las tierras de labor de noche. A la señorita Rouault no le resultaba muy entretenido el campo, sobre todo ahora que tenía a su cargo, ella sola casi, el cuidado de la granja. Como la estancia era fría, tiritaba durante la comida, con lo que se le entreabrían un poco los labios carnosos, que solía morderse cuando estaba callada.

Llevaba un cuello blanco de solapa. Una raya fina, algo hundida siguiendo la forma de la cabeza, le partía por la mitad el pelo, cuyos bandós morenos parecían ambos, de tan lisos, de una sola pieza, y, dejando asomar apenas el extremo de la oreja, se unían detrás en un

moño abultado, con una onda hacia las sienas que el médico rural vio entonces por primera vez. Tenía los pómulos sonrosados. Llevaba, como un hombre, sujetos entre dos botones del cuerpo del vestido, unos anteojos de concha.

Cuando Charles, tras subir a despedirse de Rouault, volvió a la sala antes de irse, la encontró de pie, con la frente apoyada en el cristal y mirando el jardín, donde el viento había tirado los rodrigones de las judías. Se dio la vuelta.

—¿Busca algo? —preguntó.

—Mi fusta, por favor —contestó él.

Y empezó a rebuscar debajo de la cama, detrás de las puertas, debajo de las sillas; se había caído al suelo, entre los sacos y la pared. La señorita Emma la vio; se agachó por encima de los sacos de trigo. Charles, galante, se abalanzó y, al estirar también el brazo en un ademán semejante, notó que rozaba con el pecho la espalda de la joven, inclinada ante él. Se enderezó, muy ruborizada, y lo miró por encima del hombro al tiempo que le alargaba el vergajo.

En vez de volver a Les Bertaux pasados tres días, como había quedado, fue al día siguiente sin más tardanza; luego, dos veces por semana, con regularidad, sin mencionar las visitas inesperadas que hacía a veces, como quien no quiere la cosa.

Todo fue bien, por lo demás; la curación evolucionó según lo mandado y, cuando al cabo de cuarenta y seis días, vieron que Rouault intentaba ya andar solo por su chabola, todo el mundo empezó a considerar al señor Bovary un hombre muy capaz. Rouault decía que no lo habrían atendido mejor los primeros espadas de Yvetot e incluso de Ruán.

En cuanto a Charles, no se paró a preguntarse por qué le agradaba tanto ir a Les Bertaux. Y, si lo hubiera pensado, seguramente habría achacado tanto celo a la gravedad del caso, o quizá al beneficio que pensaba sacarle. ¿Era, no obstante, por eso por lo que las visitas a la granja constituían, entre las triviales ocupaciones de su vida, una excepción deliciosa? Esos días madrugaba, iba al galope, espoleaba la cabalgadura; se apeaba luego para limpiarse los pies en la hierba y se ponía los guantes negros antes de entrar. Le gustaba verse entrando en el corral, notar contra el hombro la cerca, que giraba, y le gustaban el canto del gallo subido a la tapia y los mozos que le salían al encuentro. Le gustaban el pajar y las cuadras; le gustaba Rouault, que le daba la mano llamándolo salvador suyo; le gustaban los zue-



quitos de la señorita Emma en las baldosas fregadas de la cocina; con esas alzas parecía de estatura algo mayor y, cuando lo precedía al andar, las suelas de madera, al alzarse deprisa, restallaban con un ruido seco contra el cuero de la botina.

Lo acompañaba siempre hasta el primer peldaño de la escalera de la fachada. Si aún no le habían traído el caballo, se quedaba allí. Ya se habían despedido, ya no hablaban; el aire libre la envolvía, levantándole y revolviéndole los pelillos cortos de la nuca o sacudiéndole contra la cadera las cintas del delantal, que se retorcían como gallardetes. En una ocasión, en tiempo de deshielo, la corteza de los árboles rezumaba en el corral, la nieve se derretía en los tejados de las edificaciones. Emma estaba en el umbral; fue a buscar la sombrilla y la abrió. La sombrilla, de seda color tórtola, que el sol atravesaba, iluminaba con reflejos móviles el cutis blanco. Sonreía, cobijada en ella, a la temperatura tibia; y se oían caer las gotas de agua, una a una, en el muaré tenso.

En los primeros tiempos en que Charles iba a Les Bertaux, su mujer no dejaba nunca de preguntarle por el enfermo; e incluso en el registro que llevaba por partida doble le había adjudicado al señor Rouault toda una página en blanco. Pero, cuando se enteró de que tenía una hija, buscó información; y supo que a la señorita Rouault, educada en el convento de las ursulinas, le habían dado eso que suele llamarse una educación esmerada y que, por lo tanto, sabía bailar, geografía, dibujar, bordar en cañamazo y tocar el piano. ¡El colmo!

«¿Así que por eso tiene Charles una cara tan regocijada cuando va a verla —se decía— y se pone el chaleco nuevo arriesgándose a que se le estropee con la lluvia? ¡Ay, esa mujer! ¡Esa mujer!...»

La aborreció instintivamente. Al principio se desahogó con alusiones. Charles no las entendió; luego, con comentarios incidentales que él dejaba pasar por temor a la borrasca; finalmente, con increpaciones a bocajarro a las que no sabía qué contestar: «¿Por qué volvía a Les Bertaux si el señor Rouault estaba ya curado y la gente aquella no le había pagado aún? Ah, es que había por allí cierta persona, alguien que sabía conversar, una bordadora, una mente cultivada. Eso era lo que a él le gustaba: ¡necesitaba señoritas de la capital!».

Y añadía:

—¡La hija de Rouault una señorita de la capital! ¡Vamos! Si su abuelo era pastor y tienen un primo a quien casi juzgan por lo criminal por un mal golpe que dio en una pelea. ¡No hay para tanto

ringorrango ni para ir a la iglesia los domingos vestida de seda como una condesa! ¡Y, además, pobre hombre, sin la cosecha de colza del año pasado habría pasado buenos apuros para pagar los atrasos que tenía!

Charles, por cansancio, dejó de ir a Les Bertaux. Héloïse le había hecho jurar que no volvería, con la mano encima del misal, tras muchos sollozos y muchos besos, en plena y tremenda explosión de amor. Así que obedeció; pero era tan atrevido su deseo que protestó contra el servilismo de aquel comportamiento; y, por una especie de hipocresía ingenua, consideró que la prohibición de ir a verla le daba derecho a amarla. Y, además, la viuda era flaca, con los dientes hacia fuera y llevaba en todas las estaciones una toquillita negra con un pico que le caía entre los omóplatos y el talle tieso metido en vestidos como fundas, que le estaban cortos y dejaban asomar los tobillos, con las cintas de unos zapatos muy anchos cruzándose encima de las medias grises.

La madre de Charles iba a verlos de vez en cuando; pero, al cabo de unos días, era como si la nuera la aguzase en su piedra de afilar; y, entonces, como dos cuchillos, se dedicaban a escarificarlo con sus reflexiones y sus comentarios. ¡Hacía mal comiendo tanto! ¿Por qué invitaba siempre a un trago al primero que se presentase? ¿Qué tozudez en negarse a llevar ropa interior de franela!

Sucedió que, a principios de primavera, un notario de Ingouville, que administraba algunos fondos de la viuda Dubuc, se embarcó con marea propicia, llevándose todo el dinero que había en la notaría. Cierto es que Héloïse tenía aún, además de una participación en un barco que estaba evaluada en seis mil francos, la casa de la calle de Saint-François; pero, no obstante, de toda aquella fortuna con que tanto le habían aturrido los oídos a Charles, nada se había visto en la vida del matrimonio a no ser unos pocos muebles y algo de ropa. Hubo que poner las cosas en claro. Resultó que la casa de Dieppe estaba podrida de hipotecas hasta los cimientos; lo que la viuda había depositado en la notaría solo lo sabía Dios; y la participación en el barco no pasaba de mil escudos. ¡Así que la buena señora era una mentirosa! En un ataque de exasperación, el señor Bovary padre rompió una silla contra los adoquines y acusó a su mujer de haber sido causa de la desdicha de su hijo al uncirlo a un penco semejante, cuyos arneses valían aún menos que el pellejo. Fueron a Tostes. Le pidieron cuentas a Héloïse. Hubo broncas y ella, llorando a lágrima



viva, se arrojó en brazos de su marido y le suplicó que la defendiera de sus padres. Charles quiso abogar en su favor y ellos se enfadaron y se fueron.

Pero el daño estaba hecho. Ocho días después, cuando estaba tendiendo la ropa en el corral, tuvo un vómito de sangre y, al día siguiente, cuando Charles estaba de espaldas, corriendo la cortina de la ventana, dijo: «¡Ay, Dios mío!», soltó un suspiro y se desmayó. ¡Estaba muerta! ¡Qué pasmosa sorpresa!

Cuando todo hubo concluido en el cementerio, Charles volvió a casa. En la planta baja no encontró a nadie: subió al primero y, en el dormitorio, vio el vestido de ella, colgado aún a la entrada de la alcoba; entonces, apoyándose en el secreter, se quedó hasta la noche sumido en una ensoñación dolorosa. En fin de cuentas, ella lo había querido.



Capítulo III





Una mañana, llegó Rouault para pagarle a Charles el entablillamiento de la pierna: setenta y cinco francos en monedas de dos francos, y una pava. Estaba enterado de la desgracia que le había sucedido y lo consoló cuanto pudo.

—¡Sé lo que es eso! —le decía, dándole palmadas en el hombro—. ¡Yo estuve como usted! Cuando perdí a mi pobre difunta, me iba campo a través para estar solo; me desplomaba al pie de un árbol, lloraba, invocaba a Dios, le decía bobadas; me habría gustado estar como los topos que veía en las ramas y a los que les bullían los gusanos en las tripas, o sea, muerto por fin. Y cuando pensaba que otros, a esa misma hora, estaban con sus mujercitas y las tenían bien abrazadas, pegaba unos bastonazos tremendos en el suelo; estaba casi loco, ya no comía; solo pensar en ir al café me daba asco, aunque no se lo crea. Bueno, pues despacito, un día detrás de otro, una primavera tras un invierno y un otoño tras un verano, aquello fue pasando pizca a pizca, miguita a miguita; y se fue, se marchó, fue bajando; quiero decir que siempre le queda a uno algo por dentro... ¡un peso aquí, en el pecho! Pero eso es lo que nos espera a todos, tampoco hay que desmejorarse ni querer morirse por que se hayan muerto otros... Tiene usted que animarse, señor Bovary; ¡se le pasará! Venga a vernos; mi hija se acuerda de usted de vez en cuando, ¿sabe?, y dice que la tiene usted olvidada. Ya llega la primavera; lo llevaremos a cazar



conejos al monte, para que eche una cana al aire.

Charles siguió el consejo. Volvió a Les Bertaux; lo encontró todo como la víspera, es decir, como hacía cinco meses. Los perales estaban en flor y el bueno de Rouault, que ya estaba sano, iba y venía, con lo que la granja estaba más animada.

Creyendo que estaba en la obligación de prodigarle al médico todas las consideraciones posibles por la posición dolorosa en que se hallaba, le rogó que no se descubriera, le habló en voz baja, como si estuviera enfermo, y fingió enfadarse incluso por que no hubieran dispuesto para él algo más ligero que para los demás, como tarritos de nata o peras cocidas. Contó chistes y Charles se sorprendió riéndose; pero el recuerdo de su mujer le volvió de repente y lo puso adusto. Trajeron el café y no volvió a acordarse de ella.

Se fue acordando cada vez menos según se acostumbraba a vivir solo. Aquel aliciente nuevo de la independencia no tardó en hacerle la soledad más soportable. Ahora podía alterar la hora de las comidas, entrar o salir sin dar cuentas a nadie y, cuando volvía muy cansado, se atravesaba encima de la cama, abierto de brazos y piernas. Así que se mimó y se cuidó y aceptó los consuelos que le daban. Por lo demás, la muerte de su mujer no le hizo mal favor en su profesión, porque la gente se pasó un mes repitiendo: «¡Pobre muchacho! ¡Qué desgracia!». Su nombre había corrido de boca en boca, la clientela había aumentado; y, además, iba a Les Bertaux cuando quería. Tenía una esperanza inconcreta, una dicha indecisa; se veía más guapo cuando se cepillaba las patillas delante del espejo.

Llegó un día a eso de las tres; todo el mundo estaba en las tierras; entró en la cocina, pero al principio no vio a Emma; los postigos estaban cerrados. Por las rendijas de la madera, el sol estiraba por las baldosas rayas largas y delgadas, que se quebraban en las esquinas de los muebles y temblaban en el techo. Encima de la mesa, unas moscas subían por los vasos sucios y zumbaban al ahogarse en el fondo, en la sidra que quedaba. La luz que bajaba por la chimenea, aterciopelando el hollín de la placa, azuleaba algo las cenizas frías. Entre la ventana y el hogar, Emma estaba cosiendo. No llevaba pañoleta y se le veían gotitas de sudor en los hombros al aire.

Le ofreció algo de beber, como se estila en el campo. Él dijo que no, ella insistió y, por fin, le propuso, entre risas, que tomase una copa de licor con ella. Fue, pues, a buscar al armario un botella de curasao, alcanzó dos copitas, llenó una hasta arriba, no puso casi

nada en la otra y, tras chocarla con la de Charles, se la llevó a los labios. Como estaba casi vacía, se echaba hacia atrás para beber; y, mirando al techo, con los labios tendidos y el cuello estirado, reía porque no caía nada, mientras que con la punta de la lengua, que le asomaba entre los dientes delicados, lamía con lengüetadas breves el fondo de la copa.

Volvió a sentarse y siguió con la labor, que era una media de algodón blanco que estaba zurciendo; cosía con la frente gacha; no hablaba, ni Charles tampoco. El aire, que se colaba por debajo de la puerta, empujaba algo de polvo por las baldosas; él miraba cómo se arrastraba y solo oía el latido que tenía por dentro de la cabeza y el cacareo, a lo lejos, de una gallina que estaba poniendo en el gallinero. Emma se refrescaba de vez en cuando las mejillas cogiéndoselas las palmas de las manos y, luego, se las enfriaba en el remate de hierro de los grandes morillos.

Se quejó de que le daban mareos desde que habían cambiado de estación; preguntó si le sentarían bien los baños de mar; se puso a hablar del convento y Charles de su internado; les venían solas las frases a los labios. Subieron al cuarto de Emma. Le enseñó sus cuadernos de música de antes, los libritos que le habían dado de premio y las coronas de hojas de roble olvidadas en la parte de abajo del armario. Le habló además de su madre y del cementerio e incluso le enseñó en el jardín la platabanda de donde cortaba las flores todos los primeros viernes de mes para ir a ponérselas en la tumba. Pero el jardinero que tenían no entendía nada de flores. ¡Era tan malo el servicio! Le habría gustado mucho vivir en la capital, aunque no fuese más que en invierno, y eso que, en verano, cuando los días son más largos, el campo es, posiblemente, todavía más aburrido; y, según lo que dijera, se le ponía la voz clara, aguda, o, envolviéndose en languidez de pronto, arrastraba modulaciones que casi acababan en susurros cuando hablaba consigo misma, ora alegre, abriendo unos ojos candorosos, ora, acto seguido, entornando los párpados, con la mirada ahogada en hastío y los pensamientos errabundos.

Por la noche, según regresaba, Charles repasó, una a una, todas las frases que ella había dicho, intentando recordarlas y completar su sentido, para vivir esa parte de existencia que había vivido ella en los tiempos en que aún no la conocía. Pero no consiguió verla en momento alguno con el pensamiento más que como la vio la primera vez o tal y como acababa de dejarla hacía un rato. Luego se preguntó



qué iría a ser de su vida, si se casaría, y con quién. ¡Ay! Rouault era muy rico y ella... ¡ella era tan guapa! Pero el rostro de Emma volvía siempre a aparecérselo ante los ojos; y le zumbaba en los oídos un ruido monótono como el ronquido de un trompo: «¿Y si te casaras? ¿Y si te casaras?». Aquella noche no durmió, notaba una opresión en la garganta, tenía sed; se levantó para beber del jarro y abrió la ventana; el cielo estaba lleno de estrellas, pasaba un viento cálido, los perros ladraban a lo lejos. Volvió la cabeza hacia Les Bertaux.

Pensando que, en fin de cuentas, no perdía nada, Charles se prometió pedir a Emma en matrimonio cuando se le presentara la ocasión; pero, cada vez que se le presentaba, le sellaba los labios el temor de no dar con las palabras adecuadas.

A Rouault no le habría disgustado que le quitasen de encima a su hija, que no le valía en casa para gran cosa. La disculpaba en su fuero interno, pues le parecía que era demasiado inteligente para el cultivo del campo, oficio maldito del cielo puesto que nunca se veían en él millonarios. Lejos de haberse hecho rico, el buen hombre perdía dinero todos los años; pues, aunque destacaba en los mercados, donde le agradaba poner en práctica las astucias del oficio, en cambio para la agricultura propiamente dicha, junto con el gobierno interior de la granja, era el menos indicado. No estaba casi nunca dispuesto a sacarse las manos de los bolsillos y no escatimaba gastos en todo lo que tenía que ver con su vida, porque quería comer bien, no pasar frío y dormir en buena cama. Le gustaban la sidra fuerte, las piernas de cordero poco hechas y los carajillos bien revueltos. Comía en la mesa de la cocina, a solas frente al fuego, en una mesita que le traían ya servida, como en el teatro.

Cuando cayó en la cuenta de que a Charles se le ponían los pómulos encarnados cuando estaba junto a su hija, lo que quería decir que el día menos pensado le iba a pedir su mano, anduvo rumiando de antemano todo el asunto. La verdad es que le parecía un poco canijo y no era el yerno que habría deseado; pero decían que era formal, ahorrador, muy instruido, y lo más seguro era que no le pusiera pegas a la dote. Ahora bien, como a Rouault no le iba a quedar más remedio que vender veintidós acres de sus bienes, y le debía mucho al albañil y mucho al guarnicionero y había que cambiar la viga del lagar, se dijo: «Si me la pide, se la doy».

Por san Miguel, Charles fue a pasar tres días a Les Bertaux. El último día transcurrió como los anteriores, con un aplazamiento cada

cuarto de hora. Rouault lo acompañó un rato para despedirlo; iban andando por un camino encajonado y ya estaban a punto de separarse; era el mejor momento. Charles se concedió un plazo hasta la esquina del seto y, por fin, nada más pasarla, susurró:

—Compadre Rouault, me gustaría decirle algo. Se detuvieron. Charles callaba.

—Pero ¡cuénteme lo que sea! ¿Acaso no estoy enterado de todo? —dijo Rouault, riéndose bajito.

—Compadre Rouault... Compadre Rouault... —balbució Charles.

—A mí me parece muy bien —siguió diciendo el granjero—. Y, aunque seguramente la niña coincide conmigo, no queda más remedio que preguntarle qué opina. Váyase; me vuelvo a casa. Si dice que sí, atienda bien, no hace falta que vuelva, por la gente, y, además, ella se impresionaría mucho. Pero, para que no se consuma demasiado, abriré del todo la celosía de la ventana y la pegaré a la pared: podrá verla por la parte de atrás si se asoma al seto.

Y se alejó.

Charles ató el caballo a un árbol. Fue corriendo a colocarse en el camino; esperó. Pasada media hora, contó luego diecinueve minutos en el reloj. De pronto, se oyó un ruido contra la pared; la celosía estaba abierta y la falleba se estremecía aún.

Al día siguiente dando las nueve ya estaba en la granja. Emma se ruborizó cuando entró, al tiempo que se esforzaba en reírse algo, por guardar las formas. Rouault abrazó a su futuro yerno. Empezaron a charlar de los arreglos de dinero; por lo demás, tenían tiempo por delante, ya que por decoro no podía celebrarse la boda hasta que concluyera el luto de Charles, es decir, allá por la primavera del año siguiente.

El invierno transcurrió en esa espera. La señorita Rouault se ocupó de su ajuar. Parte de él se encargó en Ruán y ella se hizo camisonas y gorros de dormir según los figurines que pidió prestados. En las visitas que Charles hacía a la granja, hablaban de los preparativos de la boda; se preguntaban en qué aposento habría que dar la cena; pensaban en cuántos platos habría que servir y qué entrantes.

A Emma, en cambio, le habría gustado casarse a medianoche y con antorchas; pero a Rouault esa idea no le cupo en la cabeza. Así que hubo una boda, a la que asistieron cuarenta y tres personas que estuvieron sentadas a la mesa dieciséis horas, y que volvió a empezar al día siguiente y hasta cierto punto en los días posteriores.





Capítulo IV





Los convidados llegaron temprano en carruajes, tartanas, charabanes de dos ruedas, cabriolés viejos sin capota, ómnibus abiertos con cortinillas de cuero; y los mozos de los pueblos más próximos, en carretas, en las que iban de pie y en fila, agarrándose a los adrales para no caerse, porque iban al trote y con muchas sacudidas. Vino gente desde diez leguas a la redonda, de Goderville, de Normanville y de Cany. Estaban invitados todos los parientes de ambas familias, se habían reconciliado con las amistades con quienes estaban reñidos, habían escrito a conocidos a quienes llevaban mucho sin ver.

De vez en cuando, se oían latigazos detrás del seto; no tardaba la cerca en abrirse: era que entraba una tartana. Llegaba al galope hasta el primer peldaño de la escalera de la fachada, se paraba en seco y soltaba la carga, que bajaba por ambos lados, frotándose las rodillas y desperezándose. Las señoras llevaban gorros, vestidos con hechuras de la capital, leontinas de oro, esclavinas con las puntas cruzadas en la cintura o pañoletas de colores sujetas en la espalda con un alfiler y que les dejaban el cuello al aire por detrás. Los chiquillos, vestidos como sus papás, parecían incómodos con los trajes nuevos (muchos de ellos incluso estrenaban ese día el primer par de botas de su existencia); y, junto a ellos, sin decir ni pío, con el vestido blanco de la



primera comunión al que le habían sacado el dobladillo para aquella circunstancia, alguna niña que otra, ya crecida, de catorce o de dieciséis años, la prima o la hermana mayor, colorada, pasmada, con el pelo grasiento de pomada de rosas y con mucho miedo a ensuciarse los guantes. Como no había bastantes mozos de cuadra para desenganchar todos los carruajes, los señores se remangaban y ponían manos a la obra. Según su posición social, había fracs de faldones largos o cortos, levitas, chaquetas: ropa de calidad, que contaba con la consideración de toda la familia y no salía del armario sino para las solemnidades; levitas de faldones muy grandes que flotaban al viento, cuellos cilíndricos y bolsillos que parecían sacos; chaquetas de paño grueso, que solían ir en compañía de gorras de visera con ribetes de cobre; fracs de faldones muy cortos, como si los hubiera cortado en bloque un hacha de carpintero, que llevaban en la espalda dos botones juntos que parecían un par de ojos. Había también (pero por descontado se sentaban al final de la mesa) quienes llevaban blusones de vestir, es decir, con el cuello vuelto encima de los hombros, frunces menudos en la espalda y un cinturón cosido que marcaba la cintura muy abajo.

¡Y las camisas se abombaban sobre los pechos como corazas! Todos llevaban el pelo recién cortado, y las orejas se les despegaban; y habían apurado mucho el afeitado. Algunos, incluso, se habían levantado antes de que amaneciera y, como no veían bien al afeitarse, llevaban cortes en diagonal debajo de la nariz o, en la mandíbula, desolladuras del tamaño de monedas de tres francos, que había irritado el aire libre por el camino; y unas cuantas placas de color de rosa jaspeaban todas aquellas caras anchas, blancas y rozagantes.

Como el ayuntamiento estaba a media legua de la casa de labor, fueron a pie y volvieron lo mismo, tras la ceremonia en la iglesia. La comitiva, que al principio iba junta como una única faja de colores que ondulase por el campo, siguiendo el sendero estrecho que serpenteaba entre el trigo verde, no tardó en irse alargando y se dividió en grupos separados que se demoraban para charlar. El violinista iba en cabeza, con su instrumento, cuya voluta iba empenachada de cintas; luego venían los novios; detrás, los padres, y los amigos, revueltos; los niños se rezagaban y se entretenían cogiendo las campanillas de los tallos de avena o haciéndose diabluras mutuamente sin que los vieran. El vestido de Emma era demasiado largo y arrastraba un poco; de vez en cuando, se paraba para recoger el bajo y, entonces,

con mucho cuidado, le quitaba con los dedos enguantados las hierba ásperas y las espinitas de los cardos, mientras Charles, con las manos vacías, esperaba a que hubiera acabado. Rouault, tocado con un sombrero de seda nuevo y con las manos enfundadas hasta las uñas en las bocamangas del frac negro, le daba el brazo a la señora Bovary madre. En cuanto al señor Bovary padre, que, como despreciaba en el fondo a toda aquella gente, había venido sencillamente con una levita de corte militar con una fila de botones, le decía requiebros de taberna a una campesina joven y rubia, que le hacía saludos, se ruborizaba y no sabía qué contestar. Los demás convidados a la boda hablaban de sus cosas o se gastaban chanzas por la espalda, animándose de antemano para pasarlo bien; y, aguzando el oído, no dejaban de oír que el violinista rascaba sin cesar el violín campo adelante. Cuando éste caía en la cuenta de que la gente se había quedado atrás, se paraba para recobrar el resuello, frotaba un buen rato el arco con colofonía para que chirriasen mejor las cuerdas y echaba a andar otra vez, ora bajando ora alzando el mástil del violín para marcarse el ritmo. Con el ruido del instrumento, los pajarillos se alejaban volando.

Estaba puesta la mesa bajo el cobertizo de los carros. Había encima cuatro cuartos traseros de vacuno, seis pollos en pepitoria, un estofado de ternera, tres piernas de cordero y, en el centro, un lechón asado muy bonito, al que rodeaban cuatro piezas de embutido con acedera. En las esquinas, jarras de aguardiente. La espuma densa de la sidra dulce se salía por los tapones de las botellas y todos los vasos estaban ya llenos hasta arriba de vino. Unas fuentes grandes de nati-las, que ondulaban solas en cuanto alguien le daba el mínimo golpe a la mesa, llevaban, dibujados en la superficie, los monogramas de los recién casados escritos con arabescos de nonparell. Para las tortadas y los turronecillos habían ido a buscar a un pastelero de Yvetot. Como era nuevo en la comarca, se había esforzado mucho: trajo personalmente, a los postres, una tarta de varios pisos que levantó un clamor. Para empezar, la base era un cuadrado de cartón azul que simulaba ser un templo con pórticos, columnatas y estatuillas de estuco alrededor, en hornacinas consteladas de estrellas de papel dorado; venía luego el segundo piso, un torreón de bizcocho saboyano que rodeaban menudas fortificaciones de cabello de ángel, almendras, pasas y gajos de naranja; por último, en la plataforma superior, que era un prado verde donde había rocas con lagos de mermelada y barcos de cáscara de avellana, se veía un amorcillo subido a un columpio de chocolate;



dos capullos de rosa naturales remataban los dos postes del columpio, como si fueran boliches.

Estuvieron comiendo hasta la noche. Cuando la gente se cansaba de estar sentada se iba a dar una vuelta por los corrales o a jugar una partida de chito en el granero; luego volvía a la mesa. Los hubo que, hacia el final, se quedaron dormidos y roncaban. Pero, al llegar el café, todo el mundo se espabiló; entonces cantaron y alardearon de maña y fuerza: levantaron pesos, jugaron a pasar por debajo del pulgar en alto, intentaron echarse carretas a la espalda, dijeron chocarrerías y besaron a las señoras. Por la noche, a la hora de irse, a los caballos, atiborrados de avena hasta los ollares, les costó meterse entre los varales; daban coces y se encabritaban; se rompían los arneses, los dueños blasfemaban o se reían; y, durante toda la noche, bajo la luz de la luna, por las carreteras de la comarca, hubo tartanas desbocadas que corrían a galope tendido, se metían en las sangraderas, pasaban de un salto por encima de varios metros de guijarros, se arrimaban a los taludes, y las mujeres asomaban por las portezuelas para agarrar las riendas.

Los que se quedaban en Les Bertaux pasaron la noche bebiendo en la cocina. Los niños se quedaron dormidos debajo de los bancos.

La novia había rogado a su padre que no le gastaran las bromas al uso. No obstante, un primo pescadero (que había traído incluso de regalo de bodas un par de lenguados) estaba ya empezando a soplar agua con la boca por el agujero de la cerradura cuando llegó Rouault con el tiempo justo para impedirlo y le explicó que la posición respetable de su yerno no toleraba tales salidas de tono. Al primo, no obstante, le costó admitir esas razones. En su fuero interno, acusó a Rouault de ser un orgulloso y fue a reunirse, en un rincón, con otros cuatro o cinco invitados a quienes les habían tocado por casualidad en la comida los peores trozos de carne y opinaban también que los habían tratado mal, murmuraban en voz baja de su anfitrión y le deseaban con medias palabras que se arruinase.

La señora Bovary madre no había despegado los labios en todo el día. Nadie le había pedido consejo ni sobre el vestido de la novia ni sobre el menú del banquete; se retiró temprano. Su marido, en vez de irse con ella, mandó a alguien a Saint-Victor a que le trajese puros y fumó hasta por la mañana, bebiendo grogs de kirsch, mezcla que los presentes no conocían y que a él le pareció algo así como un motivo para que le tuvieran más consideración.

Charles no era de carácter bromista y no se había lucido durante la boda. Correspondió con ingenio mediocre a las bromas, retruécanos, frases de doble sentido, parabienes y chistes verdes que a todos les pareció necesario soltarle nada más servida la sopa.

Al día siguiente, en cambio, parecía un hombre nuevo. Más lo habrían podido tomar a él por la doncella de la víspera, mientras que la novia no dejaba traslucir nada en que hubiera podido intuirse lo que fuera. Los más listos no sabían qué decir y la miraban, cuando pasaba por su lado, con atención tensa y exagerada. Pero Charles no disimulaba en absoluto. La llamaba mujer mía, la tuteaba, les preguntaba a todos por ella, la buscaba por todas partes y, con frecuencia, se la llevaba por los corrales y lo divisaban de lejos, entre los árboles, agarrándola por la cintura; y seguía andando inclinado a medias sobre ella, arrugándole con la cabeza la tela fina de la pechera.

Dos días después de la boda, se marchó el matrimonio. Charles no podía, por sus enfermos, quedarse más tiempo fuera. Rouault mandó que los llevaran en su tartana y los acompañó personalmente hasta Vassonville. Allí le dio a su hija un último beso, puso pie en tierra y echó a andar. Tras recorrer unos cien pasos, miró hacia atrás y, al ver cómo se alejaba la tartana, cuyas ruedas giraban entre el polvo, soltó un hondo suspiro. Se acordó entonces de su boda, de los tiempos pasados, del primer embarazo de su mujer; qué alegre estaba él también el día en que la sacó de casa de su padre y se la llevó a la suya, montada en la grupa del caballo, que iba al trote por la nieve; porque era por Navidad y el campo estaba todo blanco; ella se le agarraba con un brazo y del otro llevaba colgada la cesta; el viento le movía las cintas del tocado de la región de Caux, que, a veces, se le cruzaban por delante de la boca, y, cuando volvía la cabeza, veía, pegada a él, en su hombro, aquella carita sonrosada que sonreía en silencio bajo la chapa de oro del gorro. Para calentarse los dedos, se los metía a él en el pecho de vez en cuando. ¡Qué antiguo era todo aquello! Su hijo tendría ahora treinta años. Entonces se volvió para mirar y no vio nada en la carretera. Se notó triste como una casa sin muebles; y, al mezclársele los recuerdos tiernos con los pensamientos adustos en la cabeza, que los vapores de la francachela le nublaban, le entraron ganas por un momento de pasarse por la iglesia. Pero, como tuvo miedo de que ese espectáculo lo pusiera aún más triste, se fue derecho a casa.

Charles y su mujer llegaron a Tostes a eso de las seis. Los vecinos

se asomaron a la ventana para ver a la nueva mujer de su médico.

La vieja que tenía de criada se presentó, saludó a la señora, se disculpó porque la cena no estaba lista y la animó a que, mientras tanto, viera la casa.



Capítulo V





La fachada de ladrillo seguía el trazado de la calle, o más bien de la carretera. Detrás de la puerta, estaban colgados un abrigo de esclavina corta, unas bridas, una gorra de cuero negro y, en un rincón, en el suelo, había un par de polainas, llenas aún de barro seco. A la derecha, estaba la sala, es decir, el aposento donde comían y que también era cuarto de estar. El empapelado, amarillo canario, que llevaba de adorno en la parte de arriba una guirnalda de flores pálidas, hacía arrugas porque iba pegado a una esterilla mal tensada; en las ventanas, unas cortinas cruzadas de calicó blanco que ribeteaba un galón rojo; y, en la repisa estrecha de la chimenea, relucía un reloj de sobremesa con la cabeza de Hipócrates, entre dos candelabros chapados en plata bajo unos fanales ovalados. Del otro lado del pasillo, estaba la consulta de Charles, una habitacioncita de unos seis pasos de ancho, con una mesa, tres sillas y un sillón de despacho. Los tomos del Diccionario de las ciencias médicas, con las páginas sin cortar, pero cuya encuadernación en rústica había padecido en las sucesivas ventas por las que había ido pasando, llenaban casi por completo las seis baldas de una estantería de madera de pino. El olor de las salsas se colaba por la pared mientras el médico pasaba consulta, de la misma forma que desde la cocina oían a los enfermos toser en el despacho y contar toda su historia. Había luego una habitación grande



y destartalada, con un horno, que daba directamente al corral, donde estaba la cuadra, y que hacía las veces ahora de leñera, de bodega y de almacén, llena de chatarra vieja, de toneles vacíos y de aperos de labranza arrumbados, junto con muchos otros objetos polvorientos cuyo uso era imposible adivinar.

El jardín, más largo que ancho, iba, entre dos tapias de adobe cubiertas de albaricoqueros apoyados en espalderas, hasta un seto de espino que lo separaba del campo. Había en el centro un reloj de sol de pizarra en un pedestal de obra; cuatro platabandas con rosales silvestres canijos rodeaban simétricamente el cuadro, más útil, de las plantas respetables. Al fondo del todo, bajo las piceas, un cura de escayola leía el breviario.

Emma subió a los dormitorios. El primero no tenía muebles; pero en el segundo, que era el dormitorio conyugal, había una cama de caoba en una alcoba con colgaduras rojas. Una caja de conchas adornaba la cómoda; y, en el secreter, cerca de la ventana, había, en un jarro, un ramo de flores de azahar sujeto con lazos de raso blanco. Era un ramo de novia. ¡El ramo de la otra! Lo miró. Charles se dio cuenta, lo cogió y lo subió al desván, mientras Emma, sentada en un sillón (le estaban dejando sus cosas alrededor), pensaba en su ramo de novia, que venía en una caja de cartón, y se preguntaba, ensimismada, qué harían con él si, por casualidad, se muriese.

Se dedicó, los primeros días, a pensar qué cambios podía hacer en la casa. Quitó los fanales con los candelabros, mandó empapelar otra vez, volver a pintar las escaleras y poner bancos en el jardín, alrededor del reloj de sol; preguntó incluso si sería posible tener un estanque con un surtidor y peces. Por fin, su marido, que sabía que le gustaba pasear en coche, dio con uno de dos ruedas, de segunda mano, que, cuando le pusieron faroles nuevos y unos guardabarros de cuero respunteado, llegó casi a parecerse a un tálburi.

Charles, pues, era feliz y no tenía preocupación alguna en el mundo. De una comida a solas con Emma, de un paseo con ella al atardecer por el camino real, de un gesto de su mano en los bandós, de su sombrero de paja colgado de la falleba de una ventana y de otras muchas cosas más, cuyo deleite no había sospechado nunca, era de lo que se componía ahora la dicha de Charles. En la cama, por las mañanas, y junto a él en la almohada, miraba cómo la luz del sol le pasaba a Emma por la pelusilla de las mejillas rubias, que las tirillas cosidas del gorro de dormir tapaban a medias. Vistos de

cerca, le parecía que tenía los ojos más grandes, sobre todo cuando alzaba los párpados varias veces seguidas al despertarse; negros a la sombra y azul oscuro a plena luz, había en ellos como capas de colores sucesivos que, más densos en el fondo, se iban aclarando al acercarse a la superficie esmaltada. Y a él se le perdía la mirada en esas profundidades y se veía en ellas, muy pequeño, hasta los hombros, con el pañuelo que se ponía en la cabeza y la parte de arriba del camisón abierta a medias. Se levantaba. Ella se asomaba a la ventana para verlo marchar; y se quedaba de codos en el alféizar, entre dos tiestos de geranios, vestida con una bata suelta. Charles, en la calle, se sujetaba las espuelas apoyado en el mojón; y ella le seguía hablando desde arriba, al tiempo que arrancaba con la boca algún trocito de flor o de hoja que le enviaba de un soplo, y que, revoloteando, aguantando en el aire, trazando círculos a medias, como un ave, acababa por engancharse, antes de caer al suelo, en las crines revueltas de la vieja yegua blanca, quieta en la puerta. Charles, a caballo, le enviaba un beso; Emma contestaba con una seña, cerraba la ventana y él se iba. Y entonces, por el camino real, que extendía hasta el infinito su larga cinta de polvo, por los caminos encajonados donde los árboles se abovedaban, por los senderos cuyas espigas de trigo le llegaban hasta las rodillas, con el sol en los hombros y el aire de la mañana en la nariz, con el corazón colmado de las dichas de la noche, con el ánimo tranquilo y la carne satisfecha, Charles avanzaba rumiando su felicidad, como quien masticase aún, después de la cena, el sabor de las trufas mientras las digiere.

Hasta entonces, ¿había tenido algo bueno en la vida? ¿El tiempo de internado, cuando estaba encerrado entre aquellas cuatro paredes, solo entre sus compañeros, más ricos, con mejores notas en clase, que se reían de su acento, que se burlaban de su ropa, y cuyas madres llegaban a la sala de visitas con dulces metidos en los manguitos? ¿O, más adelante, cuando estudiaba medicina y nunca tenía bastante en la bolsa para invitar al baile a la aprendiz que tuviera por amante? Vivió luego catorce meses con la viuda, que, en la cama, tenía los pies fríos como pedazos de hielo. Pero ahora era suya para siempre aquella mujer bonita a quien adoraba. El universo no iba para él más allá del redondel sedoso de sus enaguas; se reprochaba no quererla bastante, le apetecía volver a verla; daba la vuelta a toda prisa, subía las escaleras con el corazón palpitante. Emma estaba en su cuarto, con sus abluciones; él entraba, pisando sin ruido, le daba



un beso en la espalda y ella soltaba un chillido.

Charles no podía por menos de estar sobando siempre el peine de ella, sus sortijas, su pañoleta; a veces, le daba besos fuertes y sonoros en las mejillas; otras veces, besitos en fila por todo el brazo al aire, desde la punta de los dedos hasta el hombro; y ella lo apartaba, entre sonriente y fastidiada, como se hace con los niños que no hay forma de quitarse de encima.

Antes de casarse, a Emma le había parecido que sentía amor; pero, como la felicidad que habría debido ser el resultado de ese amor no había llegado, pensaba que probablemente se había equivocado. E intentaba saber cómo había que entender exactamente en la vida las palabras «felicidad», «pasión» y «embriaguez», que tan hermosas le habían parecido en los libros.



Capítulo VI





Había leído Paul y Virginie y había imaginado, como en sueños, la casita de bambú, al negro Domingo, al perro Fidèle, pero, sobre todo, el dulce afecto del buen hermanito que va a buscar frutas rojas de árboles grandes, más altos que campanarios, o que llega corriendo, descalzo, para traer un nido de pájaro.

Al cumplir los trece años, su padre la llevó en persona a la capital para dejarla en el convento. Se hospedaron en una fonda del barrio de Saint Gervais, donde les pusieron, en la cena, unos platos pintados que representaban la historia de la señorita de La Vallière¹. Las explicaciones de los pies de los dibujos, que interrumpían a veces los arañazos de los cuchillos, eran todas ellas a mayor gloria de la religión, la exquisitez de corazón y las pompas de la corte.

Lejos de aburrirse en el convento los primeros tiempos, le agradó el trato con las hermanas, que, para entretenerla, la llevaban a la capilla, donde se entraba desde el refectorio por un pasillo largo. Jugaba muy poco en los recreos, se enteraba bien del catecismo y era siempre ella quien contestaba al señor vicario cuando hacía preguntas espinosas. Como vivía, pues, sin salir nunca del tibio ambiente de las aulas y entre esas mujeres de cutis blanco que llevaban rosa-

¹ Louise de La Vallière, amante de Luis XIV en su primera juventud.



rios con cruces de cobre, se adormiló suavemente con la languidez mística que brota de los aromas del altar, del frescor de las pilas de agua bendita y del resplandor de las velas. En vez de atender en misa, miraba en el libro las estampas piadosas ribeteadas de azul cielo, y le inspiraban amor la oveja enferma, el sagrado corazón que atraviesan unas flechas agudas o el pobre Jesús que se cae al caminar con la cruz a cuestas. Intentó mortificarse pasando un día entero sin comer. Cavilaba acerca de qué voto podría hacer.

Cuando iba a confesarse, se inventaba pecadillos para quedarse más rato de rodillas en la sombra, con las manos juntas y la cara pegada a la rejilla, entre el cuchicheo del sacerdote. Esas comparaciones de prometido, esposo, amante celestial y de matrimonio eterno, que se repiten en los sermones, le despertaban en lo hondo del corazón ternezas inesperadas.

Por las noches, antes del rezo, hacían en el estudio una lectura piadosa. Durante la semana, era algún resumen de Historia Sagrada o las Conferencias del padre Frayssinous²; y, los domingos, pasajes de *El genio del cristianismo*³, para que sirviera de recreo. ¡Cómo escuchó las primeras veces el lamento sonoro de las melancolías románticas que repetían todos los ecos de la tierra y de la eternidad! Si su infancia hubiera transcurrido en la trastienda de un barrio de comerciantes, es posible que se hubiera abierto entonces a las invasiones líricas de la naturaleza, que ordinariamente no suelen llegarnos sino en traducción de los escritores. Pero estaba enterada por demás de lo que era el campo; sabía de los balidos de los rebaños, de qué se hacía con la leche, de cómo era un arado. Acostumbrada a esas facetas apacibles, se volvía, en cambio, hacia las accidentadas. No le gustaba el mar sino porque había tempestades; y las frondas, solo cuando salpicaban unas ruinas. Necesitaba sacarles a las cosas algo parecido a un beneficio personal; y rechazaba por inútil todo cuanto no contribuyese al consumo inmediato de su corazón, porque era de temperamento más sentimental que artístico y buscaba emociones y no paisajes.

² Denis-Luc Frayssinous (1765-1822), teólogo dogmático, reunió sus sermones o «conferencias» en *Defensa del cristianismo* (1825).

³ Que François-René de Chateaubriand publicó en 1802.

Había en el convento una solterona que pasaba allí ocho días al mes para coser en la lencería. Como era una protegida del arzobispado, pues pertenecía a una antigua familia de nobles que se arruinaron durante la Revolución, comía en el refectorio a la mesa de las hermanas y luego charlaba un ratito con ellas antes de subir para proseguir con su tarea. Con frecuencia, las internas se escapaban del estudio para ir a hacerle una visita. Se sabía de memoria canciones galantes del siglo anterior, que cantaba a media voz, sin dejar de darle a la aguja. Contaba historias, ponía al tanto a las alumnas de novedades varias, les hacía recados en los barrios del centro y les prestaba a las mayores, a escondidas, algunas novelas de las que llevaba siempre en los bolsillos del delantal, de las que aquella digna señorita leía también largos capítulos en los intervalos de la labor. Todo iba de amores, de amantes, de damas perseguidas que se desmayaban en pabellones solitarios, de postillones a quienes mataban en todas las casas de postas, de caballos reventados en todas las páginas a fuerza de correr, de bosques oscuros, de corazones trastornados, de juramentos, de sollozos, de lágrimas y de besos, de barcas a la luz de la luna, de ruiseñores en los bosquecillos, de caballeros valientes como leones, mansos como corderos, virtuosos a más no poder, siempre bien vestidos y que lloraban a lágrima viva. Con Walter Scott, más adelante, se prendó de sucesos históricos, soñó con arcones, salas de guardia y músicos ambulantes. Le habría gustado vivir en alguna mansión vieja, como esas castellanías con vestidos de talle muy largo, que, bajo el trébol de las ojivas, se pasaban los días con el codo en la piedra y la barbilla en la mano, viendo si llegaba desde el horizonte de la campiña algún caballero de plumero blanco galopando en un caballo negro. Por entonces tuvo un culto por María Estuardo y una veneración entusiasta por mujeres ilustres o infortunadas. Juana de Arco, Eloísa, Agnès Sorel⁴, la belle Ferronière y Clémence Isaure resaltaban para ella como cometas en la inmensidad tenebrosa de la Historia, donde asomaban acá y acullá, pero más perdidos entre la

⁴ Agnès Sorel, amante de Carlos VII. La belle Ferronière, amante de Francisco I cuya identidad no se conoce y a quien se designa con el nombre del retrato que de ella pintó Leonardo da Vinci. Clémence Isaure, poetisa legendaria del siglo XIV a quien se atribuye la creación de los Juegos Florales de Toulouse.

sombra y sin relación alguna entre sí, san Luis y su roble⁵, Bayardo⁶ agonizante, algunas ferocidades de Luis XI, detalles de la noche de san Bartolomé, el penacho del Bearnés⁷ y, siempre, el recuerdo de aquellos platos pintados que alababan a Luis XIV.

En las clases de música, en las romanzas que cantaba, solo salían angelitos con alas de oro, madonas, lagunas, gondoleros, composiciones apacibles que le permitían intuir, por entre el estilo ñoño y las notas imprudentes, la atractiva fantasmagoría de las realidades sentimentales. Algunas de sus compañeras traían al convento álbumes de recuerdos que les habían regalado por año nuevo. Había que esconderlos, no era asunto baladí; los leían en el dormitorio. Tratando con mucho cuidado las preciosas encuadernaciones de raso, Emma clavaba unos ojos deslumbrados en el nombre de los autores desconocidos que habían firmado al pie de sus aportaciones, la mayoría condes o vizcondes.

Se estremecía al alzar con el aliento el papel de seda de las ilustraciones, que se levantaba, doblado a medias, y volvía a caer con suavidad encima de la página. Había en ellas, tras la balaustrada de un balcón, un joven de gabán corto que estrechaba en los brazos a una joven vestida de blanco con limosnera colgando de la cintura; o retratos anónimos de ladies inglesas de tirabuzones rubios que, bajo el sombrero redondo de paja, la miraban con ojazos claros. Otras, recostadas en carruajes, pasaban como quien resbala por parques en los que brincaba un galgo delante del tiro de caballos, que guiaban, al trote, dos postillones niños de calzón blanco. Las había que soñaban en sofás junto a una cartita con el lacre roto, contemplando la luna por la ventana entornada, medio envuelta en el drapeado de una cortina negra. Las ingenuas, con una lágrima en la mejilla, daban breves besos en el pico a una tórtola a través de los barrotes de una jaula gótica o, sonriendo con la cabeza ladeada, deshojaban una margarita con dedos afilados y respingones como los zapatos de puntas vueltas hacia arriba. Y no faltabais vosotros, sultanes de

5 A cuyo pie ejercía de juez ese rey.

6 Pierre de Terrail, señor de Bayard (1476-1525), conocido por «el caballero sin miedo y sin tacha».

7 Enrique IV.

pipas largas, presas de un deliquio en un cenador, entre los brazos de unas bayaderas; ni tampoco vosotros, giaours⁸, sables turcos, gorros griegos; y menos aún vosotros, paisajes apagados de las comarcas ditirámicas, que con frecuencia nos mostráis a un tiempo palmeras, abetos, pinos, tigres a la derecha, un león a la izquierda, alminares tártaros en el horizonte, ruinas romanas en primer plano, y además camellos echados; todo ello en el marco de una selva virgen muy pulcra y con un ancho rayo de sol perpendicular temblando en el agua, donde destacan como desolladuras blancas sobre un fondo de acero gris, de trecho en trecho, unos cisnes nadando.

Y la pantalla del quinqué, colgado en la pared encima de la cabeza de Emma, alumbraba todos esos cuadros del mundo, que le pasaban delante, uno tras otro, en el silencio del dormitorio, al compás del ruido de algún coche de punto rezagado que cruzaba aún por los bulevares.

Cuando se murió su madre, lloró mucho los primeros días. Mandó hacer un cuadro funerario con pelo de la difunta y, en una carta que envió a Les Bertaux, colmada de reflexiones tristes acerca de la vida, pedía que la enterrasen, andando el tiempo, en la misma sepultura. El buenazo de Rouault pensó que estaría enferma y fue a verla. Emma notó en su fuero interno cierta satisfacción por haber llegado a la primera a ese infrecuente ideal de las existencias pálidas que nunca alcanzan los corazones mediocres. Se dejó llevar, pues, aguas abajo por los meandros lamartinianos, oyó las arpas en los lagos, todos los cantos de los cisnes moribundos, todas las hojas cayendo, a las vírgenes puras que suben al cielo y la voz del Padre Eterno recorriendo los valles. Se aburría de todo ello, no quiso admitirlo, siguió por costumbre; luego, por vanidad; y, por fin, le sorprendió sentirse apaciguada y tan limpio de tristeza el corazón como la frente de arrugas.

Las buenas monjas, que tanto habían dado por supuesta su vocación, cayeron en la cuenta, atónitas, de que la señorita Rouault parecía estarseles yendo de las manos. Efectivamente, le habían prodigado tantos oficios, ejercicios espirituales, novenas y sermones, tanto le habían predicado el respeto debido a los santos y a los mártires y tantos buenos consejos le habían dado en lo referido a la modestia

8 El giaour, poema de lord Byron (1813).

del cuerpo y la salvación del alma que Emma hizo lo que los caballos de cuyas riendas tira alguien: se detuvo en seco y se le salió de los dientes el bocado. Aquella mentalidad, positiva pese a los arrebatos de entusiasmo, a la que le habían gustado la iglesia por las flores, la música, por la letra de las romanzas y la literatura, por los estímulos pasionales, se insubordinaba ante los misterios de la fe, y también se irritaba con la disciplina, que era algo que no agradaba a su forma de ser. Cuando su padre la sacó del internado, a las monjas no les contrarió que se fuera. La superiora opinaba, incluso, que en los últimos tiempos se había vuelto muy irrespetuosa con la comunidad.

Emma volvió a casa y, al principio, le gustó mandar en los criados; luego le cogió asco al campo y echó de menos el convento. La primera vez que Charles fue a Les Bertaux, estaba convencida de que había perdido las ilusiones, porque ya no le quedaba nada por aprender ni nada por sentir.

Pero la ansiedad por dar con un estado nuevo, o quizá la calentura que le causaba la presencia de aquel hombre, bastaron para que creyese que al fin era suya esa pasión maravillosa que hasta entonces se había quedado, como un pájaro grande de plumaje rosa, planeando en el esplendor de los cielos poéticos; y ahora no podía dar por bueno que aquel sosiego en que vivía fuera la felicidad que había soñado.



Capítulo VII





Pensaba a veces que se daba el caso de que esos días iban a ser los más hermosos de su vida, la luna de miel, como solía decirse. ¡Para paladear su dulzura habría sido menester, sin duda, ir a alguno de esos países de nombres sonoros donde la temporada que sigue a la boda tiene perezas más dulces! En sillas de posta, tras cortinillas de seda azul, suben al paso los recién casados por carreteras escarpadas, oyendo cómo canta el postillón, cuya voz repite la montaña junto con las esquilas de las cabras y el ruido sordo de la cascada. Cuando se pone el sol, a la orilla de los golfos, aspiran el aroma de los limoneros; luego, por la noche, en la terraza de las villas, solos, con los dedos entrelazados, miran las estrellas haciendo proyectos. Emma era del parecer de que en algunos lugares de la tierra debía de crecer la felicidad como si fuera una planta propia de ese suelo y que no se da bien en cualquier otro sitio. ¡Ojalá pudiera acodarse en el balcón de los chalets suizos o encerrar su tristeza en una casita de campo escocesa, con un marido que vistiera un frac de faldones muy largos y llevase botas flexibles, un sombrero puntiagudo y vuelillos en las bocamangas!

Es posible que le hubiera gustado hacerle esas confidencias a alguien. Pero ¿cómo referir un malestar indefinible que cambia de aspecto como las nubes y gira en torbellinos como el viento? Así que le



faltaban las palabras y la ocasión y el atreverse.

Le parecía que, si Charles, pese a todo, lo hubiera pretendido, si lo hubiera sospechado, si hubiera salido una sola vez su mirada al encuentro del pensamiento de ella, una abundancia súbita se le habría desprendido del corazón, como se desprende la cosecha de unas espalderas cuando la rozamos. Pero, a medida que iba siendo más estrecha la intimidad de sus vidas, surgía un desapego interior que la separaba de él.

Charles tenía una conversación chata como una acera por la que desfilaba, vestido de diario, lo que se le ocurría a todo el mundo, sin despertar ni emoción, ni risa ni ensueño. Nunca tuvo curiosidad, decía, mientras vivió en Ruán, de ir al teatro a ver a los actores de París. No sabía ni nadar ni tirar con arma blanca ni disparar una pistola y no pudo, en una ocasión, explicarle una expresión de equitación que Emma se encontró en una novela.

¿Acaso no debía, antes bien, un hombre saberlo todo, destacar en múltiples actividades, iniciarla a una en las energías de la pasión, en los refinamientos de la vida y en todos los misterios? Pero éste no enseñaba nada, no sabía nada, no deseaba nada. Creía que ella era feliz; y Emma le guardaba rencor por esa tranquilidad tan firme, por esa cachaza tan serena, e incluso por la felicidad que ella le daba.

A veces dibujaba algo; y a Charles le resultaba muy entretenido quedarse a pie firme, mirándola inclinada sobre la carpeta, al tiempo que guiñaba los ojos para ver mejor el resultado o hacía con el pulgar bolitas de miga de pan. En cuanto al piano, cuanto más deprisa corrían los dedos por él más maravillado se quedaba. Emma golpeaba las teclas con aplomo y recorría de arriba abajo el teclado sin pararse. Y entonces, cuando le daba esos envites, el viejo instrumento, cuyas cuerdas se enroscaban, se podía oír hasta en la otra punta del pueblo si la ventana estaba abierta; y, con frecuencia, el pasante del notario, que pasaba por el camino real con la cabeza destocada y en zapatillas, se detenía para escuchar, con una hoja de papel en la mano.

Por lo demás, Emma sabía llevar la casa. Enviaba a los pacientes la nota de las visitas en unas cartas tan bien redactadas que no apesataban a factura. Cuando venía, los domingos, algún vecino a cenar, se las ingeniaba para poner un plato bien presentado; sabía colocar las pirámides de ciruelas claudias encima de unas hojas de parra; los tarros de mermelada los servía volcados en un plato e incluso estaba hablando de comprar aguamanos para los postres. Todo esto le daba

mucha consideración, que recaía en Bovary.

Charles, a la postre, se estimaba más a sí mismo por tener una mujer como aquélla. Enseñaba, muy orgulloso, en la sala, dos croquis de pequeño tamaño que había hecho Emma con mina de plomo y que él había mandado enmarcar con unas molduras muy anchas, colgadas en el empapelado de la pared de unos cordones verdes muy largos. Después de misa, podía vérselo en el umbral de la puerta de su casa con unas espléndidas zapatillas bordadas.

Volvía tarde, a las diez, a veces a las doce de la noche. Pedía entonces la cena y, como la criada ya estaba en la cama, se la servía Emma. Se quitaba la levita para comer más a gusto. Nombraba las personas con las que se había encontrado, una a una; los pueblos en que había estado; las recetas que había escrito; y, satisfecho de sí mismo, cenaba lo que había sobrado del guisado de carne, le quitaba la corteza al queso, se comía una manzana, vaciaba la jarra y luego se metía en la cama boca arriba y roncaba.

Como había usado mucho tiempo gorro de dormir, el pañuelo no se le sujetaba a las orejas, de forma tal que, por la mañana, el pelo le caía revuelto por la cara y lo tenía blanco del plumón de la almohada, cuyas cintas se desataban por la noche. Llevaba siempre botas recias con dos frunces en el empeine que se desviaban hacia los tobillos, mientras el resto del empeine seguía en línea recta, tenso como si fuera un pie de palo. Decía que no hacía falta más para el campo.

Su madre aprobaba ese buen gobierno; porque iba a verlo, como antes, cuando en su casa arreciaba el temporal y, no obstante, la madre del señor Bovary parecía predispuesta desfavorablemente contra su nuera. Opinaba que era demasiado fina para la posición económica del matrimonio: tiraban de leña, azúcar y velas como en una casa de postín, ¡y el carbón que se gastaba en la cocina habría bastado para preparar veinticinco platos! Ordenaba la ropa blanca en los armarios y enseñaba a Emma a vigilar al carnicero cuando traía la carne. Ésta aceptaba las lecciones; la señora Bovary se las daba en abundancia; se pasaban el día cruzándose las palabras «hija» y «madre» con un leve estremecimiento en los labios y ambas soltaban palabras suaves con voz trémula de ira.

En tiempos de la señora Dubuc, la anciana notaba que para Charles la preferida era ella; pero ahora el amor que él le tenía a Emma le parecía una deserción de su cariño, una invasión de un terreno que le pertenecía; y observaba la felicidad de su hijo con un silencio triste,



como alguien arruinado mira, a través de los cristales, a gente sentada a la mesa en la casa que fue suya. Le recordaba a su hijo, a modo de remembranzas, sus penalidades y sus sacrificios y, comparándolos con los descuidos de Emma, llegaba a la conclusión de que no era sensato adorarla de forma tan exclusiva.

Charles no sabía qué contestar; respetaba a su madre y quería muchísimo a su mujer; la opinión de aquella le parecía infalible y, no obstante, ésta le parecía irreprochable. Cuando ya se había marchado la señora Bovary, se arriesgaba tímidamente a expresar, con sus mismas palabras, una o dos de las observaciones que le había oído a su madre; Emma le dejaba claro con una sola palabra que estaba equivocado y lo mandaba a atender a sus pacientes.

No obstante, ciñéndose a sus teorías, que le parecían atinadas, Emma quiso sentir amor. A la luz de la luna, en el jardín, recitaba cuantos versos apasionados se sabía de memoria y le cantaba, suspirando, a Charles adagios melancólicos; pero al acabar se notaba tan plácida como antes, y él no parecía ni más enamorado ni más conmovido.

Tras arrimar así el chisquero al corazón para que saltase alguna chispa, e incapaz, por lo demás, de entender lo que no sentía e igualmente de creer en todo cuanto no se manifestase mediante formas convencionales, poco le costó convencerse de que en la pasión de Charles no había ya nada fuera de lo común. Sus expansiones se habían vuelto regulares; la besaba a determinadas horas. Era una costumbre entre otras, como un postre previsto después de la monotonía de la cena.

Un guarda rural, a quien el señor Bovary había curado una pleuresía, le regaló a la señora una galguita italiana; la llevaba consigo cuando iba a dar un paseo, porque a veces salía para estar un momento a solas y perder de vista el eterno jardín y la carretera polvorienta.

Iba hasta el hayedo de Banneville, cerca del pabellón abandonado que está en la esquina de la tapia, por la parte del campo. En el foso, entre las hierbas, hay juncos largos de hojas cortantes.

Emma empezaba por mirar a derecha e izquierda, para ver si había cambiado algo desde la última vez que había estado allí. Se encontraba con que estaban en el mismo sitio las digitales y los ranunculos, los manojos de ortigas que rodeaban las piedras de gran tamaño y las placas de líquen en las tres ventanas, cuyos postigos,

siempre cerrados, se deshacían de puro podridos, y en los barrotes de hierro oxidado. Su pensamiento, sin meta al principio, vagabundaba al azar, como lo hacía la galguita, que daba vueltas por el campo, les ladraba a las mariposas amarillas, perseguía a las musarañas o mordisqueaba las amapolas a orillas de un sembrado de trigo. Poco a poco se le iban ordenando las ideas y, sentada en el césped, que revolvió dando golpecitos con la contera de la sombrilla, se repetía: «¿Por qué, Dios mío, por qué me habré casado?».

Se preguntaba si no habría habido forma, caso de que el azar hubiera dado con otras combinaciones, de conocer a otro hombre; e intentaba imaginarse cuáles habrían sido esos acontecimientos que no habían ocurrido, esa vida diferente, ese marido al que no conocía. Porque no todos se parecían a éste. Habría podido ser guapo, ingenioso, distinguido, atractivo, como eran seguramente quienes se habían casado con sus antiguas compañeras del convento. ¿Qué estarían haciendo ahora? En la capital, con el ruido de las calles, el zumbido de los teatros y las luces del baile, llevaban existencias que dilatan el corazón y hacen florecer los sentidos. Pero la vida de ella era fría como un desván con tragaluz que diera al norte, y el aburrimiento, araña silenciosa, tejía su tela en la sombra de todos los rincones de su corazón. Recordaba los días de reparto de premios, cuando subía al estrado para ir a recoger sus coronitas. Con el pelo trenzado, el vestido blanco y los zapatos de prunelle asomando por debajo, era muy bonita y los caballeros, cuando volvía a su sitio, se inclinaban para decirle halagos; el patio estaba lleno de calesas, le decían adiós por las ventanillas, el profesor de música pasaba y saludaba con el estuche del violín. ¡Qué lejos estaba todo aquello, qué lejos estaba!

Llamaba a Djali¹, se la ponía en las rodillas, le pasaba los dedos por la cabeza fina y alargada y le decía: —Vamos, bese a su ama, usted que no tiene penas.

Luego, mirando la expresión melancólica del esbelto animal, que bostezaba despacio, se enternecía y, comparándolo consigo misma, le hablaba en voz alta, como a alguien afligido a quien se consuela.

Llegaban a veces ráfagas de viento, brisas del mar que, tras recorrer de un salto toda la meseta de la comarca de Caux, traían campo

¹ Nombre de la cabritilla de Esmeralda en Notre-Dame de París de Victor Hugo.



adentro un frescor salado. Los juncos silbaban a ras del suelo y las hojas de las hayas zumbaban con un escalofrío rápido, mientras las cimas, sin dejar de columpiarse, seguían con su acusado murmullo. Emma se ceñía el chal a los hombros y se ponía de pie.

En la avenida, una luz verde que caía de las hojas iluminaba el musgo corto, que crujía débilmente bajo los pies. Se ponía el sol; el cielo estaba rojo entre las ramas, y los troncos iguales de los árboles plantados en filas rectas parecían una columnata parda que se recortaba sobre un fondo de oro; le entraba miedo, llamaba a Djali y volvía deprisa a Tostes por el camino real, se desplomaba en un sillón y no abría la boca en toda la velada.

Pero, a finales de septiembre, algo extraordinario ocurrió en su vida: la invitaron a La Vaubyessard, a casa del marqués de Andervilliers.

Secretario de Estado en tiempos de la Restauración, el marqués, que pretendía volver a la vida política, llevaba tiempo preparando su candidatura a la Cámara de Diputados. En invierno repartía muchos haces de leña y, en el Consejo General, se exaltaba siempre mucho cuando pedía carreteras para su distrito. Tuvo, cuando más calor hacía, un absceso en la boca del que lo alivió Charles como por milagro, sajándolo oportunamente de un lancetazo. El administrador que fue a Tostes a pagar la operación refirió por la noche que había visto en el jardincillo del médico unas cerezas soberbias. Ahora bien, los cerezos se daban mal en La Vaubyessard y el señor marqués le pidió unos cuantos esquejes a Bovary, se sintió obligado a agradecerse los en persona, vio de pasada a Emma, le pareció que tenía bonita cintura y que no saludaba como una campesina; de forma tal que en la mansión no les pareció que fuera ir más allá de los límites de la condescendencia, ni, por lo demás, incurrir en una torpeza, invitar al joven matrimonio.

Un miércoles a las tres, los señores de Bovary se subieron a su coche de dos ruedas y se fueron a La Vaubyessard con un baúl grande atado en la trasera y una sombrera colocada delante del alero; además, Charles llevaba una caja de cartón entre las piernas.

Llegaron al caer la tarde, cuando estaban empezando a encender farolillos en el parque para que los coches vieran por dónde iban.



Capítulo VIII





La mansión, de construcción moderna, a la italiana, con dos alas salientes y tres escalinatas exteriores, se extendía al final de un enorme prado de césped donde pacían unas cuantas vacas entre bosquecillos espaciados de árboles altos, en tanto que canastillas de arbustos, de rododendros, de celindas y de bolas de nieve abombaban sus matas, de tonos verdes desiguales, en el trazado curvo del camino enarenado. Un río pasaba bajo un puente; a través de la bruma, se divisaban unas edificaciones techadas de bálago, dispersas por el prado, que dos lomas cubiertas de bosques y de cuesta poco empinada bordeaban; y, por detrás, entre los macizos, se alineaba en dos filas paralelas lo que quedaba del antiguo castillo ya derruido: las cocheras y las cuadras.

El coche de Charles se detuvo delante de la escalinata central; aparecieron unos criados; el marqués se adelantó y, ofreciendo el brazo a la mujer del médico, la condujo al vestíbulo.

El suelo era de baldosas de mármol; el techo, muy alto; y el ruido de los pasos, como el de las voces, retumbaba igual que en una iglesia. Enfrente, subían unas escaleras rectas y, a la izquierda, una galería que daba al jardín llevaba a la sala de billar; el choque de las bolas de marfil se oía nada más entrar. Según la cruzaba para ir al salón, Emma vio alrededor de la mesa a unos hombres de cara circuns-



pecta, que apoyaban la barbilla en corbatas altas, todos ellos condecorados, y que sonreían en silencio dando impulso al taco de billar. En las paredes forradas de madera oscura había, en los fillos de unos marcos dorados, nombres escritos en letras negras. Leyó: «Jean-Antoine d'Andervilliers d'Yverbonbille, conde de La Vaubyessard y barón de La Fresnaye, muerto en la batalla de Coutras, el 20 de octubre de 1587». Y, en otro: «Jean-Antoine-Henry-Guy d'Andervilliers de La Vaubyessard, almirante de Francia y caballero de la Orden de San Miguel, herido en la batalla de La Hougue-Saint-Vaast el 20 de mayo de 1692, muerto en La Vaubyessard el 23 de enero de 1693». Apenas se vislumbraban los siguientes nombres, porque al caer la luz de las lámparas encima del billar, flotaba por el aposento una penumbra. Oscurecía los lienzos horizontales y se quebraba contra ellos en finas aristas, siguiendo las grietas del barniz; y de todos esos cuadros grandes y negros, enmarcados en oro, asomaban, acá y acullá, algunas zonas más claras de la pintura, una frente pálida, dos ojos que lo miraban a uno, unas pelucas que caían por los hombros empolvados de las casacas rojas, o la hebilla de una liga en la parte de arriba de una pantorrilla rolliza.

El marqués abrió la puerta del salón: se levantó una de las señoras (la marquesa en persona), salió al encuentro de Emma y la hizo sentar a su lado en un confidente, donde se puso a hablarle amistosamente, como si la conociese de hacía mucho. Era una mujer de unos cuarenta años, de hombros hermosos, nariz aquilina y voz lánguida, que llevaba esa noche, sobre el pelo castaño, una sencilla pañoleta de guipur que le caía por detrás formando un triángulo. Una muchacha joven y rubia estaba a su lado, en una silla de respaldo alto; y unos caballeros, que llevaban una florecita en la solapa del frac, charlaban con las señoras en torno a la chimenea.

Sirvieron la cena a las siete. Había más hombres que mujeres y éstos se sentaron en la primera mesa, en el vestíbulo, y las señoras en la segunda, en el comedor, con los marqueses.

Emma notó al entrar que la envolvía un aire cálido, mezcla de la fragancia de las flores y de los manteles suntuosos, del aroma de las carnes y del olor de las trufas. Las velas de los candelabros estiraban las llamas sobre el fondo de las tapaderas abombadas de plata; los cristales tallados, cubiertos de un vaho mate, entrecruzaban rayos pálidos; había una hilera de flores de punta a punta de la mesa y en los platos, de cenefas anchas, las servilletas, dobladas en forma de

mitra, contenían, en ambos huecos de los dobleces, sendos paneillos ovalados. Las patas rojas de los bogavantes asomaban de las fuentes; fruta de buen tamaño se apilaba, sobre una base de musgo, en cestas caladas; las codornices tenían plumas, las fuentes humeaban; y, con medias de seda y calzón corto, con guirindola y más serio que un juez, el maestresala, alargando entre los hombros de los comensales las fuentes con las viandas ya cortadas, les servía con la cuchara el trozo elegido. Encima de la estufa de porcelana de buen tamaño con molduras de cobre una estatua de mujer envuelta en un manto hasta el cuello miraba inmóvil la estancia repleta de gente.

La señora Bovary se fijó en que varias señoras no habían metido los guantes en la copa¹.

Entretanto, en la cabecera de la mesa, solo entre todas esas mujeres, inclinado sobre el plato lleno y con la servilleta anudada al cuello como un niño, comía un anciano y le caían de la boca gotas de salsa. Tenía el filo de los ojos encarnado y llevaba una coletita atada con una cinta negra. Era el suegro del marqués, el anciano duque de Laverdière, que había sido favorito del conde de Artois en los tiempos de las cacerías de Le Vedreuil, en las posesiones del marqués de Conflans, y que fue, a lo que decían, amante de la reina María Antonieta entre el señor de Coigny y el señor de Lauzun. Había llevado una vida de escandaloso desenfreno, repleta de duelos, de apuestas y de mujeres raptadas; se gastó toda su fortuna y tuvo en vilo a toda la familia. Detrás de la silla, un criado le nombraba en voz alta, al oído, las fuentes que señalaba con el dedo, tartamudeando; y a Emma se le iban los ojos sin querer, continuamente, hacia ese hombre viejo de labios colgantes, como si fuera algo extraordinario y augusto. ¡Había vivido en la corte y había dormido en la cama de las reinas!

Sirvieron vino de champaña helado. A Emma le pasó un escalofrío por toda la piel al notar ese frío en la boca. Nunca había visto granadas ni comido piñas tropicales. Incluso el azúcar molido le pareció más blanco y más fino que en otros sitios.

Luego, las señoras subieron a sus habitaciones para vestirse para el baile.

Emma se arregló con la concienzuda meticulosidad de una actriz que debuta. Se arregló el pelo como se lo había aconsejado el pelu-

¹ Y, en consecuencia, se les podía servir vino.



quero y se puso el vestido de barés que estaba extendido encima de la cama. A Charles le apretaban los pantalones en la barriga.

—Las trabillas van a ser un estorbo para bailar —dijo.

—¿Bailar? —repitió Emma.

—Sí.

—Pero ¿es que has perdido la cabeza? Se reirían de ti. No te muevas de donde estés. Además es más decoroso para un médico —añadió.

Charles se calló. Paseaba arriba y abajo mientras esperaba que Emma acabase de arreglarse.

La veía por detrás, en el espejo, entre dos candelabros. Los ojos negros parecían más negros. Los bandós, que se abombaban algo encima de las orejas, brillaban con un destello azul; en el moño, una rosa temblaba en el extremo del tallo flexible, con gotas de agua artificiales en la punta de las hojas. Llevaba un vestido azafrán claro con el adorno de tres ramos de rosas de pitiminí mezcladas con ramitas verdes.

Charles se acercó para darle un beso en el hombro.

—¡Quita, que me arrugas el vestido! —dijo ella.

Se oyó un ritornelo de violín y el sonido de una trompa de caza. Bajó las escaleras conteniéndose para no correr.

Ya habían empezado las cuadrillas. Iba llegando gente y había empujones. Emma se quedó en un asiento corrido cerca de la puerta.

Al acabar la cuadrilla, quedó libre la pista de baile para los grupos de hombres que charlaban de pie y los criados de librea que traían grandes bandejas. En la fila de mujeres sentadas, se movían los abanicos pintados, los ramos tapaban a medias la sonrisa de los rostros y los pomos con tapón de oro giraban en manos a medio abrir cuyos guantes blancos marcaban la forma de las uñas y oprimían la carne en la muñeca. Los adornos de encaje, los broches de diamante, las pulseras de medallón temblaban en el cuerpo de los vestidos, centelleaban en los pechos, susurraban en los brazos al aire. En el pelo, bien pegado a la frente y recogido en la nuca llevaban, en coronas, en racimos o en ramas, miosotis, jazmines, flores de granado, espigas o acianos. Tranquilas en sus asientos, madres de cara hosca llevaban turbantes rojos.

A Emma le latió algo el corazón cuando con su pareja, que le llevaba cogida la punta de los dedos, se puso en fila y esperó a que el violín atacase para empezar. Pero no tardó en desaparecer la emo-

ción; y, balanceándose al ritmo de la orquesta, se deslizaba hacia delante con leves movimientos del cuello. Le subía una sonrisa a los labios al oír determinadas florituras del violín, que a veces tocaba solo cuando callaban los demás instrumentos; se oía el ruido claro de los luses de oro que caían, en la estancia de al lado, en los tapetes de las mesas; luego volvía toda la orquesta a tocar a un tiempo; el cornetín alzaba la voz, muy sonoro; los pies caían al compás; las faldas se hinchaban y se rozaban; las manos se unían y se separaban; los mismos ojos, tras bajar la mirada, volvían a clavarse en los de la pareja.

Unos cuantos hombres (alrededor de quince), entre veinticinco y cuarenta años, repartidos entre los bailarines o charlando en el vano de las puertas, destacaban entre el gentío porque se parecían entre sí pese a las diferencias de edad, de atuendo o de cara.

Llevaban ropa mejor cortada que parecía de un paño más flexible; y también parecían más finas las pomadas que les lustraban el pelo, peinado con rizos en las sienas. Tenían el cutis de los ricos, ese cutis blanco que se realza con la palidez de la porcelana, los tornasoles del raso, el barniz de los muebles caros, y que mantiene sano un régimen de alimentos exquisitos. El cuello se les movía a gusto dentro de unas corbatas bajas; las patillas, largas, caían sobre cuellos vueltos; se limpiaban los labios con pañuelos bordados con un monograma de buen tamaño y de los que salía un perfume exquisito. Los que estaban empezando a envejecer parecían jóvenes, mientras que cierta madurez se extendía por el rostro de los jóvenes. En sus miradas indiferentes flotaba el sosiego de las pasiones cotidianamente satisfechas; y, a través de los modales suaves, se transparentaba esa violencia brutal que se adquiere cuando se dominan esas cosas no del todo fáciles con las que la voluntad se ejercita y juega la vanidad: el manejo de los caballos de raza y el trato con las mujeres perdidas.

A tres pasos de Emma, un bailarín de frac azul charlaba de Italia con una mujer joven y pálida que llevaba un aderezo de perlas. Ponderaban el grosor de los pilares de San Pedro, Tívoli, el Vesubio, Castellamare y Le Cascine, las rosas de Génova y el Coliseo a la luz de la luna. Con el otro oído, Emma escuchaba una conversación repleta de palabras que no entendía. Rodeaban a un muchacho muy joven quien, la semana anterior, había ganado a Miss Arabelle y a Romulus y se había embolsado dos mil luses saltando un foso en Inglaterra. Había uno que se quejaba de que sus corredores engordaban; y otro, de las erratas de impresión que habían alterado el nombre de su ca-



ballo.

El aire del baile era agobiante; las lámparas palidecían. La gente se iba yendo a la sala de billar. Un criado se subió a una silla y rompió dos cristales; al ruido del vidrio roto, la señora Bovary volvió la cabeza y divisó en el jardín, pegadas a las ventanas, caras de campesinos que estaban mirando. Entonces le vino el recuerdo de Les Bertaux. Volvió a la casa de labor, a la charca enfangada, a su padre con blusón bajo los manzanos, y volvió a verse a sí misma, quitando con el dedo la nata a la leche en los cacharros de barro de la lechería. Pero, con los resplandores de la hora presente, su vida pasada, tan nítida hasta entonces, se desvanecía entera; y casi le entraba la duda de haberla vivido. Estaba allí; y alrededor del baile no había ya más que sombra, que cubría todo lo demás. Estaba tomando en ese momento un helado al marrasquino, que sujetaba con la mano izquierda en una concha de plata sobredorada, y entornaba los ojos con la cuchara entre los dientes.

A una señora, a su lado, se le cayó el abanico. Pasaba un bailarín.

—¿Tendría la amabilidad, caballero —dijo la señora—, de tener a bien recogerme el abanico, que está detrás de ese sofá?

El caballero se agachó y, mientras alargaba el brazo, Emma vio la mano de la señora, que era joven, echándole en el sombrero algo blanco doblado en triángulo. El caballero recobró el abanico y se lo devolvió a la señora respetuosamente; ella le dio las gracias con un ademán de la cabeza y se puso a oler el ramo que llevaba.

Después de la cena de madrugada, en que sirvieron muchos vinos de España y del Rin, cremas de cangrejo y leche de almendra, puddings Trafalgar y todo tipo de fiambres con gelatinas que temblaban en los platos, los coches, uno tras otro, empezaron a irse. Alzando una esquina del visillo de muselina, se veía pasar, resbalando por la oscuridad, la luz de sus faroles. Los asientos corridos se fueron vaciando; aún quedaban unos cuantos jugadores; los músicos se refrescaban los dedos con la punta de la lengua; Charles estaba medio dormido, con la espalda apoyada en el marco de una puerta.

A las tres de la mañana empezó el cotillón. Emma no sabía bailar el vals. Todo el mundo bailaba, incluso la señorita de Andervilliers y la marquesa; solo quedaban ya los huéspedes del palacio, una docena de personas.

En esto, uno de los bailarines, a quien llamaban familiarmente «vizconde», y cuyo chaleco, muy escotado, parecía moldeado sobre

el pecho, se acercó a la señora Bovary para sacarla a bailar otra vez, asegurándole que la llevaría y saldría airosa de la prueba.

Empezaron despacio; luego fueron más deprisa. Daban vueltas, todo daba vueltas a su alrededor, las lámparas, los muebles, las paredes forradas de madera, y el suelo de tarima, igual que un disco en un eje. Al pasar cerca de las puertas, el vestido de Emma le arañaba el pantalón a su pareja; las piernas de uno se metían entre las del otro; él bajaba la vista para mirarla, y ella la alzaba para mirarlo; la invadía un entumecimiento y se detuvo. Volvieron a empezar y, moviéndose más deprisa, el vizconde se la llevó y desapareció con ella hasta el final de la galería, donde Emma, jadeante, estuvo a punto de caerse y, por un momento, le apoyó la cabeza en el pecho. Luego, sin dejar de dar vueltas, pero más despacio, condujo a Emma a su sitio; ella se dejó caer hacia atrás, contra la pared, y se tapó los ojos con la mano.

Cuando los volvió a abrir, en el centro del salón una señora, sentada en un taburete, tenía delante a tres bailarines de rodillas. Escogió al vizconde y el violín volvió a tocar.

Los miraban. Pasaban y volvían, ella sin mover el cuerpo y con la barbilla baja, y él siempre en la misma postura, metiendo la cintura, con el codo arqueado y sacando los labios. ¡Ésa sí que sabía bailar el vals! Siguieron bailando mucho rato y dejaron rendidos a todos los demás.

Hubo todavía un rato de charla, y después de despedirse, o, más bien, de darse los buenos días, los huéspedes del palacio se fueron a la cama.

Charles se arrastraba agarrado a la barandilla; no se aguantaba de pie. Se había pasado cinco horas seguidas a pie firme delante de las mesas, viendo jugar al whist sin enterarse de nada. Así que soltó un hondo suspiro de satisfacción cuando se quitó las botas.

Emma se echó un chal por los hombros, abrió la ventana y se puso de codos en ella.

La noche era oscura. Caían unas gotas de lluvia. Aspiró el viento húmedo que le refrescaba los párpados. Aún le zumbaba la música del baile en los oídos y hacía esfuerzos por seguir despierta y prolongar la ilusión de aquella vida lujosa que tendría que abandonar dentro de un rato.

Empezó a amanecer. Miró mucho rato las ventanas del palacio, intentando adivinar cuáles eran las habitaciones de todas las personas en quienes se había fijado la víspera. Le habría gustado enterarse



de su vida, entrar en ella, mezclarse con ellas.

Pero tiritaba de frío. Se desnudó y se acurrucó entre las sábanas, pegada a Charles, que estaba dormido.

El almuerzo estuvo muy concurrido. Duró diez minutos; no sirvieron ningún licor, cosa que extrañó al médico. Luego, la señorita de Andervilliers recogió los trozos de brioche en una cestita para llevárselos a los cisnes del estanque; y fueron a pasear a la estufa, donde plantas raras con pelos como pinchos se escalonaban en pirámides bajo jarrones colgados de los que, igual que de nidos de serpientes demasiado llenos, salían por los bordes cordones largos y verdes trenzados. El invernadero de naranjos, que estaba al final, conducía, bajo techado, hasta las dependencias de palacio. El marqués, para entretener a la joven, la llevó a ver las cuadras. Encima de los pesbres en forma de cestas, en unas placas de porcelana, estaban escritos en letras negras los nombres de los caballos. Todos los animales rebullían en sus compartimentos cuando alguien pasaba por su lado chasqueando la lengua. El suelo de tarima del guadarnés relucía a la vista como el de un salón. Los arneses de los coches, en el centro, estaban en dos columnas giratorias, y los bocados, los látigos, los estribos y las barbadas colgaban en fila por toda la pared.

Entretanto, Charles fue a rogar a un criado que le enganchara el coche. Lo trajeron ante la escalinata y, tras meter todos los paquetes, el matrimonio Bovary presentó sus cumplidos a los marqueses; y salieron para Tostes.

Emma, silenciosa, miraba girar las ruedas. Charles, en el filo del asiento corrido, guiaba, separando los brazos, y el caballito amblaba al trotar, entre los varales, que le venían anchos. Las riendas flojas le golpeaban la grupa, y allí las humedecía la espuma; y la caja atada en la parte trasera iba pegando en la caja del coche con golpes fuertes e irregulares.

Iban por las alturas de Thibourville cuando se encontraron de frente, de pronto, con unos jinetes que se reían, con un puro en la boca. A Emma le pareció reconocer al vizconde; se dio la vuelta y solo vio en el horizonte el movimiento de las cabezas que subían y bajaban a la cadencia desigual del trote o del galope.

Tras recorrer un cuarto de legua, tuvieron que detenerse para reparar con una cuerda el cejadero, que se había roto.

Pero Charles, según le echaba la última ojeada al arnés, vio algo en el suelo entre las patas del caballo; y recogió una cigarrera ribe-

teada de seda verde y con un escudo en el centro, como la portezuela de una carroza.

—Si hasta hay dos puros dentro —dijo—; los dejo para esta noche, después de cenar.

—Pero ¿tú fumas? —preguntó Emma.

—A veces, cuando se tercia.

Se metió el hallazgo en el bolsillo y azotó al caballo.

Cuando llegaron a casa, no estaba preparada la cena. La señora se enfadó. Nastasie se insolentó.

—¡Váyase! —dijo Emma—. Esto es una tomadura de pelo. Está despedida.

Había de cena sopa de cebolla con un trozo de vaca con acederas. Charles, sentado frente a Emma, dijo, frotándose las manos con expresión de felicidad:

—¡Qué gusto da volver a casa!

Oían llorar a Nastasie. Charles le tenía cierto cariño a aquella pobre mujer. Tiempo ha, le había hecho compañía muchas veladas, en los ratos vacíos de la viudedad. Había sido su primera paciente y era la persona de la comarca a quien conocía desde hacía más tiempo.

—¿La has despedido en serio? —dijo por fin.

—Sí. ¿Quién me lo impide? —contestó ella.

Se quedaron luego al amor de la lumbre de la cocina mientras les preparaba la habitación. Charles se puso a fumar. Lo hacía frunciendo los labios hacia fuera, escupiendo continuamente, echándose hacia atrás a cada bocanada.

—Te va a sentar mal —dijo ella, desdeñosamente.

Él soltó el puro y fue corriendo a la bomba de agua para tomarse un vaso de agua fría. Emma cogió la cigarrera y la metió de prisa en lo hondo del armario.

¡Qué largo fue el día siguiente! Anduvo por el jardincillo, yendo y viniendo por los mismos paseos, parándose delante de las platabandas, de las espalderas, del cura de escayola, mirando estupefacta todas esas cosas de antes que tan conocidas le eran. ¡Qué lejos le parecía ya el baile! ¿Quién ponía tanta distancia entre la mañana de anteayer y la tarde de hoy? El viaje a La Vaubyessard le había abierto un agujero en la vida, igual a esas grietas hondas que a veces forma una tormenta, en solo una noche, en las montañas. Pero se resignó: guardó con veneración en la cómoda el vestido bonito e incluso los zapatos de raso, cuya suela se había puesto amarilla con la cera res-



baladiza del parquet. A su corazón le pasaba lo mismo: el roce de la riqueza le había echado encima algo que ya no se borraría nunca.

Acordarse de ese baile fue, pues, una ocupación para Emma. Cada vez que volvía a ser miércoles, se decía, al despertarse: «¡Ay, allí estaba yo hace ocho días... hace quince días... hace tres semanas!». Y poco a poco, las caras se le fueron confundiendo en la memoria, se le olvidó la música de las contradanzas, dejó de ver con la misma claridad las libreas y los aposentos; algunos detalles se le fueron, pero le quedó la añoranza.



Capítulo IX





A menudo, cuando Charles no estaba, iba a sacar del armario, de entre los dobleces de la ropa blanca, donde la había metido, la cigarrera de seda verde.

La miraba, la abría, e incluso olfateaba el olor del forro, una mezcla de verbena y tabaco. ¿De quién era? Del vizconde. A lo mejor era un regalo de su amante. La habían bordado en un bastidor de palisandro, un mueble muy bonito escondido a las miradas, que había tenido ocupada muchas horas a la costurera ensimismada y sobre el que se habían inclinado sus ondas sueltas. Había cruzado una ráfaga de amor por los agujeros del cañamazo; todas las puntadas habían hincado en él una esperanza o un recuerdo y todos esos hilos de seda entrelazados no eran sino la continuidad de esa misma pasión callada. Y, luego, el vizconde una mañana se la había llevado. ¿De qué hablaban mientras la cigarrera estaba en las repisas anchas de las chimeneas, entre los jarrones de flores y los relojes Pompadour? Emma estaba en Tostes y él, ahora, estaba en París. ¡Allí! ¿Cómo era París? ¡Qué nombre desmedido! Se lo repetía a media voz porque le agradaba: le sonaba en los oídos como la campana mayor de una catedral, le resplandecía ante los ojos incluso en la etiqueta de los tarros de pomada.



Por las noches, cuando los pescadores pasaban bajo la ventana en sus carretas, cantando *La Marjolaine*, se despertaba; y, al oír el ruido de las ruedas herradas que, en las afueras de la población, no tardaba en amortiguar el suelo de tierra, se decía:

—¡Mañana estarán allí!

Y los iba siguiendo con el pensamiento, subiendo y bajando cuestras, cruzando pueblos, pasando por el camino real a la luz de las estrellas. Al cabo de una distancia inconcreta, había siempre un lugar confuso donde expiraba el sueño.

Se compró un plano de París y, con la yema del dedo, recorría la ciudad en el mapa. Subía por los bulevares, parándose en todas las esquinas, entre las líneas de las calles, delante de los cuadrados blancos que representan las casas. Cuando por fin se le cansaba la vista, cerraba los párpados y veía cómo, en las tinieblas, se retorcián en el viento las llamas de los faroles de gas, y había calesas cuyos estribos bajaban ruidosamente ante los peristilos de los teatros.

Se suscribió a *La Corbeille*, publicación femenina, y a *Le Sylphe des Salons*. Leía ávidamente, sin saltarse nada, todas las reseñas de los estrenos, de las carreras y de los saraos; se interesaba por el debut de una cantante, por la inauguración de una tienda. Estaba al tanto de las modas nuevas, de la dirección de los buenos sastres, de los días en que había que ir al bosque de Boulogne o a la Ópera. Estudió, en los libros de Eugène Sue, descripciones de muebles; leyó a Balzac y a George Sand buscando saciar con la imaginación sus avideces personales. Incluso se sentaba a la mesa con el libro de turno y pasaba las hojas mientras Charles comía y le hablaba. El recuerdo del vizconde volvía continuamente en esas lecturas. Lo relacionaba con los personajes de ficción. Pero ese círculo, en cuyo centro estaba, se fue ensanchando poco a poco, y el nimbo, al irse apartando de su figura, se extendió más allá para iluminar otros sueños.

París, más impreciso que el océano, espejeaba, pues, ante los ojos de Emma, en un ambiente bañado en oro. La vida múltiple que se movía en aquel tumulto estaba, no obstante, dividida en partes, clasificada en cuadros diferentes. Emma solo vislumbraba dos o tres, que le tapaban todo lo demás y se bastaban para mostrar la humanidad completa. El mundo de los embajadores caminaba por tarimas relucientes en salones con las paredes forradas de espejos, alrededor de mesas ovaladas que cubría un tapete de terciopelo con cenefas doradas. Había en él vestidos de cola, misterios tremendos, angustias

disimuladas tras sonrisas. Venía luego la sociedad de las duquesas; la gente era pálida y se levantaba a las cuatro de la tarde; las mujeres, tan angelicales ellas, llevaban punta de Inglaterra en el filo de las enaguas, y los hombres, de prendas ignoradas tras una apariencia externa fútil, mataban a correr a sus caballos para divertirse, iban a pasar el verano a Baden y, cuando rondaban los cuarenta, se casaban por fin con ricas herederas. En los reservados de los restaurantes donde se cena pasadas las doce de la noche, reía, a la luz de las velas, la muchedumbre abigarrada de los literatos y las actrices. Ésos eran pródigos como reyes, repletos de ambiciones ideales y de delirios fantásticos. Era una existencia por encima de las demás, entre el cielo y la tierra, entre tormentas, algo sublime. En cuanto al resto del mundo, se hallaba perdido, sin lugar concreto, como si no existiera. Por lo demás, cuanto más cerca tenía Emma las cosas, más apartaba de ellas el pensamiento. Cuanto tenía cerca, cuanto la rodeaba, campo aburrido, clase media estúpida, mediocridad de la existencia, le parecía una excepción en el mundo, una casualidad particular que la tenía atrapada, mientras que, más allá, se extendía hasta perderse de vista el país inmenso de las dichas y las pasiones. Confundía, en su anhelo, las sensualidades del lujo con las alegrías del corazón, la elegancia de las costumbres con la exquisitez de los sentimientos. ¿Acaso no precisaba el amor, igual que las plantas indias, terrenos abonados y una temperatura especial? Así que los suspiros a la luz de la luna, los prolongados abrazos, las lágrimas que ruedan por las manos que consienten en entregarse, todas las calenturas de la carne y las languideces del cariño no iban, pues, separadas del balcón de los palacios grandes que rebosan ocio y diversiones, de un tocador con estores de seda y una alfombra muy gruesa, de jardineras llenas a rebosar, de una cama encima de una tarima, ni del centelleo de las piedras preciosas y de los cordones de las libreas.

El mozo de la casa de postas, que iba todas las mañanas a almorzar a la yegua, cruzaba por el pasillo calzado con zuecos bastos; tenía agujereado el blusón y no llevaba nada en los pies debajo de las pantuflas. ¡Tal era el groom de calzón corto con el que había que conformarse! Al acabar la tarea no volvía ya en todo el día, porque Charles, al regresar, metía personalmente al caballo en la cuadra, lo desensillaba y le ponía el ronzal mientras la criada traía un haz de heno y lo metía como podía en el pesebre.

Para sustituir a Nastasie (que se fue por fin de Tostes llorando a

lágrima viva), Emma tomó a su servicio a una muchacha de catorce años, huérfana y de fisonomía dulce. Le prohibió los gorros de algodón, le enseñó que a la señora se le hablaba en tercera persona, a traer un vaso de agua en un plato, a llamar a las puertas antes de entrar, y a planchar, a almidonar y a vestirla; quiso convertirla en doncella suya. La criada nueva obedecía sin rechistar para que no la despidiesen; y, como la señora solía dejar puesta la llave del aparador, Félicité cogía todas las noches una racioncita de azúcar que se comía a solas en la cama después de rezar.

Por las tardes, a veces, iba a charlar enfrente con los postillones. La señora pasaba el tiempo arriba, en sus habitaciones.

Llevaba una bata abierta, que permitía ver entre las solapas, de una sola pieza, una camisola plisada con tres botones dorados. De cinturón usaba un cordón con borlas grandes y las zapatillitas, de color granate, tenían un manojito de cintas anchas que llegaban hasta el empeine. Se había comprado un secante, un estuche para las plumillas y el lacre, un palillero y sobres, aunque no tenía a nadie a quien escribir; le quitaba el polvo a la estantería, se miraba en el espejo, cogía un libro y luego, soñando entre líneas, lo dejaba descuidadamente en las rodillas. Le apetecía hacer viajes o volverse a vivir al convento. Ansiaba a la vez morir y vivir en París.

Charles, nevase o lloviese, iba a caballo por los atajos. Comía tortillas en la mesa de la cocina de las casas de labor, metía el brazo en camas húmedas, le daba en la cara el chorro tibio de las sangrías, oía estertores, examinaba palanganas, remangaba mucha ropa interior sucia; pero todas las noches se encontraba el fuego encendido, la mesa puesta, unos muebles muelles y una mujer bien arreglada, encantadora y con un aroma rozagante que no se sabía de dónde venía ni tampoco se sabía si era la piel la que le perfumaba la camisa.

Lo embelesaba con gran cantidad de exquisiteces: a veces una forma nueva de fabricarles a las velas arandelas de papel, otra algún volante que le cambiaba al vestido o el nombre extraordinario de un plato muy sencillo y que a la criada no le había salido bien, pero que Charles se comía entero con mucho gusto. Emma vio en Ruán a unas señoras que llevaban en el reloj un racimo de colgantes; compró colgantes. Quiso tener encima de la chimenea dos jarrones grandes de cristal azul; y, poco después, un neceser de marfil con un dedal de plata sobredorada. Cuanto menos entendía Charles esos refinamientos, más lo seducían. Añadían un toque al placer de sus

sentidos y a lo acogedor de su casa. Era como un polvillo de oro que le enarenaba de punta a cabo el caminito de la vida.

Gozaba de buena salud, tenía buen aspecto; su reputación estaba del todo asentada. Los campesinos le tenían cariño porque no tenía ínfulas. Hacía carantoñas a los niños, no entraba nunca en la taberna y, además, inspiraba confianza por su sentido de la ética. Acertaba sobre todo al tratar los catarros y las enfermedades del pecho. Como tenía mucho miedo a matar a la clientela, Charles, efectivamente, no recetaba más que cocimientos calmantes, algún emético de vez en cuando, un baño de pies o unas sanguijuelas. Y no es que no se atreviese con la cirugía: sangraba en abundancia a los pacientes, como si fueran caballos, y tenía un puño de hierro para sacar muelas.

De remate, para seguir estando al día, se suscribió a La Colmena Médica, una publicación nueva cuyo folleto había recibido. Leía un ratito después de cenar; pero, con la habitación caldeada y, además, la digestión, se dormía a los cinco minutos; y allí se quedaba, con la barbilla apoyada en ambas manos y el pelo, suelto como unas crines, colgando hasta el pie de la lámpara. Emma lo miraba y se encogía de hombros. ¿Por qué no tenía al menos por marido a uno de esos hombres de pasiones taciturnas que andan metidos en los libros por las noches y lucen por fin, a los sesenta años, cuando llega la edad del reuma, un pasador con condecoraciones en el frac negro y mal cortado? Le habría gustado que el apellido Bovary, que era el suyo, fuese famoso y verlo expuesto en las librerías, repetido en los diarios, conocido en Francia entera. ¡Pero Charles no era ambicioso! Un médico de Yvetot, con quien había celebrado consulta hacía poco, lo humilló un tanto junto a la mismísima cama del enfermo y ante la familia reunida. Cuando Charles le contó por la noche la anécdota, Emma se puso como una fiera con el colega. Charles se enterneció. Le dio un beso en la frente y se le escapó una lágrima. Pero la exasperación de ella era por vergüenza; sentía ganas de pegarle, se fue al pasillo para abrir la ventana y respiró el aire fresco para calmarse.

—¡Qué pobre hombre! ¡Qué pobre hombre! —decía por lo bajo, mordiéndose los labios.

Dicho sea de paso, Charles la irritaba más cada vez. Según iba pasando el tiempo, parecía más basto; cortaba, al llegar al postre, el corcho de las botellas vacías: después de comer, se pasaba la lengua por los dientes; al tomar la sopa, soltaba un cloqueo con cada sorbo; como estaba engordando, era como si los carrillos inflados le empu-



jaran los ojos, ya pequeños de por sí, hacia las sienas.

Emma, a veces, le remetía por dentro del chaleco el filo rojo de la ropa de punto, le arreglaba la corbata o daba de lado los guantes con el color comido que estaba a punto de ponerse; y no lo hacía por él, como pensaba Charles, sino por sí misma, por una manifestación de egoísmo, por irritación nerviosa. A veces le hablaba también de las cosas que había leído, como, por ejemplo, de un pasaje de una novela, de una obra de teatro nueva, o de una anécdota de la alta sociedad que contaban en un relato por entregas, pues, a fin de cuentas, era una persona, un oído siempre dispuesto a atender, una aprobación siempre a punto. ¡Emma le hacía muchas confidencias a su galguita! Se las habría hecho a los leños de la chimenea y al péndulo del reloj.

En lo más hondo, no obstante, esperaba algún acontecimiento. Como los marineros naufragados, paseaba por la soledad de su vida unos ojos desesperados, buscando a lo lejos alguna vela blanca entre las brumas del horizonte. No sabía cuál iba a ser aquel azar, qué viento lo llevaría hasta ella, hacia qué orilla la conduciría, si sería una barca o un navío de tres puentes, cargado de angustias o colmado de felicidad hasta las portillas. Pero todas las mañanas, al despertarse, tenía la esperanza de que llegase aquel día, y escuchaba todos los ruidos, se ponía de pie sobresaltada, se asombraba de que no llegase; luego, al ponerse el sol, cada vez más triste, deseaba que llegase la mañana siguiente.

Volvió la primavera. Con los primeros calores, al florecer los perales, le entraron ahogos.

Ya desde los primeros días de julio contó con los dedos cuántas semanas faltaban para que llegase el mes de octubre, pensando que quizá el marqués de Andervilliers daría otro baile en La Vaubyessard. Pero transcurrió todo el mes de septiembre sin cartas ni visitas.

Tras el disgusto de esta decepción, se le quedó otra vez el corazón vacío; y volvió a empezar entonces aquella serie de días iguales.

¡Así que en adelante pasarían así los días, en fila, siempre los mismos, incontables, sin traer nada consigo! En las demás existencias, por muy vulgares que fuesen, había al menos la oportunidad de algún acontecimiento. De una aventura nacían a veces infinitas peripecias, y el telón de fondo cambiaba. Pero a ella no le pasaba nada. ¡Así lo había dispuesto Dios! El porvenir era un pasillo completamente a oscuras y, al fondo, solo había un puerta bien cerrada.

Dejó la música. ¿Para qué tocar? ¿Quién iba a escucharla? Ya

que nunca iba a poder, con un vestido de terciopelo de manga corta, pulsar, en un concierto y en un piano de Érard, las teclas de marfil con dedos ligeros y notar cómo circulaba en torno a ella, igual que una brisa, un susurro de éxtasis, no merecía la pena el fastidio de estudiar. No sacaba ya del armario las carpetas de dibujo y los cañamazos. ¿Para qué? ¿Para qué? Coser le irritaba.

—Lo he leído todo —se decía.

Y se dedicaba a meter las tenazas en el fuego hasta ponerlas al rojo o a mirar cómo llovía.

¡Qué triste estaba los domingos cuando tocaban a vísperas! Oía sonar, con atención pasmada, los toques de la campana cascada. Un gato caminaba despacio por los tejados y arqueaba el lomo bajo los rayos pálidos del sol. El viento, en el camino real, levantaba ristras de polvo. A lo lejos, a veces, aullaba un perro: y la campana, a intervalos iguales, seguía con aquel toque monótono que se perdía en el campo.

Pero ya salían de la iglesia. Las mujeres con zuecos lustrosos, los campesinos con blusón nuevo, los niños que iban brincando delante de ellos con la cabeza al aire, todos se volvían a su casa. Y, hasta la noche, cinco o seis hombres, siempre los mismos, se quedaban jugando al chito delante de la puerta principal de la fonda.

El invierno fue frío. Todas las mañanas los cristales estaban cubiertos de cierzo y la luz, blanquecina al cruzar por ellos, como si estuvieran esmerilados, no cambiaba a veces en todo el día. Había que encender la lámpara a las cuatro de la tarde.

Cuando hacía sol, bajaba al jardín. El rocío había dejado en las coles guipures de plata de hebras largas y claras que iban de una a otra. No se oían pájaros, todo parecía dormir: las espalderas, tapadas con paja, y la parra, como una serpiente grande y enferma bajo la albardilla de la tapia, por donde podían verse correr, al acercarse, cochinillas de muchas patas. Entre las piceas, cerca del seto, el cura con sombrero de tres picos que leía el breviario se había quedado sin el pie derecho e, incluso, la escayola, al desconcharse con las heladas, le dejaba una sarna blanca en la cara.

Volvió a subir, luego, cerraba la puerta, desparramaba las ascuas y, desfalleciendo con el calor del hogar, notaba que el hastío se le venía encima, aún más pesado. De buena gana habría bajado a charlar con la criada, pero la contenía cierto pudor.

Todos los días a la misma hora, el maestro, con gorro de seda



negra, abría los postigos de su ventana; y el guarda rural pasaba, con el sable por encima del blusón. A última hora de la tarde y por la mañana, los caballos de la oficina de postas, de tres en tres, cruzaban la calle para ir a beber a la charca. De vez en cuando repicaba la campanilla en la puerta de una taberna y, cuando hacía viento, se oía el chirrido, en sus dos varillas, de las bacías de cobre en miniatura que hacían las veces de rótulo a la barbería, cuya decoración consistía en la lámina vieja de un figurín pegada en uno de los cristales y en un busto de cera femenino con el pelo amarillo. También el peluquero se dolía de su vocación frustrada, de su porvenir perdido y, soñando con un establecimiento en una capital grande, como Ruán, por ejemplo, en el puerto, junto al teatro, se le iba el día en pasear arriba y abajo, del ayuntamiento a la iglesia, adusto, esperando a la clientela. Cuando la señora Bovary alzaba la vista, siempre lo veía allí, como un centinela de guardia, con el gorro griego caído encima de la oreja y la chaqueta de sempiterna.

De vez en cuando, por las tardes, aparecía una cabeza de hombre tras los cristales de la ventana de la sala, una cara atezada con patillas morenas que sonreía despacio con sonrisa amplia y dulce de dientes blancos. En el acto empezaba un vals y, encima del organillo, en un saloncito, unos danzarines del tamaño de un dedo, mujeres con turbantes color de rosa, tirolese con chaquetas, monos con fracs negros, señores de calzón corto, daban vueltas y más vueltas entre los sillones, los sofás y las consolas, repetidos en los trozos de espejos que unía, en las esquinas, una franja estrecha de papel dorado. El hombre daba vueltas al manubrio mirando a derecha e izquierda, hacia las ventanas. De vez en cuando, al tiempo que escupía contra el mojón un chorro largo de saliva oscura, alzaba con la rodilla el instrumento, cuya correa dura le pesaba en el hombro; y, a veces doliente y cansina y otras jubilosa y precipitada, la música salía de la caja zumbando a través de una cortinilla de tafetán rosa, bajo una rejilla de cobre en forma de arabesco. Eran melodías que tocaban en los teatros de otros lugares, que cantaban en los salones, que bailaban por las noches bajo arañas encendidas, ecos del mundo que llegaban hasta Emma. Zarabandas inacabables se le devanaban en la cabeza y, como una bayadera en las flores de una alfombra, le brincaba el pensamiento con las notas y se iba columpiando de sueño en sueño, de pena en pena. Cuando el hombre había recogido las limosnas en la gorra, tapaba el organillo con una manta vieja de lana azul, se lo

echaba a la espalda y se alejaba con paso cansado. Emma lo miraba irse.

Pero era sobre todo a la hora de las comidas cuando no podía ya aguantar más en aquella salita de la planta baja, donde la estufa humeaba, la puerta chirriaba, el agua rezumaba de las paredes y el suelo estaba húmedo; le parecía que tenía servida en el plato toda la amargura de la existencia y, según humeaba el cocido, le subía del fondo del alma algo así como otras bocanadas de insipidez. Charles tardaba mucho en comer; ella mordisqueaba unas avellanas o, apoyada en el codo, se entretenía haciendo rayas en el hule con la punta del cuchillo.

Ahora tenía la casa dejada de la mano de Dios, y la madre del señor Bovary, cuando vino a pasar parte de la Cuaresma a Tostes, se quedó muy extrañada con aquel cambio. Efectivamente, Emma, tan primorosa antes y tan exquisita, se pasaba ahora días enteros sin vestirse, llevaba medias de algodón gris y se alumbraba con velas. Repetía que había que ahorrar, ya que no eran ricos, y añadía que estaba muy contenta y era muy feliz y que Tostes le gustaba mucho, y otras novedades que le cerraban la boca a su suegra. Por lo demás, Emma no parecía ya dispuesta a tener en cuenta los consejos de ésta: en una ocasión, incluso, en que a la madre del señor Bovary se le ocurrió afirmar que los amos tenían que velar por la religiosidad de sus criados, le contestó con una mirada tan airada y una sonrisa tan fría que la buena mujer no volvió a las andadas.

A Emma se le estaba poniendo un carácter difícil y caprichoso. Pedía que le preparasen platos especiales para ella y los dejaba sin tocar; un día nada más bebía leche sola y, al siguiente, decenas de tazas de té. Se empeñaba con frecuencia en no salir; pero luego se ahogaba en casa, abría las ventanas, se ponía un vestido fino. Primero trataba mal a la criada y, luego, le hacía regalos o la enviaba a que se diera una vuelta por casa de las vecinas; también les daba a veces a los pobres toda la calderilla que llevaba en la bolsa, y eso que no era bondadosa ni le llegaba fácilmente la emoción de los demás, como les sucede a la mayoría de las personas que descienden de campesinos, a quienes les queda siempre en el alma algo de las callosidades de las manos paternas.

A finales de febrero, Rouault fue en persona, en recuerdo de su curación, a llevarle a su yerno una pava espléndida, y se quedó tres días en Tostes. Como Charles andaba con sus enfermos, Emma le



hizo compañía. Fumó en el dormitorio, escupió en los morillos, habló de cultivos, de aves de corral y de los concejales del ayuntamiento, con el resultado de que, cuando se fue, Emma cerró la puerta con un sentimiento de satisfacción que la dejó extrañada a ella misma. Por lo demás, no ocultaba ya el desprecio ni por nada ni por nadie; y, a veces, se ponía a expresar opiniones singulares, criticando lo que a la gente le parecía bien y aprobando cosas perversas o inmorales, con lo que su marido se quedaba con los ojos como platos.

¿Iba a durar siempre aquel infortunio? ¿No conseguiría salir de él? ¿Y, sin embargo, valía tanto como todas las que vivían dichosas! Había visto duquesas en La Vaubyessard que tenían la cintura menos fina y modales más vulgares; y aborrecía la injusticia de Dios; apoyaba la cabeza en las paredes para llorar; envidiaba las vidas tumultuosas, las noches de bailes de máscaras, los placeres insolentes que debían proporcionar todas esas emociones de las que no sabía nada.

Tenía mal color y palpitaciones. Charles le dio valeriana y baños de alcanfor. Todo cuanto probaban con ella parecía irritarla más aún.

Algunos días charlaba por los codos febrilmente; tras esa exaltación llegaban de pronto unos entumecimientos en los que dejaba de hablar y de moverse. Lo que la reanimaba en esos casos era echarse por los brazos un frasco de agua de Colonia.

Como no dejaba de quejarse de Tostes, Charles dio en pensar que el motivo de su enfermedad era, seguramente, alguna influencia local y, aferrándose a esa idea, pensó muy en serio en ir a afincarse a otro sitio.

En vista de eso, Emma se puso a beber vinagre para adelgazar, le entró una tosecilla seca y perdió el apetito por completo.

A Charles le costaba irse de Tostes después de llevar allí cuatro años precisamente cuando empezaba a estar bien situado. ¡Claro que si no quedaba más remedio! La llevó a Ruán, a que la viera su antiguo profesor. Era una enfermedad nerviosa: tenía que cambiar de aires.

Tras mirar acá y acullá, Charles se enteró de que había en el distrito de Neufchâtel un pueblo grande llamado Yonville-l'Abbaye, cuyo médico, un refugiado polaco, acababa de levantar el campo la semana anterior. Le escribió entonces al boticario del lugar para enterarse de cuántos vecinos había, a qué distancia estaba el colega más cercano, cuánto ganaba al año su antecesor, etcétera. Y, como las respuestas fueron satisfactorias, resolvió mudarse en primavera si la salud de Emma no mejoraba.

Un día en que ésta, en previsión de esa mudanza, estaba ordenando un cajón, se pinchó los dedos con algo. Era un alambre de su ramo de novia. Los capullos de azahar estaban amarillos de polvo y las puntas de las cintas de raso, ribeteadas de plata, se estaban deshilachando. Lo arrojó al fuego. Prendió más deprisa que la paja seca. Fue luego como una zarza roja en las cenizas, cada vez más consumida. Miró cómo se quemaba. Las bayas menudas de cartón explotaban, los alambres de latón se retorcían, el galón se derretía; y las corolas de papel, encogidas y columpiándose por la placa como mariposas negras, salieron al fin volando por la chimenea.

Cuando se fueron de Tostes, en el mes de marzo, la señora Bovary estaba encinta.





Segunda
Parte





Capítulo I





Yonville-l'Abbaye (así llamado por una antigua abadía de capuchinos cuyas ruinas ya no existen) es un pueblo grande a ocho leguas de Ruán, entre la carretera de Abbeville y la de Beauvais, al final de un valle que riega el Rieule, un río pequeño que desemboca en el Andelle después de haber hecho girar tres molinos por la zona de la desembocadura y en el que hay unas cuantas truchas que los mozos se entretienen en pescar con caña los domingos.

Hay que dejar el camino real en La Boissière y seguir por terreno llano hasta la cuesta de Les Leux, desde cuya cima se avista el valle. El río que lo cruza lo convierte en algo semejante a dos zonas de aspecto diferente: toda la parte de la izquierda consiste en herbazales, y toda la de la derecha en sembrados. Los prados se prolongan al pie de un burlete de colinas bajas y van a juntarse, por detrás, con los pastos de la comarca de Bray, mientras que, por el este, la llanura sube suavemente, se ensancha y extiende, hasta perderse de vista, sus trigales rubios. El agua, que fluye al filo de la hierba, separa con una raya blanca el color de los prados y el de los surcos, por lo que el campo parece un gabán grande, desplegado, con un cuello de terciopelo.



pelo verde que remata un galón de plata.

Al llegar, se ven de frente, en la línea del horizonte, los robles del bosque de Argenteuil con las escarpaduras de la cuesta de Saint-Jean, que rayan de arriba abajo unos rastros rojos, largos y desiguales; son huellas de la lluvia y esos tonos de color ladrillo, que destacan como hilillos delgados sobre el gris de la montaña, se deben a la gran cantidad de manantiales ferruginosos que fluyen más allá, en la comarca aledaña.

Estamos en los confines de Normandía, de Picardía y de Île-de-France, región bastarda con lengua sin acento de la misma forma que el paisaje no tiene peculiaridades. Es aquí donde hacen los peores quesos de Neufchâtel de todo el distrito y, además, salen muy caros los cultivos porque se requiere mucho estiércol para abonar estas tierras poco consistentes repletas de arena y guijarros.

Hasta 1835 no existía carretera transitable que llevase a Yonville; pero por esas fechas se creó un camino vecinal que une la carretera de Abbeville con la de Amiens y que utilizan a veces los carreteros que van de Ruán a Flandes. No obstante, Yonville-l'Abbaye sigue en estado estacionario, pese a las nuevas salidas. En vez de mejorar los cultivos, se empecinan en los pastos, por muy devaluados que estén, y el pueblo, perezoso, desviándose del llano, ha seguido la tendencia natural de crecer hacia el río. Podemos verlo de lejos, tendido cuan largo es, siguiendo la orilla, como un pastor de vacas que duerme la siesta junto al agua.

En la parte baja de la cuesta, pasado el puente, empieza una calzada plantada de tiemblos que lleva en línea recta hasta las primeras casas de la zona. Las rodean unos setos y se alzan entre corrales llenos de edificaciones dispersas, lagares, cobertizos para los carros y destilerías, diseminadas bajo los árboles frondosos con escaleras, varas y hoces enganchadas en las ramas. Los tejados de paja, iguales a gorros de piel echados encima de los ojos, bajan más o menos hasta la tercera parte de las ventanas bajas, cuyos cristales gruesos y abombados tienen en el centro un nudo, igual que si fueran culos de botella. Se aferra a veces a la pared de yeso, que cruzan en diagonal unos ristreles negros, algún peral raquítico, y, en las puertas de las plantas bajas, hay unas cancillas giratorias para defenderlas de los pollitos, que acuden a picotear en el umbral migas de pan negro empapado en sidra. Pero los corrales van estrechándose, las viviendas están menos distanciadas, los setos desaparecen; una brazada de helechos se

columpia bajo una ventana en la punta de un mango de escoba; viene luego la fragua de un herrador y, a continuación, un carpintero de carros que tiene fuera dos o tres carretas nuevas que invaden la calzada. Después, a través de una cerca calada, aparece una casa blanca detrás de un redondel de césped que adorna un Amor que se lleva un dedo a los labios; en ambos extremos de la escalinata de la fachada hay dos jarrones de fundición; en la puerta relucen unas placas; es la casa del notario, la más bonita de la comarca.

La iglesia está del otro lado de la calle, veinte pasos más allá, a la entrada de la plaza. El cementerio pequeño que la rodea, y que cierra una tapia a media altura, está tan repleto de tumbas que las lápidas viejas, a ras del suelo, forman un enlosado continuo donde la hierba ha dibujado espontáneamente cuadros verdes regulares. La iglesia la volvieron a hacer nueva en los últimos años del reinado de Carlos X. La bóveda de madera se está empezando a pudrir por arriba y, de trecho en trecho, hay grietas negras en la pintura azul. Encima de la puerta, donde debería estar el órgano, hay una tribuna para los hombres, con una escalera de caracol que retumba con los zuecos.

La luz del día, al entrar por las vidrieras lisas, ilumina de lado los bancos, perpendiculares a la pared, que tapiza a trechos una esterilla clavada debajo de la que pone, con letras grandes: «Banco del señor Fulano de Tal». Más allá, en el punto en que se estrecha la nave, el confesionario hace pareja con una imagen pequeña de la Virgen, con vestido de raso, tocada con un velo de tul salpicado de estrellas de plata y con los pómulos tan arrebolados como un ídolo de las islas Sandwich; para terminar, una copia de La Sagrada Familia, donación del ministro del Interior, que preside el altar mayor, entre cuatro candelabros, cierra, al fondo, la perspectiva. No se llegaron a pintar los asientos del coro, de madera de pino.

El mercado de abastos, es decir, un tejado de tejas colocado sobre unos veinte postes, ocupa él solo más o menos la mitad de la plaza mayor de Yonville. El ayuntamiento, construido según los dibujos de un arquitecto de París, es algo así como un templo griego que hace esquina, pared por medio con la casa del boticario. Tiene, en la planta baja, tres columnas jónicas y, en el primer piso, una galería con arcos de medio punto, mientras que el tímpano que lo remata lo ocupa por completo un gallo galo que pone una pata en la Carta y sujeta con la otra la balanza de la justicia.

Pero ¡lo que más llama la atención es, frente por frente con la



fonda El León de Oro, la botica del señor Homais! Sobre todo por la noche, cuando está encendido el quinqué y los tarros rojos y verdes que engalanan el escaparate alargan por el suelo sus dos luces de color; en esas ocasiones, a través de esas luces, como entre fuegos de Bengala, se entrevé la sombra del boticario acodado en su atril de pie. El edificio está, de arriba abajo, forrado de letreros en letra inglesa, redonda, de molde: «Aguas de Vichy, de Seltz y de Barèges, arropes depurativos, específico Raspail, racahut de los árabes, pastillas Darcet, unguento Regnault, vendas, baños, chocolates terapéuticos, etcétera». Y en el rótulo, tan largo como la fachada del comercio, pone en letras de oro: «Farmacia Homais». Luego, al fondo de la botica, detrás de las grandes balanzas selladas en el mostrador, reza «laboratorio» encima de una puerta acristalada que, a media altura, vuelve a repetir «Homais» en letras de oro sobre fondo negro.

Y ya no hay nada más que ver en Yonville. La calle (la única), que no llega más allá del alcance de un tiro de escopeta y que flanquean unos cuantos comercios, se para en seco en el recodo de la carretera. Si la dejamos a la derecha y vamos siguiendo por la parte baja la cuesta de Saint-Jean, no tardamos en llegar al cementerio.

Cuando el cólera, tiraron un trozo de tapia para ampliarlo y compraron otros tres acres de tierra colindantes; pero toda esa parte nueva está casi despoblada; las tumbas, como antaño, siguen agolpándose por las inmediaciones de la puerta. El guarda, que es también enterrador y sacristán de la iglesia (y les saca así a los cadáveres de la parroquia doble beneficio), aprovechó ese terreno vacío para plantar patatas. De año en año, no obstante, se le va quedando más pequeño el modesto sembrado y, cuando se declara una epidemia, no sabe ya si alegrarse de las defunciones o apenarse por las sepulturas.

—¡Se alimenta usted de muertos, Lestiboudois! —acabó por decirle un día el párroco.

Esta frase tan sombría le dio que pensar; lo dejó durante una temporada; pero hoy en día sigue cultivando esos tubérculos suyos e incluso afirma, con descaro, que nacen espontáneamente.

Desde los acontecimientos que vamos a referir, nada ha cambiado efectivamente, en Yonville. La bandera tricolor de hojalata aún gira en lo alto del campanario de la iglesia; en la tienda de novedades siguen tremolando al viento los dos banderines de indiana; los fetos del boticario, como bultos de yesca blanca, se corrompen cada vez más en el alcohol cenagoso y, encima de la puerta principal de la

fonda, el antiguo león de oro, al que han comido el color las lluvias, sigue exhibiendo ante los transeúntes sus rizos de caniche.

La noche en que el matrimonio Bovary tenía que llegar a Yonville, la patrona de la fonda, la viuda Lefrançois, estaba tan atareada que sudaba a chorros mientras andaba ajetreada entre las cazuelas. Al día siguiente había mercado en el pueblo. Había que tener cortadas las carnes, limpiar los pollos, hacer sopa y café. Además de dar de comer a sus huéspedes fijos, tenía que contar con el médico, su mujer y su criada; en el billar retumbaban las carcajadas; tres molineros, en la sala pequeña, llamaban para que les llevaran aguardiente; la leña ardía, las brasas chisporroteaban y, en la larga mesa de la cocina, entre los cuartos de cordero crudo, se alzaban pilas de platos que se estremecían con las sacudidas del tajo en que estaban picando espinacas. Se oía chillar en el gallinero a las aves a las que perseguía la criada para cortarles el pescuezo.

Un hombre con zapatillas de cuero verde, un tanto picado de viruelas y tocado con un gorro de terciopelo con borla de oro, se calentaba la espalda apoyado en la chimenea. No llevaba en la cara sino la satisfacción que sentía por su persona y parecía vivir tan despreocupado como el jilguero que le colgaba encima de la cabeza en una jaula de mimbre: era el boticario.

—¡Artémise! —decía a voces la patrona de la fonda—. ¡Parte leña menuda, llena las jarras, sirve aguardiente, date prisa! ¡Si al menos supiera qué darles de postre a esos señores a los que está usted esperando! ¡Santísimo cielo, ya están otra vez metiendo escándalo en el billar los de la mudanza! ¡Y se han dejado la carreta en la puerta principal! ¡La Golondrina es capaz de volcarla al llegar! ¡Llama a Polyte para que la meta en la cochera!... ¡Y pensar, señor Homais, que desde esta mañana pueden haber jugado quince partidas y tomado ocho jarras de sidra!... Pero si es que me van a romper el paño —seguía diciendo mientras los miraba de lejos con la espumadera en la mano.

—No llegaría la sangre al río —contestó el señor Homais—; ya compraría usted otra mesa.

—¡Otra mesa de billar! —exclamó la viuda.

—Pero si es que ésa ya no se tiene de pie, señora Lefrançois; se lo tengo dicho, ¡se perjudica usted! ¡Se perjudica mucho! Y además ahora los aficionados quieren troneras estrechas y tacos que pesen más. Ya no se llevan las carambolas. ¡Todo ha cambiado! ¡Hay que ir con los tiempos! Y, si no, fijese en Tellier...



La hospedera se puso roja de rabia. El boticario añadió:

—Por mucho que usted diga, su mesa de billar es más bonita que la suya. Y como a alguien se le ocurra, por ejemplo, organizar una competición patriótica a beneficio de Polonia o de las inundaciones de Lyon...

—¡No serán los pobretones como él quienes me metan miedo! —interrumpió la hospedera encogiéndose de hombros—. ¡Ande, ande, señor Homais, mientras exista El León de Oro vendrá aquí la gente! ¡Nosotros sí que tenemos buenas reservas! ¡Mientras que el día menos pensado verá usted como amanece cerrado el Café Francés y con un buen cartel en los postigos!... Cambiar yo la mesa de billar —seguía diciendo para su colete —; con lo bien que me viene para acomodar la colada. ¡Y hasta seis viajeros he puesto a dormir encima en la temporada de caza!... ¡Y ese zángano de Hivert que no llega!

—¿Lo espera para la cena de los señores? —preguntó el boticario.

—¿Que si lo espero? ¡Y al señor Binet también! Ya verá usted como entra en dando las seis, porque no hay otro como él en este mundo para la puntualidad. ¡Y siempre tiene que tener su sitio en la sala pequeña! ¡Antes lo matarías que conseguir que cenase en otro lugar! ¡Y los ascos que le hace a todo! ¡Y lo exigente que es para la sidra! No como el señor Léon, que llega a veces a las siete; e incluso a las siete y media, y ni se fija en lo que come. ¡Qué muchacho tan agradable! Nunca levanta la voz.

—Es que hay mucha diferencia, ya sabe usted, entre alguien que ha tenido una buena educación y un carabinero retirado que ahora es recaudador.

Dieron las seis. Entró Binet.

Vestía una levita azul que le caía recta por su propio peso en torno al cuerpo flaco; y, de la gorra de cuero, con las orejas recogidas en la coronilla con unos cordones, asomaba, bajo la visera levantada, una frente calva hundida por el uso habitual del casco. Llevaba un chaleco de paño negro, un cuello de estambre, un pantalón gris y, en todas las estaciones del año, unas botas lustrosas con dos bultos paralelos, los dedos salientes de los pies. Ni un pelo le sobresalía de la sotabarba rubia que, siguiendo la línea de la mandíbula, le enmarcaba, como la bordura de un parterre, la cara alargada e inexpresiva de ojos pequeños y nariz corva. Muy ducho en todos los juegos de cartas, buen cazador y con muy buena letra, tenía en casa un torno donde se entretenía haciendo servilleteros, de los que tenía atestada

la vivienda con celo de artista y egoísmo burgués.

Se encaminó hacia la sala pequeña; pero antes hubo que sacar de allí a los tres molineros; y, mientras ponían la mesa, Binet no se movió de su lugar junto a la estufa; luego, cerró la puerta y se quitó la gorra, como solía.

—¡No es que gaste mucha saliva en cortesías! —dijo el boticario en cuanto se quedó a solas con la hospedera.

—Nunca es más charlatán —contestó ésta—. Estuvieron aquí la semana pasada dos viajeros de paños, unos muchachos graciosísimos que contaban por las noches un montón de chistes que me mataban de risa; bueno, pues ahí se quedaba ése, como si le hubieran comido la lengua, sin decir ni pío.

—Sí —dijo el boticario—. ¡Ni imaginación ni salidas, nada de lo que distingue a un hombre de mundo!

—Y eso que dicen que tiene posibles —replicó la hospedera.

—¿Posibles? —contestó el señor Homais—. ¡Él! ¿Posibles? Bueno, en lo suyo a lo mejor —añadió con tono más sosegado. Y siguió diciendo—: ¡Vamos, que un negociante que tiene relaciones importantes, que un jurisconsulto, que un médico, que un farmacéutico anden tan absortos que se vuelvan fantasiosos e incluso algo huraños lo puedo entender. ¡Se citan rasgos así en las anécdotas! Pero es, al menos, porque piensan en algo. ¡A mí, por ejemplo, cuántas veces me ha ocurrido que he buscado la pluma por la mesa para escribir una etiqueta y, en definitiva, resultó que me la había puesto en la oreja!

Pero la señora Lefrançois se fue hasta el umbral para ver si llegaba La Golondrina. Se sobresaltó. Un hombre vestido de negro entró de repente en la cocina. Se vislumbraba, con las postreras luces del crepúsculo, que era de cara rubicunda y cuerpo atlético.

—¿Qué se le ofrece, señor párroco? —preguntó la patrona de la fonda mientras alcanzaba de encima de la chimenea uno de los candeleros de cobre que había allí en fila con sus respectivas velas—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un dedito de casis, un vaso de vino?

El clérigo rehusó con mucha educación. Venía a buscar el paraguas, que se le había olvidado hacía unos días en el convento de Ernemont, y, tras rogarle a la señora Lefrançois que se lo mandase a la rectoría en el curso de la velada, se marchó para ir a la iglesia, donde estaba sonando el Ángelus.

Cuando el boticario dejó de oír en la plaza el ruido de los zapatos del párroco, opinó que se había portado de forma muy incorrecta.



Aquella negativa a aceptar un refrigerio le parecía una hipocresía repugnante; todos los curas empinaban el codo cuando no los veían e intentaban volver a implantar los tiempos del diezmo.

La hospedera salió en defensa de su párroco:

—Y además cascaría cuatro como usted encima de una rodilla. El año pasado ayudó a nuestros mozos a guardar el heno; ¡cargaba hasta con seis gavillas a la vez de lo fuerte que es!

—¡Espléndido! —dijo el boticario—. ¡Manden, manden a sus hijas que vayan a confesar con mocetones de ese temple! Si yo fuera el gobierno, propondría que les hicieran una sangría a los curas todos los meses. ¡Sí, señora Lefrançois, todos los meses una buena flebotomía en interés del orden cívico y de las buenas costumbres!

—¡Calle, señor Homais! ¡Es usted un hereje! ¡No tiene religión!

El boticario contestó:

—¡Tengo una religión, mi religión, y tengo incluso más que todos esos, con sus farsas y sus charlatanerías! ¡Adoro a Dios, antes bien! ¡Creo en el Ser Supremo, en un Creador, fuere quien fuere, poco me importa, que nos puso en este mundo para cumplir con nuestros deberes de ciudadanos y de padres de familia; pero ¡no necesito ir a una iglesia, ni besar una fuente de plata, ni engordar con mi dinero a un montón de cuentistas que comen mucho mejor que nosotros! Porque podemos honrarlo igual en un bosque, en un campo, o incluso contemplando la bóveda etérea, como hacían los antiguos. ¡Mi Dios es el Dios de Sócrates, el de Franklin, el de Voltaire y el de Béranger! ¡Soy partidario de la *Profesión de fe del vicario saboyano*¹ y de los inmortales principios de 1789! Así que no admito a un Dios compadre que se ande paseando por sus parterres con el bastón en la mano, meta a sus amigos en el vientre de las ballenas, muera dando voces y resucite pasados tres días, cosas todas ellas absurdas y completamente contrarias, por lo demás, a las leyes de la física; lo cual nos demuestra, de paso, que los sacerdotes siempre se han estado pudriendo estancados en una ignorancia infame en la que se esforzaban en que naufragasen, junto con ellos, los pueblos.

Calló, buscando con la vista un público, pues, en su efervescencia, el boticario se había creído por un momento en una reunión del ayuntamiento. Pero la patrona de la fonda ya había dejado de escu-

charlo; prestaba oído a un rumor lejano de ruedas. Se oyó el ruido de un coche mezclado con el golpeteo de unas herraduras flojas que pegaban contra el suelo y La Golondrina se detuvo al fin delante de la puerta.

Consistía en una caja amarilla montada en dos ruedas de gran tamaño que, al subir hasta la altura de la baca, impedían a los viajeros ver el camino y les manchaban los hombros. Los cristales pequeños de los montantes estrechos vibraban en los armazones cuando el coche iba cerrado y tenían aquí y allá, entre la capa antigua de polvo, manchas de barro que ni siquiera las lluvias de tormenta lavaban del todo. Llevaba un tiro de tres caballos, dos detrás y uno delante; y, al bajar las cuestas, con el traqueteo pegaba en el suelo.

Unos cuantos vecinos de Yonville se presentaron en la plaza; hablaban todos al tiempo, pidiendo noticias, explicaciones y cestos; Hivert no sabía a quién atender. Era el encargado de hacer los recados de la comarca en la capital. Iba a las tiendas, llevaba rollos de cuero al zapatero, chatarra al herrador, un barril de arenques a la patrona; traía gorros de la tienda de la modista y tupés del peluquero; y por todo el camino, según volvía, repartía los paquetes, que tiraba por encima de las cercas de los corrales, de pie en el pescante, y voceando a pulmón herido mientras los caballos seguían solos.

Lo había retrasado un accidente: la galguita de la señora Bovary había huido a campo traviesa. Le estuvieron silbando un cuarto de hora. E Hivert incluso retrocedió media legua, pues le parecía divisarla cada poco; pero hubo que seguir adelante. Emma lloró, se enfadó; le echó a Charles la culpa de la desgracia. El señor Lheureux, comerciante de tejidos, que iba con ella en el coche, intentó consolarla con buen número ejemplos de perros perdidos que reconocían a su amo al cabo de muchos años. Se hablaba de uno, decía, que volvió de Constantinopla a París. Otro recorrió cincuenta leguas en línea recta y cruzó a nado cuatro ríos; y su propio padre había tenido un caniche que, tras doce años de ausencia, le saltó encima por la espalda una noche, en plena calle, cuando iba a cenar fuera.

¹ Texto que figura en el libro IV de *Émile* (1762), de Jean-Jacques Rousseau.



Capítulo II





La primera en bajar fue Emma; luego, Félicité, el señor Lheureux y un ama de cría; y hubo que despertar a Charles, que se había quedado dormido como un tronco en un rincón en cuanto se hizo de noche.

Homais se presentó; ofreció sus respetos a la señora, le dijo finezas al señor, manifestó que estaba encantado de haber podido serles de cierta ayuda y añadió, con expresión cordial, que había tenido el atrevimiento de invitarse, dado que, además, su mujer estaba fuera.

Cuando la señora Bovary entró en la cocina, se acercó a la chimenea. Pellizcó el vestido con dos dedos a la altura de las rodillas y, tras subirlo así hasta los tobillos, alargó hacia las llamas, por encima del asado que daba vueltas, el pie calzado con una botina negra. El fuego la iluminaba por completo, le calaba con luz cruda la trama del vestido, los poros homogéneos del cutis blanco e incluso los párpados, que entornaba a ratos. La recorría un intenso fulgor rojo a tenor de la ráfaga de viento que entraba por la puerta entornada.

Desde el otro lado de la chimenea, un joven de melena rubia la miraba en silencio.

Como se aburría mucho en Yonville, donde era pasante en la notaría del señor Guillaumin, el señor Léon Dupuis (pues él era el otro



parroquiano habitual de El León de Oro) retrasaba con frecuencia la hora de la cena, con la esperanza de que llegase a la fonda algún viajero con quien charlar durante la velada. Los días en que se le acababa la tarea, no le quedaba más remedio, pues no se le ocurría qué otra cosa hacer que llegar puntual y tener que comer, desde la sopa hasta el queso, cara a cara con Binet. Aceptó, pues, con satisfacción, la propuesta de la hostelera de cenar con los recién llegados y pasaron todos a la sala grande, donde la señora Lefrançois había mandado, ceremoniosamente, que pusieran mesa para cuatro.

Homais pidió permiso para no quitarse el gorro griego, por temor a los catarros.

Luego, volviéndose a su vecina de mesa, le preguntó:

—¿La señora debe de estar seguramente un tanto cansada? ¡Nuestra Golondrina da unos tumbos tan espantosos!

—Es cierto —repuso Emma—. Pero siempre me divierte el cambio; me gusta ir a otros sitios.

—¡Resulta tan tedioso vivir clavado en el mismo lugar! —suspiró el pasante.

—Si tuviera que pasarse la vida a caballo como yo... —dijo Charles.

—Sin embargo —añadió Léon, dirigiéndose a la señora Bovary—, nada hay más agradable, me parece. Cuando se puede —añadió.

—Por lo demás —decía el boticario—, el ejercicio de la medicina no resulta excesivamente penoso en esta comarca nuestra; porque el estado de las carreteras permite ir en cabriolé y suele cobrarse bastante porque nuestros labriegos son gente acomodada. En cuestiones médicas, tenemos, aparte de los casos ordinarios de enteritis, bronquitis, dolencias biliosas, etcétera, algunas fiebres intermitentes en temporada de siega, pero, en resumidas cuentas, poca cosa de cuidado, nada especial que destacar, a no ser muchos humores fríos que dependen seguramente de las deplorables condiciones higiénicas de nuestras viviendas campesinas. ¡Ah! Se encontrará usted con muchos prejuicios contra los que tendrá que luchar, señor Bovary; muchas cabezonadas rutinarias contra las que tropezarán a diario todos los esfuerzos de su ciencia; porque aún se echa mano de las novenas, de las reliquias, del cura, en vez de ir, como es natural, a ver al médico o al farmacéutico. Y eso que el clima no puede decirse seriamente que sea malo y contamos incluso en el municipio con unos cuantos nonagenarios. El termómetro (lo tengo estudiado) baja en

invierno hasta los cuatro grados, y en la estación de más calor llega a los veinticinco grados centígrados, o a los treinta como mucho, lo que nos da un máximo de veinticuatro grados Réaumur o, dicho de otro modo, cincuenta y cuatro grados Fahrenheit (medida inglesa) ¡y ni un grado más! Y es que, efectivamente, nos protege de los vientos del norte el bosque de Argueil, por un lado; y, por otro, la cuesta de Saint-Jean de los vientos del oeste; y este calor, no obstante, que, por causa del vapor de agua que se desprende del río y de la presencia, muy abundante en los prados, del ganado, que suelta, como es bien sabido, mucho amoniaco, es decir, nitrógeno, hidrógeno y oxígeno (y no nitrógeno e hidrógeno nada más) que, chupando el mantillo de la tierra, mezcla todas esas emanaciones diversas, hace con ellas un haz, por decirlo de alguna manera, y combinándose espontáneamente con la electricidad que está en la atmósfera, cuando la hay, podría a la larga, como en los países tropicales, engendrar miasmas insalubres, este calor, decía, lo templan oportunamente, por el lado de donde viene, o más bien de donde podría venir, es decir, del sur, los vientos de sudoeste que, al refrescarse ellos solos al pasar por encima del Sena, nos llegan a veces de repente ¡como si fueran brisas de Rusia!

—¿Cuentan al menos con algunos lugares de paseo por los alrededores? —seguía diciendo la señora Bovary, hablándole al joven.

—Ah, muy pocos —respondió él—. Hay un lugar al que llaman el Pastizal, en la parte de arriba de la cuesta, a orillas del bosque. A veces voy los domingos y me quedo allí con un libro, mirando la puesta de sol.

—No hay nada que me parezca tan admirable como las puestas de sol —añadió ella—, pero sobre todo a orillas del mar.

—¡Ay, me encanta el mar! —dijo Léon.

—¿Y no le parece, además —replicó la señora Bovary—, que el pensamiento navega con mayor libertad por esa extensión sin límites, cuya contemplación eleva el alma y aporta ideales e ideas de infinito?

—Lo mismo sucede con los paisajes de montaña —siguió diciendo Léon—. Tengo un primo que anduvo viajando por Suiza el año pasado y que me decía que no puede uno figurarse la poesía de los lagos, el encanto de las cascadas, el efecto grandioso de los glaciares. Se ven pinos de un tamaño increíble, que cruzan los torrentes; cabañas colgadas sobre precipicios; y, mil pies más abajo de donde está uno,



valles enteros, cuando se abren un poco las nubes. ¡Espectáculos así tienen que entusiasmar, que predisponer a la oración, al éxtasis! Así que no me extraña ya lo de aquel músico famoso que, para que se le exacerbase más aún la imaginación, solía ir a tocar el piano ante algún paisaje imponente.

—¿Es usted músico? —preguntó ella.

—No, pero me gusta mucho la música —respondió Léon.

—¡Ah, no le haga caso, señora Bovary! —interrumpió Homais, inclinándose hacia su plato—. Es pura modestia. ¿Cómo, querido amigo? ¿No cantaba el otro día en su cuarto *El ángel de la guarda*¹ maravillosamente bien? Lo oía a usted desde el laboratorio; vocalizaba como un actor.

Léon, efectivamente, se alojaba en casa del boticario, donde ocupaba un cuartito del segundo piso que daba a la plaza. Se ruborizó con aquel elogio de su casero, que ya se había vuelto hacia el médico y le estaba enumerando, uno tras otro, a los principales vecinos de Yonville. Contaba anécdotas, daba informaciones; nadie sabía exactamente cuánto dinero tenía el notario, y estaba la casa Tuvache, donde siempre andaban con melindres.

Emma siguió diciendo:

—Y ¿qué música prefiere?

—Ah, la música alemana, la que hace soñar.

—¿Ha ido al teatro de Les Italiens?

—Aún no; pero iré el año que viene, cuando vaya a vivir a París para acabar los estudios de Derecho.

—Como estaba teniendo el gusto de decirle a su señor esposo —dijo el boticario— en lo referido a ese pobre Yanoda, que salió huyendo, va a encontrarse usted, gracias a las locuras que hizo, con una de las casas más confortables de Yonville. Lo que tiene más cómodo, sobre todo, para un médico, es una puerta que da al Paseo, que permite entrar y salir sin que lo vean a uno. Por lo demás, cuenta con todo lo que hace grato un hogar: lavadero, cocina con antecocina, salón familiar, huerto de frutales, etcétera. ¡Era un individuo que no se andaba con chiquitas! Había mandado edificar, al fondo del jardín, a la orilla del agua, un cenador pensado ex profeso para beber cerveza en verano, y, si a la señora le gusta cuidar el jardín, podrá...

—Mi mujer no le hace mucho caso —dijo Charles—; prefiere, por más que le recomiende que haga ejercicio, estarse siempre metida en su cuarto, leyendo.

—Igual que yo —repuso Léon—. ¿Hay, efectivamente, algo mejor que estar de noche junto al fuego con un libro mientras el viento golpea los cristales y está encendida la lámpara...?

—¿Verdad que sí? —dijo ella, clavándole los grandes ojos negros, abiertos de par en par.

—Uno no piensa en nada —seguía diciendo Léon—, las horas pasan. Nos paseamos sin movernos por comarcas que creemos ver y el pensamiento, unido a la ficción, se entretiene en detalles con los que va siguiendo el perímetro de las aventuras. Se mezcla con los personajes; nos parece que somos nosotros los que palpitanos dentro de sus ropas.

—¿Es verdad! ¡Es verdad! —decía ella.

—¿Se ha encontrado alguna vez —siguió diciendo Léon— en un libro con una idea inconcreta que había tenido antes, una imagen oscurecida que vuelve de lejos y es como la exposición completa de nuestra forma de sentir más impalpable?

—He sentido cosas así —contestó ella.

—Por eso —repuso él— me gustan sobre todo los poetas. Los versos me parecen más tiernos que la prosa y nos hacen llorar mucho más.

—Pero a la larga resultan cansados —contestó Emma—; y ahora, en cambio, me entusiasman las historias que se leen de un tirón y meten miedo. Aborrezco a los protagonistas vulgares y los sentimientos tibios como los que existen en la realidad.

—Desde luego —dijo el pasante—, obras así no llegan al corazón y, en mi opinión, se apartan de la meta auténtica del Arte. Es tan dulce, en medio de los desencantos de la vida, poder remitirse idealmente a caracteres nobles, a afectos puros y a espectáculos dichosos. En lo que a mí se refiere, no tengo otra distracción viviendo aquí, apartado del mundo. ¡Es que Yonville brinda tan pocos recursos!

—Como Tostes seguramente —añadió Emma—. Por eso nunca dejé de estar abonada a un gabinete de lectura.

—Si la señora quiere hacerme el honor de utilizarla —dijo el boticario, que acababa de oír esas últimas palabras—, tengo, personalmente, a su disposición una biblioteca que se compone de los autores más selectos, Voltaire, Rousseau, Delille, Walter Scott, L'Écho des

1 Romanza de 1835 cuya letra es un poema de Marceline Desbordes Valmore.



feuilletons, etcétera, y recibo, además, diversas hojas periódicas, entre ellas y a diario, El Fanal de Ruán, pues cuento con la ventaja de ser corresponsal suyo para las circunscripciones de Buchy, Forges, Neufchâtel, Yonville y alrededores.

Llevaban dos horas y media sentados a la mesa, pues Artémise, la criada, arrastraba indolentemente por los baldosines las zapatillas de orillo y traía los platos uno detrás de otro; se le olvidaba todo, no se preocupaba por nada y dejaba entornada continuamente la puerta del billar, el pico de cuyo pestillo pegaba contra la pared.

Léon, sin darse cuenta, había apoyado el pie, según charlaba, en uno de los travesaños de la silla en que estaba sentada la señora Bovary. Llevaba ésta una corbatita de seda azul enderezada, como si fuera una gola, por un cuello de batista encañonado; y, según como moviese la cabeza, la parte inferior de la cara se le hundía en la tela blanca o asomaba por ella despacio. Y así, juntos, mientras conversaban Charles y el boticario, se engolfaron en una de esas conversaciones inconcretas en las que el azar de las frases desemboca siempre en el núcleo inmóvil de una simpatía común. Espectáculos de París, títulos de novelas, bailes nuevos y aquel mundo que no conocían; Tostes, donde había vivido ella; Yonville, donde estaban; pasaron revista a todo, hablaron de todo hasta el final de la cena.

Cuando sirvieron el café, Félicité se fue para preparar el dormitorio en la casa nueva y no tardaron los comensales en levantar el campo. La señora Lefrançois dormía junto a las cenizas mientras el mozo de cuadra, con un farol en la mano, esperaba a los señores Bovary para llevarlos a su casa. Llevaba briznas de paja en la melena pelirroja y era cojo de la pierna izquierda. Cuando cogió con la otra mano el paraguas del párroco, echaron todos a andar. El pueblo dormía. Los postes del mercado de abastos tenían sombras largas. La tierra estaba muy gris, como en una noche de verano. Pero, como la casa del médico estaba a cincuenta pasos de la fonda, hubo que darse las buenas noches casi enseguida y el grupo se disolvió. Emma notó ya desde el vestíbulo que le caía en los hombros, como un paño húmedo, el frío del yeso. Las paredes estaban nuevas y los peldaños de madera crujieron. En el dormitorio, en el primer piso, entraba por las ventanas sin visillos una claridad blanquecina. Se vislumbraba la cima de unos árboles y, más allá, la pradera, medio hundida en la niebla, que humeaba a la luz de la luna siguiendo el curso del río. En medio de la estancia y manga por hombro, había cajones de cómoda,

botellas, varillas de visillos, unos palos dorados, junto con colchones encima de unas sillas y palanganas en el suelo de madera; los dos hombres que habían llevado los muebles lo habían dejado todo por ahí, descuidadamente. Era la cuarta vez que Emma dormía en un lugar desconocido. La primera vez fue el día en que ingresó en el convento; la segunda, al llegar a Tostes; la tercera, en La Vaubyessard; la cuarta era ésta; y todas ellas habían resultado ser en su vida algo así como el estreno de una etapa nueva. No creía que pudieran ocurrir las mismas cosas en sitios diferentes y, ya que la ración vivida había sido mala, seguramente la que quedaba por consumir sería mejor.





Capítulo III





A la mañana siguiente, al despertar, vio al pasante en la plaza. Emma estaba en salto de cama. Él alzó la cabeza y la saludó. Ella hizo una rápida inclinación de cabeza y cerró la ventana. Léon estuvo esperando todo el día a que diesen las seis de la tarde; pero, al entrar en la fonda, solo se encontró con el señor Binet sentado a la mesa.

La cena de la víspera había sido para él un acontecimiento de considerable importancia; nunca hasta entonces había conversado dos horas seguidas con una señora. ¿Cómo había conseguido exponerle, y expresándose de esa forma, tantas cosas que antes no habría dicho tan bien? Solía ser tímido y mostraba esa reserva que participa a la vez del pudor y del disimulo. En Yonville opinaban que tenía unos modales muy como es debido. Atendía a las personas de cierta edad cuando explicaban sus razones y no parecía exaltado en política, cosa notable en un hombre joven. Y además tenía varios talentos: pintaba acuarelas, sabía leer la clave de sol y gustaba de dedicarse a la literatura después de cenar cuando no jugaba a las cartas. El señor Homais le tenía consideración porque era culto; la señora Homais le tenía afecto porque era amable, pues muchas veces salía al jardín con los niños de la familia Homais, unos arrapiezos siempre tiznados, muy mal criados y un tanto linfáticos, como su madre. Se ocupaba de ellos, además de la criada, Justin, el aprendiz de la botica, un pri-



mo lejano del señor Homais que tenían recogido por caridad y hacía también las veces de sirviente.

El boticario resultó el vecino ideal. Puso al tanto a la señora Bovary en lo tocante a los proveedores, llamó ex profeso al que le vendía a él la sidra, probó personalmente la bebida y veló por que el barril quedase bien colocado en el sótano; le indicó también cómo conseguir una provisión de mantequilla a buen precio y llegó a un arreglo con Lestiboudois, el sacristán, quien, además de sus cometidos clericales y mortuorios, cuidaba los principales jardines de Yonville, cobrando por horas o por años, a gusto del cliente.

La necesidad de ocuparse de los demás no era lo único que movía al boticario a mostrar tanta obsequiosidad cordial; había un plan oculto.

Había infringido la ley de 19 de ventoso del año XI, artículo 1º, que prohíbe a todo el que no cuente con un título el ejercicio de la medicina; de forma tal que, por denuncias de tenebroso origen, el procurador de la corona había convocado a Ruán a Homais, para que se presentase en su despacho particular. El magistrado lo recibió de pie y ataviado con la toga, el armiño por los hombros y el birrete en la cabeza. Era por la mañana, antes de la audiencia. Se oía cómo recorrían el pasillo las botas recias de los gendarmes y un ruido lejano de cerraduras de gran tamaño que estaban cerrando. Al boticario le zumbaron los oídos como si le fuera a dar una congestión; vislumbró calabozos hondísimos, a su familia hecha un mar de lágrimas, la botica vendida y el botamen desperdigado; y no le quedó más remedio que entrar en un café y tomarse una copa de ron con agua de Seltz para reponerse.

Poco a poco, se le fue borrando el recuerdo de aquella reprimenda, y seguía, como antes, pasando consulta en la rebotica para casos inocuos. Pero el alcalde le tenía rencor y algunos colegas, envidia; había que temerse cualquier cosa; si se ganaba la voluntad del señor Bovary con finezas, se ganaría su gratitud, que le impediría hablar más adelante si se daba cuenta de algo. Así que todas las mañanas Homais le llevaba el periódico y frecuentemente, por las tardes, dejaba la botica un ratito para ir a charlar con el titulado en sanidad.

Charles estaba triste: los clientes no llegaban. Se quedaba sentado muchas horas sin hablar; se iba a dormir a su consulta o miraba coser a su mujer. Para distraerse se buscó en su casa un trabajo de mozo para todo e intentó incluso pintar el desván con unos restos que se

habían dejado los pintores. Pero el dinero lo tenía preocupado. Había gastado tanto en las obras de Tostes, en los vestidos de su mujer y en la mudanza que toda la dote, más de tres mil escudos, se había ido en dos años. Y además en el traslado de Tostes a Yonville se habían estropeado o perdido muchas cosas; y eso sin contar el cura de escayola, que se cayó del carro en un bache grandísimo y se hizo mil pedazos en los adoquines de Quincampoix!

Lo distrajo una preocupación menos ingrata, es decir, el embarazo de su mujer. Según se acercaba el momento en que iba a salir de cuentas, la iba queriendo cada vez más. Era el afianzamiento de otro vínculo de la carne y algo parecido a la sensación continua de una unión más compleja. Cuando la veía de lejos andar perezosamente y notaba cómo se le movía blandamente la cintura más arriba de las caderas sin corsé, cuando, sentados uno frente a otro, la miraba a sus anchas y ella, sentada, adoptaba posturas cansadas en el sillón, entonces la dicha de Charles era ya incontenible; se levantaba, la besaba, le pasaba las manos por la cara, la llamaba mamáita, quería sacarla a bailar, y soltaba, riendo a medias y llorando a medias, todo tipo de bromas tiernas que se le venían a la cabeza. La idea de haber engendrado le resultaba deleitosa. Ahora ya no carecía de nada. Conocía la existencia humana de cabo a rabo y se ponía de codos en la mesa de ese festín con temple sereno.

Emma se había quedado muy sorprendida al principio; luego deseó que llegase el momento del parto para saber qué era eso de ser madre. Pero, como no podía hacer las compras que le apetecían ni tener una cuna de balancín con dosel de seda de color de rosa ni gorritos bordados, renunció a la canastilla en un ataque de amargura y se la encargó toda de una vez a una operaria del pueblo, sin escoger ni discutir nada. No se entretuvo, pues, con esos preparativos en que va haciendo boca la ternura de una madre y es posible que su cariño quedase un tanto atenuado desde el principio.

No obstante, como Charles hablaba en todas las comidas del arrapiezo, empezó a pensar en él más seguido.

Quería un chico; sería fuerte y moreno y pensaba llamarlo Georges; y aquella idea de tener por hijo a un varón era como la revancha esperanzada de todas sus impotencias pasadas. Un hombre es libre, al menos; puede recorrer las pasiones y los países, franquear los obstáculos, hincarles el diente a las dichas más remotas. Pero a una mujer no le surgen sino impedimentos. Inerte y flexible al tiempo, tiene



en contra la apatía de la carne junto con la dependencia que impone la ley. La voluntad, como el velo del sombrero sujeto con un cordón, late al viento, sople de donde sople; hay siempre algún deseo que la arrastra y algún mandato del decoro que la sujeta.

Dio a luz un domingo, a eso de las seis de la mañana, según nació el sol.

—¡Es una niña! —dijo Charles.

Emma volvió la cabeza y se desmayó.

Casi en el acto, llegó la señora Homais y le dio un beso, y otro tanto hizo la dueña de El León de Oro. El boticario, como hombre discreto, le dio solo una enhorabuena profesional por la puerta entornada. Quiso ver a la criatura y le pareció de buena constitución.

Durante la convalecencia, Emma estuvo muy ocupada buscándole nombre a la niña. Pasó revista de entrada a todos lo que tenían terminación italiana, como Clara, Louisa, Amanda, Atala; también le gustaba bastante Galsuinde; y, más aún, Yseut o Léocadie. Charles quería que se llamase como su madre; Emma se oponía. Miraron el calendario de punta a cabo y consultaron a las personas ajenas a la familia.

—Al señor Léon —decía el boticario—, con quien hablaba de esto el otro día, le hace raro que no escoja Madeleine, que está ahora mismo muy de moda.

Pero la madre del señor Bovary puso el grito en el cielo ante ese nombre de pecadora. En cuanto al señor Homais, sentía una predilección por los que recordaban a algún gran hombre, un hecho ilustre o un concepto generoso; y por ese sistema había bautizado a sus cuatro hijos. Así era como Napoleón representaba la gloria y Franklin, la libertad; Irma era, quizá, una concesión al romanticismo; pero Athalie¹ era un homenaje a la obra maestra más inmortal de los escenarios franceses. Pues sus convicciones filosóficas no eran óbice para sus admiraciones artísticas; el pensador no tenía sometido en su fuero interno al hombre sensible; sabía marcar las diferencias entre la parte que corresponde a la imaginación y la que corresponde al fanatismo. De dicha tragedia, por ejemplo, le parecían censurables las ideas, pero admiraba el estilo; maldecía el concepto, pero aplaudía todos los detalles, y los personajes le exasperaban al tiempo

¹ Tragedia de Jean Racine (1691).

que le entusiasmaba lo que decían. Cuando leía los parlamentos, se exaltaba; pero, cuando pensaba que los meapilas les sacaban partido para arrimar el ascua a su sardina, se le caía el alma a los pies; y, en aquella confusión de sentimientos en que se embrollaba, le habría gustado a la vez poder coronar a Racine con ambas manos y pasarse un buen rato argumentando con él.

Recordó por fin Emma que en la mansión de La Vaubyessard había oído a la marquesa llamar Berthe a una joven; así que el nombre quedó escogido y, como Rouault no podía acudir, le rogaron al señor Homais que fuera el padrino. Todos los regalos que hizo éste salieron de su establecimiento: seis cajas de pasta de azufaifa, un bocal entero de racahut, tres tubos de pasta de malvavisco y, de propina, seis trozos de azúcar cande que se había encontrado en una alacena. La noche de la ceremonia dieron una cena por todo lo alto; vino el párroco y los ánimos se fueron calentando. El señor Homais, al llegar a los licores, cantó *Le Dieu des bonnes gens*²; el señor Léon, una barcarola; y la madre del señor Bovary, que era la madrina, una romanza de tiempos del Imperio; de remate, el padre del señor Bovary exigió que bajasen a la niña y empezó a bautizarla con una copa de champaña que le echó por la cabeza desde arriba. Esta burla del primero de los sacramentos indignó al padre Bournisien; el señor Bovary padre replicó con una cita de *La guerre des dieux*³; el párroco pretendió marcharse; las señoras suplicaban; Homais intervino; y consiguieron que volviera a sentarse el sacerdote, que cogió de nuevo del platillo la tacita de café a medio beber.

El padre del señor Bovary se quedó un mes entero en Yonville y dejó deslumbrados a los vecinos con el espléndido gorro de policía con galones de plata que se ponía por las mañanas para fumar en pipa en la plaza. Como tenía también costumbre de tomar grandes cantidades de aguardiente, mandaba con frecuencia a la criada a El León de Oro a que le comprase una botella, que apuntaban en la cuenta de su hijo; y se gastó en perfumarse los pañuelos de cuello toda el agua de Colonia de su nuera.

² Canción del poeta y autor de canciones populares Pierre-Jean de Béranger.

³ *La guerre des dieux anciens et modernes*, poème en dix chants de Évariste Parny, obra blasfema y paródica escrita en 1799.

A ésta no le desagradaba su compañía. Había corrido mundo: hablaba de Berlín, de Viena, de Estrasburgo, de sus tiempos de oficial, de las amantes que había tenido, de los almuerzos por todo lo alto que había dado; además era amable y, a veces, incluso, bien en las escaleras, bien en el jardín, la cogía por la cintura mientras exclamaba: —¡Charles, ándate con ojo!

Entonces la madre de Charles se alarmó por la felicidad de su hijo y, temiendo que su marido influyera a la larga de forma inmoral en las ideas de la joven, se apresuró a adelantar la partida. Quizá tenía preocupaciones más serias. El señor Bovary padre no era hombre que respetase nada.

Un día a Emma le entró de repente la necesidad de ver a su niña, que había dado a criar a la mujer del ebanista; y, sin mirar en el almanaque si habían pasado ya «las seis semanas de la Virgen», se encaminó a la vivienda de Rolet, que estaba al final del pueblo, en la parte de abajo de la cuesta, entre el camino real y los prados.

Eran las doce de la mañana; los postigos de las casas estaban cerrados y de la cresta de los tejados de pizarra, que brillaban con la luz cruda del cielo azul, parecían salir chispas. Soplaban un viento cargado. Emma se notaba débil según iba andando; se hacía daño en los guijarros de la acera; titubeó, pensando en volverse a casa o en entrar en algún sitio para sentarse.

En ese preciso instante salía Léon de una puerta vecina con unos legajos debajo del brazo. Se acercó para saludarla y se paró a la sombra delante de la tienda de Lheureux, debajo del toldo gris, que sobresalía.

La señora Bovary dijo que iba a ver a su hija, pero que empezaba a sentirse cansada.

—Si... —dijo Léon, sin atreverse a seguir hablando.

—¿Tiene usted que ir a algún sitio? —le preguntó ella.

Y, al oír la respuesta del pasante, le rogó que la acompañase. A finales de esa misma tarde ya lo sabían en Yonville, y la señora Tuvache, la mujer del alcalde, dijo delante de la criada que la señora Bovary se estaba comprometiendo.

Para llegar a casa del ama de cría, había que girar a la izquierda al final de la calle, como para ir al cementerio, e ir siguiendo, entre casitas bajas y corrales, un caminito que bordeaban unos aligustres. Estaban en flor, así como las verónicas, los rosales silvestres, las ortigas y las zarzas delgadas que asomaban de los matorrales. Por los

agujeros de los setos, podía verse, en las casas rurales, algún cerdo que otro encima del estiércol, o unas vacas con ronzal que se frotaban los cuernos en los troncos de los árboles. Ambos andaban juntos y despacio; ella se apoyaba en él y él contenía el paso, para adaptarlo al suyo; un enjambre de moscas revoloteaba, precediéndolos, y zumbaba en el aire cálido.

Reconocieron la casa por un nogal viejo que le daba sombra. Baja y con cubierta de tejas pardas, tenía en la fachada, debajo del tragaluz del desván, una ristra de cebollas colgando. Unos haces de leña menuda, apoyados en la cerca de espino, rodeaban un cuadrado de lechugas, unas pocas matas de espliego y unos guisantes de olor que trepaban por unos rodrigones. Corría agua sucia, que se desparrahaba por la hierba, y había en torno unos cuantos pingos informes, unas medias de punto, una camisola de indiana roja y una sábana grande de retor grueso extendida cuan larga era en el seto. Al oír el ruido de la cerca, salió el ama de cría que llevaba en brazos a un niño que iba mamando. Con la otra mano tiraba de un arrapiezo encanijado con la cara llena de pústulas, hijo de un comerciante en géneros de punto de Ruán cuyos padres, a quienes el negocio tenía muy ocupados, lo dejaban en el campo.

—Entre —dijo—; ahí está su chiquilla, durmiendo.

En la habitación de la planta baja, la única de la vivienda, había al fondo, pegada a la pared, una cama grande y sin cortinas, mientras que la artesa estaba del lado de la ventana, que tenía en uno de los cristales el remiendo de un sol de papel azul. En la esquina, detrás de la puerta, se alineaban bajo la piedra del lavadero borceguíes de clavos relucientes junto a una botella llena de aceite con una pluma en el gollete; un ejemplar del *Mathieu Laensberg*⁴ andaba rodando por encima de la chimenea cubierta de polvo, entre pedernales, cabos de vela y trozos de yesca. Por último, el otro objeto superfluo de la casa era una Fama soplando en una trompeta, un cromo recortado seguramente de algún folleto de perfumería, clavado en la pared con seis puntas de zapatero.

La niña de Emma dormía en el suelo, en una cuna de mimbre. Ella la cogió, envuelta en la manta, y se puso a cantarle bajito mientras se balanceaba.

4 Almanaque muy conocido que vendían los buhoneros.



Léon daba paseos por la habitación; le hacía raro ver a esa señora tan guapa con vestido de nanquín entre tanta pobreza. La señora Bovary se ruborizó; él se volvió para otro lado, creyendo quizá que había habido en su mirada alguna impertinencia. Luego Emma volvió a meter en la cuna a la chiquilla, que acababa de vomitarle en el cuello encañonado. El ama de cría acudió en el acto para limpiarla, asegurando que no quedaría mancha.

—¡Anda y que no me ha hecho a mí de éstas! —decía—. ¡Si me paso la vida lavándola! ¡Si tuviera usted la bondad de decirle a Camus, el de la tienda de ultramarinos, que me deje coger algo de jabón cuando lo necesite! A usted le resultaría más cómodo, porque así no tendría que molestarla.

—¡Bien está, bien está! —dijo Emma—. ¡Adiós, señora Rolet!

Y salió, limpiándose los pies en el umbral.

La buena mujer salió a despedirla hasta la puerta del corral, mientras le contaba cuánto le costaba levantarse por las noches.

—A veces estoy tan molida que me quedo dormida en la silla en que estoy sentada. Bien podría usted darme por lo menos un libra de café molido, que eso no es nada, pero me duraría un mes; me lo tomaría con leche por las mañanas.

Tras haber soportado sus palabras de agradecimiento, la señora Bovary se fue; y se había adentrado ya algo en el camino cuando le hizo volver la cabeza un ruido de zuecos: ¡era el ama de cría!

Entonces la campesina se la llevó aparte, detrás de un olmo, y empezó a hablarle de su marido, que, con aquel oficio suyo y seis francos al año que el capitán...

—Acabe de una vez —dijo Emma.

—Bueno —dijo el ama de cría suspirando entre palabra y palabra—, me da miedo que lo ponga mustio verme tomar café a mí sola; ya sabe que los hombres...

—Pero ¿no le he dicho ya que tendrá café —repetía Emma—, que ya le daré café? ¡No me dé la lata!

—¡Ay, mi buena señora! Es que tiene, por las heridas que recibió, unos calambres terribles en el pecho. Si hasta dice que la sidra lo pone débil.

—Pero ¡acabe de una vez, señora Rolet!

—Así que —siguió diciendo ésta, haciendo una reverencia—, si no fuera mucho pedir —hizo una nueva reverencia—, cuando a usted le parezca —y suplicaba con los ojos—, una garrafita de aguardiente

—dijo por fin— y le daría friegas con él en los pies a su chiquilla, que los tiene más tiernos que la lengua.

Tras librarse del ama de cría, Emma volvió a cogerse del brazo de Léon. Durante un rato anduvo deprisa; luego aminó el paso y los ojos, que miraban hacia delante, tropezaron con el hombro del joven, cuya levita tenía un cuello de terciopelo negro sobre el que le caía el pelo castaño, liso y bien peinado. Emma se fijó en sus uñas, que eran más largas de lo que se llevaba en Yonville. Cuidárselas era una de las ocupaciones absorbentes del pasante; y, para tal uso, tenía guardada en el escritorio una navajita especial.

Volvieron a Yonville por la orilla del agua. En la estación de los calores; la ribera, más despejada, dejaba al aire la parte de abajo de las tapias de los jardines, que tenían una escalera de pocos peldaños que bajaba hasta el río. Éste corría sin ruido y, al mirarlo, parecía frío y veloz; se curvaban juntas en él largas hierbas delgadas, en la dirección que disponía la corriente, y se extendían por el agua límpida como melenas verdes abandonadas. A veces, en las puntas de los juncos o en las hojas de los nenúfares, caminaba o se posaba un insecto de patas delgadas. El sol atravesaba con un rayo los globulillos azules de las olas, que llegaban una tras otra y rompían; se reflejaba en el agua la corteza gris de los sauces viejos que habían perdido muchas ramas; más allá y por todas partes la pradera parecía vacía. En las casas de labor era la hora de cenar y la joven y su acompañante no oían, al andar, sino la cadencia de sus pasos en la tierra del sendero, las palabras que se decían y el roce del vestido de Emma, que la envolvía en un susurro.

Las tapias de los jardines, con su caperuza de cascos de botellas, estaban calientes como los cristales de un invernadero. Habían crecido rábanos silvestres entre los ladrillos; y, con el borde de la sombrilla abierta, la señora Bovary desperdigaba algunas de aquellas flores mustias, convertidas en un polvo fino y amarillo; o, si no, alguna rama de las madresevas y las clemátides que colgaban por fuera rozaba la seda, enganchándose en los calados.

Hablaban de una compañía de bailarines españoles que esperaban a no mucho tardar en el teatro de Ruán.

—¿Va usted a ir? —preguntó ella.

—Si me es posible —respondió Léon.

¿No tenían otra cosa de que hablar? No obstante, las miradas estaban colmadas de una conversación más seria; y, mientras se es-



forzaban por dar con frases triviales, notaban que los invadía a ambos una languidez idéntica; era como un murmullo del alma, hondo, continuo, que dominaba el de las voces. Aquella suavidad nueva los pillaba por sorpresa; no se les ocurría contarse esa sensación o dar con la causa. Las dichas futuras, como las orillas de los trópicos, proyectan en la inmensidad que los precede sus molicies nativas y una brisa perfumada; y nos adormecemos en esa embriaguez sin preocuparnos siquiera por el horizonte que no se divisa.

El paso de las reses había hundido la tierra en un tramo; hubo que pasar por unas piedras grandes y verdes, repartidas por el barro de trecho en trecho. Emma se quedaba con frecuencia parada un minuto, mirando a ver dónde apoyaba la botina; y, vacilante encima del pedrusco que se tambaleaba, con los codos hacia fuera y doblada por la cintura, con la mirada indecisa, se reía entonces con el temor de caerse en los charcos.

Cuando llegaron delante de su jardín, la señora Bovary empujó la estrecha cerca, subió los peldaños a todo correr y desapareció.

Léon volvió al bufete. El jefe no estaba; echó una ojeada a los expedientes, luego afiló una pluma, cogió por último el sombrero y se marchó.

Fue al Pastizal, en la parte de arriba de la cuesta de Argueil, a la entrada del bosque; se tumbó en el suelo bajo los abetos y miró el cielo por entre los dedos.

—¡Cómo me aburro! —se decía—. ¡Cómo me aburro!

Pensaba que era digno de compasión por vivir en aquel pueblo, con el señor Homais por amigo y el señor Guillaumin por jefe. Éste, muy atareado con los negocios, llevaba gafas con montura de oro y patillas pelirrojas que le bajaban hasta la corbata blanca; las finuras de la inteligencia le venían muy anchas por mucho que hubiera adoptado un estilo tieso e inglés que deslumbró al pasante al principio. En cuanto a la mujer del boticario, era la cónyuge mejor de Normandía, dulce como un cordero, amante de sus hijos, de sus padres y de sus primos; los males ajenos la hacían llorar, dejaba que la casa fuera manga por hombro y aborrecía los corsés; pero tardaba tanto en reaccionar, era tan aburrido lo que decía, tenía un aspecto tan vulgar y una conversación tan limitada, que nunca se le había ocurrido pensar, aunque tuviera treinta años y él veinte, aunque durmieran puerta con puerta y aunque hablasen a diario, que pudiera ser la mujer de alguien ni que tuviera, de su sexo, algo que no fuera



el vestido. Y ¿quién más había? Binet, unos cuantos comerciantes, dos o tres taberneros, el párroco y, finalmente, el señor Tuvache, el alcalde, con sus dos hijos, gente acomodada, tosca, obtusa, que cultivaba personalmente sus fincas, se atiborraba a comer en familia, y era, por lo demás, muy piadosa y de un trato insufrible.

Pero, sobre el telón de fondo común de todos esos rostros humanos, se destacaba, aislada, la cara de Emma, aunque más alejada; porque notaba entre ambos algo así como unos abismos inconcretos. En los primeros tiempos, fue a su casa varias veces con el boticario.

Charles no había parecido demasiado interesado en recibirlo; y Léon no sabía por dónde tirar, entre el temor a ser indiscreto y el deseo de una intimidad que le parecía casi imposible.





Capítulo IV





En cuanto llegaron los primeros fríos, Emma dejó su dormitorio para acomodarse en la sala, una habitación alargada de techo bajo donde había, encima de la chimenea, un polipero exuberante que estaba pegado al espejo. Sentada en el sillón, junto a la ventana, veía pasar por la acera a los vecinos del pueblo.

Léon iba dos veces al día de la notaría a El León de Oro. Emma lo oía llegar desde lejos; se inclinaba, aguzando el oído; y el joven pasaba rozando la ventana, por detrás del visillo, vestido siempre igual y sin volver la cabeza. Pero, en el crepúsculo, cuando, con la barbilla apoyada en la mano izquierda, había dejado caer sobre las rodillas el cañamazo con el bordado empezado, se sobresaltaba con frecuencia al aparecer aquella sombra que pasaba de repente, resbalando. Se ponía de pie y mandaba que pusieran la mesa.

El señor Homais llegaba durante la cena. Con el gorro griego en la mano, entraba con paso silencioso para no molestar a nadie y repetía siempre la misma frase: «¡Buenas noches tengan todos!». Luego, tras acomodarse en su sitio, entre marido y mujer, preguntaba al médico por sus enfermos y él lo consultaba sobre probables honorarios. A continuación, charlaban de lo que decía el periódico. Homais a aquellas horas se lo sabía casi de memoria; y lo repetía íntegramente, con las reflexiones del periodista y todas las historias de las catástrofes individuales que habían sucedido en Francia o en



el extranjero. Pero, como el tema se agotaba, no tardaba en hacer algunos comentarios acerca de los platos que estaba viendo. A veces, incorporándose a medias, le indicaba con delicadeza a la señora el trozo más tierno, o, volviéndose hacia la criada, le daba consejos sobre la manipulación de los estofados y la higiene de los condimentos; hablaba del aroma, del osmazomo, de los jugos y de la gelatina de forma tal que resultaba fascinante. Por lo demás, Homais tenía más recetas en la cabeza que botes en la botica, destacaba en la elaboración de gran variedad de mermeladas, vinagres y licores dulces y estaba también al tanto de todos los inventos recientes de calefactores económicos, junto con el arte de conservar los quesos y de cuidar los vinos enfermos.

A las ocho, venía a buscarlo Justin para cerrar la botica. El señor Homais lo miraba entonces con ojos socarrones, sobre todo si estaba presente Félicité, pues se había percatado de que su discípulo le tenía afición a la casa del médico.

—¡Este muchacho empieza a pensar en ciertas cosas y me parece, y si no que el diablo me lleve, que está enamorado de su criada!

Pero un defecto más grave, y que le reprochaba, era que Justin escuchase continuamente las conversaciones. Los domingos, por ejemplo, no había quien lo sacara del salón, donde la señora Homais le había pedido que fuera para llevarse a los niños, que se quedaban dormidos en los sillones, arrugando con la espalda las fundas de calicó, excesivamente anchas.

No acudían muchas personas a esas veladas del boticario, pues su maledicencia y sus opiniones políticas habían distanciado sucesivamente a varias personas respetables. El pasante no se perdía ninguna. En cuanto oía la campanilla, salía corriendo a recibir a la señora Bovary, le cogía el chal y guardaba aparte, debajo del mostrador de la botica, las zapatillas gruesas de orillo que llevaba encima de los zapatos cuando había nevado.

Jugaban primero unas cuantas partidas de treinta y una; después, el señor Homais jugaba al ecarté con Emma; Léon, detrás de ella, opinaba. De pie, y con las manos en el respaldo de su silla, miraba cómo los dientes del peinecillo se le hincaban en el moño. Cada vez que se movía para echar una carta, el vestido se le subía del lado derecho. Desde el pelo recogido le bajaba por la espalda un tono moreno que, palideciendo gradualmente, se perdía poco a poco en la sombra. El vestido le caía luego por el asiento, a ambos lados, abullo-

nándose, con muchos pliegues, y llegaba, extendido, hasta el suelo. Cuando Léon notaba, a veces, que había puesto encima la suela de la bota, se apartaba como si hubiera pisado a alguien.

Tras acabar la partida de cartas, el boticario y el médico jugaban al dominó y Emma cambiaba de sitio y, de codos en la mesa, hojeaba *L'Illustration*. Se había traído su periódico de modas. Léon se sentaba junto a ella; miraban juntos las estampas y se esperaban al llegar al final de la página. Ella le pedía con frecuencia que le leyera versos; Léon los recitaba arrastrando la voz, que desfallecía cuidadosamente en las partes amorosas. Pero el ruido de las fichas de dominó lo fastidiaba; el señor Homais jugaba muy bien y le ganaba a Charles ahorcándole el seis doble. Luego, tras llegar a los trescientos, se recostaban los dos delante de la chimenea y no tardaban en quedarse dormidos. El fuego se moría entre las cenizas; la tetera estaba vacía; Léon seguía leyendo. Emma atendía, dándole vueltas mecánicamente a la pantalla de la lámpara, en cuya gasa estaban pintados pierrots en coches y bailarinas en la cuerda floja con sus contrapesos. Léon se paraba e indicaba con un ademán al auditorio dormido; entonces se hablaban en voz baja, y aquella conversación les parecía más dulce porque no la oía nadie.

Llegó a existir así entre ellos algo parecido a una asociación, un intercambio continuo de libros y de romanzas; al señor Bovary, que no era celoso, no le parecía raro.

Recibió de regalo de cumpleaños una estupenda cabeza frenológica, marcada de arriba abajo con números, hasta el tórax, y pintada de azul. Fue un detalle del pasante. Tenía muchos más detalles con él, le hacía incluso recados en Ruán; y, como la obra de un novelista puso de moda por entonces la manía por las plantas crasas, Léon se las compraba a la señora Bovary y las llevaba en las rodillas en *La Golondrina*, pinchándose los dedos con aquellos pelos duros.

Emma mandó clavar, pegada a las hojas de la ventana, una repisita con barandilla para poner los tiestos. También el pasante se hizo un jardincillo colgante; se divisaban mutuamente mientras cuidaban las flores en sus ventanas.

De entre las ventanas del pueblo, había otra que contaba con un ocupante con mayor frecuencia incluso; porque los domingos, de la mañana a la noche, y todas las tardes si el tiempo era despejado, se veía en el tragaluz del desván el perfil flaco del señor Binet, inclinado, en este caso, sobre el torno, cuyo ronquido monótono se oía



hasta en El León de Oro.

Una noche, al volver, Léon se encontró en su cuarto una colcha de terciopelo y de lana con hojas sobre fondo pálido; llamó a la señora Homais, al señor Homais, a Justin, a los niños, a la cocinera, se lo contó a su jefe; todo el mundo quiso ver esa colcha; ¿por qué la mujer del médico tenía larguezas con el pasante? Pareció curioso y se pensó definitivamente que debía de ser su amiguita.

Él daba pie para que lo creyeran porque se pasaba la vida contándole a la gente lo encantadora e ingeniosa que era, hasta tal punto que Binet le contestó una vez con mucha brusquedad:

—¡Y a mí qué me importa, si yo no la trato!

Léon se atormentaba intentando descubrir cómo se le iba a declarar; y, titubeando continuamente entre el temor a desagradarla y la vergüenza de ser tan pusilánime, lloraba de desaliento y de deseos. Luego adoptaba decisiones enérgicas: le escribía cartas y las rompía, se ponía plazos que iba retrasando. Muchas veces echaba a andar, con el propósito de atreverse a todo; pero esa resolución no tardaba en abandonarlo en presencia de Emma y, cuando se presentaba Charles y lo invitaba a subirse al coche para ir a visitar juntos a algún enfermo de los alrededores, aceptaba en el acto, se despedía de la señora y se marchaba. ¿No era acaso su marido algo que tenía que ver con ella?

En cuanto a Emma, no se hizo pregunta alguna para saber si lo quería. El amor, creía, tenía que llegar de repente, con mucho estruendo y resplandor de rayos, un huracán de los cielos que se le viene encima a la vida, la trastorna, arranca las voluntades como si fueran hojas y arrastra hasta el abismo el corazón entero. No sabía que en las azoteas de las casas la lluvia forma lagos cuando los canales están taponados; y así se habría quedado, a salvo, si no hubiera descubierto de repente una grieta en la pared.



Capítulo V





Fue un domingo de febrero, una tarde en que estaba nevando. Habían ido todos, los señores Bovary, Homais y Léon, a media legua de Yonville, a ver en el valle unas hilaturas de lino que estaban construyendo. El boticario había llevado consigo a Napoléon y a Athalie para que hicieran ejercicio, y Justin los acompañaba para llevar los paraguas al hombro.

Nada menos curioso, no obstante, que esa curiosidad. Una gran extensión de terreno vacío donde había, revueltas entre montones de arena y de guijarros, unas cuantas ruedas dentadas oxidadas ya, rodeaba un edificio largo y cuadrangular que horadaban muchas ventanitas. Todavía no habían acabado de construirlo y se veía el cielo entre los ristreles de la techumbre. Restallaban al viento las cintas tricolores de un ramo de paja y espigas atado a la viga del gablete.

Homais hablaba. Explicaba al acompañamiento la importancia futura de la obra, calculaba la fuerza de los suelos, el grosor de las paredes y echaba mucho de menos no contar con un bastón métrico, como el del señor Binet, que sí tenía uno para su uso particular.

Emma, que iba de su brazo, se le apoyaba un poco en el hombro y miraba el disco solar, que lanzaba, allá lejos, entre la niebla, unos rayos de palidez cegadora; pero volvió la cabeza: allí estaba Charles. Llevaba la gorra calada hasta las cejas y le temblaban algo los labios gruesos, lo que añadía a su rostro un toque de estupidez; incluso



la espalda, aquella espalda tranquila, resultaba irritante al mirarla, y Emma veía en ella, expuesta en la levita, toda la vulgaridad del individuo.

Mientras lo contemplaba, disfrutando así, en su irritación, de algo semejante a una voluptuosidad depravada, Léon dio un paso al frente. Con la palidez del frío la cara parecía de una languidez más suave; entre la corbata y la garganta, el cuello de la camisa, un tanto flojo, dejaba que asomase la piel; se le veía parte de la oreja por debajo de un mechón de pelo y los ojos azules y grandes, alzados hacia las nubes, le parecieron a Emma más límpidos y más hermosos que esos lagos de la montaña en que se mira el cielo.

—¡Calamidad! —exclamó de pronto el boticario.

Y se abalanzó hacia su hijo, que acababa de meterse en un montón de cal para teñirse el calzado de blanco. Ante tanto reproche agobiante, Napoléon se puso a berrear mientras Justin le limpiaba los zapatos con un manojo de paja. Pero habría necesitado una navaja; Charles ofreció la suya.

«¡Vaya! —se dijo Emma—. ¡Lleva una navaja en el bolsillo como si fuera un aldeano!»

Empezaba a caer un relente helado y se volvieron a Yonville.

Esa noche la señora Bovary no fue a casa de sus vecinos y, tras marcharse Charles, cuando sintió que estaba sola, volvió a ponerlos a los dos en paralelo con la clara perspectiva que proporciona el recuerdo. Al mirar desde la cama el resplandor claro del fuego, le parecía que estaba viendo aún a Léon, como lo había visto en aquel lugar, de pie, doblando con una mano el junco y dándole la otra a Athalie, que chupaba tranquilamente un trozo de hielo. Le parecía encantador; no podía apartar el pensamiento de él; recordó otras actitudes suyas de otros días, frases que había dicho, el sonido de la voz, su persona entera; y repetía, adelantando los labios como para un beso:

—¡Sí, encantador! ¡Encantador!... ¿Estará enamorado? —se preguntó

—. Y ¿de quién?... Pues ¿de mí!

Vio desplegadas a la vez todas las pruebas y el corazón le dio un salto. Las llamas de la chimenea ponían en el techo una claridad alegre y trémula; se echó de espaldas desperezándose.

Empezaron entonces los eternos lamentos: «¡Ay, si el cielo lo hubiera querido! ¿Por qué no habrá sucedido así? ¿Quién lo impedía?»...



Cuando volvió Charles a las doce de la noche hizo como que se despertaba y, como él hizo ruido al desnudarse, se quejó de jaqueca; luego preguntó despreocupadamente qué había sucedido durante la velada.

—El señor Léon subió temprano a su cuarto —dijo Charles.

Emma no pudo evitar una sonrisa y se durmió con el alma rebosante de un deleite nuevo.

Al día siguiente, cuando estaba anocheciendo, recibió la visita de Lheureux, que tenía una tienda de modas. Era un tendero muy hábil.

Había nacido en Gascuña, pero se había aclimatado en Normandía y sumaba a la facundia meridional la cautela de la comarca de Caux. Parecía llevar teñida la cara, gruesa, blanda y sin barba, de un cocimiento claro de regaliz y el pelo blanco avivaba aún más el brillo rudo de los ojillos. Nadie sabía qué había sido antes: buhonero, decían unos; banquero en Routot, decían otros. Lo que sí era seguro era que calculaba de cabeza operaciones tan complicadas que habrían echado para atrás al propio Binet. Cortés hasta resultar obsequioso, siempre estaba con la cintura doblada a medias, en la postura de alguien que está saludando o invitando.

Tras dejar fuera el sombrero con una cinta de crespón, puso encima de la mesa una caja verde y empezó por presentar a la señora sus quejas, muy educadamente, por no haber conseguido aún hasta la fecha gozar de su confianza. Una humilde tienda como la suya no era la adecuada para que se fijase en ella una mujer elegante; recalcó la palabra. Pero bastaría con que la señora pidiese y él se encargaría de proporcionarle lo que quisiera, tanto en mercería como en lencería, géneros de punto o novedades; porque iba a la capital sin falta cuatro veces al mes. Podían dar referencias suyas en Les Trois Frères, en La Barbe d'Or o en Le Grand Sauvage; ¡los dueños de todos esos establecimientos lo conocían de maravilla! Así que hoy venía a enseñarle a la señora, según pasaba por allí, varios artículos que una ocasión de las más infrecuentes había puesto a su disposición por casualidad. Y sacó de la caja media docena de cuellos bordados.

La señora Bovary los examinó.

—No necesito nada —dijo.

Entonces el señor Lheureux enseñó con mucho primor tres echarpes argelinos, varios paquetes de agujas inglesas, un par de zapatillas de paja y, para terminar, cuatro hueveras de cáscara de coco, con adornos calados que habían cincelado unos presidiarios. Después,



apoyando las dos manos en la mesa, estirando el cuello e inclinándose hacia delante, fue siguiendo, con la boca abierta, la mirada de Emma, que recorría indecisa esos artículos. De vez en cuando, como si quisiera sacudirles el polvo, golpeaba con la uña la seda de los echarpes, desplegados del todo; se estremecían con ruido leve y centelleaban entonces a la luz verdosa del crepúsculo, como si fueran estrellitas, las lentejuelas de oro del tejido.

—¿Cuánto valen?

—Una miseria —contestó el comerciante—, pero no hay prisa; cuando a usted le venga bien. ¡No somos unos judíos!

Emma se lo estuvo pensando unos momentos, y acabó por darle las gracias al señor Lheureux, que replicó, sin inmutarse:

—Bien está, ya llegaremos a algo más adelante; siempre me he llevado bien con las señoras. ¡Menos con la mía!

Emma sonrió.

—Lo que quería decirle —añadió Lheureux, a continuación de la guasa, con expresión bonachona— es que a mí no me preocupa el dinero... Si fuera menester, le proporcionaría dinero a usted.

Ella hizo ademán de sorpresa.

—Desde luego —añadió él en voz baja—, no tendría que ir muy lejos a buscarlo. ¡Téngalo en cuenta!

Y empezó a preguntarle por Tellier, el dueño del Café Francés, a quien atendía en esos momentos el señor Bovary.

—¿Qué le pasa a Tellier?... Tose tanto que retiembla la casa y me temo que dentro de poco va a necesitar más un gabán de pino que una camisola de franela. ¡Se corrió tantas juergas de joven! ¡Las personas así, señora, no tenían mesura! ¡Se achicharró con aguardiente! Pero no deja de ser enojoso ver cómo se va un conocido.

Y, mientras volvía a cerrar la caja, seguía charlando acerca de los clientes del médico.

—¡Debe de ser el tiempo —dijo, mirando los cristales de la ventana con cara enfurruñada— el que tiene la culpa de todas estas enfermedades! Yo tampoco me siento muy allá que digamos; si hasta voy a tener que venir un día de éstos para que me mire su señor marido un dolor que tengo en la espalda. Bueno, pues, adiós, señora Bovary, a su disposición. Servidor de usted.

Y cerró la puerta sin ruido.

Emma mandó que le sirvieran la cena en su cuarto, junto a la chimenea, en una bandeja; tardó mucho en comer; todo le pareció



muy rico.

«¡Qué sensata he sido!», se decía, acordándose de los echarpes.

Oyó pasos en la escalera: era Léon. Se puso de pie y cogió de la cómoda, de los paños a los que había que hacer un dobladillo, el primero del montón. Cuando él llegó, Emma parecía muy ocupada.

La conversación fue mortecina, pues la señora Bovary la dejaba pendiente a cada minuto, mientras Léon, por su parte, parecía como apurado. Sentado en una silla baja, junto a la chimenea, daba vueltas entre los dedos al estuche de marfil: ella hincaba la aguja o, de vez en cuando, fruncía con la uña los pliegues de la tela. No decía nada; y él callaba, porque lo cautivaba su silencio como lo habrían cautivado sus palabras.

«¡Pobre muchacho!», pensó Emma.

«¿Qué le desagrada en mí?», se preguntaba Léon.

Acabó por decir, no obstante, que tenía que ir uno de esos días a Ruán para un asunto de la notaría.

—Se le ha acabado la suscripción de la música —dijo—. ¿Quiere que la renueve?

—No —contestó ella.

—¿Por qué?

—Porque no...

Y, frunciendo los labios, tiró despacio de la aguja que llevaba una hebra muy larga de hilo gris.

Esa labor irritaba a Léon. Parecía como si a Emma se le despegase la yema de los dedos; se le ocurrió una frase galante, pero no se atrevió.

—¿Así que la deja? —añadió.

—¿Qué? —dijo ella con viveza—. ¿La música? ¡Ay, pues sí! ¿Es que no tengo acaso que llevar la casa, que ocuparme de mi marido, de mil cosas, vamos, muchas obligaciones que son lo primero?

Miró el reloj de sobremesa. Charles llegaba tarde. Entonces, hizo como que se preocupaba. Y repitió, incluso, dos o tres veces:

—¡Es tan bueno!

El pasante le tenía afecto al señor Bovary. Pero aquella ternura le causó una extrañeza desagradable; no obstante, siguió con las alabanzas, que oía a todo el mundo, decía, y sobre todo al boticario.

—Sí, es muy buen hombre —siguió diciendo Emma.

—Desde luego —añadió el pasante.

Y empezó a hablar de la señora Homais, cuyo atuendo descuida-



do solía darles pie para bromas.

—¿Y qué más da? —lo interrumpió Emma—. A una buena madre de familia no le preocupa lo que se pone.

Volvió a sumirse luego en el silencio.

Otro tanto sucedió los días que siguieron; sus palabras, sus modales, todo cambió. Se la vio tomarse a pecho el cuidado de la casa, volver a la iglesia con regularidad y ser más severa con la criada.

Fue a buscar a Berthe a casa del ama de cría. Félicité la traía cuando había visita y la señora Bovary la desnudada para que le vieran la constitución. Decía que la encantaban los niños; su hija era su consuelo, su alegría, la tenía loca; y acompañaba las caricias con expansiones líricas que a personas que no fueran de Yonville les habrían recordado a la Sachette¹ de *Notre-Dame de París*.

Cuando Charles volvía a casa, se encontraba las zapatillas calentándose junto a las cenizas. Ahora no les faltaba ya el forro a sus chalecos ni botones a las camisas; e incluso daba gusto ver en el armario todos los gorros de dormir colocados en montones iguales. Emma no refunfuñaba ya, como antes, para ir a dar una vuelta por el jardín; accedía siempre a lo que Charles propusiera, aunque no adivinase los deseos a los que se sometía sin rechistar; y, cuando Léon veía a éste junto al fuego, después de cenar, con las manos encima de la tripa, ambos pies en los morillos, las mejillas arrojadas por la digestión y los ojos húmedos de felicidad, con la niña arrastrándose por la alfombra y aquella mujer de cintura delgada que se acercaba a besarle en la frente por encima del respaldo del sillón, se decía: «¡Qué locura! Y ¿cómo llegar hasta ella?».

Le pareció, pues, tan virtuosa y tan inaccesible que lo abandonó toda esperanza, incluso la más remota.

Pero, con semejante renuncia, la colocaba en unas circunstancias extraordinarias. Para él, se desprendió de las prendas carnales, de las que nada podía sacar; y, en el corazón del joven, fue elevándose más y más y quedando aparte, de la misma forma espléndida en que alza el vuelo una apoteosis. Era uno de esos sentimientos puros que no estorban para vivir, que cultivamos porque no son frecuentes y cuya pérdida nos daría más aflicción que alegría nos da tenerlos.

Emma adelgazó, le palidieron las mejillas y se le afinó la cara.

¹ La madre de Esméralda.

Con los bandós negros, los ojos grandes, la nariz recta y los andares de ave, y siempre callada, ¿no parecía ahora que cruzaba por la vida rozándola apenas y llevaba en la frente la huella inconcreta de alguna predestinación sublime? Estaba tan triste y tan sosegada, tan dulce y tan reservada al tiempo, que a su lado uno sentía que se adueñaba de él un hechizo glacial, igual que el aroma de las flores mezclado con el frío de los mármoles da escalofríos en las iglesias. Ni siquiera los demás vecinos se libraban de aquella seducción. El boticario decía:

—Es una mujer de grandes recursos y no estaría fuera de lugar en una subprefectura.

Las señoras de la burguesía admiraban su sentido del ahorro; los clientes, su cortesía; los pobres, su caridad.

Pero Emma estaba colmada de deseos codiciosos, de rabia y de odio. Tras aquel vestido de pliegues rectos se ocultaba un corazón trastornado y aquellos labios tan púdicos no referían la tormenta que llevaba en él. Estaba enamorada de Léon y buscaba la soledad para poder deleitarse con su imagen más a gusto. Verlo alteraba la voluptuosidad de aquella meditación. Emma oía, trémula, sus pasos; luego, en presencia de él, la emoción desaparecía; y, después, no le quedaba sino una enorme extrañeza que desembocaba en pena.

Léon no estaba al tanto, cuando salía desesperado de casa de Emma, de que ella se levantaba cuando él se iba para verlo pasar por la calle. Se interesaba por sus asuntos; le espiaba el rostro; se inventó una historia complicada para dar con un pretexto y entrar en su cuarto. La mujer del boticario le parecía muy dichosa porque dormía bajo el mismo techo; y sus pensamientos iban a posarse continuamente en esa casa, igual que las palomas de El León de Oro, que iban allí a mojarse las patas color de rosa y las alas blancas en los canalones. Pero cuanto más consciente era Emma de su amor, más lo enterraba, para que no se viera y para que menguara. Le habría gustado que Léon lo sospechase; e imaginaba azares, catástrofes que lo hubieran facilitado. Lo que la refrenaba era, seguramente, la pereza, o el temor, y también el pudor. Pensaba que lo había alejado demasiado, que ya no era tiempo, que todo estaba perdido. Luego, el orgullo y la alegría de decirse: «Soy virtuosa» y de mirarse en el espejo adoptando posturas resignadas la consolaban un tanto del sacrificio que creía estar haciendo.

Entonces, los apetitos de la carne, el deseo codicioso de dinero y la melancolía de la pasión, todo se confundió en un mismo sufri-



miento; y, en vez de apartar de él el pensamiento, lo tenía cada vez más presente, exhortándose a sentir dolor y buscando por doquier ocasiones de sentirlo. Le irritaba un plato mal presentado, una puerta entornada; se dolía por el terciopelo del que carecía; por la dicha que le faltaba; por sus sueños, demasiado elevados; por su casa, demasiado estrecha.

Lo que le exasperaba era que Charles no parecía sospechar aquel suplicio. Que estuviera tan convencido de que la hacía feliz le parecía un insulto estúpido; y que estuviera tan seguro de ello, ingratitud. ¿Para quién era ella tan formal? ¿Acaso no era él el obstáculo para cualquier felicidad, la causa de todas las penas y algo así como el hebijón puntiagudo de aquella correa compleja que la tenía sujeta por todos lados?

En consecuencia, volcó en él ese odio múltiple que era el resultado de sus contrariedades y todos los esfuerzos que hacía por que menguase no servían sino para que fuera a más; pues esa pena inútil se sumaba a otros motivos de desesperación y contribuía aún más a apartarla de él. A Emma su propia dulzura le infundía rebeliones. La mediocridad doméstica la impulsaba a fantasías suntuosas; el afecto conyugal, a deseos adúlteros. Habría querido que Charles le pegase, para poder aborrecerlo de forma más justificada y vengarse. A veces le asombraban las conjeturas atroces que se le venían a la cabeza; y era menester que siguiera sonriendo; que tuviera que oírse repetir que era feliz; que fingiera serlo; que se lo hiciera creer a los demás!

No obstante, le daba asco semejante hipocresía. Le entraban tentaciones de escaparse con Léon a algún sitio, muy lejos, para intentar tener un destino nuevo; pero, en el acto, se le abría en el alma un abismo impreciso y colmado de oscuridad.

«Si, además, ya no me quiere —pensaba—. ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué socorro puedo esperar, qué consuelo, qué alivio?»

Se quedaba quebrantada, jadeante, inerte, sollozando en voz baja y con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—¿Por qué no se lo cuenta al señor? —le preguntaba la criada cuando entraba y se la encontraba con uno de esos ataques.

—Son los nervios —contestaba Emma—; no le digas nada, le darías un disgusto.

—¡Ay, sí! —seguía diciendo Félicité—. Está usted exactamente como la Guérine, la hija del tío Guérin, el pescador de Le Pollet; la conocí en Dieppe, antes de entrar en casa de usted. Estaba tan triste,

tan triste que, al verla en el umbral de su casa, te parecía un paño de entierro colgado delante de la puerta. Por lo visto la enfermedad que tenía era algo parecido a una niebla metida en la cabeza, y los médicos no podían hacer nada, ni el párroco tampoco. Cuando le entraba muy fuerte, se iba sola a orillas del mar, y el teniente de la aduana se la encontraba muchas veces, cuando hacía la ronda, llorando boca abajo en los guijarros. Luego, cuando se casó, se le pasó, dicen.

—Pero a mí —decía Emma— me entró después de la boda.





Capítulo VI





Un atardecer en que la ventana estaba abierta y, sentada en el reborde, acababa de ver a Lestiboudois, el sacristán, recortando el boj, Emma oyó de repente sonar el Ángelus.

Comenzaba abril, cuando se abren las primulas; un viento tibio retoza en las platabandas labradas, y los jardines, como si fueran mujeres, parecen estar engalanándose para las fiestas del verano. Por el enrejado del cenador y más allá, rodeándola, se veía el río en la pradera, donde dibujaba en la hierba sinuosidades inconcretas. El vaho de la noche pasaba entre los álamos sin hojas y difuminaba los perfiles en una tonalidad morada, más pálida y más transparente que un gas sutil enganchado en las ramas. A lo lejos, pasaban unas reses; no se oían las pisadas, sino los mugidos; y la campana, que continuaba sonando, prolongaba por los aires su queja apacible.

Con aquel tañido reiterado, el pensamiento de la joven erraba por recuerdos antiguos de la juventud y del internado. Se acordó de los candelabros grandes, de mayor altura, encima del altar; de los jarrones llenos de flores; y del sagrario de columnillas. Le habría gustado, como antes, estar aún perdida en la larga fila de velos blancos con las marcas negras a trechos de las capuchas rígidas de las monjas que agachaban la cabeza en sus reclinatorios; los domingos, en misa, cuando miraba hacia arriba veía la dulce cara de la Virgen entre los torbellinos azulados del incienso, que se elevaban. Entonces sintió



un enternecimiento; se notó floja y entregada por completo, como un plumón de pajarillo girando en la tormenta; y, sin tener conciencia de ello, tomó el camino de la iglesia, dispuesta a una devoción cualquiera con tal de que le absorbiera el alma y le desapareciera la existencia entera en ella.

En la plaza se encontró con Lestiboudois, que volvía; pues, para no quitarle tiempo a la jornada de trabajo, prefería interrumpir la tarea y reanudarla luego, de forma tal que llamaba al Ángelus según le viniera bien. Por lo demás, si tocaba antes avisaba así a la chiquillería de la hora de la catequesis.

Ya habían llegado unos cuantos niños, que jugaban a las canicas entre las lápidas del cementerio. Otros, a caballo encima de la tapia, movían las piernas, segando con los zuecos las ortigas altas que habían crecido entre el menguado recinto y las últimas sepulturas. Era la única parte verde; todo lo demás no era sino piedras y lo cubría siempre un polvillo fino, pese a la escoba del sacristán.

Los chiquillos corrían por allí en zapatillas como por un suelo que hubieran hecho para ellos, y se oían las voces que daban entre el zumbido de la campana. Iba a menos éste junto con las oscilaciones de la sogá gruesa, que, cayendo desde las alturas del campanario, arrastraba la punta por el suelo. Pasaban unas golondrinas, soltando grititos, cortaban el aire con el filo de su vuelo y regresaban deprisa a los nidos amarillos, bajo las tejas del goterón. Al fondo de la iglesia ardía una lámpara, es decir, una mariposa en un vaso colgado. Esa luz, de lejos, parecía una mancha azulada que temblaba en el aceite. Un rayo de sol largo atravesaba toda la nave y volvía aún más oscuras las naves laterales y las esquinas.

—¿Dónde está el párroco? —le preguntó la señora Bovary a un muchacho que se entretenía bamboleando el torniquete dentro de su agujero, que le venía grande.

—Ahora viene —contestó.

Efectivamente, chirrió la puerta de la casa parroquial y apareció el padre Bournisien; los niños se metieron corriendo en la iglesia, en desorden.

—¡Estos granujas! —masculló el sacerdote—. ¡No cambiarán nunca! Y, recogiendo un catecismo hecho trizas con el que acababa de tropezar, añadió:

—¡No respetan nada!

Pero, en cuanto vio a la señora Bovary, dijo:

—Disculpe, no la había conocido.

Se metió el catecismo en el bolsillo y se detuvo, sin dejar de balancear entre dos dedos la pesada llave de la sacristía.

La luz del sol poniente, que le daba de lleno en la cara, amari- lleaba la sempiterna de la sotana que tenía brillos en los codos y se deshilachaba por abajo. Unas manchas de grasa y de tabaco iban siguiendo, por el pecho ancho, la fila de botoncitos y se hacían más numerosas al apartarse del alzacuello, en el que descansaban los abundantes pliegues de la piel roja, salpicada de máculas amarillas que se esfumaban entre los pelos duros de la barba gris. Acababa de cenar y respiraba ruidosamente.

—¿Cómo está usted? —añadió.

—Mal —repuso Emma—; sufro.

—Ah, yo también —dijo el sacerdote—. Son estos primeros calores, ¿verdad?, que le dejan a uno sorprendentemente flojo. En fin, ¿qué le vamos a hacer? Nacimos para sufrir, como dijo san Pablo. Pero ¿qué opina el señor Bovary?

—¡Ése! —dijo Emma, con un gesto de desdén.

—¿Cómo? —replicó el buen hombre, muy extrañado—. ¿No le receta algo?

—¡Ay! —dijo Emma—. No son remedios terrenales los que necesitaría yo. Pero el párroco miraba de vez en cuando a ver qué estaba pasando en la iglesia, donde todos los chiquillos, arrodillados, se daban empujones con el hombro y se caían como una fila de cartas.

—Querría saber... —siguió diciendo.

—Ya verás lo que te va a pasar, Riboudet —exclamó el sacerdote con voz airada—. ¡Te voy a calentar las orejas, pillastre!

Luego, volviéndose hacia Emma:

—Es el hijo de Boudet, el carpintero; a los padres les van bien las cosas y le dan todos los caprichos. Y eso que aprendería deprisa si quisiera, porque es de lo más espabilado. Y yo, a veces, le gasto la broma de llamarlo Riboudet (como esa cuesta que hay que subir para ir a Maromme), y hasta le digo: «Lo que me cuestas, Riboudet». ¡Ja, ja! Por la cuesta de Riboudet. El otro día le conté esa gracia a monseñor y se rió... tuvo a bien reírse. ¿Y qué tal anda el señor Bovary?

Emma parecía que no lo estaba oyendo. El párroco siguió:

—Siempre tan ocupado, supongo. Porque, desde luego, él y yo somos las dos personas de la parroquia que más tenemos que hacer. Pero él es médico de cuerpos —añadió con una risa pastosa—, y yo



soy médico de almas.

Ella clavó en el sacerdote una mirada suplicante:

—Sí —dijo—, usted alivia todas las desdichas.

—¡Ay, no me hable, señora Bovary! Esta misma mañana he tenido que ir a Bas-Diauville a ver una vaca que estaba hinchada; creían que le habían echado mal de ojo. El caso es que todas las vacas... Pero ¡discúlpeme! ¡Longuemarre y Boudet! ¡Mecachis! ¡Ya está bien!

Y se plantó de un salto en la iglesia.

Los chiquillos rodeaban en esos momentos el elevado pupitre, trepaban por el taburete del sochantre, abrían el misal; y otros no iban a tardar en aventurarse con pasos furtivos hasta el confesionario. Pero el párroco les repartió de pronto a todos una granizada de cachetes. Cogiéndolos por el cuello de la chaqueta, los levantaba en vilo y volvía a dejarlos, de rodillas, en las baldosas del coro, como si quisiera plantarlos en ellas.

—Los labradores son muy dignos de compasión, ¿sabe usted? —dijo al regresar junto a Emma, desdoblado el pañuelo de indiana de buen tamaño y mordiendo uno de los picos.

—Y otros también —contestó ella.

—Desde luego, los obreros de las capitales, por ejemplo.

—No son ellos quienes...

—Disculpe, pero en la capital he conocido a pobres madres de familia, mujeres virtuosas, se lo puedo asegurar, santas auténticas, que carecían de pan incluso.

—Pero las mujeres, señor cura —siguió diciendo Emma (y torcía al hablar las comisuras de los labios)—, esas mujeres que tienen pan, pero no tienen...

—Fuego en invierno —dijo el sacerdote.

—¿Qué más dará eso!

—¿Cómo que qué más dará? Me parece a mí que cuando está uno caliente y bien comido... porque vamos...

—¡Dios mío, Dios mío! —suspiraba ella.

—¿Se encuentra mal? —dijo el párroco, acercándosele con expresión preocupada—. Será la digestión seguramente. Debe volver a casa, señora Bovary, y tomar algo de té; la reconfortará. O, si no, un vaso de agua fresca con azúcar moreno.

—¿Por qué?

Parecía como si se estuviera despertando de un sueño.

—Es que se estaba pasando la mano por la frente. Me pareció que

se mareaba.

Luego, volviendo a lo anterior:

—Pero me estaba usted preguntando algo. ¿Qué era? Ya no me acuerdo.

—¿Yo? Nada, nada —repetía Emma.

Y la mirada con que recorría cuanto la rodeaba bajó despacio hacia el anciano de sotana. Se miraban ambos, cara a cara, sin decir nada.

—Bueno, señora Bovary, pues usted me disculpará, pero el deber es lo primero, ya sabe; tengo que despachar a los pilluelos estos. Ya llegan las primeras comuniones. ¡Mucho me temo que se nos volverá a echar el tiempo encima! Así que, en cuanto pasa la Ascensión, les doy sin falta una hora más todos los miércoles. ¡Estos pobres niños! Nunca es pronto para encarrilarlos por los caminos del Señor, como, por lo demás, nos recomendó Él en persona por boca de su divino Hijo... Que usted lo pase bien, señora; y salude de mi parte a su marido.

Y se metió en la iglesia, haciendo una genuflexión en la puerta misma.

Emma lo vio alejarse entre la doble línea de bancos con paso torpe, inclinando algo la cabeza hacia el hombro y con las dos manos, que llevaba separadas del cuerpo, abiertas a medias.

Se dio luego media vuelta con rigidez, como una estatua en un eje, y se encaminó a su casa. Pero la voz recia del párroco y la voz clara de los chiquillos le seguían entrando por los oídos y decían a sus espaldas:

—¿Sois cristianos?

—Sí, por la gracia de Dios

—¿Qué quiere decir cristiano?

—Hombre de Cristo.

—¿Qué entendéis por hombre de Cristo?

—Hombre que tiene la fe de Jesucristo, que profesó en el bautismo... bautismo... bautismo...

Subió los peldaños de las escaleras de su casa agarrada a la barandilla y, cuando llegó a su cuarto, se desplomó en un sillón.

La claridad blanquecina de los cristales de la ventana caía suavemente, a ondas. Los muebles, en su sitio, parecían aún más quietos y se perdían en la sombra como en un océano tenebroso. La chimenea estaba apagada; el péndulo del reloj seguía oscilando y a Emma le



entraba un pasmo impreciso ante aquel sosiego de las cosas, siendo así que en su fuero interno había tantos trastornos. Pero, entre la ventana y el costurero, estaba Berthe; la niña se tambaleaba, con sus botitas de punto, e intentaba acercarse a su madre para cogerle la punta de las cintas del delantal.

—¡Déjame en paz! —dijo ésta, apartándola con la mano.

No tardó la niña en acercarse más aún, pegándosele a las rodillas; y, apoyando en ellas los brazos, alzaba hacia su madre los ojos azules, saltones, mientras un hilillo de saliva le caía de la boca hasta la seda del delantal.

—¡Déjame en paz! —repitió la madre, muy irritada.

La cara que puso asustó a la niña, que empezó a chillar.

—Pero ¡déjame en paz de una vez! —dijo Emma, rechazándola con el codo.

Berthe fue a caer al pie de la cómoda, contra la moldura de cobre; se hizo un corte en la mejilla y brotó la sangre. La señora Bovary se abalanzó hacia ella para levantarla, rompió el cordón de la campanilla, llamó a la criada con todas sus fuerzas y ya iba a empezar a lanzar improperios cuando se presentó Charles. Era la hora de la cena y volvía a casa.

—Mira, querido —dijo Emma con voz sosegada—; la niña se ha caído al suelo mientras jugaba y se ha hecho una herida.

Charles la tranquilizó; no era nada del otro mundo, y fue a buscar diaquilón.

La señora Bovary no bajó a la sala; quiso quedarse a solas al cuidado de su hija. Entonces, al mirarla dormir, la intranquilidad que aún le quedaba dentro se fue disipando gradualmente y le pareció que había sido muy tonta y que demasiado había hecho hacia un rato alterándose por tan poco. Pues Berthe ya no lloraba. Ahora, su respiración alzaba insensiblemente la manta de algodón. Unos lagrimones se le habían quedado en la comisura de los párpados a medio cerrar, por cuya abertura se veían dos pupilas pálidas y hundidas; el esparadrapo pegado en la mejilla le tiraba al bies de la piel tensa.

«Qué cosa más rara —pensaba Emma—; ¡hay que ver lo fea que es esta niña!»

Cuando Charles, a las once de la noche, volvió de la botica (adonde había ido a devolver, después de cenar, el diaquilón que le había sobrado), se encontró a su mujer levantada y junto a la cuna.

—Pero ¿no te he dicho que no será nada? —dijo, dándole un beso

en la frente—. ¡No te atormentes, pobrecita mía, que te vas a poner mala!

Se había quedado mucho rato en casa del boticario. Aunque no hubiera mostrado gran preocupación, el señor Homais, sin embargo se había esforzado en reconfortarlo, en subirle los ánimos. Así que hablaron de los diversos peligros que amenazaban a los niños y de lo aturdidos que eran los criados. Algo de eso sabía la señora Homais, que aún tenía en el pecho las señales de un badil lleno de brasas que una cocinera le había echado hacía mucho encima de la bata escolar. Así que aquellos celosos padres tomaban infinitas precauciones. Nunca se afilaban los cuchillos ni se enceraban los suelos. Había en las ventanas rejas de hierro y, en los marcos de las puertas, barras fuertes. Los niños de la familia Homais, por muy independientes que fueran, no podían ir nunca a parte alguna sin llevar detrás a alguien que los vigilara; al menor catarro, su padre los atiborraba de pectorales y hasta bien cumplidos los cuatro años llevaban todos, implacablemente, chichoneras acolchadas. Esto era, a decir verdad, una manía de la señora Homais; su marido lo lamentaba para sus adentros, pues temía los posibles resultados de semejante compresión en los órganos intelectuales y se atrevía incluso a decirle:

—¿Es que pretendes convertirlos en caribeños o botocudos?

Charles, no obstante, había intentado varias veces interrumpir la conversación.

—Tendría que hablar con usted —le dijo por lo bajo al pasante, que lo precedió escaleras arriba.

«¿Sospechará algo?», se preguntaba Léon. Le palpitaba el corazón y se perdía en conjeturas.

Por fin, Charles, tras cerrar la puerta, le rogó que se informase personalmente en Ruán de cuánto podría costar un buen daguerrotipo; era una sorpresa sentimental que quería darle a su mujer, una fineza, su retrato luciendo un frac negro. Pero antes quería saber a qué atenerse; una gestión así no podía causarle trastorno a Léon, ya que iba a la capital casi todas las semanas.

¿A qué iba? Homais sospechaba que había ahí alguna historia propia de un joven, una intriga. Pero se equivocaba. Léon no iba en pos de ningún amorío. Estaba más mohino que nunca y la señora Lefrançois lo notaba perfectamente por todo lo que se dejaba ahora en el plato. Para saber más, le preguntó al recaudador; Binet contestó, con tono hosco, que no estaba a sueldo de la policía.



No por ello dejaba de parecerle muy peculiar su compañero de mesa; porque Léon se echaba hacia atrás en la silla con frecuencia, abriendo los brazos, y se quejaba más o menos de la existencia.

—Es que no tiene usted suficientes distracciones —le decía el recaudador.

—¿Cuáles?

—Yo, en su lugar, tendría un torno.

—Pero si no sé manejar un torno —replicaba el pasante.

—Sí, es cierto —decía el recaudador, acariciándose la mandíbula con expresión satisfecha donde había algo de desdén.

Léon estaba cansado de amar sin resultados; además empezaba a notar ese agobio que le causa a uno la repetición de la misma vida cuando no hay interés que la rija ni esperanza que la sostenga. Estaba tan harto de Yonville y de los vecinos de Yonville que ver a algunas personas o algunas casas le causaba una irritación intolerable; y el boticario, por muy buena persona que fuera, se le iba haciendo completamente insoportable. No obstante, la perspectiva de una situación nueva le espantaba no menos de lo que le atraía.

Esa aprensión no tardó en convertirse en impaciencia; y entonces París hizo tremolar ante sus ojos, desde lejos, el alboroto de sus bailes de disfraces con las risas de sus modistillas. Ya que tenía que concluir los estudios de Derecho, ¿por qué no se iba? ¿Quién se lo impedía? Y empezó a hacer preparativos en su fuero interno; organizó de antemano las ocupaciones que tendría. Amuebló con la imaginación un piso. ¡Llevaría en él una vida de artista! ¡Daría clases de guitarra! ¡Tendría un batín, una boina y zapatillas de terciopelo azul! Ya admiraba incluso, encima de la chimenea, dos floretes cruzados en aspa, y una calavera y la guitarra debajo.

Lo difícil era que su madre le diera permiso; y eso que nada podría parecer más sensato. Su propio jefe lo animaba a que conociera otras notarías donde pudiera seguir aprendiendo. Ateniéndose, pues, a un término medio, Léon buscó alguna plaza de segundo pasante en Ruán, no encontró ninguna y acabó por escribir a su madre una carta larga y detallada donde le exponía las razones para irse a vivir a París inmediatamente. Su madre accedió.

No se precipitó. Hivert estuvo un mes entero transportándole a diario de Yonville a Ruán y de Ruán a Yonville, arcas, maletas, paquetes; y cuando Léon hubo renovado el guardarropa, puesto relleno nuevo a sus tres sillones, comprado una provisión de pañuelos

de cuello y tomado, en pocas palabras, más disposiciones que para un viaje alrededor del mundo, fue aplazando la partida semana tras semana, hasta que recibió otra carta de su madre en que ésta lo instaba a emprender la marcha, ya que quería examinarse antes de las vacaciones.

Cuando llegó el momento de los abrazos de despedida, la señora Homais lloró; Justin sollozaba; Homais, haciéndose el fuerte, disimuló la emoción; tuvo empeño en llevarle personalmente el gabán a su amigo hasta la verja de la casa del notario, que llevaba a Léon a Ruán en su coche. A éste le quedaba el tiempo justo para despedirse del señor Bovary.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, se detuvo, porque notaba que estaba sin resuello. Al entrar, la señora Bovary se puso de pie con vehemencia.

—¡Soy yo otra vez! —dijo Léon.

—¡Estaba segura!

Emma se mordió los labios y le corrió bajo la piel una oleada de sangre que coloreó de rosa desde el nacimiento del pelo hasta el filo del cuello encañonado. Se quedó de pie, apoyando el hombro en el revestimiento de madera de la pared.

—¿No está el señor Bovary? —siguió diciendo Léon.

—Ha salido.

Y Emma repitió:

—Ha salido.

Hubo entonces un silencio. Se miraron; y sus pensamientos, unidos en la misma angustia, se abrazaban estrechamente, como dos pechos palpitantes.

—Me gustaría mucho darle un beso a Berthe —dijo Léon.

Emma bajó unos peldaños y llamó a Félicité.

Léon miro deprisa a su alrededor, con una extensa ojeada que abarcó las paredes, las estanterías, la chimenea, como para verlo todo hasta lo hondo, como para llevárselo todo.

Pero Emma volvió y la criada trajo a Berthe, que sacudía, atado a un bramante, un molino de viento cabeza abajo.

Léon la besó repetidamente en el cuello.

—¡Adiós, mi pobre niña! ¡Adiós, niña querida, adiós!

Y se la devolvió a su madre.

—Llévesela —dijo ésta.

Y se quedaron a solas.



La señora Bovary, de espaldas, había apoyado la cara en un cristal de la ventana; Léon tenía la gorra en la mano y se daba golpes flojos en el muslo con ella.

—Va a llover —dijo Emma.

—Llevo abrigo —contestó él.

Emma volvió la cara, con la barbilla gacha y la frente hacia delante. La luz se deslizaba por ella como por un mármol, hasta la curva de las cejas, sin que fuera posible saber qué estaba mirando en el horizonte ni qué pensaba en lo más hondo de sí misma.

—¡En fin! ¡Adiós! —suspiró Léon.

Ella alzó la cabeza con un ademán brusco:

—Sí, adiós... ¡Váyase!

Se acercaron; él le tendió la mano y ella titubeó.

—Bien, pues a la inglesa —dijo, entregándole la suya e intentando bromear.

Léon sintió la mano de ella entre los dedos y le pareció que la mismísima sustancia de todo su ser bajaba hasta aquella palma húmeda.

Abrió él la mano luego; se volvieron a encontrar sus miradas; luego, se fue.

Al llegar a la plaza del mercado se detuvo y se escondió detrás de un pilar para contemplar por última vez aquella casa blanca con sus cuatro celosías verdes. Le pareció ver una sombra tras la ventana, en el dormitorio; pero la cortina, soltándose de la abrazadera como si no la tocara nadie, movió despacio los largos pliegues oblicuos que, de un solo brinco, se desplegaron por entero, y cayó recta, más quieta que una pared de escayola. Léon echó a correr.

Divisó, a lo lejos, en la carretera, el cabriolé de su jefe y, al lado, a un hombre con delantal de arpillera que sujetaba el caballo. Homais y el señor Guillaumin estaban charlando. Lo esperaban.

—Deme un abrazo —dijo el boticario, con lágrimas en los ojos—. Aquí tiene el gabán, amigo mío. ¡Tenga cuidado de no coger frío! ¡Cúidese! ¡No trabaje demasiado!

—Vamos, Léon, suba al coche —dijo el notario.

Homais se inclinó por encima del guardabarros y, con voz entrecortada de sollozos, dijo estas dos palabras tan tristes:

—¡Buen viaje!

—Buenas tardes —contestó el señor Guillaumin—. ¡Suelte el caballo!

Se fueron y Homais se volvió a su casa.

La señora Bovary había abierto la ventana que daba al jardín y miraba las nubes.

Se apiñaban a poniente, por el lado de Ruán, e iban rodando deprisa esas volutas negras, por detrás de las que asomaban franjas grandes de sol, como las flechas de oro de un trofeo colgado, mientras que el resto del cielo vacío era blanco como una porcelana. Pero una ráfaga de viento inclinó los álamos y de pronto empezó a llover; la lluvia repiqueteaba en las hojas verdes. Luego volvió a salir el sol, las gallinas cacarearon, los gorriones se sacudían las alas en los matorrales húmedos y los charcos de la arena se llevaban, al correr, las flores color de rosa de una acacia.

«¡Ay, qué lejos debe de estar ya!», pensó Emma.

El señor Homais, como solía, se presentó a las seis y media, mientras cenaban.

—Bueno —dijo, sentándose—, así que hemos embarcado a nuestro muchacho.

—Eso parece —contestó el médico.

Luego, girándose en la silla:

—¿Y qué hay de nuevo por su casa?

—Nada de particular. Únicamente mi mujer, que se ha trastornado algo esta tarde. ¡Ya sabe usted que a las mujeres las altera cualquier nadería! ¡Sobre todo a la mía! Y haríamos mal en no aceptarlo, ya que su organización nerviosa es mucho más maleable que la nuestra.

—¡Ese pobre Léon! —decía Charles—. ¿Cómo va a vivir en París?... ¿Se acostumbrará?

La señora Bovary suspiró.

—¡Ya lo creo! —dijo el boticario chasqueando la lengua—. ¡Las buenas comilonas en los figones! ¡Los bailes de disfraces! ¡El champaña! Les digo yo que todo eso va a estar a la orden del día.

—No creo que se eche a perder —objetó Bovary.

—¡Ni yo! —replicó vehementemente el señor Homais—. Pero pese a todo no le quedará más remedio que hacer lo que hagan los demás, si no quiere arriesgarse a parecer un jesuita. ¡Y no saben ustedes qué vida llevan esos pillastres, en el Barrio Latino, con las actrices! Por lo demás los estudiantes están muy bien vistos, en París. A poco que tengan algo de talento para las artes de adorno, los reciben en los círculos más selectos, donde hay incluso señoras del Faubourg Saint-Germain que se enamoran de ellos, lo que, más adelante, les



proporciona ocasiones de hacer muy buenas bodas.

—Pero —dijo el médico— temo por él que... allí...

—Tiene razón —interrumpió el boticario—, ¡ésa es la otra cara de la moneda! Y a uno no le queda más remedio que no dejar de agarrarse el bolsillo. Está usted, supongamos, en un parque público; aparece un individuo bien vestido, condecorado incluso, y que cualquiera tomaría por un diplomático; te dirige la palabra, se traba conversación; sale con insinuaciones, te ofrece rapé o te recoge el sombrero. Luego se afianza la amistad; te lleva a un café o te invita a su casa de campo, te presenta, entre dos vinos, a un montón de gente, y las tres cuartas partes de las veces solo es para robarte la bolsa como un filibustero o para meterte en malos pasos.

—Es verdad —repuso Charles—; pero yo estaba pensando sobre todo en las enfermedades, en el tifus, por ejemplo, que ataca a los estudiantes de provincias.

Emma se sobresaltó.

—Por el cambio de régimen —siguió diciendo el boticario— y la perturbación que eso trae a la organización del cuerpo en general. Y además el agua de París, ya saben, las comidas en las tabernas, todos esos platos tan especiados acaban por afectar a los intestinos y, dígame lo que se diga, no valen lo que un buen puchero. En lo que a mí se refiere, siempre he preferido la cocina de la clase media, ¡es más sana! Así que cuando era estudiante en Burdeos estuve de pupilo en una casa de huéspedes; comía con los profesores.

Y siguió, consecuentemente, exponiendo sus opiniones generales y sus simpatías personales hasta que fue Justin a buscarlo porque había que preparar una yema mejida.

—¡Ni un momento de sosiego! —exclamó—. ¡Siempre como un galeote! ¡No puedo faltar un minuto! ¡Sudando sangre, como un caballo de labranza! ¡Qué rosario de penalidades!

Luego, ya en la puerta, dijo:

—Por cierto, ¿están enterados de la noticia?

—¿Qué noticia?

—Que es muy probable —siguió diciendo Homais, alzando las cejas y poniendo una expresión muy seria— que la feria agrícola del departamento de Sena Inferior se celebre este año en Yonville-l'Abbaye. Ese rumor corre, al menos. Algo decía el periódico esta mañana. ¡Para nuestro distrito sería algo importantísimo! Pero ¡ya lo comentaremos luego! Veo bien, muchas gracias; Justin ha traído el farol.



Capítulo VII





El día siguiente le resultó a Emma fúnebre. Todo le pareció envuelto en un ambiente negro que flotaba confusamente sobre el aspecto externo de las cosas, y la pena se le metía en el alma con alaridos lentos, como el viento de invierno en los castillos abandonados. Era esa ensoñación en que vemos lo que no ha de volver, ese cansancio que se adueña de nosotros después de cada acontecimiento ya rematado, ese dolor, en fin, que nos viene de la interrupción de todo movimiento habitual, el cese brusco de una vibración prolongada.

Igual que cuando regresó de La Vaubyessard, cuando aún le daba vueltas en la cabeza el torbellino de las cuadrillas, sentía una melancolía taciturna, una desesperación entumecida. Volvía a ver a León más alto, más guapo, más dulce, más inconcreto; aunque estuvieran separados, no la había dejado, estaba allí y en las paredes de la casa parecía conservarse su sombra. Emma no podía apartar los ojos de esa alfombra que él había pisado, de esos muebles vacíos donde él se había sentado. El río seguía fluyendo e impulsaba despacio las olas menudas a lo largo de la orilla resbaladiza. Cuántas veces habían paseado, oyendo ese mismo rumor del agua por los guijarros cubiertos de musgo. ¡De qué soles tan buenos habían disfrutado! ¡Qué tardes tan buenas, solos, a la sombra, al fondo del jardín! Él leía en voz alta, con la cabeza descubierta, en un taburete hecho con palos



secos; el viento fresco del prado estremecía las páginas del libro y las capuchinas del cenador... ¡Ay, se había ido el único encanto de su vida, la única esperanza posible de felicidad! ¿Cómo no había asido esa dicha cuando se le brindó? ¿Por qué no la había retenido con las manos, postrada de rodillas, cuando quiso escabullirse? Y se maldijo por no haber querido a Léon; sintió sed de sus labios. Le entraron deseos de ir a él, de arrojarle en sus brazos y de decirle: «¡Soy yo, te pertenezco!». Pero Emma se apuraba de antemano con las dificultades de la empresa y sus deseos, a los que sumaba el arrepentimiento, se volvían así más fogosos.

A partir de entonces, ese recuerdo de Léon fue como el centro de su hastío; chisporroteaba con más fuerza que, en la estepa rusa, la hoguera de unos viajeros abandonada en la nieve. Emma se abalanzaba hacia ella, se acurrucaba junto a ella, espabilaba con mimo ese fuego a punto de extinguirse, iba a buscar en lo que la rodeaba cuanto pudiera avivarlo más; y las reminiscencias más remotas y también las ocasiones más inmediatas, lo que sentía y lo que imaginaba, las ansias de voluptuosidad que iban a la desbandada, los proyectos de dicha que crujían en el viento como ramas secas, la virtud estéril, las esperanzas derruidas, el mantillo doméstico, lo recogía todo y lo utilizaba todo para que no se enfriara la tristeza.

No obstante, las llamas se fueron apaciguando, bien porque la provisión de combustible se estuviera agotando sola, bien porque formara un montón demasiado compacto. La ausencia poco a poco apagó el amor; la costumbre ahogó la añoranza; y ese resplandor de incendio que arrebolaba el cielo pálido de Emma lo cubrió cada vez más la sombra, y se fue borrando gradualmente. Con el adormecimiento de la conciencia, llegó a tomar incluso la repugnancia que le inspiraba el marido por aspiración hacia el amante, la quemazón del odio por el caldeamiento del cariño; pero como el huracán seguía soplando y la pasión se consumió hasta convertirse en cenizas y no se presentó ningún socorro ni salió sol alguno, la oscuridad fue completa por todos lados y Emma se vio perdida en un frío espantoso que la calaba.

Entonces volvieron los días malos de Tostes. Ahora consideraba que era mucho más desgraciada; pues tenía experiencia de la pena, con la certidumbre de que no concluiría.

Una mujer que se había impuesto sacrificios tan grandes bien podía consentirse unos cuantos caprichos. Se compró un reclinatorio

gótico y gastó en un mes catorce francos en limones para limpiarse las uñas; escribió a Ruán para encargar una bata de casimir azul; escogió en la tienda de Lheureux el echarpe más bonito; se lo anudaba a la cintura por encima de la bata y, con las contraventanas cerradas y un libro en la mano, se echaba en un sofá ataviada de esa guisa.

Cambiaba de peinado con frecuencia: se peinaba a lo chino, con ondas, con trenzas; se hizo la raya al lado y se metió la melena hacia dentro, como un hombre.

Quiso aprender italiano: compró diccionarios, una gramática, una remesa de papel blanco. Hizo por leer cosas serias, historia y filosofía. Charles se despertaba sobresaltado a veces, por las noches, pensando que venían a buscarlo para atender a un enfermo.

—Ya voy —balbucía.

Y era el ruido de una cerilla que Emma rascaba antes de encender la lámpara. Pero con los libros le pasaba como con los bordados, que estorbaban, empezados, en el armario; los cogía, los dejaba, empezaba otros.

Le daban arrebatos, y en ese estado habría sido fácil empujarla a cometer extravagancias. Afirmó un día, discutiendo con su marido, que podía beberse medio vaso de aguardiente; y, como Charles cometió la bobada de retarla, se tomó el aguardiente hasta el final.

Pese a aquellas demostraciones de poco seso (que tenía poco seso era lo que decían de ella las señoras de la burguesía de Yonville), Emma no parecía alegre y solía tener en las comisuras de los labios esa contracción fija que arruga la cara de las solteronas y de los ambiciosos fracasados. Estaba palidísima, más blanca que el papel; tenía tirante la piel de las ventanas de la nariz y una mirada vaga en los ojos. Cuando se encontró tres canas en las sienes, habló mucho de lo vieja que era.

A veces le daban desmayos. Un día, incluso, escupió sangre y, al acudir Charles precipitadamente, sin disimular la preocupación, le dijo:

—¡Bah, qué más dará!

Charles buscó refugio en su consulta; y lloró acodado en la mesa y sentado en el sillón del escritorio, debajo de la cabeza frenológica.

Escribió entonces a su madre para rogarle que viniese; y mantuvieron largos conciliábulos acerca de Emma.

¿Qué decisión tomar? ¿Qué podía hacerse si no aceptaba ningún tratamiento?



—¿Sabes lo que necesitaría tu mujer? —repetía la madre del señor Bovary—. ¡Que no le quedase más remedio que hacer algo, alguna ocupación manual! Si tuviera, como tantas otras, la obligación de ganarse el pan, no le darían esos vahídos que le vienen de un montón de ideas con las que se llena la cabeza por lo desocupada que vive.

—Pero si hace cosas —decía Charles.

—Ah, ¿que hace cosas? ¿Y qué hace? Leer novelas, libros perjudiciales, obras que van en contra de la religión y que se burlan de los sacerdotes con palabras tomadas de Voltaire. Pero todas esas cosas tienen muchas repercusiones, pobre hijo mío, y quien no tenga religión acabará siempre mal.

Quedó, pues, decidido que impedirían a Emma que leyese novelas. La empresa no parecía fácil. La buena señora la tomó a su cargo: cuando pasara por Ruán iría en persona al comercio de préstamo de libros para dejar constancia de que Emma no iba a seguir con la suscripción. ¿Podrían recurrir a la policía si el librero, pese a todo, persistía en su oficio de envenenador?

La despedida de la suegra y de la nuera fue muy seca. En las tres semanas que habían pasado juntas no habían cruzado ni dos palabras, salvo para las informaciones y las fórmulas de cortesía cuando se sentaban a la mesa y por la noche antes de irse a la cama.

La madre del señor Bovary se fue un miércoles, que era día de mercado en Yonville.

Atestaba la plaza, desde por la mañana, una fila de carretas que, todas con la parte trasera en el suelo y los varaes alzados, se extendía, siguiendo la línea de casas, desde la iglesia hasta la fonda. Del otro lado, había casetas de lona donde vendían telas de algodón, mantas y medias de lana, junto con cabestros para los caballos y manojos de cintas azules con las puntas al viento. En el suelo había artículos grandes de ferretería entre las pirámides de huevos y los cestillos de quesos de los que asomaban pajas pegajosas; cerca de las trilladoras en jaulas planas cacareaban gallinas que metían el cuello entre los barrotes. El gentío, que se apiñaba en el mismo sitio sin querer moverse, amenazaba a veces con romper el escaparate de la botica, que, los miércoles, estaba continuamente llena; y había empujones no tanto para comprar medicamentos cuanto para ir a la consulta, pues era mucha la reputación del señor Homais en todos los pueblos circundantes. Su aplomo imperturbable tenía fascinados a los campesinos. Lo miraban como si fuera mejor médico que cual-

quier médico.

Emma estaba acodada en la ventana (se asomaba con frecuencia; en provincias, la ventana sustituye a los teatros y al paseo) y se entretenía mirando el barullo de los rústicos, cuando divisó a un señor vestido con levita de terciopelo verde. Llevaba guantes amarillos aunque calzaba recias polainas; y se dirigía a casa del médico; lo seguía un campesino con la cabeza gacha y expresión muy reflexiva.

—¿Puedo ver al señor? —le preguntó a Justin, que charlaba en el umbral con Félicité.

Y, tomándolo por criado de la casa, siguió diciendo:

—Dígale que está aquí el señor Rodolphe Boulanger, de La Huchette.

No era por vanidad territorial por lo que había añadido el recién llegado la partícula al apellido, sino para darse mejor a conocer. La Huchette era, efectivamente, una finca próxima a Yonville, cuya mansión acababa de adquirir, junto con dos granjas que cultivaba en persona, aunque sin tomárselo demasiado a pecho. ¡Hacía vida de soltero y se decía que tenía por lo menos quince mil libras de renta!

Charles entró en la sala. El señor Boulanger le presentó a su criado, que quería que lo sangrasen porque tenía hormiguillo por el cuerpo.

—Así me purgo —objetaba, le dijeran lo que le dijeran. Bovary pidió, pues, que le trajesen una venda y una palangana y rogó a Justin que la sostuviera. Luego, dirigiéndose al aldeano, que ya estaba lívido:

—No tenga miedo, amigo.

—No, no —contestó él—. Adelante.

Y, con expresión fanfarrona, alargó el grueso brazo. Al clavarle la lanceta, saltó la sangre, que salpicó el espejo.

—¡Acerca la jofaina! —exclamó Charles.

—¡Arrea! —dijo el campesino—. ¡Si corre como una fuente! ¡Qué sangre más roja tengo! Eso debe de ser buena señal, ¿verdad?

—A veces —siguió diciendo el titulado en sanidad— no nota uno nada al principio, luego llega el síncope y, sobre todo, en las personas de buena constitución, como la suya.

No bien lo dijo, el campesino soltó el estuche al que estaba dando vueltas entre los dedos. Una sacudida de los hombros hizo crujir el respaldo de la silla. Se le cayó el sombrero.

—Me lo figuraba —dijo Bovary, apoyando el dedo en la vena.



La palangana estaba empezando a temblar en manos de Justin; se le doblaron las rodillas y se puso pálido.

—¡Mujer! ¡Mujer! —llamó Charles.

Emma bajó las escaleras de un brinco.

—¡Vinagre! —exclamó él—. ¡Ay, Dios mío, dos a la vez!

Y, con aquella conmoción, le costaba aplicar la compresa.

—No es nada —decía muy tranquilo el señor Boulanger, mientras sostenía a Justin en sus brazos.

Y lo sentó encima de la mesa, apoyándole la espalda contra la pared.

La señora Bovary empezó a quitarle la corbata. Tenía un nudo en las cintas de la camisa; estuvo unos minutos enredando con dedos sutiles por el cuello del joven; echó luego vinagre en su pañuelo de batista; le humedecía las sienes con toquecitos y soplaba encima con delicadeza.

El carretero recobró el sentido; pero el síncope de Justin duraba aún y las pupilas se desvanecían en la esclerótica pálida, igual que unas flores azules en leche.

—Habría que evitar que viera esto —dijo Charles.

La señora Bovary cogió la palangana. Al meterla debajo de la mesa, y con el ademán que hizo al agacharse, el vestido (era un vestido de verano con cuatro volantes, amarillo, de talle bajo y falda de vuelo) se ahuecó sobre las baldosas de la sala; y al titubear Emma un tanto, acucillada, separando los brazos, la tela abultada se hundía a trechos a tenor de las inflexiones del busto. Fue, luego, a buscar una jarra de agua, y estaba disolviendo unos terrones de azúcar cuando llegó el boticario. La criada había ido a buscarlo en pleno barullo; al ver que su discípulo ya había abierto los ojos, recuperó el resuello. Luego, dando vueltas a su alrededor, lo miró de arriba abajo.

—¡Bobo! —decía—. Pero ¡serás bobo! Bobo, y no quito ni una letra. ¡Pues sí que es algo del otro mundo una flebotomía! ¡Y un chicarrón como éste, que no le tiene miedo a nada, que es una especie de ardilla, aquí donde lo ven, que sube a tirar las nueces al suelo desde alturas vertiginosas! ¡Ay sí, ya puedes hablar y darte pisto! Bonitas disposiciones para ejercer más adelante de farmacéutico. Porque puede suceder que, en circunstancias graves, tengas que comparecer ante los tribunales para iluminarles la conciencia a los magistrados; y será cosa de conservar la sangre fría, de argumentar, de portarse como un hombre, o de parecer un imbécil!



Justin no contestaba. El boticario seguía diciendo:

—¿Y quién te pidió que vinieras? ¡Siempre andas importunando a los señores! Además, los miércoles me es más indispensable tu presencia. Hay ahora mismo veinte personas en la casa. Lo he dejado todo empantanado por el cariño que te tengo. ¡Venga, vete, corre, espérame y vigila los tarros!

Cuando Justin, que se estaba volviendo a vestir, se fue, hablaron un ratito de los desmayos. La señora Bovary no se había desmayado nunca.

—¡Algo extraordinario en una señora! —dijo el señor Boulanger—. Por lo demás, hay gente muy delicada. Vi, por ejemplo, en un duelo, cómo uno de los testigos perdía el conocimiento solo con oír el ruido de cargar las pistolas.

—A mí —dijo el boticario— la sangre ajena no me impresiona nada; pero solo con la idea de ver correr la mía, me entraría un desfallecimiento si me parase a pensarlo demasiado.

En tanto, el señor Boulanger había dicho a su criado que se fuera, instándolo a que se quedara tranquilo, puesto que ya se había salido con la suya.

—Gracias a lo cual he tenido el gusto de conocerlos a ustedes —añadió.

Y miraba a Emma mientras lo decía.

Luego dejó tres francos en la esquina de la mesa, saludó al *des-gaire* y se fue.

No tardó en hallarse en la otra orilla del río (era el camino que tenía que tomar para volver a La Huchette); y Emma lo divisó por el prado, andando bajo los álamos y parándose de vez en cuando como alguien que va pensando.

«¡Qué bonita es! —se decía—. ¡Qué bonita la mujer del médico! Preciosos dientes, ojos negros, pie primoroso y un porte de parisina. ¿De dónde demonios sale? ¿De dónde la ha sacado este muchacho tan basto?»

Rodolphe Boulanger tenía treinta y cuatro años, era de carácter violento y de inteligencia perspicaz y por lo demás siempre había tenido mucho trato con las mujeres, por lo que era un entendido en la materia. Ésta le había parecido guapa; así que pensaba en ella y en su marido.

«Me parece muy tonto, seguramente está aburrída de él. Lleva las uñas sucias y una barba de tres días. Mientras anda de acá para



allá, detrás de sus pacientes, ella se queda zurciendo calcetines. ¡Y eso aburre! ¡Y una querría vivir en la capital y bailar polkas todas las noches! ¡Pobre mujercita, buscando el amor con la boca abierta igual que una carpa busca el agua encima de una mesa de cocinal! Con tres palabras galantes, querría con locura a quien se las dijera, seguro. ¡Qué tierno sería! ¡Qué encantador!... Sí, claro, pero ¿cómo quitársela luego de encima?»

Entonces, los estorbos del placer, vislumbrados en perspectiva, le recordaron, por contraste, a su amante. Era una actriz de Ruán, a la que mantenía. Y, al detener el pensamiento en esa imagen, de la que estaba harto incluso al recordarla, pensó: «¡Ah! La señora Bovary es mucho más guapa que ella; y, sobre todo, más lozana. Virginie, desde luego, está engordando demasiado. Es tan fastidiosa con sus entusiasmos. ¡Y, además, qué manía tiene con las quisquillas!».

El campo estaba desierto y Rodolphe no oía más que el golpeteo regular de las hierbas que le rozaban los zapatos, junto con el canto de los grillos agazapados a lo lejos, entre la avena; volvía a ver a Emma en la sala, vestida como la había visto, y la desnudaba.

—¡Será mía! —exclamó, aplastando de un bastonazo un terrón que tenía delante.

Y, en el acto, se puso a considerar el aspecto político de la empresa. Se preguntaba: «¿Dónde nos veremos? ¿Y cómo? Tendremos continuamente auestas a la niña, y a la criada, a los vecinos, al marido, todo tipo de engorros de consideración. Vamos a dejarlo estar —se dijo—. ¡Menuda pérdida de tiempo!».

Luego se lo volvió a plantear: «Es que tiene unos ojos que se le meten a uno en el corazón como taladros. ¡Y ese cutis pálido!... ¡A mí es que me encantan las mujeres pálidas!».

Al coronar la cima de la cuesta de Argueil, ya había tomado una decisión.

«Solo queda ya buscar las ocasiones. Bueno, pues pasará por allí de vez en cuando, les mandaré caza y aves de corral; iré a que me sangren si hace falta; nos haremos amigos, los invitaré a casa... Ah, caramba —añadió—. Si enseguida llegará la feria agrícola; allí estará y la veré. Vamos allá, y con atrevimiento, que es lo más seguro.»



Capítulo VIII





iy, efectivamente, llegó la famosa feria! Ya desde por la mañana del día solemne, todos los vecinos comentaban los preparativos en el umbral de las puertas; habían adornado con guirnaldas de hiedra el frontón del ayuntamiento; habían montado en un prado un entoldado para el banquete y, en el centro de la plaza, delante de la iglesia, algo parecido a una bombardita debía acompañar la llegada del señor prefecto y el nombre de los agricultores que recibieran premios. La guardia nacional de Buchy (no había guardia nacional en Yonville) había acudido para sumarse al cuerpo de bomberos, cuyo capitán era Binet. Llevaba ese día un cuello más alto aún de lo que solía; y, ceñido en la guerrera, tenía el busto tan tieso y quieto que toda la dimensión vital de su persona parecía haberse bajado a las dos piernas, que alzaba cadenciosamente, marcando el paso con movimiento uniforme. Como pervivía una rivalidad entre el recaudador y el coronel, los dos, cada cual por su lado y para exhibir su talento, hacían maniobrar a sus hombres. Se veían pasar una y otra vez las charreteras rojas y los plastrones negros. ¡Era el cuento de nunca acabar! ¡Nunca se había visto un boato tal! A varias casas burguesas les habían lavado la cara la víspera; colgaban de las ventanas a medio abrir banderas tricolores; todas las tabernas estaban llenas; y, como hacía muy bueno, los gorros almidonados, las cruces de oro y las pañoletas de color parecían más blancos que la



nieve, relucían a la clara luz del sol y animaban con aquella siembra abigarrada la monotonía oscura de las levitas y los blusones azules. Las granjeras de los alrededores se quitaban, al apearse de los caballos, el alfiler recio que les ceñía al cuerpo el vestido recogido por temor a que se ensuciara; y los maridos, en cambio, para tener cuidado con los sombreros, no les quitaban los pañuelos que les habían puesto por encima, uno de cuyos picos sujetaban entre los dientes.

Afluía la muchedumbre a la calle mayor por los dos extremos del pueblo. Desembocaba desde las callejuelas, los paseos y las casas y, de vez en cuando, se oía repicar el llamador de las puertas tras las señoras de la burguesía que, con guantes de perlé, salían para ir a ver la fiesta. Lo más admirado eran dos soportes triangulares, altos y cubiertos de farolillos, a ambos lados de un estrado donde se iban a colocar las autoridades; y había, además, contra las cuatro columnas del ayuntamiento, algo así como cuatro varas, todas ellas con sendos gallardetes de tela verdosa ornado con inscripciones en letras de oro. En uno se leía: «Al Comercio»; en otro: «A la Agricultura»; en el tercero: «A la Industria»; y en el cuarto: «A las Bellas Artes».

Pero el júbilo que florecía en todos los rostros parecía poner de malhumor a la señora Lefrançois, la hospedera. De pie en las escaleras de la cocina, mascullaba para su capote:

—¡Qué sandez! ¡Qué sandez ese chisme de tela! Se creerán que el prefecto va a estar cómodo cenando debajo de una tienda de campaña como un saltimbanqui. ¡Y a esas complicaciones las llaman favorecer a la comarca! ¡Pues no sé entonces para qué han ido a buscar a un guisandero a Neufchâtel! ¡Y para quién? ¡Para unos vaqueros! ¡Para unos pobres diablos!...

Pasó el boticario. Iba de frac negro con pantalones de nanquín, zapatos de castor y, cosa rara, sombrero, un sombrero de copa baja.

—¡Muy buenos días tenga usted! —dijo—: Discúlpeme, pero llevo prisa.

Y, al preguntarle la oronda viuda dónde iba, contestó:

—¿Le extraña, verdad? Yo, que estoy siempre encerrado en mi laboratorio como la rata del fabulista en su queso.

—¿Qué queso? —preguntó la hospedera.

—Nada, nada —repuso Homais—. Solo pretendía decirle, señora Lefrançois, que suelo pasarme el día encerrado en casa. Hoy, sin embargo, en vista del acontecimiento, no me queda más remedio que...

—Ah, ¿va usted para allá? —dijo ella con expresión desdenosa.

—Sí, claro que voy —contestó el boticario extrañado—. ¿No ve que soy miembro de la comisión asesora?

La señora Lefrançois se lo quedó mirando unos minutos y acabó por responderle, con una sonrisa:

—Eso ya es otra cosa. Pero ¿qué tiene usted que ver con la agricultura? ¿Es que entiende de eso?

—¡Por supuesto que entiendo, porque soy farmacéutico, es decir, químico! ¡Y dado que el objeto de la química, señora Lefrançois, es el conocimiento de la acción recíproca y molecular de todos los cuerpos de la naturaleza, de ello se desprende que la agricultura cae dentro de ese terreno! Pues, efectivamente, ¿qué son la composición de los abonos, la fermentación de los líquidos, el análisis de los gases y la influencia de los miasmas, qué son, dígame, sino química ni más ni menos?

La dueña de la fonda no contestó nada y Homais siguió diciendo:

—¿Acaso cree que para ser agrónomo hay que haber arado la tierra con las propias manos o engordado aves de corral? ¡Más bien hay que estar al tanto de la composición de las sustancias en cuestión, de los yacimientos geológicos, de las actividades atmosféricas, de la calidad de los terrenos, de los minerales, de las aguas, de la densidad de los diferentes cuerpos y de su capilaridad! Y de mucho más. ¡Y hay que entender a fondo todos los principios de higiene para dirigir y criticar la construcción de los edificios, lo que comen los animales y cómo se alimentan los criados! Y, además, señora Lefrançois, hay que saber mucho de botánica; poder distinguir las plantas, ¿se da cuenta?, cuáles son saludables y cuáles, deletéreas; cuáles, improproductivas y cuáles, nutritivas; si es bueno arrancarlas aquí y volver a plantarlas allá, propagar unas y destruir otras; en resumen, hay que estar al día de las cosas científicas mediante los folletos y los papeles públicos y no perder comba para informar de las mejoras...

La hospedera no le quitaba ojo a la puerta del Café Francés; y el boticario siguió diciendo:

—¡Ojalá fueran químicos nuestros agricultores o hicieran más caso, al menos, de los consejos de la ciencia! Yo, por ejemplo, he escrito hace poco un opúsculo muy erudito, una memoria de más de setenta y dos páginas que se llama De la sidra, de su fabricación y de sus efectos, seguido de unas cuantas reflexiones nuevas al respecto, que envié a la Asociación Agronómica de Ruán, lo que me ha valido, incluso, el honor de ingresar como un miembro más de la sección de



agricultura, en el apartado de pomología; pues bien, si esa obra mía se hubiera divulgado dándole la oportuna publicidad...

Pero el boticario se detuvo al ver lo preocupada que estaba la señora Lefrançois.

—Pero ¡mírelos! —decía—. ¡Es incomprensible! ¡Una tabernucha como ésa!

Y, encogiéndose de hombros, con lo que las mallas de la prenda de punto le tiraban del pecho, señalaba con ambas manos la taberna de su rival, donde se oían en esos momentos unas canciones.

—Aunque no le queda ya mucho por delante —añadió—; antes de ocho días se acabó todo.

Homais, pasmado, retrocedió. La señora Lefrançois bajó los tres peldaños para decirle al oído:

—¿Cómo? ¿No está enterado? Lo embargan esta semana. Vende por culpa de Lheureux. Lo tiene enterrado en pagarés

—¡Qué espantosa catástrofe! —exclamó el boticario, que tenía siempre expresiones oportunas para todas las circunstancias que imaginarse puedan.

La hospedera empezó, pues, a contarle la historia, que ella sabía por Théodore, el criado del señor Guillaumin; y, aunque aborrecía a Tellier, censuraba a Lheureux. Era un enredador y una serpiente.

—Ah, mire —dijo—, ahí lo tiene, en el mercado: está saludando a la señora Bovary, que lleva un sombrero verde. Si hasta va del brazo del señor Boulanger.

—¡La señora Bovary! —dijo Homais—. Voy corriendo a presentarle mis respetos. A lo mejor le agrada contar con un sitio dentro del recinto y debajo del peristilo.

Y, sin atender a la señora Lefrançois, que lo llamaba para ampliarle la información, el boticario se alejó deprisa, con la sonrisa en los labios y las pantorrillas firmes, repartiendo a derecha e izquierda muchos saludos y ocupando mucho sitio con los largos faldones del frac negro, que flotaban al viento.

Rodolphe, que lo había divisado de lejos, apretó el paso; pero la señora Bovary se quedó sin aliento; anduvo más despacio, por lo tanto, y le dijo, sonriendo y con muy pocas consideraciones:

—Era para no toparnos con el gordo ese, ya sabe, el boticario.

Ella le dio un codazo.

«¿Qué querrá decir con eso», se preguntó Rodolphe.

Y la miró con el rabillo del ojo sin dejar de andar.

El perfil de Emma era tan sosegado que nada podía intuirse. Resaltaba a plena luz, dentro del óvalo de la capota, que tenía unas cintas pálidas que parecían hojas de juncos. Los ojos, de pestañas largas y rizadas, miraban de frente y, aunque los tenía bien abiertos, parecían un poco rasgados en los pómulos, debido a la sangre que latía despacio bajo el cutis fino. Un toque sonrosado atravesaba el tabique de la nariz. Tenía la cabeza inclinada hacia el hombro y, entre los labios, se le veía el filo nacarado de los dientes blancos.

«¿Se estará riendo de mí?», pensaba Rodolphe.

Aquel gesto de Emma no había sido, sin embargo, más que una advertencia, porque los acompañaba el señor Lheureux, que les dirigía la palabra de vez en cuando como para entablar una conversación.

—¡Qué día tan espléndido! ¡Todo el mundo se ha echado a la calle! ¡El viento viene del este! Ni la señora Bovary ni Rodolphe le contestaban, mientras que él, al mínimo movimiento de uno de los dos, se arrimaba, preguntando: «¿Decía usted?», y se llevaba la mano al sombrero.

Al llegar a la altura del herrador, en vez de seguir por la carretera hasta la cerca, Rodolphe se metió de repente por un sendero, llevándose a la señora Bovary; y dijo a voces:

—¡Buenas tardes, señor Lheureux! ¡Hasta la vista!

—¡Hay que ver cómo lo ha echado! —dijo Emma, riendo.

—¿Por qué va uno a consentir que los demás se le impongan? —siguió diciendo Rodolphe—. Y ya que hoy tengo la dicha de estar con usted...

Emma se ruborizó. Él no acabó la frase. Habló en cambio de lo bueno que hacía y del gusto que daba andar por la hierba. Ya habían salido unas cuantas margaritas.

—¡Qué bonitas! —dijo—. Y hay de sobra para hacer muchos pronósticos a todas las enamoradas de la comarca.

Añadió:

—¿Y si cogiera alguna? ¿Qué le parece?

—¿Está usted enamorado? —dijo ella carraspeando levemente.

—¡Ah! Eso nunca se sabe —contestó Rodolphe.

El prado estaba empezando a llenarse de gente y las amas de casa tropezaban con los transeúntes al pasar con los paraguas grandes, las cestas y la chiquillería. Con frecuencia, había que ceder el paso a una fila larga de campesinas, de criadas con medias azules, zapato plano



y sortijas de plata, que olían a leche al pasar junto a ellas. Iban cogidas de la mano y ocupaban así todo el prado, a lo largo, desde la fila de tiemblos hasta el entoldado del banquete. Pero era el momento de pasar revista al ganado, y los agricultores, uno tras otro, entraban en algo parecido a un hipódromo que consistía en una cuerda larga puesta en unos palos.

Allí estaban los animales, con la cabeza vuelta hacia el cordel y las grupas desiguales en una alineación confusa. Unos cerdos dormidos hundían la jeta en el suelo; unos terneros mugían; unas ovejas balaban; las vacas, con las corvas dobladas, descansaban el vientre en la hierba y rumiaban despacio, entornando los párpados pesados, entre las mosquitas que les zumbaban alrededor. Unos carreteros con los brazos al aire sujetaban por el ronزال unos sementales encabritados que relinchaban con todas sus fuerzas junto a las yeguas, que no se alteraban y estiraban la cabeza, con las crines colgando, mientras sus potros descansaban a la sombra o se les acercaban a veces para mamar; y, por encima de la larga ondulación de todos esos cuerpos apiñados, se veían, cuando las levantaba el viento como una oleada, unas crines blancas, o despuntaban unos cuernos afilados o unas cabezas de hombres que corrían. Aparte, fuera del recinto acordonado, cien pasos más allá, había un toro negro de gran tamaño, con bozal y una anilla de hierro en el morro, que se movía tan poco como si fuera de bronce. Un niño harapiento lo llevaba atado con una cuerda.

Mientras tanto, entre las dos hileras, unos caballeros avanzaban con paso tardo, pasando revista a todos los animales, y luego comentaban en voz baja. Uno, que parecía más importante, tomaba unas cuantas notas en un álbum según andaba. Era el presidente del jurado: el señor Derozerays de la Panville. No bien hubo reconocido a Rodolphe, fue hacia él con presteza y le dijo, sonriendo con expresión amable:

—¿Cómo, señor Boulanger? ¿Nos deja abandonados?

Rodolphe aseguró que enseguida estaría con ellos. Pero, cuando se alejó el presidente, añadió:

—Pues no, no pienso ir; la compañía de usted bien vale la suya.

Y, al tiempo que se mofaba de la feria, Rodolphe, para andar de un lado para otro con mayor facilidad, le enseñaba al gendarme su distintivo azul y se paraba incluso delante de algún buen ejemplar, que a la señora Bovary no le causaba admiración alguna. Rodolphe se fijó en ello y se puso entonces a bromear sobre las señoras de

Yonville y su forma de vestir; luego se disculpó de lo desaliñado de la suya, que mostraba esa incoherencia entre prendas corrientes y rebuscadas donde el vulgo suele pensar que se intuye la revelación de una existencia excéntrica, de sentimientos desordenados, de la tiranía del arte y, en cualquier caso, cierto desprecio por las convenciones sociales, hecho que o lo seduce o lo exaspera. Por ejemplo, los azares del viento le ahuecaban, en el pico del chaleco, que era de dril gris, la camisa de batista con puños plisados; y por el pantalón de rayas anchas le asomaban los tobillos y las botinas de nanquín con empeine de charol. Tan brillante era el charol que se reflejaba en él la hierba. Con esas botinas iba pisando las boñigas de caballo, con una mano en el bolsillo de la chaqueta y el sombrero de paja ladeado.

—Además —añadió—, cuando vive uno en el campo...

—Da todo lo mismo —dijo Emma.

—¡Cierto! —replicó Rodolphe—. ¡Y pensar que ninguno de esos infelices sería capaz de reconocer siquiera el buen corte de un frac!

Hablaron entonces de la mediocridad en provincias, de las vidas que asfixiaba, de las ilusiones que se perdían por ella.

—Así que —decía Rodolphe— me voy hundiendo en una tristeza...

—¡Usted! —dijo Emma asombrada—. Pero ¡si creía que era muy alegre!

—¡Ah, sí! Lo aparento porque cuando estoy en sociedad sé ponerme una careta burlona; y, no obstante, cuántas veces, mirando un cementerio a la luz de la luna, me he preguntado si no haría mejor en ir a reunirme con los que duermen en él...

—Pero ¡qué dice! ¿Y sus amigos? —dijo Emma—. ¿No piensa en ellos?

—¿Mis amigos? ¿Cuáles? ¿Tengo yo amigos? ¿A quién le importa? Y acompañó estas palabras con una especie de silbido que se le iba escapando de los labios.

Pero no les quedó más remedio que separarse por culpa de una pila enorme de sillas que llevaba un hombre que iba detrás de ellos. Iba tan cargado que solo se le veían la punta de los zuecos y el extremo de los brazos estirados. Era Lestiboudois, el enterrador, que acarreaba entre el gentío las sillas de la iglesia. Rebosaba imaginación para todo lo que tuviera que ver con sus intereses y había dado con ese medio de sacarle partido a la feria; la idea era todo un acierto, pues se le amontonaban los clientes. Los acalorados aldeanos, efectivamente, se peleaban por esas sillas cuya paja olía a incienso y se



recostaban en los gruesos respaldos, sucios de la cera de las velas, con cierta veneración.

La señora Bovary volvió a cogerse del brazo de Rodolphe, quien siguió diciendo, como quien habla consigo mismo:

—¡Sí, he carecido de tantas cosas! ¡Siempre solo! ¡Ay, si hubiera tenido una finalidad en la vida, si hubiera encontrado un cariño, si hubiera conocido a alguien...! ¡Ay, cómo habría prodigado toda la energía que llevo dentro! ¡Habría podido con todo, habría arrasado con todo!

—Pues, sin embargo, me parece —dijo Emma— que no es usted hombre a quien haya que compadecer.

—¡Ah! ¿Eso cree? —dijo Rodolphe.

—Porque vamos a ver... —siguió diciendo ella—, es usted libre. —Titubeó—: Rico.

—No se ría de mí —contestó él.

Y Emma le estaba asegurando que no se reía cuando retumbó un cañonazo; en el acto la gente se encaminó, revuelta y a empellones, hacia el pueblo.

Era una falsa alarma. Se retrasaba el señor prefecto; y los miembros del jurado estaban en un apuro, pues no sabían si tenían que abrir la sesión o seguir esperando.

Por fin, por el fondo de la plaza apareció un landó de alquiler grande del que tiraban dos caballos flacos a los que fustigaba a más y mejor un cochero de sombrero blanco. A Binet solo le dio tiempo de gritar: «¡A formar!»; y al coronel, a hacer otro tanto. Todos corrieron hacia los pabellones de fusiles. Todo el mundo se atropelló. Y hubo incluso a quien se le olvidó ponerse el cuello. Pero la comitiva prefectoral pareció intuir el apuro y la pareja de jamelgos, bamboleándose a ambos lados de la cadenilla, llegó a trote corto ante el peristilo del ayuntamiento en el preciso instante en que la guardia nacional y los bomberos se desplegaban al redoble de los tambores y llevando el paso.

—¡Mantengan el paso! —voceó Binet.

—¡Alto! —voceó el coronel—. ¡Alineación izquierda!

Y, tras presentar armas con un tintineo de abrazaderas que, al ir ampliándose, sonó como un caldero de cobre que rueda escaleras abajo, todos los fusiles volvieron a bajar.

Vieron entonces descender de la carroza a un caballero que vestía frac corto con bordados de plata, calvo por delante, luciendo un tupé

en el occipucio, de cutis descolorido y apariencia bondadosísima. Guiñaba los ojos, saltones y de párpados gruesos, para pasar revista al gentío, al tiempo que levantaba la nariz puntiaguda y forzaba una sonrisa en los labios hundidos. Reconoció al alcalde por la faja y le comunicó que el señor prefecto no había podido venir. Él era miembro del consejo de la prefectura; añadió luego unas cuantas disculpas. Tuvache contestó con cortesías varias, su interlocutor dijo que lo sentía mucho; y así se quedaron, cara a cara, tocándose casi con la frente y rodeados de los miembros del jurado, los concejales, las fuerzas vivas, la guardia nacional y el gentío. El miembro del consejo, apoyando contra el pecho el sombrero de tres candiles, pequeño y negro, saludaba una y otra vez, mientras Tuvache, combado como un arco, sonreía también, tartamudeaba, buscaba qué decir, afirmaba su devoción por la monarquía y aseguraba que aquello era un gran honor para Yonville.

Hippolyte, el mozo de la fonda, acudió para quitarle al cochero las riendas de las manos y, cojeando del pie zambo, llevó los caballos bajo el porche de El León de Oro, donde se apiñaron muchos campesinos para mirar el coche. Redobló el tambor, tronó el obús y los caballeros de la fila subieron para tomar asiento en el estrado, en unos sillones de terciopelo de Utrecht rojo que eran un préstamo de la señora Tuvache.

Se parecían todos. Las caras fofas y rubias, algo tostadas por el sol, eran del color de la sidra dulce, y las patillas vaporosas salían de cuellos altos y tiesos que sujetaban en su sitio unas corbatas blancas de lazo muy aparente. Todos los chalecos eran de terciopelo y solapa cruzada; todos los relojes tenían, en la punta de una cinta larga, un sello ovalado de cornalina; y todos los caballeros apoyaban las manos en los muslos, separando con cuidado la entepierna de los pantalones, cuyo paño no estaba aún deslucido y brillaba más que el cuero de las recias botas.

Las señoras de la buena sociedad se habían quedado detrás, en el vestíbulo, mientras que el común de los mortales estaba enfrente, a pie firme o en sillas, pues Lestiboudois había llevado todas las que había recogido en el prado y corría, incluso continuamente para ir a buscar más a la iglesia, y estorbaba tanto con aquel comercio suyo que costaba mucho llegar a las escaleritas del estrado.

—A mí me parece —dijo el señor Lheureux (dirigiéndose al boticario, que pasaba por allí para ir a ocupar su sitio)— que habría



estado bien poner dos mástiles venecianos; con algo digno y elegante habría quedado muy bonito a la vista.

—Desde luego —contestó Homais—. Pero, qué quiere usted, se ha hecho cargo de todo el alcalde. Y no es que tenga mucho gusto el pobre Tuvache; carece incluso por completo de eso que se llama talento artístico.

Entretanto, Rodolphe, con la señora Bovary, había subido al primer piso del ayuntamiento, a la sala de deliberaciones, y como estaba vacía, determinó que allí estarían bien para disfrutar del espectáculo más a gusto. Cogió tres taburetes de los que había alrededor de la mesa ovalada, bajo el busto del monarca, y tras arrimarlos a una de las ventanas, se sentaron juntos.

Hubo un revuelo en el estrado, prolongados cuchicheos, mucho tira y afloja. Por fin se levantó el miembro del consejo de la prefectura. Ahora se sabía que se llamaba Lieuvain y el gentío se repetía ese apellido. En cuanto hubo comprobado el orden de unas cuartillas y se las arrimó a los ojos para ver mejor, empezó:

—Muy señores míos: permítaseme, para empezar (antes de referirme al objeto de esta reunión de hoy; y estoy seguro de que todos ustedes comparten estos sentimientos), permítaseme, decía, rendir justicia a la administración superior, al gobierno y al monarca, señores, a nuestro soberano, a este rey tan querido a quien no le es indiferente ninguna de las ramas de la prosperidad ni pública ni privada y que conduce con mano a un tiempo firme y prudente el carro del Estado por entre los peligros continuos de una mar procelosa y sabe, por lo demás, hacer que se respeten tanto la paz como la guerra, tanto la industria como el comercio, tanto la agricultura como las bellas artes.

—Debería echarme un poco para atrás —dijo Rodolphe.

—¿Por qué? —dijo Emma.

Pero en ese momento la voz del miembro del consejo alcanzó un tono extraordinario. Declamaba:

—Ya pasaron los tiempos, señores, en que la discordia civil ensangrentaba nuestras plazas públicas; en que el propietario, el negociante y el propio obrero, al quedarse dormidos por las noches con sueño apacible, se estremecían al pensar que podía despertarlos de repente el ruido de las alertas de incendios; en que las consignas más subversivas minaban audazmente las bases...

—Es que podrían —siguió diciendo Rodolphe— verme desde aba-

jo; y luego me tendría que pasar quince días disculpándome; y con la mala reputación que tengo...

—¡Ay, se está usted calumniando! —dijo Emma.

—No, no; le juro que es abominable.

El miembro del consejo proseguía:

—Pero, señores, si aparto el recuerdo de esos sombríos espectáculos y vuelvo los ojos a la situación actual de nuestra hermosa patria, ¿qué es lo que veo? Florecen doquier el comercio y las artes; doquier nuevas vías de comunicación, como otras tantas arterias en el cuerpo del Estado, crean en él relaciones nuevas; se ha reanudado la actividad de nuestras principales manufacturas; la religión, más firme, sonríe en todos los corazones; están llenos nuestros puertos, la confianza renace y Francia por fin respira!...

—Por lo demás —añadió Rodolphe—, es posible que sea una opinión acertada desde el punto de vista de la gente.

—¿Cómo es eso? —preguntó ella.

—Pues ¿no sabe acaso —dijo él— que hay almas continuamente atormentadas? Necesitan por turnos soñar y actuar, las pasiones más puras y los goces más desenfrenados; y así es como cae uno en todo tipo de caprichos, en los más insensatos.

Ella lo miró entonces como quien contempla a un viajero que ha cruzado por países extraordinarios y añadió:

—¡Nosotras, infelices mujeres! ni siquiera tenemos ese entretenimiento!

—Triste entretenimiento, pues no hallamos en él la felicidad.

—Pero ¿alguna vez se halla la felicidad? —preguntó ella.

—Sí, llega un día en que se halla —contestó él.

—Y eso es lo que habéis entendido —decía el miembro del consejo—. ¡Vosotros, agricultores y obreros del campo; vosotros, pacíficos pioneros de una obra que no es sino civilizadora! ¡Vosotros, hombres de progreso y de comportamiento ético! Habéis entendido, digo, que las tormentas políticas son aún más de temer que las perturbaciones de la atmósfera...

—Llega un día en que se halla —repitió Rodolphe—, un día, de repente, cuando ya no se la esperaba. Entonces hay horizontes que se abren a medias, es como si una voz gritase: «¡Aquí llega!». ¡Sentimos la necesidad de abrirnos a esa persona para contarle nuestra vida, de dárselo todo, de sacrificárselo todo! Entre esos dos seres no hay explicaciones, las cosas se adivinan. Se han visto en sueños. —Y la mi-



raba—. Por fin está ahí ese tesoro que uno había buscado tanto, ahí, delante de uno; brilla, resplandece. No obstante, perdura la duda, no se atreve uno a creérselo; se queda deslumbrado, como si pasara de las tinieblas a la luz.

Según acababa de decir esas palabras, Rodolphe añadió la pantomima a la frase. Se pasó la mano por la cara, como un hombre a quien le da un vahído; luego la puso sobre la de Emma. Ésta apartó la suya. Y el miembro del consejo seguía leyendo:

—¿Y a quién podría extrañarle, señores? Solo a quien fuera suficientemente ciego y estuviera suficientemente sumido (no me da miedo la palabra), suficientemente sumido en prejuicios de edades pasadas para no estar al tanto aún de cómo sienten las poblaciones agrícolas. ¿Dónde hallar, efectivamente, más patriotismo que en el campo? ¿Dónde, más abnegación a la causa pública? ¿Dónde, en pocas palabras, más inteligencia? Y no me estoy refiriendo, señores, a esa inteligencia superficial, ornato vano de las mentalidades ociosas, sino a un grado superior de esa inteligencia honda y templada que se afana por encima de todo en ir en pos de metas útiles, contribuyendo así al bien de todos, a las mejoras comunes y al sostén de los Estados, fruto del respeto a las leyes y de la práctica de los deberes...

—Vaya, otra vez —dijo Rodolphe—. Siempre a vueltas con los deberes; estoy harto de esas palabras. Son un montón de borricos viejos con camisetas de franela y de beatas de estufilla y rosario que no paran de llenarnos los oídos con: «¡El deber! ¡El deber!». Qué demonios, el deber es darse cuenta de lo que es grande, querer lo que es hermoso, y no aceptar todas las convenciones sociales, junto con las ignominias que la sociedad nos impone.

—Sin embargo... Sin embargo... —objetaba la señora Bovary.

—¡Nada, nada! ¿Por qué echar discursos contra las pasiones? ¿Es que no son lo único hermoso que hay en la vida, la fuente del heroísmo, del entusiasmo, de la poesía, de las artes, de todo, en fin?

—Pero no queda más remedio —dijo Emma— que atenerse algo a la opinión de la gente y obedecer a su criterio moral.

—Ah, es que hay dos criterios —replicó Rodolphe—. El pequeño, el convencional, el de los hombres, ese que varía continuamente y rebuzna tan fuerte, bulle abajo, a ras del suelo, igual que esa concentración de imbéciles que está usted viendo. Pero el otro, el eterno, está en torno a nosotros y por encima de nosotros, como el paisaje que nos rodea y el cielo azul que nos ilumina.

El señor Lieuvain acababa de secarse los labios con el pañuelo. Siguió diciendo:

—Y ¿cómo iba a venir yo, señores, a demostrarles aquí la utilidad de la agricultura? Pues ¿quién provee a nuestras necesidades? ¿Quién nos procura la subsistencia? ¿No es acaso el agricultor? El agricultor, señores, que, sembrando con mano laboriosa los surcos, fecunda los campos, hace que nazca el trigo, que, triturado en polvo mediante aparatos ingeniosos, sale de ellos con el nombre de harina y, transportado a las ciudades, no tarda en llegar a las panaderías, donde lo convierten en alimento tanto del pobre como del rico. ¿No es también el agricultor quien ceba en los pastos, para que nos vistamos, sus abundantes rebaños? Porque ¿qué ropa llevaríamos y cómo nos alimentaríamos sin el agricultor? E incluso, señores, ¿es menester ir tan allá para dar con ejemplos? ¿Quién no ha pensado frecuentemente en cuán importante es ese modesto animal, ornato de nuestros gallineros, que proporciona al tiempo mullida almohada a nuestras camas, carne succulenta a nuestras mesas y huevos? Pero no acabaría nunca si tuviera que enumerar, uno tras otro, los diferentes productos que la tierra, cuando se la cultiva bien, prodiga como madre generosa a sus hijos. Aquí, la viña; allá, las manzanas de sidra; más allá, la colza y, más aún, los quesos; y el lino, señores, no nos olvidemos del lino que tanto auge ha tomado en los últimos años y sobre el que quiero atraer especialmente su atención.

No necesitaba atraerla: pues toda la muchedumbre tenía la boca abierta como para beberse sus palabras. Tuvache, a su lado, lo escuchaba con los ojos como platos; el señor Derozerays, de vez en cuando, bajaba lentamente los párpados; y, algo más allá, el boticario, con su hijo Napoléon entre las piernas, abombaba la mano pegada al oído para no perderse ni una sílaba. Los demás miembros del jurado bamboleaban despacio la barbilla metiéndola en el chaleco como señal de aprobación. Los bomberos, al pie del estrado, descansaban apoyados en las bayonetas; y Binet, inmóvil, seguía con el codo hacia fuera y la punta del sable en alto. Es posible que oyera, pero seguramente no veía nada, por la visera del casco, que le caía encima de la nariz. Su teniente, el hijo segundo de Tuvache, había vuelto a pasarse de exagerado con el suyo, porque era enorme y se le tambaleaba en la cabeza; le asomaba una punta del fular de indiana. Sonreía por debajo con dulzura absolutamente infantil; y, en la carita pálida, por donde le resbalaban unas gotas, tenía expresión de delei-



te, de agobio y de sueño.

La plaza estaba a rebosar hasta llegar a las casas. Se veía a gente acodada en todas las ventanas y a más gente de pie en todas las puertas; y Justin, delante del escaparate de la botica, parecía petrificado en la contemplación de lo que estaba mirando. Pese al silencio, la voz de señor Lieuvain se perdía por el aire. Se oían, entre la muchedumbre, retazos de frases que el ruido de sillas interrumpía en algunas zonas; luego llegaba, por detrás, de pronto, el mugido largo de un buey, o los balidos de los corderos que se contestaban de esquina a esquina. Pues los vaqueros y los pastores habían llevado a los animales hasta allí y mugían de vez en cuando mientras arrancaban con la lengua algunas briznas verdes que se les quedaban colgando del hocico.

Rodolphe se había arrimado a Emma y le decía en voz baja, hablando a toda prisa:

—¿No la rebela esta conjura de la sociedad? ¿Hay acaso un solo sentimiento que no condene? Persiguen y calumnian los instintos más nobles, las simpatías más puras, y, si dos infelices almas se encuentran por fin, todo está organizado para que no puedan alcanzarse. Lo intentarán, no obstante, aletearán, enviarán llamadas. Bah, qué más da, tarde o temprano, dentro de seis meses, dentro de diez años, se encontrarán, se amarán, porque lo exige la fatalidad y porque nacieron una para otra.

Estaba con los brazos cruzados encima de las rodillas y, en esa postura, alzando la cara hacia Emma, la miraba de cerca, fijamente. Ella veía en los ojos de Rodolphe unos rayitos de oro que irradiaban alrededor de las pupilas negras; y olía, incluso, la fragancia de la brillantina que llevaba en el pelo. Entonces se adueñó de ella un desfallecimiento, se acordó del vizconde que la había sacado a bailar un vals en La Vaubyessard y cuya barba exhalaba, como este pelo, la misma fragancia de vainilla y limón; y, mecánicamente, entornó los párpados para olerla mejor. Pero con ese gesto que hizo, enderezándose en la silla, divisó a lo lejos, pegada al horizonte, la vieja diligencia, La Golondrina, que bajaba despacio la cuesta de Leux, arrastrando un penacho largo de polvo. ¡En aquel coche amarillo Léon había vuelto a ella tantas veces y por aquella carretera se había ido para siempre! Le pareció que lo estaba viendo enfrente, asomado a su ventana; luego todo se volvió borroso, pasaron unas nubes; le dio la impresión de que seguía dando vueltas bailando el vals, bajo

el resplandor de las arañas, en brazos del vizconde; y que Léon no estaba lejos e iba a llegar... y, no obstante, seguía notando a su lado la cabeza de Rodolphe. La dulzura de aquella sensación se embebía así en sus deseos pasados que, como granos de arena en una ráfaga de viento, giraban en torbellino en la bocanada sutil de perfume que le inundaba el alma. Dilató las ventanas de la nariz varias veces y con fuerza, para aspirar la frescura de la hiedra en torno a los capiteles. Se quitó los guantes, se secó las manos: luego, con el pañuelo, se abanicó la cara mientras, a través del latido de las sienas, oía el rumor de la muchedumbre y la voz del miembro del consejo salmodiando frases.

Decía:

—¡Adelante! ¡Perseverad! ¡No atendáis ni a las sugerencias de la rutina ni a los consejos excesivamente apremiantes de un empirismo temerario! ¡Dedicaos sobre todo a mejorar el suelo, a los buenos abonos, al desarrollo de las razas equinas, bovinas, ovinas y porcinas! ¡Que esta feria sea para vosotros como un coso pacífico donde el vencedor, al salir, le tenderá la mano al vencido y confraternizará con él en la esperanza de un triunfo más alto! ¡Y vosotros, respetables sirvientes, humildes criados, cuyas penosas tareas ningún gobierno hasta ahora había tomado en consideración, acudid a recibir la recompensa de vuestras virtudes calladas y tened la convicción de que a partir de ahora el Estado está pendiente de vosotros, que os infunde ánimos, que os protege, que satisfará vuestras justas reclamaciones y aliviará cuanto esté en su mano la carga de vuestros penosos sacrificios!

Ahora se sentó el señor Lieuvain; el señor Derozerays se levantó y empezó a echar otro discurso. El suyo no fue quizá tan florido como el del miembro del consejo; pero tenía a su favor un estilo más positivo, es decir, conocimientos más específicos y consideraciones más destacadas. Por ejemplo, dedicaba menos espacio a elogiar al gobierno y más a la religión y a la agricultura. Se veía en él la relación entre ambas y cómo habían contribuido siempre a la civilización. Rodolphe charlaba con la señora Bovary de sueños, de presentimientos, de magnetismo. Remontándose a la cuna de las sociedades, el orador describía los tiempos fieros en que los hombres vivían de bellotas en lo hondo de los bosques. Dieron luego de lado las pieles de que despojaban a las alimañas, se vistieron de paño, trazaron surcos, plantaron viñas. ¿Fue algo bueno y no había en semejante descubrimiento



más inconvenientes que ventajas? El señor Derozerays tomaba en consideración ese problema. Del magnetismo, Rodolphe había ido llegando poco a poco a las afinidades y, mientras el señor presidente citaba a Cincinato y su arado, a Diocleciano plantando repollos y a los emperadores de la China inaugurando el año con siembras, el joven le explicaba a Emma que el motivo de aquellas atracciones irresistibles residía en alguna existencia anterior.

—Nosotros, por ejemplo —decía—, ¿por qué nos hemos conocido? ¿Qué azar lo ha querido? Es que, sin duda, a través de la lejanía, como dos ríos que fluyen para encontrarse, la inclinación de nuestros cauces personales nos empujaba uno hacia otro.

Le cogió la mano y ella no la retiró.

—Conjunto de buenos cultivos —voceó el presidente.

—Hace un rato, por ejemplo, cuando fui a su casa...

—Al señor Bizet, de Quincampoix.

—¿Sabía que iba a acompañarla?

—¡Setenta francos!

—Cien veces quise irme, pero la seguí, me quedé.

—Estiércol.

—¿De la misma forma que me quedaría esta noche y mañana y los demás días, y toda mi vida!

—¡Al señor Caron, de Argueil, medalla de oro!

—Porque nunca encontré al tratar a nadie un encanto tan completo.

—¡Al señor Bain, de Givry-Saint-Martin!

—Así que yo me llevaré su recuerdo.

—Por un carnero merino.

—Pero usted me olvidará; habré pasado como una sombra.

—Al señor Belot, de Notre-Dame...

—Ay, ¿verdad que no? ¿Verdad que seré algo en su pensamiento, en su vida?

—Raza porcina, premio ex aequo; a los señores Lehérissé y Cullembourg; ¡sesenta francos!

Rodolphe le oprimía la mano y se la notaba cálida, trémula como una tórtola cautiva que quiere volver a alzar el vuelo; pero, bien porque Emma intentase soltársela o bien porque respondiera a la presión, movió los dedos; Rodolphe exclamó:

—¡Ay, gracias! ¡No me rechaza! ¡Es usted buena! ¡Comprende que soy suyo! ¡Deje que la mire, que la contemple!

Entró por las ventanas una ráfaga de viento que frunció el tapete de la mesa; y abajo, en la plaza, todos los gorros anchos de las campesinas se alzaron como un aleteo de mariposas blancas.

—Uso de tortas de semillas oleaginosas —siguió diciendo el presidente. Iba más deprisa—: Abono flamenco; cultivo del lino; drenaje; arriendos a largo plazo; servicios de criados.

Rodolphe ya no decía nada. Se miraban. Los labios reseco les temblaban de deseo supremo; y blandamente, sin esfuerzo, trenzaron los dedos.

—¡Catherine-Nicaise-Élizabeth Leroux, de Sassetot-la-Guerrière, por cincuenta y cuatro años de servicios en la misma granja, medalla de plata, por un valor de veinticinco francos!

—¿Dónde está Catherine Leroux? —repitió el miembro del consejo. No aparecía y se oían voces que cuchicheaban.

—¡Venga, ve!

—No.

—¡A la izquierda!

—¡No tengas miedo!

—¡Ay, qué tonta es!

—¿Está o no está? —gritó Tuvache.

—¡Sí! ¡Está aquí!

—¡Pues que se acerque!

Vieron entonces encaminarse hacia el estrado a una viejecita de actitud medrosa y que parecía acartonada dentro del humilde vestido. Llevaba en los pies unas galochas bastas de madera y, cubriéndole las caderas, un delantal azul amplio. Una cofia sin ribetes le enmarcaba la cara flaca, más arrugada que una reineta revenida, y por las mangas de la camisola roja asomaban dos manos largas de articulaciones nudosas. El polvo de los pajares, el potasio de las coladas y el churre de las lanas les habían dejado tal costra, tantas raspaduras y tantos callos que parecían sucias aunque se las hubiera lavado con agua limpia; y, a fuerza de haberlas usado tanto, se le quedaban a medio cerrar, como para prestar espontáneamente el humilde testimonio de todos los padecimientos que habían soportado. Un toque de rigidez monacal caracterizaba la expresión de la cara. Ninguna tristeza, ningún enternecimiento ablandaba esa mirada pálida. De tanto tratar con los animales, se le habían contagiado su mutismo y su placidez. Era la primera vez que se veía entre tanta gente; y, amedrentada en su fuero interno con las banderas, los tambores, los



caballeros de frac negro y la medalla honorífica del miembro del consejo, se había quedado quieta, sin saber si tenía que acercarse o salir corriendo, ni por qué el gentío la empujaba, ni por qué le sonreían los examinadores. Y así estaba ante esos burgueses rozagantes aquel medio siglo de servidumbre.

—¡Acérquese, respetable Catherine-Nicaise-Élisabeth Leroux! —dijo el miembro del consejo, que había cogido de las manos del presidente la lista de premiados.

Y, mirando por turnos la hoja de papel y a la anciana, repetía con tono paternal:

—¡Acérquese! ¡Acérquese!

—¿Está sorda? —dijo Tuvache, pegando botes en el sillón.

Y empezó a vocearle en el oído:

—¡Cincuenta y cuatro años de servicios! ¡Una medalla de plata! ¡Veinticinco francos! ¡Para usted!

Cuando ya tuvo ella la medalla, la miró. Entonces le apareció en la cara una expresión beatífica y la oyeron mascullar mientras se iba:

—Se la daré al cura de mi pueblo para que me diga misas.

—¡Qué fanatismo! —dijo el boticario inclinándose hacia el notario.

Había concluido la sesión; la muchedumbre se dispersó; y, ahora que ya se habían leído los discursos, todo el mundo volvía a la posición que le correspondía y todo volvía a ser como siempre: los amos maltrataban a los criados, y éstos pegaban a los animales, triunfadores indolentes que se volvían a la cuadra con una corona verde entre los cuernos.

Entretanto, los guardias nacionales habían subido al primer piso del ayuntamiento con brioches ensartados en las bayonetas y con el tambor del batallón, que llevaba una cesta de botellas. La señora Bovary se cogió del brazo de Rodolphe y él la acompañó a casa: se despidieron delante de la puerta; luego él se fue a pasear solo por el prado mientras esperaba la hora del banquete.

El festín fue largo, ruidoso y mal servido; los comensales estaban tan apretados que apenas si podían mover los codos y su peso estuvo a punto de romper los tabloncillos estrechos que hacían las veces de bancos. Todo el mundo comió en abundancia para no perdonar nada de la parte que le correspondía. Por todas las frentes corría el sudor; y un vapor blanquecino, como el vaho de un río, flotaba por encima de la mesa, entre los quinqués colgados. Rodolphe, con la

espalda apoyada en el calicó de la tienda de campaña pensaba tanto en Emma que no oía nada. Detrás de él, en la hierba, los criados apilaban platos sucios; sus vecinos de mesa le hablaban y no les contestaba; le llenaban la copa, e imperaba el silencio en su cabeza pese a que el ruido iba a más. Se acordaba de las cosas que ella había dicho y de la forma de sus labios; su rostro, como un espejo mágico, brillaba en las chapas de los chacós; los pliegues de su vestido caían por las paredes abajo y, en las perspectivas de futuro, se desplegaban días de amor hasta el infinito.

Volvió a verla por la noche, durante los fuegos artificiales; pero estaba con su marido, con la señora Homais y con el boticario, al que preocupaba mucho el peligro de los cohetes perdidos y dejaba a sus acompañantes a cada momento para ir a hacerle recomendaciones a Binet.

Las piezas pirotécnicas, que le habían enviado a Tuvache, habían estado metidas en el sótano por exceso de precaución; en consecuencia, la pólvora húmeda no prendía, y el castillo principal, que consistía en un dragón mordiendo la cola, fue un completo fracaso. De vez en cuando subía una candela romana raquílica; entonces, la muchedumbre boquiabierta soltaba un clamor al que se unía el chillido de las mujeres a quienes les sobaban la cintura en la oscuridad. Emma, callada, se acurrucaba con suavidad contra el hombro de Charles; luego, alzando la barbilla, iba siguiendo por el cielo oscuro el surtidor luminoso de los cohetes. Rodolphe la miraba a la luz de los farolillos encendidos.

Se apagaron uno a uno. Se encendieron las estrellas. Cayeron unas cuantas gotas de lluvia. Emma se puso la pañoleta por la cabeza, que llevaba destocada.

En ese momento, el coche del miembro del consejo salió de la fonda. El cochero, que iba borracho, se quedó dormido de golpe; y desde lejos, por encima de la capota, se divisaba, entre los dos faroles, el bulto del cuerpo que se balanceaba a derecha e izquierda siguiendo el bamboleo de la suspensión.

—¡Desde luego —dijo el boticario—, habría que perseguir la embriaguez! Me gustaría que semanalmente expusieran en la puerta del ayuntamiento, en un tablón ad hoc, los nombres de todos los que durante esa semana se hubieran intoxicado con alcohol. Además, en materia de estadística, contaríamos así con unos anales patentes que, en caso de necesidad, se podrían... Pero disculpen un momento.



Y volvió a acercarse corriendo al capitán.

Éste regresaba a casa. Iba al encuentro de su torno de nuevo.

—A lo mejor no estaría de más —le dijo Homais— que enviase a uno de sus hombres o que fuera usted en persona...

—Déjeme en paz de una vez —contestó el recaudador—. ¡No pasa nada!

—Pueden estar tranquilos —dijo el boticario, al volver junto a sus amigos—. El señor Binet me certifica que estaban tomadas todas las medidas. No ha caído ninguna pavesa. Las bombas están llenas. Podemos ir a acostarnos.

—La verdad es que lo estoy necesitando —dijo la señora Homais, que bostezaba una barbaridad—. Pero, en cualquier caso, nos ha hecho, para nuestra festividad, un día muy hermoso.

Rodolphe repitió en voz baja y con una mirada tierna:

—¡Ay, sí, muy hermoso!

Y, tras las despedidas, cada cual se fue por su lado.

Dos días después, en El Fanal de Ruán, salió un largo artículo sobre la feria. Lo había escrito de un tirón Homais a la mañana siguiente:

¿Para qué esos festones y esas guirmaldas? ¿Adónde corría esa muchedumbre, como corren las olas de un mar embravecido, bajo los torrentes de un sol tropical que esparcía su calor por nuestros sembrados?

Mencionaba luego la condición campesina. ¡Cierto era que el gobierno hacía mucho, mas no lo suficiente! «¡Más coraje! —le gritaba—. Hay mil reformas indispensables, tenemos que llevarlas a cabo.» Luego, al llegar a la entrada del miembro del consejo, no se olvidaba de «el aire marcial de nuestra milicia», ni de «nuestras más pizpiretas aldeanas», ni de «los ancianos de cabeza calva, casi unos patriarcas, allí presentes, algunos de los cuales, despojos de nuestras inmortales falanges, oían cómo les latía aún en el corazón el sonido viril de los tambores». Se citaba a sí mismo entre los primeros, al hablar de los miembros del jurado, y recordaba incluso, en una nota, que el farmacéutico señor Homais había enviado una memoria sobre la sidra a la Sociedad de Agricultura. Al llegar al reparto de premios, describía la alegría de los premiados con detalles ditirámicos:

El padre abrazaba al hijo, el hermano a la hermana, el esposo a la esposa. Más de uno mostraba con orgullo su humilde medalla y no cabe duda de que, al llegar a su casa en compañía de su excelente mujer, la habrá colgado, llorando, en las paredes discretas de su choza.

A eso de las seis, en un banquete dispuesto en el praderio del señor Legrain, se reunieron los principales asistentes al festejo. Reinó continuamente la mayor cordialidad. Hubo varios brindis: el señor Lieuvain brindó por el monarca; el señor Tuvache, por el prefecto; el señor Derozerays, por la agricultura; el señor Homais, por la industria y las bellas artes, que son hermanas; el señor Leplichey, por las mejoras. Por la noche, unos resplandecientes fuegos artificiales iluminaron de pronto la atmósfera. Habriase dicho un auténtico caleidoscopio, un verdadero decorado de la Ópera; y, por un instante, nuestra modesta localidad pudo creer que la habían transportado a un sueño de las Mil y una noches.

Hemos de dejar constancia de que ningún suceso enojoso alteró aquella reunión de familia.

Y añadía:

La única ausencia notable fue la del clero. Seguramente las sacristías entienden el progreso de otra manera. ¡Son ustedes muy dueños, señores de Loyola!





Capítulo IX





Transcurrieron seis semanas. Rodolphe no volvió a aparecer. Una noche, se presentó por fin.

Se había dicho al día siguiente de la feria: «No regresemos tan pronto. Sería un error».

Y, al cabo de una semana, se fue a cazar. Después de la caza, pensó que era ya demasiado tarde; luego razonó como sigue: «Pero, si me quiso desde el primer día, debe de estar impaciente por verme y quererme más. ¡Sigamos adelante, pues!».

Y se dio cuenta de que había acertado en sus cálculos cuando, al entrar en la sala, vio que Emma se ponía pálida.

Estaba sola. Caía la tarde. Los visillitos de muselina que cubrían los cristales volvían aún más denso el crepúsculo y los dorados del barómetro, en los que caía un rayo de sol, ponían lumbre en el espejo, entre las ramas recortadas del polipero.

Rodolphe se quedó de pie; Emma apenas contestó a sus primeras frases de cortesía.

—He tenido cosas que hacer —dijo él—. He estado enfermo.

—¿De gravedad? —exclamó ella.

—Pues —dijo Rodolphe, sentándose a su lado en un taburete— ¡no!... Es que no he querido venir.

—¿Por qué?



—¿No lo adivina? Volvió a mirarla, pero con tal violencia que ella agachó la cabeza, ruborizándose. Rodolphe añadió:

—Emma...

—¡Caballero! —dijo ella, apartándose un poco.

—¡Ah —replicó él con voz melancólica—, ya ve cómo tenía yo razón al no querer venir! Porque ese nombre, ¡ese nombre que me llena el alma y que se me ha escapado, me lo prohíbe usted! ¡Señora Bovary!... ¡Claro, todo el mundo la llama así!... Y, por cierto, no es su apellido: ¡es el apellido de otro! —Repitió—: ¡De otro! —Y se tapó la cara con las manos—. ¡Sí, pienso en usted continuamente!... ¡Su recuerdo me desespera!... ¡Ay, perdóneme!... La dejo... ¡Adiós!... Me iré lejos... ¡tan lejos que ya no volverá a oír hablar de mí! Y, sin embargo... hoy... ¡no sé qué fuerza me ha vuelto a empujar hacia usted! ¡Porque no se puede luchar contra el cielo, no puede uno resistirse a la sonrisa de los ángeles! ¡Se deja uno llevar por lo hermoso, lo encantador, lo adorable!

Era la primera vez que le decían a Emma cosas así; y su vanidad, como alguien que se relaja en un invernáculo, se desperezaba muellemente y por entero al calor de ese lenguaje.

—Pero aunque no haya venido —siguió diciendo Rodolphe—, aunque no haya podido verla, ay, por lo menos he mirado mucho todo cuanto la rodea. De noche, todas las noches, me levantaba, venía aquí, miraba su casa, el tejado que brillaba a la luz de la luna, el balanceo de los árboles del jardín delante de su ventana, y una lamparita, un resplandor, que brillaba a través de los cristales, en la oscuridad. ¡Ah, qué poco sabía usted que ahí estaba, tan cerca y tan lejos, un pobre desgraciado...!

Emma se volvió hacia él con un sollozo.

—¡Ay, qué bueno es usted! —dijo.

—¡No, la quiero y nada más! ¡Verdad que no lo duda? ¡Dígamelo, una palabra, una sola palabra!

Y Rodolphe, insensiblemente, se iba deslizándose del taburete al suelo; pero se oyeron unos zuecos en la cocina; y se dio cuenta de que la puerta de la sala no estaba cerrada.

—¡Qué caritativa sería —siguió diciendo, incorporándose— si me concediera un capricho!

Era el de ver la casa; quería saber cómo era; y como la señora Bovary no vio inconveniente en ello, se estaban poniendo ambos de pie cuando entró Charles.

—¿Qué tal, doctor? —le dijo Rodolphe.

El médico, a quien halagó ese inesperado título, se deshizo en amabilidades y Rodolphe aprovechó para recobrar un poco.

—La señora me estaba hablando de su salud...

Charles lo interrumpió; estaba preocupadísimo, desde luego; su mujer volvía a tener ahogos. Entonces Rodolphe preguntó si no sería bueno el ejercicio de montar a caballo.

—¡Por supuesto! ¡Excelente, perfecto! ¡Qué buena idea! Deberías hacerlo.

Y, al objetar Emma que no tenía caballo, Rodolphe ofreció uno: ella rechazó el ofrecimiento y él no insistió; luego, para darle un motivo a la visita, explicó que su carretero, el hombre de la sangría, seguía teniendo mareos.

—Pasaré a verlo —dijo Bovary.

—No, no, ya se lo mandaré; vendremos los dos, le será a usted más cómodo.

—Ah, muy bien. Se lo agradezco.

Y, en cuanto se quedaron solos, Charles dijo:

—¿Por qué no aceptas lo que te propone con tanta finura el señor Boulanger?

Emma se enfurruñó, buscó mil disculpas y acabó por decir que a lo mejor quedaba raro.

—¡Ah, eso a mí me importa un rábano! —dijo Charles saliéndose por la tangente—. ¡La salud es lo primero! ¡Haces mal!

—Pero ¿cómo quieres que monte a caballo si no tengo falda de montar?

—¡Tienes que encargarte una! —contestó él.

Lo de la falda la decidió.

Cuando estuvo listo el traje, Charles escribió al señor Boulanger para decirle que su mujer estaba a su disposición y que contaban con su amabilidad.

El día siguiente a las doce llegó Rodolphe a la puerta de Charles con dos caballos de su cuadra. Uno llevaba unas borlas rosa en las orejas y una silla de amazona de ante.

Rodolphe se había puesto unas botas altas y flexibles, diciéndose que, seguramente, Emma no había visto nunca unas así; Emma, efectivamente, se quedó encantada de su apariencia, cuando se presentó en el rellano con el amplio frac de terciopelo y el pantalón de punto blanco. Estaba lista y esperándolo.



Justin se escapó de la botica para verla, y también el boticario dejó lo que tenía entre manos. Le hacía recomendaciones al señor Boulanger:

—¡Una desgracia sucede en cualquier momento! ¡Tenga cuidado! ¡Esos caballos suyos pueden ser fogosos!

Emma oyó un ruido por encima de su cabeza: era Félicité que tabaleaba en los cristales para entretener a Berthe. La niña le mandó un beso de lejos; su madre le contestó haciéndole una seña con el pomo de la fusta.

—¡Que den un buen paseo! —gritó el señor Homais—. ¡Y sobre todo, prudencia! ¡Mucha prudencia!

Y agitó el periódico mientras los miraba alejarse.

En cuando notó que pisaba tierra, el caballo de Emma se puso al galope. Rodolphe cabalgaba a su lado. De vez en cuando, cruzaban una palabra. Con la cara un poco gacha, la mano alta y el brazo derecho estirado, Emma se dejaba llevar por la cadencia del movimiento que la acunaba en la silla.

Al llegar a la parte de abajo de la cuesta, Rodolphe soltó las riendas; arrancaron juntos, de un único brinco; luego, arriba, de repente, los caballos se detuvieron y el largo velo azul de Emma dejó de flotar.

Eran los primeros días de octubre. Había niebla en el campo. En el horizonte se estiraban unos vapores entre el perfil de las colinas; y otros se desgarraban, subían, desaparecían. A veces, cuando se rasgaban las nubes, se veían a lo lejos, bajo un rayo de sol, los tejados de Yonville, con los jardines de la orilla del agua, los corrales, las tapias y el campanario de la iglesia. Emma entornaba los párpados para localizar su casa y nunca le había parecido tan pequeño el humilde pueblo en que vivía. Desde el altozano donde estaban, todo el valle se asemejaba a un lago gigantesco y pálido que se evaporaba en el aire. Los macizos de árboles, de trecho en trecho, brotaban como rocas negras; y las elevadas líneas de álamos, que asomaban entre la niebla, simulaban orillas de arena que revolvía el viento.

Junto a ellos, en el prado de césped, entre los abetos, una luz parda corría por el ambiente tibio. La tierra, rojiza como tabaco en polvo, atenuaba el ruido de los pasos; y, con el extremo de las herraduras, los caballos, al andar, empujaban las piñas caídas.

Rodolphe y Emma fueron siguiendo así la linde del bosque. Ella se volvía de vez en cuando para evitar la mirada de Rodolphe, y entonces solo veía la fila de troncos de los abetos cuya continua suce-

sión la aturdiría un poco. Los caballos resoplaban. El cuero de las sillas crujía.

Cuando estaban entrando en el bosque, salió el sol.

—¡Dios nos protege! —dijo Rodolphe.

—¿Usted cree? —preguntó ella.

—¡Sigamos! ¡Sigamos! —añadió él.

Chasqueó la lengua. Los dos animales corrían.

Unos helechos largos que había a la orilla del camino se le engancharon a Emma en el estribo. Rodolphe, sin detenerse, se inclinaba y los quitaba a medida que se iban engancharon. Otras veces pasaba a su lado para apartar las ramas y Emma notaba que le rozaba la pierna con la rodilla. El cielo era otra vez azul. Las hojas no se movían. Había grandes extensiones repletas de brezo en flor; y alfombras de violetas alternaban con el desorden de los árboles, que eran grises, leonados o dorados, según la diversidad de las hojas. Se oía con frecuencia, bajo los matorrales, correr un latido menudo de alas, o el grito ronco y suave de los cuervos, que alzaban el vuelo entre los robles.

Descabalaron. Rodolphe ató los caballos. Emma iba delante, por el musgo, entre los desniveles.

Pero el vestido era demasiado largo y le estorbaba, aunque llevase la cola recogida; y Rodolphe, que iba detrás de ella, contemplaba, entre el paño negro y la botina negra, la exquisitez de la media blanca, que le parecía parte de su desnudez.

Emma se paró.

—Estoy cansada —dijo.

—¡Vamos, siga intentándolo! —dijo él—. ¡Ánimo!

Luego, cien pasos más allá, ella volvió a detenerse; y, a través del velo, que, desde el sombrero masculino, le bajaba oblicuamente por las caderas, se intuía la cara en una transparencia azulada, como si hubiera ido nadando en olas de azur.

—Pero ¿dónde vamos? Él no respondió. Emma jadeaba. Rodolphe miraba a su alrededor y se mordía el bigote.

Llegaron a un lugar más ancho, donde habían cortado unos resalvos. Se sentaron en un tronco de árbol caído y Rodolphe empezó a hablarle de su amor.

De entrada, no la alarmó con cumplidos. Estuvo tranquilo, serio y melancólico.

Emma lo escuchaba con la cabeza gacha mientras movía con la



punta del pie unas virutas que había en el suelo.

Pero a esta frase:

—¿No tenemos ahora acaso un destino común?

—¡Ay, no! —respondió—. Bien lo sabe. Es imposible.

Se puso de pie para irse. Él la cogió por la muñeca. Ella se detuvo. Luego, tras quedarse unos minutos mirándolo con ojos enamorados y húmedos, dijo con vehemencia:

—¡Mire, vamos a dejarlo! ¿Dónde están los caballos? Regresemos. Él hizo un ademán de ira y contrariedad. Ella repitió:

—¿Dónde están los caballos? ¿Dónde están los caballos?

Entonces, Rodolphe, con una sonrisa extraña, la mirada fija y los dientes apretados, se le acercó abriendo los brazos. Emma retrocedió, trémula. Balbucía:

—¡Ay, me da usted miedo! ¡Me hace daño! Vámonos.

—Si no queda más remedio —contestó él, cambiando de cara.

Y volvió a ser igual de respetuoso, de cariñoso y de tímido. Ella le dio el brazo. Rehicieron el camino. Rodolphe decía:

—Pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué? No lo he entendido. ¡Seguramente se equivoca usted! Está en mi alma como una Virgen en un pedestal, en un lugar elevado, sólido e inmaculado. Pero ¡la necesito para vivir! Necesito sus ojos, su voz, sus pensamientos. ¡Sea mi amiga, mi hermana, mi ángel!

Estiraba el brazo y la abrazaba por la cintura. Emma intentaba soltarse sin gran empeño. Él la sujetaba así mientras andaban.

En eso oyeron los caballos que pastaban las hojas.

—¡Ay, un poco más! —dijo Rodolphe—. ¡No nos vayamos! ¡Quédese!

Se la llevó más allá, a la orilla de un laguito en cuya superficie la lenteja de agua era como una vegetación. Unos nenúfares marchitos estaban quietos entre los juncos. Al ruido de sus pasos en la hierba, unas ranas saltaron para esconderse.

—Hago mal, hago mal —decía ella—. Es una locura escucharlo.

—¿Por qué?... ¡Emma! ¡Emma!

—¡Ay, Rodolphe!... —dijo despacio la joven recostándose en su hombro.

El paño del vestido se enganchaba en el terciopelo del frac. Echó hacia atrás el cuello blanco, que henchía un suspiro; y, desfalleciente, llorando a lágrima viva, con un prolongado estremecimiento y tapándose la cara, cedió.



Caían las sombras de la tarde; el sol, horizontal, pasando entre las ramas, le deslumbraba la vista. Acá y acullá, entre las hojas o por el suelo, temblaban unas manchas luminosas, como si unos colibríes, al volar, hubieran desperdigado las plumas. El silencio estaba en todas partes; una dulzura parecía brotar de los árboles; Emma notaba el corazón, que volvía a latirle, y cómo le circulaba la sangre por la carne como un río de leche. Oyó entonces, muy lejos, más allá del bosque, en las otras colinas, un grito confuso y prolongado, una voz que se demoraba; y la escuchaba en silencio, mezclándose con las últimas vibraciones de sus nervios alterados. Rodolphe, con un puro entre los dientes, estaba arreglando con la navaja una brida que se había roto.

Regresaron a Yonville por el mismo camino. Volvieron a ver en el barro los rastros de sus caballos, juntos, y los mismos matorrales, los mismos guijarros en la hierba. Nada había cambiado; y a ella, no obstante, le había acontecido algo de mayor consideración que si las montañas se hubieran movido de sitio. Rodolphe se inclinaba de vez en cuando y le cogía la mano para besársela.

¡Qué encantadora estaba a caballo! Erguida, con aquella cintura esbelta y la rodilla doblada encima de las crines de su caballo, un tanto sonrosada por el aire libre, en la luz roja del atardecer.

Al entrar en Yonville, caracoleó en los adoquines. La miraban desde las ventanas.

A su marido, en la cena, le pareció que tenía buena cara; pero ella pareció no oírlo cuando él le preguntó por el paseo; y allí estaba, quieta y con el codo al filo del plato, entre las dos velas encendidas.

—¡Emma! —dijo él.

—¿Qué?

—Pues que pasé esta tarde por casa del señor Alexandre; tiene una potra ya no muy joven pero aún de muy buen ver, solo con alguna matadura en las rodillas y seguro que nos la dejaban por unos cien escudos... —Añadió—: E incluso pensé que te agradaría y la reservé... la compré... ¿Hice bien?, dime.

Ella asintió con la cabeza; luego, pasado un cuarto de hora, le preguntó:

—¿Sales esta noche?

—Sí. ¿Por qué?

—Ah, por nada, por nada, querido.

Y, no bien se libró de Charles, subió a encerrarse en su cuarto.



Primero notó como un vahído; veía los árboles, los caminos, las cunetas, a Rodolphe, y notaba aún cómo la estrechaban sus brazos mientras el follaje se estremecía y los juncos silbaban.

Pero, al verse en el espejo, su cara la asombró. Nunca había tenido los ojos tan grandes, ni tan negros, ni tan hondos. Algo sutil, repartido por toda su persona, la transfiguraba.

Se repetía: «¡Tengo un amante! ¡Tengo un amante!», recreándose en esa idea, como si le hubiese sobrevenido otra pubertad. Por fin iban a ser suyas esas alegrías del amor, esa fiebre de la felicidad con las que ya no contaba. Estaba entrando en algo maravilloso donde todo sería pasión, éxtasis, delirio; la rodeaba una inmensidad azulada; las cumbres del sentimiento le resplandecían en la imaginación, y la vida corriente no se le aparecía sino muy abajo, en la sombra, entre los intervalos de esas alturas.

Se acordó entonces de las heroínas de los libros que había leído, y la legión lírica de esas mujeres adúlteras le empezó a cantar en la memoria con deleitosas voces de hermanas. Se estaba convirtiendo casi en una parte verdadera de esas ficciones y cumplía con la larga ensoñación de su juventud al verse incluida en esa clase de enamoradas a las que tanto había envidiado. Por lo demás, Emma notaba una satisfacción vengativa. ¡Bastante había sufrido! Ahora triunfaba y el amor, tanto tiempo reprimido, brotaba entero en unos burbujos jubilosos. Lo saboreaba sin remordimientos, sin inquietud, sin turbación.

El día siguiente transcurrió con una dulzura nueva. Se hicieron juramentos. Ella le contó sus tristezas. Rodolphe la interrumpió con sus besos; y ella le pedía, contemplándolo con los párpados entornados, que volviera a llamarla por su nombre y que le repitiese que la quería. Estaban en el bosque, como la víspera, en una choza de almadreñeros. Las paredes eran de paja y el tejado, tan bajo que había que estar agachado. Se habían sentado, pegados uno a otro, en un lecho de hojas secas.

A partir de ese día, se escribieron con regularidad todas las noches. Emma llevaba su carta al final del jardín, cerca del río, a una grieta de la terraza. Rodolphe venía a buscarla y dejaba otra, a la que ella reprochaba siempre que fuera demasiado corta.

Una mañana en que Charles había salido antes del amanecer, le entró el capricho de ver en el acto a Rodolphe. Se tardaba poco en llegar a La Huchette y era posible pasar allí una hora y estar de vuelta

en Yonville cuando todo el mundo durmiera aún. Al pensarlo jadeó de deseo codicioso y no tardó en hallarse en medio del prado, por el que anduvo con paso veloz sin mirar atrás.

Empezaba a apuntar el día. Emma reconoció de lejos la casa de su amante, cuyas dos veletas de cola de golondrina se recortaban en negro contra el crepúsculo pálido.

Pasado el corral de la granja, había un edificio central que debía de ser la mansión. Entró como si las paredes, al acercarse ella, se hubieran apartado solas. Unas escaleras grandes y rectas subían hacia un corredor. Emma abrió la falleba de una puerta y, de pronto, al fondo de la habitación, vio a un hombre dormido. Era Rodolphe. Dio un grito.

—¡Has venido! ¡Has venido! —repetía él—. ¿Cómo te las has arreglado?... ¡Ay, tienes el vestido mojado!

—¡Te quiero! —contestó ella echándole los brazos al cuello.

Al salirle bien aquel primer atrevimiento, ahora, siempre que Charles se iba temprano, Emma se vestía deprisa y bajaba sigilosamente las escaleras que llevaban a la orilla del agua.

Pero, si estaba quitado el tablón de las vacas, había que ir siguiendo las paredes que iban a lo largo del río; los márgenes estaban resbaladizos, y se agarraba, para no caerse, a los manojos de rabanillos marchitos. Luego tiraba por unos sembrados, donde se hundía, tropezaba y se le quedaban pegadas las botinas endebles. El fular, que se ponía a la cabeza, ondeaba al viento por los pastos; le entraba miedo de los bueyes, echaba a correr y llegaba sin resuello, con las mejillas sonrosadas; y brotaba de toda su persona un aroma fresco de savia, de hojas y de aire libre. Rodolphe a aquellas horas dormía aún. Era como una mañana de primavera que se le metiera en el cuarto.

Las cortinas amarillas que cubrían las ventanas dejaban pasar con suavidad una luz densa y rubia. Emma iba a tientas, guiñando los ojos, mientras las gotas de rocío que le colgaban de los bandós formaban como una aureola de topacios en torno a su rostro. Rodolphe la atraía riendo y la estrechaba contra el pecho.

Ella, después, pasaba revista al aposento, abría los cajones de los muebles, se peinaba con el peine de él y se miraba en el espejo de afeitar. En muchas ocasiones, incluso, se ponía entre los dientes el tubo de una pipa grande que estaba encima de la mesilla, entre limones y terrones de azúcar, junto a una jarra de agua.

Necesitaban un cuarto de hora largo para despedirse. Emma llo-



raba entonces; habría querido no separarse nunca de Rodolphe. Algo que no podía dominar la impulsaba hacia él, de forma tal que un día, al verla aparecer de improviso, él arrugó la cara, como contrariado.

—¿Qué te pasa? —dijo ella—. ¿Te duele algo? ¡Háblame! Él le dijo por fin con expresión seria que sus visitas se estaban volviendo imprudentes y que se estaba comprometiendo.



Capítulo X





Poco a poco se le fueron contagiando los temores de Rodolphe. Al principio, el amor la había embriagado y no había pensado en nada más. Pero ahora, que le era indispensable para vivir, temía perderlo en parte, o incluso que algo lo alterase. Cuando volvía de casa de Rodolphe, miraba, intranquila, alrededor, al acecho de cualquier forma que pasase por el horizonte y de todos los tragaluces del pueblo desde los que pudieran divisarla. Atendía a los pasos, los gritos, el ruido de los arados; y se detenía más pálida y más trémula que las hojas de los álamos que se columpiaban por encima de su cabeza.

Una mañana que regresaba así, le pareció divisar de repente el cañón largo de una carabina que, aparentemente, la apuntaba. Asomaba, sesgado, del borde de un barril pequeño medio hundido en las hierbas del margen de una cuneta. Emma, a punto de desfallecer de terror, siguió andando, pese a todo, y del barril salió un hombre como salen los diablos de resorte del fondo de las cajas. Llevaba polainas abrochadas hasta las rodillas y la gorra calada hasta los ojos, le tiritaban los labios y tenía la nariz encarnada. Era el capitán Binet, que estaba acechando a los patos silvestres.

—¡Tendría que haber dicho algo desde lejos! —exclamó—. Cuando se ve una escopeta hay que avisar siempre.



Con estas palabras el recaudador intentaba disimular el temor que le acababa de pasar por la cabeza; pues una disposición de la prefectura prohibía cazar patos como no fuera en barca. El señor Binet, pese a respetar mucho la ley, la estaba infringiendo. Y por ello, a cada momento, le parecía oír llegar al guarda rural. Pero esa preocupación exacerbaba el placer y, a solas dentro del barril, se congratulaba por pasárselo tan bien y ser tan astuto.

Al ver a Emma, pareció quitársele de encima un gran peso y entabló una conversación en el acto:

—¡Lo que pica el frío!

Emma no contestó. Él siguió diciendo:

—¡Cuánto ha madrugado usted!

—Sí —balbuceó ella—; vengo de casa del ama de cría donde tengo a mi niña.

—¡Ah, muy bien, muy bien! Pues yo, aquí donde me ve, llevo en este sitio desde que apuntó el día; pero el tiempo está tan aguachinado que si no se le ponen a uno las plumas en la punta de la escopeta...

—Adiós, señor Binet —le interrumpió Emma, dándole la espalda.

—A sus pies, señora —respondió él con tono seco.

Y se volvió a meter en el barril.

Emma se arrepintió de haber dejado plantado al recaudador. Seguramente, haría hipótesis desfavorables. El cuento del ama de cría era la peor excusa, porque todo el mundo sabía perfectamente en Yonville que la hija de los Bovary llevaba un año en casa de sus padres. Por lo demás, por aquellos pagos no vivía nadie; ese camino solo iba a La Huchette; así que Binet habría adivinado de dónde venía y no se callaría. ¡Seguro que se iría de la lengua! Estuvo atormentándose el pensamiento hasta la noche con todos los proyectos imaginables de mentiras y sin dejar de ver al imbécil aquel con su morral.

Después de cenar, Charles, al notarla preocupada, quiso, para que se distrajera, llevarla a casa del boticario; y la primera persona a quien vio en la botica fue otra vez el recaudador! Estaba de pie delante del mostrador; lo iluminaba la luz del bote rojo y decía:

—Por favor, deme una onza de vitriolo.

—Justin —voceó el boticario—, tráenos el ácido sulfúrico.

Le dijo, luego, a Emma, que quería subir a las habitaciones de la señora Homais:

—No, quédese, no merece la pena, ahora baja. Mientras tanto

acérquese a la estufa para calentarse... Disculpe... ¿Qué tal, doctor? — porque al boticario le gustaba mucho pronunciar la palabra «doctor», como si, al decírsela a otro, le salpicase a él algo de la pompa que le parecía que había en ella—. Pero ¡ten cuidado de no volcar los morteros!... Trae mejor las sillas de la salita; ya sabes que los sillones del salón no se mueven.

Y ya estaba Homais saliendo apresuradamente de detrás del mostrador para volver a llevar el sillón a su sitio cuando Binet le pidió media onza de ácido de azúcar.

—¿Ácido de azúcar? —dijo el boticario, desdeñosamente—. No me suena. ¡No sé nada de eso! ¿A lo mejor lo que quiere usted es ácido oxálico? Oxálico es lo que busca, ¿verdad?

Binet explicó que necesitaba un mordiente para hacerse personalmente agua de cobre con que quitar el óxido a varios accesorios de caza. Emma se sobresaltó. El boticario empezó a decir:

—Desde luego no está el tiempo nada propicio por culpa de la humedad.

—Pese a todo —añadió el recaudador con expresión taimada— hay personas a quienes no les molesta.

Emma se ahogaba.

—Deme también... «¿Es que no va a irse nunca?», pensaba ella.

—Media onza de colofonía y de trementina, cuatro onzas de cera amarilla y tres medias onzas de negro animal, por favor, para limpiar el cuero acharolado de mi equipo.

Estaba empezando el boticario a cortar la cera cuando apareció la señora Homais con Irma en brazos y Napoléon a su lado; Athalie iba detrás. Fue a sentarse en un banco de terciopelo pegado a la ventana y el chiquillo se acurrucó en un taburete mientras la hermana mayor andaba rondando la caja de azufaifa, junto a su papáito. Éste llenaba embudos, tapaba frascos, pegaba etiquetas y hacía paquetes. A su alrededor, todo el mundo estaba callado; y se oía solo, de vez en cuando, el tintineo de las pesas en las balanzas y alguna palabra del boticario que le daba en voz baja consejos a su discípulo.

—¿Cómo está su pequeña? —preguntó de pronto la señora Homais.

—¡Silencio! —exclamó su marido, que estaba anotando unas cantidades en el cuaderno de borrador.

—¿Por qué no la ha traído? —añadió la señora Homais bajando la voz.



—Ssshhh —dijo Emma señalando con el dedo al boticario.

El señor Binet, pendiente de repasar la cuenta, no había oído nada probablemente. Por fin se fue. Entonces Emma, liberada, lanzó un hondo suspiro.

—¡Qué fuerte respira usted! —dijo la señora Homais.

—¡Ay, es que hace algo de calor! —contestó Emma.

Se pusieron, pues, de acuerdo Rodolphe y ella a la mañana siguiente para organizar las citas; Emma quería sobornar a la criada con un regalo; aunque sería mejor encontrar en Yonville alguna casa discreta. Rodolphe prometió buscar una.

Estuvo todo el invierno, tres o cuatro veces por semana, llegando al jardín cuando era noche cerrada. Emma había quitado ex profeso la llave de la cerca y Charles creyó que se había perdido.

Para avisarla, Rodolphe tiraba contra los postigos un puñado de arena. Emma se ponía de pie sobresaltada; pero, a veces, tenía que esperar, porque Charles tenía la manía de conversar junto al fuego y se eternizaba. Emma se consumía de impaciencia; si hubiera podido, lo habría tirado por la ventana con la mirada. Por fin empezaba a prepararse para la noche; luego, cogía un libro y seguía leyendo tan tranquila, como si estuviera muy entretenida con la lectura. Pero Charles, que ya se había metido en la cama, la llamaba para que fuera a acostarse.

—Ven ya, Emma —decía—, que es tarde.

—Sí, ahora voy —contestaba ella.

Pero, como las velas lo deslumbraban, se volvía de cara a la pared y se quedaba dormido. Ella se escabullía, conteniendo la respiración, sonriente, palpitante, a medio vestir.

Rodolphe llevaba un gabán ancho; la envolvía en él de arriba abajo y, pasándole un brazo por la cintura, se la llevaba sin decir nada al fondo del jardín.

Iban al cenador, a aquel mismo banco de tablas podridas donde antes la miraba Léon tan amorosamente en las noches de verano. Emma ya no se acordaba nunca de él.

Las estrellas brillaban entre las ramas del jazminero sin hojas. Oían correr el río detrás de ellos y, de vez en cuando, en la orilla, el chasquido de los juncos secos. Acá y allá se abombaban en la oscuridad macizos sombríos que, a veces, estremeciéndose todos a un tiempo, se erguían y se inclinaban como gigantescas olas negras que se fueran acercando para cubrirlos. El frío de la noche los obligaba

a un abrazo más estrecho; los suspiros de sus labios les parecían más fuertes; sus ojos, que intuían apenas, les parecían más grandes; y, en el silencio, sonaban palabras dichas muy bajo que les caían en el alma con sonoridad cristalina y repercutían con vibraciones múltiples.

Cuando la noche estaba lluviosa, iban a buscar refugio a la consulta, entre el cobertizo y la cuadra. Emma encendía uno de los candeleros de la cocina, que tenía escondido detrás de los libros. Rodolphe se acomodaba como si estuviera en su casa. Ver las estanterías, el escritorio, la habitación entera, en fin, lo ponía de muy buen humor; y no podía por menos que reírse mucho de Charles, cosa que apuraba a Emma. Le habría gustado verlo más serio en tales circunstancias, e incluso más dramático, llegado el caso, como en esa ocasión en que le pareció oír por el paseo del jardín un ruido de pasos que se acercaban.

—¡Viene alguien! —dijo ella.

Él sopló la vela.

—¿Llevas las pistolas?

—¿Para qué?

—Pues... para defenderte —siguió diciendo Emma.

—¿De tu marido? ¡Vaya, pobre muchacho!

Y Rodolphe remató la frase con un ademán que quería decir: «Lo aplastaría de un papirotazo».

A Emma la dejó admirada su valor, aunque notó en él cierta falta de delicadeza y una zafiedad ingenua que la escandalizó.

Rodolphe le dio muchas vueltas a aquella historia de las pistolas. Si Emma había hablado en serio, había sido una ridiculez, pensaba, y algo odioso, incluso, porque él no tenía razón alguna para aborrecer al pobre Charles, pues no podía decirse que lo atormentasen los celos; y, a este respecto, Emma le había hecho un solemne juramento que tampoco le parecía de muy buen gusto.

Por lo demás, ella se estaba volviendo muy sentimental. Había sido menester un intercambio de miniaturas, se habían cortado mechones de pelo y ahora pedía un anillo, un auténtico anillo de boda, como señal de alianza eterna. Le mencionaba con frecuencia las campanas del atardecer o las voces de la naturaleza; luego le hablaba de su madre y de la madre de Rodolphe, que éste había perdido veinte años atrás. Emma, no obstante, lo consolaba con palabras ñoñas, como si fuera un arrapiezo abandonado, e incluso le decía a veces,



mirando la luna:

—Estoy segura de que allá arriba y juntas aprueban nuestro amor.

Pero ¡era tan bonita! ¡Rodolphe había tenido a tan pocas que fueran así de candorosas! Aquel amor sin libertinaje le resultaba algo nuevo y, sacándolo de sus hábitos fáciles, halagaba a la vez su orgullo y su sensualidad. La exaltación de Emma, que su sentido común burgués desdeñaba, le parecía, en lo hondo del corazón, encantadora puesto que iba dedicada a él. Entonces, seguro de aquel amor, dejó de andarse con miramientos y sus modales cambiaron insensiblemente.

Ya no le decía, como antes, aquellas palabras tan dulces que la hacían llorar, ni le hacía aquellas caricias vehementes que la volvían loca; de forma tal que aquel gran amor en que Emma vivía sumergida pareció ir mermando debajo de ella, como el agua de un río que el cauce fuera absorbiendo; y vio el limo. No quiso creerlo y fue aún más tierna; y Rodolphe disimuló cada vez menos la indiferencia.

Emma no sabía si se arrepentía de habersele entregado o si deseaba, antes bien, quererlo más. La humillación de sentirse débil se convertía en un rencor que los goces voluptuosos atemperaban. No era apego, era como una seducción permanente. La tenía subyugada. Casi le tenía miedo.

Las apariencias, no obstante, eran más apacibles que nunca, pues Rodolphe había conseguido encarrilar el adulterio a su capricho; y, al cabo de seis meses, cuando llegó la primavera, eran como dos personas casadas que atizan sin sobresaltos una llama doméstica.

Era la época en que Rouault enviaba una pava en recuerdo de la curación de la pierna. El regalo llegaba siempre con una carta. Emma cortó la cuerda que la sujetaba a la cesta y leyó las siguientes líneas.

Mis queridos hijos:

Espero que la presente os encuentre bien de salud y que esta pava esté mejor que las otras; porque me parece más mullida, por decirlo de alguna forma, y más firme. Pero la próxima vez, para cambiar, os mandaré un gallo, a menos que prefiráis un pavo; y mandadme de vuelta la banasta, por favor, y las otras dos anteriores. Le ha ocurrido una desgracia al cobertizo de los carros, porque el techo, una noche que hacía mucho viento, salió volando hasta los árboles. La cosecha tampoco ha sido nada del otro mundo. En fin, que no sé cuándo iré a veros. ¡Me resulta tan complicado dejar sin nadie la casa ahora que estoy solo, mi pobre Emma!

Había un intervalo ente las líneas, como si el buen hombre hubiera soltado la pluma para quedarse un rato pensativo.

De mí os diré que estoy bien, de no ser que el otro día me cogí un catarro en la feria de Yvetot, donde fui para apalabrar un pastor, porque he echado al que tenía porque era muy remilgado. ¡Lo que tiene uno que aguantar con todos esos bribones! Y además era un ladrón.

Me he enterado por un buhonero que pasó este invierno por vuestra zona y se sacó una muela que Bovary sigue con mucho trabajo. No me extraña, y el buhonero me enseñó la muela y nos tomamos juntos un café. Le pregunté si te había visto, y me dijo que no, pero que había visto dos animales en la cuadra, de donde deduzco que la profesión va bien. Mucho me alegro, mis queridos hijos, y que Dios os envíe toda la felicidad imaginable.

Me apena mucho no conocer todavía a mi queridísima nieta Berthe Bovary. He plantado para ella, en el jardín, un ciruelo de ciruelas damascenas y no quiero que nadie lo toque como no sea para hacerle más adelante compotas que le guardaré en el armario para cuando venga.

Adiós, mis queridos hijos. Un beso para ti, hija mía; y también para usted, mi querido yerno; y dos a la niña, uno en cada mejilla. Vuestro padre que os quiere,

THÉODORE ROUALT



Emma estuvo unos minutos con el papel grueso entre los dedos. Las faltas de ortografía se encadenaban y Emma se iba en pos de aquel pensamiento dulce que cloqueaba de punta a cabo igual que una gallina medio escondida en un seto de espino. Habían secado la tinta de las palabras con cenizas del hogar, porque le resbaló de la carta hasta el vestido algo de polvo gris; y casi le pareció ver a su padre agachándose para coger las tenazas. ¡Cuánto tiempo hacía que no estaban juntos, y ella en el escabel, pegada a la chimenea, quemando la punta de un palo en la llama alta de los juncos marinos que chisporroteaban!... Se acordó de los atardeceres de verano, llenos de sol. Los potros relinchaban al pasar junto a ellos, y galopaban, galopaban... Debajo de su ventana había una colmena y a veces las abejas, dando vueltas en la luz, golpeaban contra los cristales como balas de oro que rebotasen. ¡Qué felicidad en aquellos tiempos! ¡Qué libertad! ¡Qué esperanza! ¡Qué abundancia de ilusiones! ¡Ya no le quedaba ninguna! Se las había gastado en todas las aventuras del alma, en todas sus condiciones sucesivas, en la virginidad, en el matrimonio y en el amor; y las había ido perdiendo continuamente según vivía, como un viajero que se deja algo de su riqueza en todas las posadas del camino.

Pero ¿quién la hacía sentirse tan desdichada? ¿Y dónde estaba la catástrofe extraordinaria que la había trastornado? Y alzó la cabeza, mirando a todas partes, como para buscar el motivo que la hacía sufrir.

Un rayo de sol espejeaba en las porcelanas de la repisa; el fuego ardía; notaba bajo las zapatillas la suavidad de la alfombra, la luz del día era blanca, el ambiente tibio, y oyó a su hija reírse a carcajadas.

Pues la niña se revolcaba en esos momentos en el prado de césped, entre la hierba que estaban segando. Estaba tumbada boca abajo en lo alto de una hacina. La niñera la sujetaba por la falda. Lestiboudois estaba al lado y, siempre que se le acercaba, ella se asomaba aleteando con los brazos.

—¡Tráigamela! —dijo la madre, abalanzándose para besarla—. ¡Cuánto te quiero, pobrecita mía! ¡Cuánto te quiero!

Luego, fijándose en que tenía algo sucia la punta de las orejas, tocó enseguida la campanilla para que le trajesen agua caliente y la lavó, la cambió de muda, de medias, de zapatos, hizo mil preguntas acerca de su salud, como si volviera de un viaje, y, por fin, besándola

de nuevo y llorando un poco, volvió a dejarla en manos de la criada, que estaba pasmadísima de aquel exceso de cariño.

Rodolphe, por la noche, la encontró más seria que de costumbre.

«Ya se le pasará —opinó—. Será un capricho.»

Y faltó a tres citas seguida. Cuando volvió, Emma se mostró fría, casi desdeñosa.

«¡Vaya! Pierdes el tiempo, monina...»

E hizo como que no se fijaba ni en sus suspiros melancólicos ni en el pañuelo que sacó.

¡Entonces fue cuando Emma se arrepintió!

Se preguntó incluso por qué aborrecía a Charles y si no habría sido mejor poder quererlo. Pero él no daba grandes motivos para ese renacer del sentimiento, por lo que Emma no sabía muy bien qué hacer con aquella veleidad suya de sacrificio cuando el boticario le brindó una ocasión oportuna.





Capítulo XI





Homais había leído últimamente el elogio de un sistema nuevo para curar los pies zambos; y, como era partidario del progreso, concibió la patriótica idea de que en Yonville, para ponerse al nivel, había que hacer operaciones de estrefopodia.

—Porque —le decía a Emma— ¿a qué se arriesga uno? Fijese bien —y contaba con los dedos las ventajas del intento—: éxito casi asegurado, alivio y hermoejamento del paciente, celebridad a muy corto plazo para el operador. ¿Por qué no podría pretender su marido, por ejemplo, librar de esa molestia al pobre Hippolyte de El León de Oro? Piense que no dejaría de hablarles de esa curación a todos los viajeros y además —Homais bajaba la voz y miraba a su alrededor—, ¿quién me iba impedir mandar al periódico un notita al respecto? Y la verdad es que un artículo circula... se comenta... acaba por crecer como una bola de nieve. Y ¿quién sabe? ¿Quién sabe?

Efectivamente, a Bovary podía salirle bien; nada le aseguraba a Emma que no fuera mañoso. ¡Y qué satisfacción para ella si lo animase a meterse en una empresa de la que saldrían incrementadas su reputación y su fortuna! Ella estaba dispuesta a basarse en algo más firme que el amor.

Charles, al insistirle Emma y el boticario, se dejó convencer. Encargó en Ruán el libro del doctor Duval y todas las noches, con la



cabeza entre las manos, se sumía en esa lectura.

Mientras estudiaba el pie equino, el varo y el valgo, es decir, la estrefocatopodia, la estrefendopodia y la estrefexopodia (o, dicho más claro, las diversas desviaciones del pie, bien sea hacia abajo, hacia dentro o hacia fuera), junto con la estrefipopodia y la estrefanopodia (dicho de otro modo, torsión por abajo y enderezamiento por arriba), el señor Homais exhortaba, recurriendo a todo tipo de razonamientos, al mozo de la fonda para que se operase.

—Apenas si notarías un leve dolor; es un simple pinchazo, como una sangría de nada, menos que si te quitasen algún callo complicado.

Hippolyte movía las pupilas con expresión estúpida mientras reflexionaba.

—¡Por lo demás —seguía diciendo el boticario—, a mí me da lo mismo! ¡Yo lo hago por ti! ¡Por pura humanidad! Amigo mío, me gustaría verte libre de tu repulsiva cojera, con ese balanceo de la región lumbar que, digas lo que digas, tiene que perjudicarte mucho en el ejercicio de tu profesión.

Entonces Homais le ponderaba lo buen mozo y lo ágil que iba a estar después; y le daba incluso a entender que les gustaría más a las mujeres; y el mozo de cuadra sonreía zafiamente. Luego lo atacaba por el flanco de la vanidad:

—¿Es que no eres hombre, carape? ¿Qué habrías hecho entonces si hubieras tenido que hacer el servicio militar, que ir a combatir bajo las banderas?... ¡Vamos, Hippolyte!

Y Homais se marchaba manifestando que no entendía aquel empecinamiento, aquella ceguera en negarse a los beneficios de la ciencia.

El desdichado cedió, porque aquello fue como una conjura. Binet, que nunca se metía en los asuntos de nadie, la señora Lefrançois, Artémise y hasta el alcalde, el señor Tuvache, todo el mundo lo animó, le echó sermones, lo avergonzó; pero lo que acabó de decidirlo fue que no le iba a costar nada. A cargo de Bovary corría incluso la máquina para la operación. Este rasgo de generosidad se le había ocurrido a Emma; y Charles accedió, diciéndose en lo hondo del corazón que su mujer era un ángel.

Así que, con los consejos del boticario, y repitiendo la empresa tres veces, mandó al ebanista, a quien ayudó el cerrajero, que hiciera algo parecido a una caja que pesaba alrededor de ocho libras y para

la que no se escatimaron ni el hierro ni la madera, la chapa, el cuero y los tornillos.

Pero, para saber qué tendón había que cortar a Hippolyte, había que estar al tanto primero de qué tipo de pie zambo tenía.

El pie le formaba con la pierna una línea casi recta, lo cual no impedía que mirase para dentro, así que era un equino con algo de varo, o un varo poco marcado con mucho de equino. Pero con ese pie equino, ancho desde luego como el de un caballo, de piel rugosa, tendones secos y dedos gruesos donde las uñas negras remedaban los clavos de hierro, el estrefópodo corría como un gamo de la mañana a la noche. Podía vérselo en la plaza continuamente, dando saltitos alrededor de las carretas echando el paso desigual. Incluso esa pierna parecía más vigorosa que la otra. A fuerza de uso, había adquirido algo así como unas prendas espirituales de paciencia y energía, y cuando a Hippolyte le encargaban una tarea muy pesada se apuntalaba de preferencia en esa pierna.

Por lo tanto, si era un equino había que cortar el tendón de Aquiles, aunque más adelante siempre sería posible habérselas con el músculo tibial anterior para suprimir el varo; pues el médico no se atrevía a arriesgarse a ambas operaciones a un tiempo; e incluso le estremecía ya el miedo de tocar alguna zona importante que no conociera.

Ni a Ambroise Paré¹, al realizar por vez primera después de Celso, con un intervalo de quince siglos, la ligadura de una arteria, ni a Dupuytren² al sajar un absceso a través de una capa gruesa de encéfalo, ni a Gensoul³ cuando hizo la primera ablación de la mandíbula superior, les latía, desde luego, tan fuerte el corazón ni les temblaba tanto la mano ni tenían el intelecto tan en tensión como el señor Bovary cuando se acercó a Hippolyte con el tenótomo en la mano. Y, lo mismo que en los hospitales, a su lado, encima de una mesa, podían verse hilas, bramante encerado y muchas vendas, una pirámide de vendas, todas las vendas que había en la botica. Era el se-

1 Cirujano francés (1509-1590), inventor del procedimiento para ligar las arterias.

2 Cirujano francés (1777-1835), uno de los fundadores de la anatomía patológica.

3 Cirujano francés (1797-1858).



ñor Homais quien había organizado desde por la mañana todos esos preparativos, tanto para deslumbrar al gentío cuanto para creérselo él también. Charles pinchó la piel; se oyó un crujido seco. Ya estaba cortado el tendón, la operación había concluido. Hippolyte no salía de su asombro; se inclinaba hacia las manos de Bovary para cubríselas de besos.

—¡Vamos, tranquilízate —decía el boticario—, ya le demostrarás más adelante tu gratitud a tu bienhechor!

Y bajó a contarles el resultado a cinco o seis curiosos que estaban esperando en el patio y que pensaban que Hippolyte iba a salir andando derecho. Luego Charles, tras meter a su paciente en el motor mecánico, se fue a su casa, donde Emma, muy ansiosa, lo estaba esperando en la puerta y se le echó en los brazos; se sentaron a la mesa; Charles comió mucho, e incluso, a los postres, quiso tomar una taza de café, dispendio que no se permitía más que los domingos, cuando tenía invitados.

La velada fue deliciosa, colmada de charlas y de sueños compartidos. Hablaron de la fortuna que los esperaba, de las mejoras que iban a hacer en la casa; él ya veía cómo le tenían cada vez más consideración, cómo crecía su holgura, cómo su mujer lo seguía queriendo; y ella se sentía dichosa al remozarse en un sentimiento nuevo, más sano y mejor, y de sentir por fin cierto afecto por aquel pobre muchacho que la quería tanto. Por un momento se le pasó Rodolphe por la cabeza; pero volvió la mirada a Charles y se fijó con sorpresa en que no tenía los dientes feos.

Estaban acostados cuando el señor Homais, pese a la cocinera, entró de pronto en el dormitorio llevando en la mano una hoja de papel recién escrita. Era el aviso destinado a El Fanal de Ruán. Lo traía para que lo leyesen.

—Léalo usted mismo —dijo Bovary.

El boticario leyó:

—«Pese a los prejuicios que cubren aún parte de la faz de Europa como una red, la luz empieza no obstante a llegar a nuestras campiñas. Y, por ello, Yonville, nuestra pequeña ciudad, fue el martes escenario de una experiencia quirúrgica que es al tiempo una obra de la más elevada filantropía. El señor Bovary, uno de nuestros facultativos más eminentes...».

—¡Ay, eso es demasiado, demasiado! —decía Charles, ahogándose de emoción.

—¡De ninguna manera, en absoluto, hasta ahí podríamos llegar!... «ha operado de un pie zambo...», no he puesto el nombre científico porque, en un periódico, qué le voy a contar... es posible que no lo entendiera todo el mundo; el vulgo necesita...

—Efectivamente —dijo Bovary—. Continúe.

—Sigo, pues —dijo el boticario—: «El señor Bovary, uno de nuestros facultativos más eminentes, ha operado de un pie zambo al mozo de cuadra Hippolyte Tautain, que lleva veinticinco años en el Hotel León de Oro, que regenta la señora viuda Lefrançois y sito en la Place d'Armes. La novedad del intento y el interés que despertaba el paciente atrajeron tal concurso de vecinos que hubo auténticas aglomeraciones en la puerta del establecimiento. Por lo demás, la operación transcurrió como por arte de magia y apenas unas pocas gotas de sangre humedecieron la piel, como para dejar constancia de que el tendón rebelde acababa por fin de ceder ante los esfuerzos del arte. El enfermo, cosa extraña (lo aseguramos de visu) no mostró síntoma alguno de dolor. Su estado es inmejorable hasta el momento. Todo permite creer que la convalecencia será breve; y ¿quién sabe si, incluso, en la próxima fiesta lugareña, no veremos a nuestro buen Hippolyte participar en danzas báquicas entre un concierto de joviales acompañantes, demostrando así ante todas las miradas, con su fogosidad y sus trenzados de piernas, que está curado por completo? ¡Honremos, pues, a los sabios generosos! ¡Honremos a esas cabezas infatigables que consagran sus vigilias a mejorar o a aliviar a la especie a la que pertenecen! ¿No es acaso el momento de exclamar bien alto que los ciegos verán, que los sordos oirán y que los cojos andarán? ¡Pero eso que el fanatismo prometía antaño a sus elegidos la ciencia ahora lo lleva a cabo para todos los hombres! Tendremos a nuestros lectores informados de las fases sucesivas de esta curación tan notable».

Todo esto no impidió que, pasados cinco días, la señora Lefrançois se presentase despavorida y exclamando:

—¡Socorro! ¡Se muere!... ¡Me voy a volver loca!

Charles se abalanzó hacia El León de Oro; y el boticario, que lo vio pasar por la plaza sin sombrero, salió de la botica. A él también se lo veía jadeante, encarnado, inquieto; y preguntaba a cuantos subían las escaleras:

—Pero ¿qué le sucede a nuestro interesante estrefópodo?

El estrefópodo en cuestión se retorció, con convulsiones atroces,



tanto que el motor mecánico donde tenía metida la pierna pegaba contra la pared como si la fuera a derribar.

Con muchas precauciones para no alterar la posición del miembro, retiraron, pues, la caja y todos vieron un espectáculo espantoso. Tan hinchado estaba el pie que había perdido la forma; la piel parecía a punto de romperse y estaba cubierta de equimosis que le había causado la famosa máquina. Hippolyte ya se había quejado de dolor anteriormente; no le habían hecho caso; hubieron de admitir que no se quejaba de vicio y lo dejaron en libertad unas cuantas horas; pero, en cuanto el edema bajó un poco, a los dos investigadores les pareció oportuno volver a meter el miembro en el aparato y apretarlo más para acelerar el proceso. Por fin, pasados tres días, Hippolyte ya no aguantaba más; le quitaron otra vez la máquina y los dejó muy asombrados el resultado que vieron. Una tumefacción lívida se extendía por la pierna, con ampollas espaciadas de las que rezumaba un líquido negro. Las cosas parecían estar poniéndose serias. Hippolyte empezaba a aburrirse y la señora Lefrançois lo acomodó en la sala pequeña, junto a la cocina, para que al menos tuviera algunas distracciones.

Pero el recaudador, que cenaba a diario en esa sala, se quejó amargamente de tal vecindario. Así que llevaron a Hippolyte a la sala de billar.

Allí estaba, gimiendo bajo las gruesas mantas, pálido, con la barba crecida, los ojos hundidos y girando de vez en cuando la cabeza sudorosa sobre la almohada sucia donde caían las moscas. La señora Bovary iba a verlo. Le traía paños para las cataplasmas y lo consolaba y le daba ánimos. Por lo demás, no le faltaba compañía, sobre todo los días de mercado, cuando los campesinos que lo rodeaban golpeaban las bolas de billar, blandían los tacos, fumaban, bebían, cantaban y berreaban.

—¿Cómo estás? —decían, dándole palmadas en el hombro—. ¡No muy allá, por lo visto! Pero la culpa la tienes tú. Tendrías que hacer esto, o lo otro.

Le contaban historias de personas que se habían curado con procedimientos que no eran el suyo; luego, para consolarlo, añadían:

—¡Si es que tienes mucho cuento! ¡Venga, levántate! ¡Estás ahí dándote buena vida como un rey! ¡En fin, en cualquier caso, chico, no hueles nada bien!

La gangrena iba progresando, efectivamente. El propio Bovary

se ponía malo. Iba de hora en hora, continuamente. Hippolyte lo miraba con ojos espantados y balbucía entre sollozos:

—¿Cuándo me voy a curar?... ¡Ay, sálveme! ¡Qué desgraciado soy! ¡Qué desgraciado soy!

Y el médico se iba, recetándole siempre que siguiera a dieta.

—No le hagas caso, muchacho —decía la señora Lefrançois—. ¿Es que no te han martirizado ya bastante? ¡Te vas a quedar muy débil. ¡Anda, tómate esto!

Y le traía un caldo sustancioso, una loncha de pierna de cordero, un trozo de tocino y, a veces, vasitos de aguardiente que él no tenía valor para llevarse a los labios.

El padre Bournisien, al enterarse de que estaba empeorando, pidió que le dejaran verlo. Empezó por compadecerlo por aquella dolencia, al tiempo que aseguraba que había que alegrarse de ella, puesto que era voluntad de Dios, y apresurarse a aprovechar la ocasión para reconciliarse con el cielo.

—Porque —decía el sacerdote con voz untuosa— te estabas descuidando un poco en tus obligaciones; pocas veces se te veía en los oficios divinos. ¿Cuántos años hacía que no te acercabas a la santa mesa? Entiendo que tus obligaciones te desviarán de velar por tu salvación. Pero ahora ha llegado el momento de pensar en ello. Aunque no debes desesperar; he conocido a grandes culpables que, a punto de comparecer ante el Señor, imploraron su misericordia y murieron, desde luego, en las mejores disposiciones. ¡Esperemos que nos des buen ejemplo, como hicieron ellos! Digo yo que, por precaución, a nadie le iba a parecer mal que rezases un «Ave María, llena eres de gracia» por la mañana y por la noche, y un «Padre nuestro que estás en los cielos». ¡Sí, hazlo! Hazlo por mí, hazme ese favor. ¿Qué te cuesta? ¿Me lo prometes?

El pobre diablo se lo prometió. El párroco volvió los días siguientes. Charlaba con la hospedera e incluso contaba algunas anécdotas mezcladas con bromas y palabras de doble sentido que Hippolyte no entendía. Luego, en cuanto las circunstancias se lo permitían, volvía a los temas religiosos, poniendo la cara adecuada.

Su celo pareció tener éxito; pues no tardó el estrefópodo en mostrar deseos de ir en peregrinación a Le Bon-Secours si se curaba: a lo que el padre Bournisien contestó que no veía inconveniente: vale más pasarse de precauciones que no llegar. No se perdía nada.

El boticario se indignó con lo que llamaba las maniobras del pá-



rroco; aseguraba que eran perjudiciales para la convalecencia de Hippolyte; y le repetía a la señora Lefrançois:

—¡Déjelo en paz! ¡Déjelo en paz! ¡Le altera el buen ánimo con ese misticismo suyo!

Pero la buena mujer no quería ni oírlo ya. Él tenía la culpa de todo. Por espíritu de contradicción, llegó incluso a colgar a la cabecera del enfermo una pila de agua bendita llena hasta arriba y con una rama de boj.

Pero la religión no parecía aliviar a Hippolyte más que la cirugía, y la putrefacción invencible seguía subiendo desde las extremidades hacia el vientre. Por más que le variasen las pociones y le cambiasen las cataplasmas, los músculos estaban cada día más despegados y por fin Charles respondió con un movimiento afirmativo de la cabeza cuando la señora Lefrançois le preguntó si podía, como último remedio, llamar al señor Canivet, de Neufchâtel, que era una celebridad.

Doctor en medicina, de cincuenta años de edad, en muy buena posición y seguro de sí mismo, el colega no tuvo empacho en reírse desdeñosamente cuando vio la pierna gangrenada hasta la rodilla. Luego, tras decir tajantemente que había que amputar, se fue a ver al boticario para despotricar contra los borricos que habían puesto a aquel infeliz en estado tal. Zarandeando al señor Homais por un botón de la levita, vociferaba en la botica:

—¡Ésos son inventos de París! ¡Éstas son las ideas que se les ocurren a los señores de la capital! ¡Como todo eso del estrabismo, del cloroformo y de la litotritia, un montón de monstruosidades que el gobierno debería prohibir! Pero se quieren hacer los listos y meternos en curaciones sin pensar en las consecuencias. Nosotros no somos tan doctos; no somos ni unos sabios, ni unos mirliflores, ni unos niños bonitos; somos médicos de a pie, que curamos, ¡y ni se nos ocurriría operar a alguien que gozase de perfecta salud! ¡Enderezar los pies zambos! ¡Como si se pudieran enderezar los pies zambos! ¡Es igual que si, por ejemplo, quisiera alguien enderezarle la espalda a un jorobado!

Homais padecía al oír esa perorata, y disimulaba el apuro tras una sonrisa de cortesano, ya que necesitaba tener consideraciones con el señor Canivet, cuyas recetas llegaban a veces hasta Yonville; no defendió, por lo tanto, a Bovary, ni siquiera hizo comentario alguno y, dando de lado sus principios, sacrificó la dignidad a los inte-

reses, más importantes, de su negocio.

¡En el pueblo esa amputación por el muslo que iba a hacer el doctor Canivet fue un asunto de considerable importancia! Todos los vecinos madrugaron más ese día y la calle mayor, aunque llena de gente, tenía un toque lúgubre, como si se tratase de una ejecución capital. En la tienda de ultramarinos hablaban de la enfermedad de Hippolyte; nadie compraba en los comercios, y la señora Tuvache, la mujer del alcalde, no se despegaba de la ventana por la impaciencia que tenía de ver llegar al cirujano.

Llegó en su cabriolé, que conducía personalmente. Pero como, con su corpulencia, la ballesta de la derecha había acabado por ceder, el coche se inclinaba un poco al rodar; y, en el otro almohadón, a su lado, se veía una caja grande, forrada de badana roja y con tres cierres de cobre que relucían magistralmente.

Según entraba como un torbellino bajo el porche de El León de Oro, el doctor ordenó a voces que desenganchasen el caballo y fue luego a la cuadra a ver si se comía bien la avena; porque, cuando llegaba a casa de los pacientes, lo primero que hacía era ocuparse de su yegua y de su cabriolé. E incluso decían de él, al respecto: «Ah, el señor Canivet es muy particular!». Y lo valoraban más por aquel aplomo imperturbable. Podrían haber reventado todos los hombres del mundo, hasta el último, y él no habría faltado a la mínima costumbre suya.

Homais apareció.

—Cuento con usted —dijo el doctor—. ¿Estamos listos? ¡Vamos allá!

Pero el boticario, ruborizándose, confesó que era demasiado sensible para presenciar una operación así.

—¡Cuando está uno de simple espectador —decía— la imaginación se impresiona, ya sabe! Y además tengo un sistema nervioso tan...

—¡Tonterías! —lo interrumpió Canivet—. Me parece usted, antes bien, propenso a la apoplejía. Cosa que, además, no me extraña, porque ustedes, los señores farmacéuticos, están siempre metidos en sus cocinas, lo que en última instancia debe de alterarles el temperamento. Míreme a mí en cambio: me levanto todos los días a las cuatro, me afeito con agua fría (no tengo frío nunca), no llevo ropa interior de franela y no me cojo ningún catarro. ¡El armazón es de buena calidad! Vivo tan pronto de una forma como de otra, como buen filósofo, y como de lo que haya. Por eso no soy remilgado, como ustedes,



y me da exactamente igual trincar a un cristiano que la primera ave de corral que se me ponga a tiro! Así que después de eso, ya me dirá usted, la costumbre... la costumbre...

Y, sin ninguna consideración por Hippolyte, que sudaba de angustia entre las sábanas, los buenos señores se enfrascaron en una charla en que el boticario comparó la sangre fría de un cirujano con la de un general; y la comparación le gustó a Canivet, que se explicó acerca de las exigencias de su arte. Lo consideraba como un sacerdocio, aunque los titulados en sanidad lo deshonrasen. Por fin, volviendo al enfermo, examinó las vendas que había traído Homais, las mismas que habían salido a relucir cuando la operación del pie zambo, y pidió que alguien sujetase el miembro. Fueron a llamar a Lestibouois y el señor Canivet, tras remangarse, entró en la sala de billar, mientras el boticario se quedaba con Artémise y con la hospedera, más blancas ambas que sus delantales, pegando el oído a la puerta.

Bovary, entretanto, no se atrevía a moverse de casa. Estaba abajo, en la sala, sentado junto a la chimenea apagada, con la barbilla hundida en el pecho, las manos juntas, la mirada fija. ¡Qué mala ventura!, pensaba; ¡qué chasco! Y eso que había adoptado todas las precauciones imaginables. Había sido cosa de la fatalidad. Pero qué más daba, si Hippolyte se moría más adelante, lo habría asesinado él. Y, además, ¿qué explicaciones iba a dar en las consultas cuando le preguntasen? ¿Sería posible que, a lo mejor, pese a todo, se hubiera equivocado? Le daba vueltas, aunque no se le ocurría nada. Pero hasta los cirujanos más famosos se equivocaban. ¡Eso era lo que no se le iba a ocurrir a nadie! Antes bien, la gente se burlaría y andaría criticando. ¡Y llegaría la noticia hasta Forges! ¡Hasta Neufchâtel! ¡Hasta Ruán! ¡A todas partes! ¿Quién sabe si no habría colegas que se meterían con él por escrito? Vendría luego una polémica y habría que replicar en los periódicos. El propio Hippolyte podía demandarlo. ¡Ya se veía deshonrado, arruinado, perdido! Y la imaginación, asaltada por una multitud de hipótesis, daba tumbos de una a otra como un tonel vacío que arrastra el mar y rueda de ola en ola.

Emma, enfrente de él, lo miraba: no compartía su humillación, sentía otra; la de haberse imaginado que un hombre así pudiera valer algo, como si, en veinte ocasiones, no se hubiese ya dado cuenta de sobra de lo mediocre que era.

Charles se paseaba arriba y abajo, por la habitación. Las botas le

crujían en el suelo de tarima.

—Siéntate —dijo ella—, que me crispas.

Él se volvió a sentar.

¿Cómo se las había apañado (¡ella que era tan inteligente!) para equivocarse otra vez? Por lo demás, ¿por qué deplorable manía se había destrozado así la existencia con sacrificios continuos? Recordó todos sus instintos de lujo, todas las privaciones del alma, las bajezas del matrimonio y del cuidado de la casa, sus sueños que siempre acababan en el barro como golondrinas heridas, todo lo que había deseado, todo aquello a lo que había renunciado, ¡todo cuanto habría podido tener! Y ¿por qué? ¿Por qué?

En medio del silencio que llenaba el pueblo, cruzó el aire un grito desgarrador. Bovary se puso tan pálido como si se fuera a desmayar. Emma frunció el ceño con mueca nerviosa, luego siguió pensando. ¡Por él había sido, sin embargo, por aquel ser, por aquel hombre que no entendía nada, que no sentía nada! Porque ahí estaba, tan tranquilo, y sin sospechar siquiera que en adelante el ridículo de su apellido la mancillaría a ella tanto como a él. Se había esforzado en quererlo y se había arrepentido, llorando, de haberse entregado a otro.

—Pero ¡es que, a lo mejor, era un pie valgo! —exclamó de pronto Bovary, que andaba dándole vueltas.

Ante el choque imprevisto de esta frase, que le cayó en el pensamiento como una bala de plomo en una fuente de plata, Emma, sobresaltada, alzó la cabeza para adivinar qué quería decir; y se miraron en silencio, casi atónitos de verse, de tan ajenas que estaban mutuamente sus conciencias. Charles la contemplaba con la mirada turbia de un hombre borracho, al tiempo que oía, quieto, los últimos gritos del amputado, que se iban sucediendo en modulaciones prolongadas, que interrumpían sacudidas agudas, como el aullido lejano de un animal al que están degollando. Emma se mordía los labios lívidos y, dando vueltas entre los dedos a una de las briznas del polipero, que había roto, clavaba en Charles la aguja ardiente de sus pupilas, como dos flechas de fuego a punto de salir disparadas. Todo en él le irritaba ahora, la cara, el traje, lo que no decía, toda su persona y, en último término, su existencia. Se arrepentía, como de un crimen, de su virtud anterior, y lo que de ella quedaba lo derrumbaban las acometidas rabiosas de su orgullo. Se deleitaba con todas las ironías perversas del adulterio triunfante. Le volvía el recuerdo de su



amante y un entusiasmo nuevo la atraía de forma vertiginosa; ponía en él el alma y la arrastraba hacia esa imagen; y Charles le parecía tan alejado de su vida, tan ausente para siempre jamás, tan imposible y reducido a la nada como si fuera a morir y estuviera agonizando ante sus ojos.

Sonaron pasos en la acera. Charles miró y, a través de la celosía cerrada, divisó, a la orilla del mercado, a pleno sol, al doctor Canivet que se secaba la frente con el fular. Homais, detrás, llevaba en la mano una caja roja de buen tamaño y ambos iban en dirección a la botica.

Entonces, presa de ternura súbita y de desaliento, Charles se volvió hacia su mujer, diciendo:

—¡Dame un beso, anda, querida mía!

—¡Déjame! —dijo ella, roja de ira.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? —repetía Charles, estupefacto—. ¡Cálmate! ¡Vuelve en tí!... ¡Ya sabes que te quiero!... ¡Ven!

—¡Basta! —exclamó Emma con expresión terrible.

Y escapando de la sala dio tal portazo que el barómetro saltó desde la pared y se hizo añicos en el suelo.

Charles se desplomó en el sillón, trastornado, buscando qué podía haberle sucedido a su mujer, suponiendo alguna enfermedad nerviosa, llorando y notando de forma inconcreta que rondaba algo funesto e incomprensible.

Cuando Rodolphe llegó esa noche al jardín, se encontró con que su amante lo estaba esperando al pie de las escaleras de la fachada, en el primer peldaño. Se abrazaron y todos sus rencores se derritieron como la nieve al calor de aquel beso.



Capítulo XII





Volvieron a quererse. E incluso a mitad del día Emma con frecuencia le escribía de repente; luego, le hacía una seña a Justin desde detrás de los cristales y éste, quitándose a toda prisa la bata, salía volando rumbo a La Huchette. Rodolphe acudía; y era para decirle que se aburría, que su marido era aborrecible y su existencia espantosa!

—¿Y qué quieres que le haga yo? —exclamó él un día, perdiendo la paciencia.

—¡Ay, si quisieras...!

Emma estaba sentada en el suelo entre las rodillas de Rodolphe, con el pelo suelto y la mirada perdida.

—¿Si quisiera qué? —preguntó Rodolphe.

Ella suspiró.

—Nos iríamos a vivir a otro lugar... a algún sitio...

—¡Estás loca, la verdad! —dijo él, riéndose—. ¿Acaso es posible? Emma volvió a sacar el tema; Rodolphe hizo como si no entendiese y cambió de conversación.

Lo que no le cabía en la cabeza era todo ese desasosiego en cosa tan sencilla como el amor. Emma tenía un motivo, una razón y algo así como un ayudante para sentir ese apego.



Pues, efectivamente, su cariño iba a más todos los días por la repulsión que sentía por su marido. Cuanto más se entregaba a uno, más abominaba del otro; nunca le parecía Charles más desagradable, con los dedos más cuadrados, con el ingenio más torpe y con los modales más zafios que cuando estaban juntos tras sus citas con Rodolphe. ¡Entonces, mientras se las daba de esposa y de mujer virtuosa, se enardecía al acordarse de aquella cabeza cuyo pelo negro se enroscaba en un bucle sobre la frente tostada, de aquel talle tan robusto y tan elegante a un tiempo, de aquel hombre, en fin, tan experimentado en la sensatez y tan arrebatado en el deseo! Para él se limaba las uñas con artes de orfebre, para él nunca le parecía tener exceso de colcrén en la piel ni exceso de pachulí en los pañuelos. Se echaba encima montones de pulseras, de sortijas y de collares. Cuando él iba a venir, llenaba de rosas los dos jarrones grandes de cristal azul y preparaba su cuarto y se preparaba ella como una cortesana que espera a un príncipe. La criada se pasaba la vida blanqueando la ropa interior; no salía Félicité de la cocina, donde Justin le hacía compañía y la miraba trabajar.

Con el codo apoyado en la larga tabla de planchar, miraba atentamente toda aquella ropa de mujer desperdigada alrededor de él: las enaguas de bombasí, las pañoletas, los cuellos encañonados y los pantalones con cintas, anchos en las caderas y que se iban estrechando.

—¿Y esto para qué sirve? —preguntaba el muchachito pasando la mano por la crinolina o por las presillas.

—Pero ¿es que nunca has visto nada? —le contestaba, riendo, Félicité —; como si tu ama, la señora Homais, no tuviera cosas así.

—¡Huy, la señora Homais, ni hablar!

Y añadía con tono pensativo:

—¡Ni que fuera una señora como su señora!

Pero Félicité perdía la paciencia al verlo rondando por allí. Le llevaba seis años y Théodore, el criado del señor Guillaumin, estaba empezando a tirarle los tejos.

—Déjame en paz! —decía, cambiando de sitio el bote del almídon—. Lo que tienes que hacer es irte a machacar almendras en el almirez. Siempre estás enredando por donde andan las mujeres; espera para meterte en cosas así a que te salga la barba, pequeño.

—No se enfade, ande, que voy a limpiar yo sus botinas.

Y, acto seguido, cogía del hueco de la puerta el calzado de Emma,

todo pringado de barro —del barro de las citas— que se le deshacía en polvo entre los dedos y que miraba subir despacio en un rayo de sol.

—¡Qué miedo te da estropearlas! —decía la cocinera, que no se andaba con tantos miramientos cuando las limpiaba ella, porque la señora, en cuanto el tejido estaba ya un poco deslucido, se las daba.

Emma tenía muchísimas en el armario y las malgastaba unas tras otras, sin que Charles se permitiera nunca el mínimo comentario.

Y así fue como se gastó trescientos francos en una pierna de madera que a Emma le pareció oportuno regalar a Hippolyte. La madera iba forrada de corcho y la pierna tenía articulaciones de resorte, una maquinaria complicada cubierta de un pantalón negro y que remataba una bota de charol. Pero, como Hippolyte no se atrevía a ponerse a diario una pierna tan bonita, le rogó a la señora Bovary que le consiguiera otra más práctica. Y por supuesto también fue el médico quien cargó con el gasto de esa compra.

El mozo de cuadra volvió, pues, a incorporarse poco a poco a su tarea. Se lo veía por el pueblo, como antes, y cuando Charles oía de lejos, en los adoquines, el ruido seco del bastón, se apresuraba a tirar por otro lado.

Fue el señor Lheureux, el de la tienda, quien se encargó de esa adquisición; y así tuvo ocasión de tratar con frecuencia a Emma. Charlaba con ella de los envíos de novedades, que llegaban de París, de mil curiosidades femeninas, se mostraba muy complaciente y nunca mencionaba el dinero. Emma cedía a semejante facilidad para satisfacer todos los caprichos. Quiso, por ejemplo, para regalársela a Rodolphe, una fusta muy bonita que tenían en una tienda de paraguas de Ruán. El señor Lheureux se la puso encima de la mesa pasada una semana.

Pero, a la mañana siguiente se presentó en casa de Emma con una factura de doscientos setenta francos, por no mencionar los céntimos. Emma se vio en un gran apuro: todos los cajones del secreter estaban vacíos; debían más de quince días a Lestibouois, dos trimestres a la criada y muchas cosas más, y Bovary estaba esperando con impaciencia el envío del señor Derozerays, que tenía la costumbre de pagarle todos los años por San Pedro.

Al principio, consiguió dar largas a Lheureux; pero éste acabó por perder la paciencia: andaban detrás de él, estaba sin fondos y si no cobraba algo de lo que se le debía no le quedaría más remedio que llevarse todas las compras que había hecho Emma.



—¡Pues lléveselas! —dijo Emma.

—¡Bah, era broma! —contestó él—. Lo único que siento es la fusta. ¡Bueno, se la pediré al señor!

—¡No, no! —dijo ella.

«¡Ah, ya te tengo pillada!», pensó Lheureux.

Y, con la seguridad de haber acertado, se fue, repitiendo a media voz y con el silbidito acostumbrado:

—¡Bien está! ¡Ya veremos, ya veremos!

Estaba pensando Emma cómo salir del paso cuando entró la cocinera y dejó encima de la chimenea un cartucho pequeño de papel azul de parte del señor Derozerays. Emma se abalanzó hacia él y lo abrió. Había quince napoleones. Lo necesario. Oyó a Charles por las escaleras; arrojó las monedas de oro al fondo del cajón y se guardó la llave.

Tres días después, volvió Lheureux.

—Tengo que proponerle un arreglo —dijo—, si en vez de la cantidad convenida quisiera usted...

—Aquí la tiene —le dijo ella poniéndole en la mano catorce napoleones.

El comerciante se quedó atónito. Entonces, para disimular el chasco, se deshizo en disculpas y en ofrecimientos de servicios que Emma rechazó en su totalidad; luego, ella se quedó unos minutos palpándose en el bolsillo las dos monedas de cinco francos que él le había devuelto. Se prometía ahorrar, para devolver más adelante...

«¡Bah! —pensó—. Ni se acordará.»

Además de la fusta con pomo de plata sobredorada, le había regalado a Rodolphe un sello con el siguiente lema: Amor nel cor; y, además, un echarpe para que se hiciera una bufanda; y, por fin, una cigarrera parecidísima a la del vizconde que Charles había recogido tiempo atrás en la carretera y Emma había conservado. Pero esos regalos a él le resultaban humillantes. Rechazó varios; ella insistió y Rodolphe acabó por ceder, pero le pareció tiránica y demasiado agobiante.

Y además tenía ideas muy peculiares.

—¡Cuando dé la medianoche —decía—, piensa en mí!

Y, si reconocía él que se le había olvidado, le hacía muchos reproches, que terminaban siempre con la eterna frase:

—¿Me quieres?

—¡Sí, claro que te quiero! —contestaba Rodolphe.

—¿Mucho?

—¡Desde luego!

—Y no has querido a otras, ¿verdad?

—Pero ¿tú te crees que cuando me conociste era virgen? —exclamaba él, riéndose.

Emma lloraba y él intentaba consolarla, adornando con bromas sus protestas de amor.

—¡Ay, es que te quiero tanto! —seguía diciendo ella—. Tanto que no puedo vivir sin ti, ya lo sabes. A veces me entran tantas ganas de verte que me despedazan todas las furias del amor. Me pregunto: «¿Dónde está? ¿Estará hablando a lo mejor con otras mujeres? Ellas le sonríen, él se acerca»... Ay, ¿verdad que no, que no te gusta ninguna? ¡Las hay más guapas que yo, pero yo sé querer mejor! ¡Soy tu sirvienta y tu concubina! ¡Tú eres mi rey y mi ídolo! ¡Eres bueno, eres guapo, eres inteligente, eres fuerte!

A él le habían dicho esas cosas tantas veces que no le parecían nada originales. Emma se parecía a todas las amantes; y el encanto de la novedad, que iba cayendo poco a poco como una prenda de ropa, dejaba al desnudo la eterna monotonía de la pasión, que tiene siempre las mismas formas y el mismo lenguaje. Aquel hombre tan práctico no vislumbraba la disimilitud de los sentimientos tras la paridad de las formas de expresarlos. Como unos labios libertinos o venales le habían susurrado frases semejantes, no creía gran cosa en el candor de estas de ahora; había que restarles, pensaba, las palabras exageradas que ocultan afectos mediocres; como si la plenitud del alma no recurriera a veces para desbordarse a las metáforas más vacuas, ya que nadie, nunca, puede dar la medida exacta de sus necesidades, ni de su forma de concebir las cosas, ni de sus dolores; y la palabra humana es como un caldero rajado con el que tocamos melodías para que bailen los osos, cuando lo que queríamos es llegar a las estrellas.

Pero, con esa superioridad para la crítica que es patrimonio de quien, en cualquier compromiso, se queda en retaguardia, Rodolphe vio en ese amor otros goces a los que podía sacar partido. Le pareció que todo pudor era incómodo. Trató ese amor sin miramientos. Lo convirtió en algo flexible y corrompido. En una especie de apego estúpido colmado de admiración para él, de voluptuosidad para ella, un estado beatífico que lo entumecía; y el alma se le hundía en esa embriaguez y se ahogaba, hecha una pasa, como el duque de Claren-



ce en el tonel de malvasía¹.

Bastó con el efecto de esas costumbres amorosas para que la señora Bovary cambiase de modales. Se le volvió la mirada más atrevida y habló con más libertad; cayó incluso en la falta de decoro de pasearse con Rodolphe con un cigarrillo en los labios, como para provocar a la gente; y, finalmente, a las que aún les quedaban dudas se les fueron cuando la vieron un día bajar de La Golondrina con un chaleco ceñido a la cintura, como si fuera un hombre; y la madre del señor Bovary, que tras una pelea espantosa con su marido, había acudido a buscar refugio a casa de su hijo, no fue la menos escandalizada de todas las señoras de la burguesía. Le desagradaron muchas más cosas: de entrada, Charles no había hecho caso de sus consejos en lo tocante a prohibir las novelas; y además le desagradaba el estilo de la casa; se permitió hacer comentarios y hubo broncas, sobre todo una relacionada con Félicité.

El día anterior por la noche, la madre del señor Bovary, al cruzar por el pasillo, la había sorprendido en compañía de un hombre, un hombre de unos cuarenta años y sotabarba negra, quien, al oír sus pasos, salió corriendo de la cocina. Entonces Emma se echó a reír; pero la buena señora se indignó y dijo que cualquiera que no hiciera befa de las buenas costumbres debería vigilar las de los criados.

—¿Usted en qué mundo vive? —dijo la nuera, con una mirada tan impertinente que la madre del señor Bovary le preguntó si no estaba defendiendo su propia causa.

—¡Fuera! —dijo la joven, levantándose de un brinco.

—¡Emma!... ¡Mamá!... —exclamaba Charles para reconciliarlas. Pero cada cual se había ido por su lado, en plena exasperación. Emma daba patadas en el suelo y decía:

—¡Ay, qué don de gentes! ¡Qué lugareña!

Charles corrió hacia su madre, que estaba fuera de sí y balbucía:

—¡Es una insolente, una cabeza loca! ¡Y es posible que algo peor!

Y decidió irse en el acto si Emma no se disculpaba. Así que Charles volvió junto a su mujer y le suplicó que cediera; se puso de rodillas; ella al fin contestó:

—Está bien, ya voy. Y, efectivamente, le tendió la mano a su sue-

gra con dignidad de marquesa, diciéndole:

—Perdóneme, señora.

Luego, ya en su cuarto, Emma se echó de bruces en la cama y lloró como una niña, con la cabeza hundida en la almohada.

Se habían puesto de acuerdo ella y Rodolphe en que, si ocurría algo fuera de lo normal, Emma ataría a la contraventana un trocito de papel blanco para que, si por casualidad él estaba en Yonville, acudiera al callejón que había detrás de la casa. Emma puso la señal: llevaba esperando tres cuartos de hora cuando de repente vio a Rodolphe en una esquina de la plaza del mercado. Tentada estuvo de abrir la ventana y llamarlo, pero ya había desaparecido. Volvió a sentarse, desesperada.

No tardó, no obstante, en parecerle que alguien andaba por la acera. Seguramente era Rodolphe; bajó las escaleras y cruzó el corral. Allí fuera estaba él. Emma se le echó en los brazos.

—Ten un poco de cuidado —dijo él.

—¡Ay, si tú supieras! —contestó ella.

Y se puso a contarle todo deprisa y corriendo, sin ilación, exagerando los hechos, inventándose algunos, y metiendo tan abundantes paréntesis que Rodolphe no se enteraba de nada.

—¡Vamos, pobre ángel mío, valor, consuélate, paciencia!

—Pero ¡es que ya llevo cuatro años teniendo paciencia y sufriendo!... ¡Un amor como el nuestro habría que proclamarlo a los cuatro vientos! Todos me atormentan. ¡No puedo más! ¡Sálvame!

Se apretaba contra Rodolphe. Los ojos llenos de lágrimas le brillaban como llamas bajo el agua; le subía y le bajaba deprisa el pecho jadeante. Él nunca la había querido tanto, de forma tal que perdió la cabeza y le dijo:

—¿Qué hay que hacer? ¿Qué quieres?

—¡Sácame de aquí! —exclamó ella—. ¡Ráptame!... ¡Ay, te lo ruego!

Y se abalanzaba hacia su boca como para tomarle de los labios aquella aceptación inesperada que salía de ellos en un beso.

—Pero... —añadió Rodolphe.

—¿Qué?

—¿Y tu hija?

Emma se lo pensó unos minutos y contestó luego:

—Nos la llevaremos, a ver qué remedio.

«¡Qué mujer!», se dijo Rodolphe mirando cómo se alejaba.

Porque Emma acaba de escapar hacia el jardín. La estaban lla-

¹ Cuenta una leyenda que al duque Jorge de Clarence (hermano de Eduardo IV) lo ejecutaron en 1478 en la Torre de Londres ahogándolo en un tonel de malvasía.



mando.

Los días siguientes la madre del señor Bovary se quedó muy extrañada con la metamorfosis de su nuera. Emma, efectivamente, se mostró más dócil y tuvo incluso la deferencia de pedirle una receta para poner los pepinillos en vinagre.

¿Era para tenerlos más engañados a ambos? ¿O quería, por una suerte de estoicismo voluptuoso, sentir con mayor hondura la amargura de las cosas que iba a abandonar? Pero, antes bien, no le preocupaba eso; vivía como perdida en el paladeo anticipado de su felicidad cercana. Era éste un tema eterno de charla con Rodolphe. Se le apoyaba en el hombro y susurraba:

—¡Ya verás cuando estemos en la silla de posta!... ¿Te lo imaginas? ¿Será posible? Me parece que cuando sienta cómo el coche arranca será como si subiéramos en globo, como si fuéramos rumbo a las nubes. ¿Sabes que cuento los días?... ¿Y tú?

Nunca había estado la señora Bovary más hermosa que en aquella temporada: tenía esa belleza indefinible fruto de la alegría, del entusiasmo, del éxito, y que no es sino la armonización del temperamento y las circunstancias. Con los deseos codiciosos, los disgustos, la experiencia del placer y las ilusiones siempre jóvenes se había ido desarrollando gradualmente, como les sucede a las flores con el estiércol, la lluvia, los vientos y el sol, y al fin florecía en toda la plenitud de su esencia. Parecía tener los párpados cincelados ex profeso para las prolongadas miradas amorosas donde se perdían las pupilas, mientras un aliento crecido le abría las delgadas ventanas de la nariz y alzaba las comisuras carnosas de los labios que un leve bozo negro sombreaba a plena luz. Se diría que el pelo recogido en la nuca era obra de un artista ducho en corrupciones; formaba una voluta espesa, retorcida al desgaire según los azares del adulterio, que la deshacía a diario. Tenía ahora más blandura en las inflexiones de la voz, y también en la cintura; algo sutil que calaba en los demás se desprendía hasta del drapeado de los vestidos y del arco del empeine. A Charles le parecía, como en los primeros tiempos de matrimonio, deliciosa y completamente irresistible.

Cuando volvía a mitad de la noche, no se atrevía a despertarla. La lamparilla de porcelana proyectaba en el techo un redondel de claridad temblorosa y las cortinas corridas de la cunita eran como una cabaña blanca que se abombaba en la oscuridad, junto a la cama. Charles las miraba. Le parecía oír la respiración leve de su hija. Aho-

ra iba a crecer; no tardarían todas las estaciones en traer consigo un progreso. La veía ya volviendo del colegio al caer la tarde, risueña, con el delantal manchado de tinta y la cestita al brazo; luego habría que mandarla interna, saldría caro: ¿cómo se las iba a apañar? Entonces le daba vueltas. Pensaba en alquilar una granja pequeña en los alrededores y vigilarla personalmente todas las mañanas, cuando fuera a ver a los enfermos. Ahorraría lo que le diera y lo metería en la caja de ahorros; luego, compraría acciones de algún sitio, del que fuera; por lo demás, iría teniendo más clientes; contaba con ello, porque quería que Berthe recibiese una buena educación, que tuviera habilidades, que aprendiera a tocar el piano. ¡Ay, qué guapa estaría más adelante, a los quince años, cuando se pareciera a su madre y llevase como ella, en verano, pamelas de paja! De lejos las tomarían por hermanas. Se la imaginaba cosiendo al lado de ambos, durante las veladas, bajo la luz de la lámpara; le bordaría zapatillas; se ocuparía de la casa; la llenaría de su encanto y su alegría. Y, por fin, se ocuparían de situarla bien: le encontrarían a algún muchacho bueno con un empleo seguro; la haría feliz; y todo duraría para siempre.

Emma no estaba dormida, pero lo fingía; y, mientras él se iba amodorrando a su lado, ella se despertaba a otros sueños.

El galope de cuatro caballos llevaba ocho días conduciéndola a un país nuevo de donde nunca volverían. Seguían y seguían, enlazados y sin hablar. Con frecuencia, desde lo alto de una montaña, vislumbraban de pronto una ciudad esplendorosa con cúpulas, puentes, navíos, bosques de limoneros y catedrales de mármol blanco con nidos de cigüeña en los campanarios puntiagudos. Iban al paso, por culpa de las anchas baldosas, y en el suelo había ramos de flores que les ofrecían mujeres de corpiños rojos. Se oía el tañido de las campanas y el relincho de los mulos, junto con el susurro de las guitarras y el rumor de las fuentes, cuyo vaho se alzaba por los aires y refrescaba fruta amontonada, dispuesta en pirámide al pie de las estatuas pálidas que sonreían entre los surtidores. Llegaban luego, un atardecer, a un pueblo de pescadores donde unas redes pardas se secaban al viento, siguiendo la línea del acantilado y de las cabañas. Ahí se detendrían para quedarse a vivir en una casa baja de tejado plano, a la sombra de una palmera, al fondo de un golfo, a la orilla del mar. Se pasearían en góndola, se balancearían en hamacas; y llevarían una existencia fácil y tan holgada como sus ropas de seda, cálida y estrellada como las noches suaves que contemplarían. Y en la inmensidad



de aquel porvenir que Emma creaba para sí no aparecía nada de particular; los días, espléndidos todos ellos, se parecían como se parecen las olas; y todo se columpiaba en el horizonte, infinito, armonioso, azulado y cubierto de sol. Pero la niña tosía en la cuna, o Bovary roncaba más fuerte, y Emma no se dormía hasta por la mañana, cuando el amanecer teñía de blanco los cristales y Justin, en la plaza, quitaba ya los postigos a la botica.

Había hecho venir al señor Lheureux para decirle:

—Voy a necesitar un abrigo, un abrigo ancho, de cuello grande, y forrado.

—¿Se va de viaje? —preguntó él.

—¡No! Pero da lo mismo; ¿cuento con usted, verdad? ¡Y dese prisa! Lheureux asintió con una inclinación.

—También necesitaría —siguió diciendo Emma—, un cajón... que no pese mucho..., que resulte cómodo.

—Sí, sí, ya me doy cuenta, de noventa y dos centímetros por cincuenta, más o menos, como se hacen ahora.

—Y un bolso de viaje.

«Está visto —pensó Lheureux— que aquí hay gato encerrado.»

—Por cierto —dijo la señora Bovary, sacándose el reloj del cinturón—, tome esto y còbrese de aquí.

Pero el comerciante exclamó que no tenía por qué, que ya se conocían; ¿acaso iba dudar de ella? ¡Qué niñería! Pero Emma insistió en que se llevase por lo menos la cadena y ya se la había metido Lheureux en el bolsillo y se estaba marchando cuando lo volvió a llamar.

—Y guárdemelo usted todo. Y el abrigo —pareció que se lo estaba pensando— no me lo traiga tampoco; basta con que me dé la dirección del operario y avise de que lo tengan a disposición mía.

Iban a escaparse al mes siguiente. Emma saldría de Yonville como si fuera de compras a Ruán. Rodolphe habría reservado plaza en la silla de posta, habría sacado los pasaportes e incluso habría escrito a París para seguir hasta Marsella, donde comprarían una calesa y, desde allí continuarían, sin detenerse, por la carretera de Génova. Ella ya se habría ocupado de enviar a la tienda de Lheureux el equipaje, que cargarían directamente en La Golondrina, para que nadie pudiese sospechar nada; y, en todos esos preparativos, nunca hablaba de la niña. Rodolphe evitaba mencionarla; a lo mejor se le había olvidado.



Quiso tener otras dos semanas por delante para rematar algunas disposiciones; luego, al cabo de ocho días, pidió otros quince; luego dijo que estaba enfermo; luego hizo un viaje; pasó el mes de agosto y, tras todos esos retrasos, decidieron que se irían irrevocablemente el 4 de septiembre, un lunes.

Por fin llegó el sábado, la antevíspera.

Rodolphe fue por la noche, antes de lo que solía.

—¿Está todo listo? —le preguntó Emma.

—Sí.

Rodearon entonces una platabanda y fueron a sentarse cerca de la terraza, en el filo de la pared.

—Estás triste —dijo Emma.

—No. ¿Por qué?

Y, no obstante, la miraba de una forma peculiar, con expresión tierna.

—¿Es porque te marchas? —siguió diciendo ella—. ¿Porque dejas tus asuntos y tu vida? Sí, lo entiendo... Pero... ¡yo no tengo nada en el mundo! Lo eres todo para mí. Y por eso voy a serlo todo para ti, seré una familia, una patria; te cuidaré, te querré.

—¡Qué adorable eres! —dijo él, tomándola en sus brazos.

—¿De verdad? —preguntó ella con una risa voluptuosa—. ¿Me quieres? ¡Júralo!

—¿Que si te quiero? ¿Que si te quiero? Pero ¡si te adoro, amor mío!

La luna, muy redonda y de color púrpura, salía, a ras del suelo, al fondo del prado. Subía deprisa entre las ramas de los álamos, que la ocultaban a trechos como una cortina negra agujereada. Apareció, luego, resplandeciente de blancura, en el cielo negro, que iluminaba; y, entonces fue más despacio y dejó caer en el río una mancha grande que ponía en él infinitas estrellas; y aquella luz de plata parecía retorcerse hasta lo hondo, como si fuera una serpiente sin cabeza cubierta de arriba abajo de escamas luminosas. Se parecía también a un candelabro monstruoso por el que resbalasen, chorreando, gotas de diamantes en fusión. La noche tibia se extendía en torno; capas de sombra llenaban las frondas. Emma, con los ojos cerrados a medias, respiraba con hondos suspiros el viento fresco que soplabá. No se hablaban, demasiado engolfados en la ensoñación que se había adueñado de ellos. Les volvía al corazón la ternura de los días pasados, caudalosa y callada como el río que fluía y con tanta blandura



como la que difundía el aroma de las celindas, y les proyectaba en el recuerdo sombras de tamaño más desmedido y más melancólicas que las de los sauces inmóviles, que se alargaban por la hierba. Con frecuencia, algún animal nocturno, erizo o garduña, salía de caza y movía las hojas, o se oía, de tanto en tanto, el ruido de una pera madura que se caía sola de las espalderas.

—¡Qué noche tan hermosa! —dijo Rodolphe.

—¡Tendremos más! —contestó Emma.

Y, como hablándose a sí misma:

—Sí, qué grato será viajar... ¿Y por qué tengo, sin embargo, el corazón triste? ¿Será la aprensión de lo desconocido... el efecto de abandonar los hábitos... o más bien...? ¡No, es el exceso de felicidad! Qué débil soy, ¿verdad? ¡Perdóname!

—¡Todavía estamos a tiempo! —exclamó él—. Piénsalo; a lo mejor te arrepientes.

—¡Jamás! —dijo ella impetuosamente. Y añadió, arrimándose a él—: ¿Qué desgracia podría sucederme? No hay desierto, no hay precipicio ni océano que no cruzase yo contigo. ¡A medida que vayamos viviendo juntos será como un abrazo cada vez más prieto, más completo! ¡No habrá nada que nos altere, ni preocupaciones ni obstáculos! Estaremos solos, entregados por completo el uno al otro, eternamente... Pero di algo, contéstame.

Él respondía, a intervalos regulares: «¡Sí... sí!». Emma le había hundido las manos en el pelo y repetía con voz infantil, pese a los lagrimones que le corrían:

—¡Rodolphe! ¡Rodolphe!... ¡Ay! ¡Rodolphe, mi Rodolphe chiquitín!

Dieron las doce.

—¡Las doce! —dijo ella—. ¡Bueno, ya es mañana! ¡Solo falta un día más!

Él se puso de pie para irse; y, como si este ademán fuera la señal para emprender la huida, Emma dijo de pronto, con expresión alegre:

—¿Tienes los pasaportes?

—Sí.

—¿No se te olvida nada?

—No.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

—¿Me esperas en el Hotel de Provence, verdad?... ¿A mediodía?

Él asintió con la cabeza.

—¡Pues hasta mañana! —dijo Emma con una última caricia.

Y miró cómo se alejaba.

Él no se volvía. Ella corrió tras él y, echándose hacia delante a la orilla del agua, entre unos matorrales, exclamó:

—¡Hasta mañana! Él estaba ya del otro lado del río y andaba deprisa por el prado.

Al cabo de unos minutos, Rodolphe se detuvo; y cuando la vio desvanecerse poco a poco en la oscuridad, con aquel vestido blanco, como un fantasma, le empezó a latir tan deprisa el corazón que se apoyó en un árbol para no caerse.

—¡Qué estúpido soy! —dijo entre gruesos ternos—. Pero ¡el caso es que era una amante muy bonita!

Y en el acto se le volvieron a hacer presentes la belleza de Emma y todos los placeres de aquel amor. Empezó por enternecerse, y luego se rebeló.

—Es que, vamos —exclamaba gesticulando—, no puedo expatriarme y hacerme cargo de una niña.

Decía estas cosas para afirmarse más en su decisión.

—Y, además, los trastornos, los gastos... ¡Ah, no, no y mil veces no! ¡Menuda tontería habría sido!





Capítulo XIII





Nada más llegar a su casa, Rodolphe se sentó de golpe ante el escritorio, debajo de la cabeza de ciervo que, colgada de la pared, hacía de trofeo. Pero, cuando tuvo la pluma entre los dedos, no se le ocurrió nada; así que apoyó los codos en la mesa y se puso a pensar. Le parecía que Emma había retrocedido a un pasado remoto, como si la decisión tomada acabase de colocar entre los dos un intervalo gigantesco.

Para recuperar algo de ella, fue a buscar al armario que tenía a la cabecera de la cama una caja vieja de galletas de Reims donde solía guardar las cartas de mujeres; y salió de ella un olor a polvo húmedo y a rosas marchitas. Lo primero que vio fue un pañuelo cubierto de gotitas pálidas. Era un pañuelo de Emma, de una vez en que sangró por la nariz durante un paseo; a Rodolphe se le había olvidado. Junto con él, y tropezando con todas las esquinas, estaba la miniatura que ella le había regalado; le pareció que iba arreglada de forma pretenciosa y que aquella mirada de refilón era de un efecto deplorable; luego, a fuerza de mirar fijamente la imagen y de evocar el recuerdo del modelo, los rasgos de Emma se le fueron confundiendo poco a poco en la memoria, como si la cara viva y la cara pintada, al rozarse entre sí, se borraran recíprocamente. Leyó, por fin, algunas de sus cartas; rebosaban de explicaciones relacionadas con el viaje, cortas,



técnicas e imperiosas como notas de negocios. Quiso volver a ver las largas, las de hacía tiempo; para dar con ellas en el fondo de la caja, Rodolphe revolvió todas las demás; y, mecánicamente, empezó a hurgar en aquel montón de papeles y de objetos, topándose, todos revueltos, con ramos, una liga, un antifaz negro, horquillas y pelo —¡pelo!—, pelo moreno y rubio; algunas hebras, incluso, enganchadas en la cerradura de la caja, se rompían al abrirla.

Y de esta forma, paseando entre sus recuerdos, examinaba la letra y el estilo de las cartas, tan variados como sus respectivas ortografías. Eran tiernas o joviales, chistosas o melancólicas; algunas pedían amor y otras pedían dinero. Por una palabra recordaba rostros, algunos ademanes, un tono de voz; no obstante, en otras ocasiones no se acordaba de nada.

Porque todas esas mujeres, al acudirle a un tiempo al pensamiento, se estorbaban entre sí y se encogían, como si estuvieran bajo un mismo rasero de amor que las igualaba. Tomando, pues, a puñados las cartas mezcladas, se entretuvo unos minutos en pasarlas en cascada de la mano derecha a la mano izquierda. Por fin, aburrido, adormilado, volvió a meter la caja en el armario, diciéndose: «¡Menudas pamemas!»...

Frase en que se resumía su opinión; pues los placeres, igual que colegiales en el patio de un internado, le habían pisoteado tanto el corazón que nada verde crecía ya en él, y cuanto pasase por allí, más atolondrado que los niños, no dejaba siquiera, como hacen ellos, el nombre escrito en la pared.

«¡Vamos allá!», se dijo.

Escribió:

¡Valor, Emma! ¡Valor! No quiero ser causa para usted de una existencia desgraciada...

«En fin de cuentas, es verdad —pensó Rodolphe—; lo que hago es en interés suyo; soy honrado.»

¿Ha sopesado en serio su determinación? ¿Sabe el abismo al que la arrastraría yo, pobre ángel mío? No, ¿verdad? Iba hacia delante, confiada e irreflexiva, creyendo en la felicidad y en el porvenir... ¡Ah, qué infelices, los dos! ¡Qué insensatos!



Rodolphe se detuvo al llegar aquí para buscar alguna disculpa convincente.

«¿Y si le dijera que he perdido toda mi fortuna?... No, ni hablar, y además no sería impedimento. Más adelante la cosa volvería a empezar. ¿Acaso es posible hacer que entren en razón mujeres como ésta?»

Se quedó cavilando y, luego, añadió:

Puede tener la certidumbre de que no la olvidaré y siempre le profesaré la más honda devoción; pero ino cabe duda de que día habría llegado, antes o después, en que este fervor (pues tal es la suerte de las cosas humanas) habría ido a menos! Habríamos notado cansancio y quién sabe incluso si no habría tenido el dolor atroz de presenciar sus remordimientos y de compartirlos puesto que sería el causante. Solo pensar en las penas que la afligen me atormenta. ¡Emma! ¡Olvídate! ¿Por qué tuve que conocerla? ¿Por qué era usted tan hermosa? ¿Tengo yo acaso la culpa? ¡Ay, no, no, Dios mío! ¡Acuse solo a la fatalidad!

«Esta palabra siempre resulta», se dijo.

¡Ay, si hubiera sido una de esas mujeres de corazón frívolo, como se ven tantas, habría podido, desde luego, por egoísmo, intentar un experimento que no habría tenido entonces peligro alguno para usted! Pero esa exaltación deliciosa, que es a un tiempo su encanto y su tormento, le impidió entender, mujer adorable, lo falso de nuestra posición futura. Yo tampoco lo pensé al principio, y descansaba a la sombra de esa felicidad ideal como lo haría a la sombra del manzanillo, sin prever las consecuencias.

«A lo mejor cree que renuncio por tacañería... ¡Ah, da lo mismo, qué le vamos a hacer, hay que acabar con esto!»

La gente es cruel, Emma. Nos habrían perseguido en todos los lugares a los que hubiéramos ido. Habría tenido que soportar las preguntas indiscretas, la calumnia, el desdén, el ultraje quizá. ¡Ultrajarla a usted! ¡Ah!... ¡Y yo, que querría sentarla en un trono! ¡Yo, que me llevo su recuerdo como un talismán! Porque voy a castigarme con el exilio por todo el daño que le he hecho. Me voy. ¿Dónde? ¡No lo sé,



estoy como loco! ¡Adiós! ¡Sea siempre buena! ¡Conserve el recuerdo del desdichado que la ha perdido! Enséñele mi nombre a su hijita para que lo repita en sus plegarias.

La mecha de las dos velas se estremecía. Rodolphe se levantó para ir a cerrar la ventana y, tras volver a sentarse, pensó: «Creo que ya está todo. ¡Ah, una cosa más, no vaya a ser que venga a importunarme».

Estaré lejos cuando lea estas tristes líneas; porque he querido huir lo antes posible para evitar la tentación de volver a verla. ¡Nada de flaquezas! Volveré; y es posible que, más adelante, charlemos juntos, con mucha frialdad, de nuestros amores pasados. ¡Adiós!

Puso luego un último adiós, separado en dos palabras: «¡A Dios!», que le pareció de un gusto exquisito.

«¿Y ahora cómo firmo? —se dijo—. ¿“Su muy devoto”...? No. ¿“Su amigo”?... Sí eso es.»

SU AMIGO

Volvió a leer la carta. Le pareció buena.

«¡Pobre mujercita! —pensó, enternecido—. Va a pensar que soy más insensible que una roca, habrían quedado bien unas cuantas lágrimas por encima; pero no soy de los que lloran, qué culpa tengo yo.»

Y entonces, tras llenar de agua un vaso, metió el dedo y soltó desde arriba un goterón que dejó una mancha pálida en la tinta; luego, cuando quiso sellar la carta, se topó con el sello Amor nel cor.

«No pega nada bien con la ocasión... ¡Bueno, qué más da!»

Luego se fumó tres pipas y se fue a la cama.

Al día siguiente, al levantarse (a eso de las dos, durmió hasta tarde), Rodolphe mandó que cogieran una cesta de albaricoques. Colocó la carta en el fondo, bajo unas hojas de parra, y le dijo enseguida a Girard, su mozo de arar, que la llevase con mucho cuidado a casa de la señora Bovary. Era un sistema que usaba para escribirse con ella, mandándole, según la estación, o fruta o caza.

—Si te pregunta por mí —dijo—, le contestas que me he ido de viaje. Tienes que darle la cesta a ella en propia mano... ¡Ve, y anda con cuidado!



Girard se puso el blusón nuevo, ató el pañuelo alrededor de los albaricoques y, a pasos recios de las bastas galochas herradas, se fue tranquilamente camino de Yonville.

Cuando llegó a casa de la señora Bovary, ésta estaba haciendo en la mesa de la cocina, con Félicité, un paquete de ropa blanca.

—El amo le manda esto —dijo el mozo.

A Emma le entró una aprensión y, al tiempo que buscaba algo de dinero suelto en el bolsillo, contemplaba al campesino con expresión espantada mientras él la miraba con asombro sin entender que un regalo como ése pudiera conmocionar a nadie. Por fin se marchó. Félicité seguía allí. Emma no aguantaba más y fue corriendo a la sala como si quisiera llevar allí los albaricoques, volcó la cesta, sacó a puñados las hojas, encontró la carta, la abrió y, como si la persiguiera un incendio espantoso, salió huyendo hacia el dormitorio, horrorizada.

Allí estaba Charles, Emma lo vio; él le habló, ella no lo oyó y siguió subiendo deprisa las escaleras, jadeante, descompuesta, ebria, y sin soltar esa terrible hoja de papel que le restallaba entre los dedos como una hoja de chapa. En el segundo piso, se detuvo ante la puerta del desván, que estaba cerrada.

Entonces quiso tranquilizarse; se acordó de la carta; tenía que acabarla, no se atrevía. Y, además, ¿dónde?, ¿cómo?, la verían.

«¡Ah, no! Aquí —pensó—. Aquí estaré bien.»

Empujó la puerta y entró.

De las tejas caía a plomo un calor denso que le oprimía las sienes y la asfixiaba; se arrastró hasta el tragaluz, cerrado; corrió el pestillo y la luz, deslumbradora, entró de un brinco. Enfrente, por encima de los tejados, el campo abierto se extendía hasta perderse de vista. Abajo, a sus pies, la plaza del pueblo estaba vacía; los guijarros de la acera centelleaban, las veletas de las casas estaban quietas; en la esquina de la calle brotaba de un piso inferior algo parecido a un ronquido de modulaciones estridentes. Era el torno de Binet.

Emma se había apoyado en el marco del tragaluz y volvía a leer la carta con risas de ira sarcástica. Pero, cuanto más se concentraba en ella, más confusas tenía las ideas. Volvía a ver a Rodolphe, lo oía, lo rodeaba con ambos brazos; y los latidos del corazón le golpeaban el pecho como golpes fuertes de ariete y se iban acelerando a intervalos irregulares. Miraba a su alrededor con el deseo de que la tierra se hundiera. ¿Por qué no acabar de una vez? ¿Quién se lo impedía?



Era libre. Y dio un paso adelante y miró los adoquines, diciéndose:

—¡Venga! ¡Venga!

El rayo de luz que llegaba, recto, desde abajo tiraba del peso del cuerpo hacia el abismo. Le parecía que el sol de la plaza oscilaba y se alzaba por las paredes y que el extremo del suelo se inclinaba, como un barco que cabecea. Estaba al filo del todo, casi en el aire, rodeada de un anchuroso espacio. El azul del cielo se le metía dentro, el aire le circulaba por la cabeza vacía, bastaba con que cediera, con que se dejase atrapar; y el ronquido del torno no cesaba, como una voz rabiosa que la llamase.

—¡Mujer! ¡Mujer! —gritó Charles.

Emma se quedó quieta.

—¿Dónde estás? ¡Ven!

Con la idea de que acaba de salvarse de la muerte estuvo a punto de desmayarse de terror: cerró los ojos; luego se sobresaltó al notar una mano en la manga: era Félicité.

—El señor la está esperando, señora; la sopa está servida.

¡Y tuvo que bajar! ¡Tuvo que sentarse a la mesa!

Intentó comer. Los bocados la asfixiaban. Entonces desdobló la servilleta, como para pasar revista a los zurcidos, y quiso abstraerse de verdad en esa tarea y contar los hilos de la tela. De pronto le volvió el recuerdo de la carta. ¿La había perdido? ¿Dónde encontrarla? Pero sentía tal cansancio de ánimo que no consiguió inventar un pretexto para levantarse de la mesa. Y además se había vuelto cobarde; le tenía miedo a Charles: ¡seguro que estaba enterado de todo! Y, efectivamente, cosa curiosa, dijo estas palabras:

—Por lo visto vamos a tardar en volver a ver al señor Rodolphe.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó ella, sobresaltada.

—¿Que quién me lo ha dicho? —contestó él, un tanto extrañado por la brusquedad del tono—. Pues ha sido Girard; me lo encontré hace un rato a la puerta del Café Francés. Se ha ido de viaje, o está a punto de irse.

A Emma se le escapó un sollozo.

—No sé de qué te sorprendes. Se va así de vez en cuando para distraerse y la verdad es que a mí me parece bien. ¡Cuando uno es rico y está soltero!... ¡Por lo demás, nuestro amigo se lo pasa estupendamente! Menudó elemento. El señor Langlois me ha contado...

Se calló por respetar las conveniencias, porque entraba la criada.

Ésta volvió a colocar en la cesta los albaricoques tirados por la

estantería; Charles, sin fijarse en el rubor de su mujer, pidió que se los trajeran, cogió uno y le hincó el diente.

—¡Ah, está perfecto! —decía—. Anda, prueba uno.

Le alargó la cesta, que Emma rechazó con suavidad.

—Huele: ¡qué aroma! —dijo él, pasándosela por debajo de la nariz varias veces.

—¡Me ahogo! —exclamó ella, levantándose de un brinco. Pero, con un violento esfuerzo de voluntad, superó el espasmo. Luego dijo—: ¡No pasa nada! ¡No pasa nada! ¡Es cosa de los nervios! ¡Siéntate y come!

Porque temía que le hicieran preguntas, que la atendiesen, que le hicieran compañía.

Charles había vuelto a sentarse para obedecerla; y escupía en la mano los huesos de los albaricoques, que dejaba, luego, en el plato.

De repente, pasó por la plaza a trote largo un tiburón azul. Emma dio un grito y cayó al suelo de espaldas, de golpe.

Rodolphe, efectivamente, tras pensarlo mucho, había decidido irse a Ruán. Pero, como desde La Huchette a Buchy no hay más remedio que pasar por Yonville, había tenido que cruzar el pueblo; y Emma lo había reconocido a la luz de los faroles, que hendían el crepúsculo como un relámpago.

El boticario llegó corriendo al oír el escándalo que había en la casa. La mesa y todos los platos estaban volcados; salsa, carne, los cuchillos, el salero y la aceitera andaban sembrados por la habitación; Charles pedía socorro; Berthe, asustada, chillaba; y Félicité, a quien le temblaban las manos, estaba desabrochando a la señora, cuyo cuerpo recorrían unos movimientos convulsivos.

—Voy corriendo —dijo el boticario— a buscar al laboratorio un poco de vinagre aromático.

Luego, al abrir Emma los ojos tras ponerle el frasco en la nariz, dijo: —Estaba seguro; esto es algo que despierta a un muerto.

—¡Háblanos! —decía Charles—. ¡Háblanos! ¡Vuelve en ti! Soy yo, tu Charles, que te quiere. ¿Me reconoces? Mira, aquí está tu hijita: ¡dale un beso, anda!

La niña estiraba los brazos hacia su madre para colgársele del cuello. Pero Emma, desviando la cabeza, dijo con voz entrecortada:

—No, no... ¡nadie!

Y se volvió a desmayar. La llevaron a la cama.

Allí estaba, acostada, con la boca abierta y los párpados cerrados,



las manos apoyadas de plano, y más blanca que una estatua de cera. Le salían de los ojos dos arroyos de lágrimas que corrían despacio hasta llegar a la almohada.

Charles, de pie, se había quedado al fondo de la alcoba, y el boticario, a su lado, estaba en ese silencio meditabundo que es decoroso guardar en las ocasiones graves de la vida.

—Tranquilícese —dijo, dándole un golpecito en el codo—, me parece que ya ha pasado el paroxismo.

—¡Sí, ahora está descansando un poco! —contestó Charles, que la miraba dormir—. ¡Pobre mujer!... ¡Pobre mujer! ¡Qué recaída!

Entonces Homais preguntó cómo había ocurrido el accidente. Charles contestó que le había dado el ataque de pronto, cuando estaba comiendo albaricoques.

—¡Extraordinario! —siguió diciendo el boticario—. Pero ¡entra dentro de lo posible que los albaricoques le hayan causado el síncope! ¡Hay naturalezas tan impresionables ante determinados olores! Y sería incluso un estupendo tema de estudio, tanto desde el punto de vista de la patología como del de la fisiología. Los sacerdotes saben lo importante que es eso y siempre han usado plantas aromáticas en sus ceremonias. Para dejar estupefacto el entendimiento y causar éxtasis, cosa fácil de conseguir por lo demás en las personas del bello sexo, que son más delicadas que las demás. Se dice que las hay que se desmayan con el olor del cuerno quemado, con el del pan tierno...

—Tenga cuidado, no la vaya a despertar —dijo Bovary en voz baja.

—Y no solo están sometidos a esas anomalías los humanos —prosiguió el boticario—, sino también los animales. No ignorará usted, por ejemplo, el efecto singularmente afrodisíaco que produce la nepeta cataria, comúnmente llamada menta de gato, en la raza felina; y, por lo demás, por citar un caso de cuya autenticidad doy fe, Bridoux (uno de mis antiguos compañeros que actualmente tiene su establecimiento en la calle de Malpalu) tiene un perro que padece convulsiones en cuanto le acercan una tabaquera. Muchas veces ha realizado el experimento en presencia de sus amigos, en el pabellón que tiene en Bois-Guillaume. ¿Podría uno pensar que un simple estornudatorio cause tales estragos al organismo de un cuadrúpedo? Es curiosísimo, ¿verdad?

—Sí —dijo Charles, que no lo estaba escuchando.

—Lo cual nos demuestra —añadió Homais sonriendo con expresión de superioridad bondadosa— las incontables irregularidades del

sistema nervioso. En lo referido a la señora, siempre me ha parecido, lo reconozco, una auténtica sensitiva. Así que no le aconsejo, mi querido amigo, ninguno de esos supuestos remedios que, so pretexto de atacar los síntomas, atacan el temperamento. ¡No, nada de medicación innecesaria! ¡Un régimen y ya está! ¡Sedantes, emolientes, dulcificantes! ¿Y no cree usted además que habría que estimularle un poco la imaginación?

—¿En qué y cómo? —dijo Bovary.

—¡Ah, ésa es la cuestión! Ésa es efectivamente la cuestión: That is the question!, como leí hace poco en el periódico.

Pero Emma se despertó y exclamó: —¿Y la carta? ¿Y la carta?

Creyeron que deliraba; y deliró a partir de las doce de la noche: se le había declarado una fiebre cerebral.

Charles estuvo cuarenta y tres días sin separarse de su lado. Dejó plantados a todos sus pacientes; no se acostaba, se pasaba el tiempo tomándole el pulso, poniéndole sinapismos y compresas de agua fría. Enviaba a Justin hasta Neufchâtel a buscar hielo; el hielo se derretía por el camino; lo enviaba otra vez. Llamó al señor Canivet para celebrar una consulta; hizo venir de Ruán al doctor Larivière, que había sido profesor suyo; estaba desesperado. Lo que más asustado lo tenía era lo abatida que estaba Emma; porque no hablaba, no oía nada y ni siquiera parecía que sufriera, como si el cuerpo y el alma estuvieran descansando tras tanta agitación.

A mediados de octubre, pudo sentarse en la cama, con unas almohadas detrás de la espalda. Charles lloró cuando la vio comer la primera rebanada de pan con mermelada. Recuperó las fuerzas; se levantaba unas cuantas horas por la tarde y, un día en que se sintió mejor, él intentó que diera, cogida de su brazo, un paseo por el jardín. Las hojas secas tapaban la arena de los paseos; Emma iba a pasitos, arrastrando las zapatillas y, apoyando el hombro en Charles, seguía sonriendo.

Llegaron así hasta el fondo, cerca de la terraza. Emma se incorporó despacio y se hizo una visera con la mano para mirar; y miró a lo lejos, muy lejos; pero en el horizonte solo había altas hogueras de hierba, que humeaban en las colinas.

—Vas a cansarte, querida mía —dijo Bovary.

Y añadió, empujándola con suavidad para que entrase en el comedor.

—Siéntate en este banco, estarás bien.



—¡Ay, no, ahí no! —dijo ella con voz desfallecida.

Le dio un mareo y esa misma noche volvió la enfermedad, con aspectos más dudosos, cierto es, y características más complejas. Tan pronto se quejaba del corazón como del pecho, la cabeza o los miembros; tuvo unos vómitos en los que a Charles le pareció ver los primeros síntomas de un cáncer.

¡Y el pobre muchacho, además, tenía problemas de dinero!



Capítulo XIV





En primer lugar, no sabía cómo compensar al señor Homais por todas las medicinas que se había llevado de la botica; y aunque, como médico que era, podía no pagarlas, no obstante esa deuda le avergonzaba un poco. Además, el gasto de la casa, ahora que la cocinera hacía y deshacía a su antojo, se había vuelto tremendo; llegaba un chaparrón de cuentas; los proveedores rezongaban: el señor Lheureux, sobre todo, acosaba a Charles, pues, en el momento más crítico de la enfermedad de Emma, y aprovechándose de la circunstancia para abultar la factura, le había faltado tiempo para entregar el abrigo, el bolso de viaje, dos cajones en vez de uno y muchas más cosas. Por mucho que dijo Charles que no las necesitaba, el comerciante respondió con arrogancia que le habían encargado todos esos artículos y que no tenía intención de quedarse con ellos; por lo demás, le daría un disgusto a la señora cuando estuviera convaleciente; que lo tomase en consideración el señor; y, en pocas palabras, estaba decidido a ponerle un pleito antes que a llevarse la mercancía. Charles mandó luego que se la devolviesen a la tienda; a Félicité se le olvidó; Charles tenía otras preocupaciones y ni se volvió a acordar; el señor Lheureux volvió a la carga, y, amenazando y quejándose por turno, se las apañó de forma tal que Bovary acabó por firmarle un pagaré, que vencía a los seis meses. Pero, nada más firmarlo, se le ocurrió una idea atrevida: pedirle prestados mil francos al señor Lheureux. Así



que preguntó con expresión apurada si sería posible, añadiendo que se trataría de un préstamo por un año y con el interés que le pidiera. Lheureux fue volando a la tienda, volvió con el dinero y le dictó otro pagaré según el cual Bovary se comprometía a pagarle la cantidad de mil setenta francos el primero de septiembre siguiente; lo que, con los ciento ochenta anteriormente estipulados, arrojaba la cantidad de mil doscientos cincuenta francos. De este modo, prestando al seis por ciento, más una cuarta parte de comisión, y como la mercancía le dejaba por lo bajo una ganancia de un tercio, en doce meses sacaría un beneficio de ciento treinta francos; y albergaba la esperanza de que la cosa no se quedaría ahí: que no se podrían cubrir los pagarés, que habría que renovarlos, que su pobrecito dinero, tras alimentarse en casa del médico como en una casa de salud, regresaría a él un día considerablemente más rollizo y tan orondo que reventaría la bolsa.

Por lo demás, todo le salía bien. Era concesionario del aprovisionamiento de sidra al hospital de Neufchâtel; el señor Guillaumin le prometía unas acciones en las turberas de Grumesnil y soñaba con crear un servicio nuevo de diligencias entre Arcueil y Ruán que no tardaría mucho seguramente en llevar a la ruina al cascajo de El León de Oro y, al ir más deprisa, ser más barato y poder transportar más bultos, pondría así también en sus manos todo el comercio de Yonville.

Charles se preguntó en varias ocasiones cómo iba a poder devolver tanto dinero al año siguiente; y cavilaba, imaginaba formas para salir del apuro, tales como recurrir a su padre o vender algo. Pero su padre haría oídos sordos y él no tenía nada que vender. Descubría entonces tantos inconvenientes que apartaba enseguida del intelecto un tema de meditación tan desagradable. Se reprochaba que le hiciera olvidarse de Emma; como si, por pertenecerle a esa mujer todos sus pensamientos, no pensar continuamente en ella fuera robarle algo.

El invierno fue crudo. La convalecencia de Emma fue larga. Cuando hacía bueno, le acercaban el sillón a la ventana, la que daba a la plaza. Porque ahora le había cogido manía al jardín y la contraventana de ese lado estaba cerrada siempre. Quiso que vendieran el caballo; lo que antes le gustaba ahora le desagradaba. Cuantas ideas tuviera parecían limitarse a su propio cuidado. Se quedaba acostada, tomando ligeras colaciones; llamaba a la criada para preguntarle por sus tisanas o para charlar con ella. Entretanto, la nieve del tejado

del mercado iluminaba el cuarto con un reflejo blanco y quieto; luego empezó a llover. Y Emma esperaba a diario, con algo parecido a la ansiedad, el infalible retorno de acontecimientos ínfimos que, no obstante, no le importaban en absoluto. El de mayor trascendencia era, al caer la tarde, la llegada de La Golondrina. Entonces gritaba la hospedera y respondían otras voces, mientras el farol de Hippolyte, que buscaba baúles en la baca, era como una estrella en la oscuridad. Charles volvía a mediodía y se marchaba otra vez; luego Emma tomaba un caldo y, a eso de las cinco, a la caída de la tarde, todos los niños que volvían de clase arrastrando los zuecos por la acera, golpeaban con las reglas la falleba de las contraventanas, uno tras otro.

Era la hora a la que iba a verla el padre Bournisien. Se interesaba por su salud, le traía noticias y la exhortaba a la religión con una charla mimosa que no carecía de atractivo. Emma se sentía reconfortada solo con ver aparecer la sotana.

Un día que, en lo más grave de su enfermedad, se creyó agonizante, pidió la comunión; y, a medida que hacían en su cuarto los preparativos para el sacramento, convirtiendo en altar la cómoda atestada de jarabes al tiempo que Félicité sembraba el suelo de dalias, Emma iba sintiendo que le pasaba por encima algo rotundo que la libraba de todos los dolores, de toda percepción, de todo sentimiento. La carne, aligerada, ya no pesaba; empezaba otra vida; le pareció que su ser, elevándose hacia Dios, iba a anonadarse en aquel amor, como un incienso encendido que se disipa en vapores. Rociaron con agua bendita las sábanas de la cama; el sacerdote sacó del santo cáliz la hostia blanca; y desfalleciente de gozo celestial fue como adelantó Emma los labios para aceptar el cuerpo del Salvador, que se le brindaba. Las cortinas de la alcoba se henchían blandamente a su alrededor, como nubes, y los rayos de las dos velas que ardían en la cómoda le parecieron unas glorias esplendorosas. Recostó entonces la cabeza, creyendo oír por los aires el canto de las arpas seráficas y divisar en un cielo de azur, sentado en un trono de oro, rodeado de los santos que llevaban palmas verdes, a Dios Padre, deslumbrante de majestad, quien, con un signo, mandaba bajar a la tierra a unos ángeles con alas flamíferas para llevársela en brazos.

Aquella visión esplendorosa se le quedó en la memoria como lo más hermoso que fuera posible soñar; y así ahora se esforzaba por recuperar esa sensación, que permanecía, sin embargo, pero de una forma menos exclusiva y con una dulzura no menos honda. Su alma,



extenuada de orgullo, descansaba al fin en la humildad cristiana; y, saboreando el placer de ser débil, Emma contemplaba en sí cómo se destruía la voluntad para abrir a la invasión de la gracia una puerta ancha. ¡Existían, pues, en vez de la felicidad, dichas mayores, otro amor por encima de todos los amores, sin intermitencias ni final, y que iría creciendo eternamente! Vio borrosamente, entre las ilusiones de su esperanza, un estado de pureza que flotaba por encima de la tierra y se confundía con el cielo, y en el que aspiró a hallarse. Resolvió ser santa. Compró rosarios, llevó amuletos; deseaba tener en su cuarto, a la cabecera de la cama, un relicario engastado en esmeraldas, para besarlo todas las noches.

El párroco estaba maravillado de tales disposiciones, aunque le parecía que la religiosidad de Emma podía, a fuerza de fervor, acabar por rozar la herejía e incluso la extravagancia. Pero, al no ser muy versado en tales materias más allá de cierta medida, escribió al señor Boulard, librero de Su Ilustrísima, para que le enviase algo que estuviera muy bien para una persona del bello sexo que rebosaba inteligencia. El librero, con la misma indiferencia que si les estuviera enviando quincalla a unos negros, embolsó, junto y revuelto, todo cuanto se llevaba en ese momento en el negocio del libro piadoso. Eran breves manuales de preguntas y respuestas, panfletos de tono gruñón al estilo del señor de Maistre¹, y una especie de novelas encuadradas en cartón rosa y de estilo dulzón, obra de seminaristas trovadores o de literatas arrepentidas. Iban en el lote *Pensadlo bien*; *El hombre de mundo a los pies de María*, del señor de..., condecorado por varias órdenes; *De los errores de Voltaire*, para uso de jóvenes, etcétera.

La señora Bovary no tenía aún la cabeza bastante despejada para dedicarse en serio a nada; por lo demás, inició esas lecturas con demasiada precipitación. Le irritaron las prescripciones del culto; le desagradó la arrogancia de los escritos polémicos, por el encarnizamiento en perseguir a personas a quienes no conocía; y los cuentos profanos aderezados con religión le parecieron escritos con tal desconocimiento del mundo que la apartaron insensiblemente de las verdades cuya demostración estaba esperando. Perseveró, no obs-

¹ Joseph-Marie de Maistre (1753-1821), teórico político y filósofo muy hostil a la Revolución fran-cesa.

tante, y cuando el libro se le caía de las manos creía que se había adueñado de ella la más exquisita melancolía católica que pudiera concebir un alma etérea.

En cuanto al recuerdo de Rodolphe, lo había relegado a lo más hondo del corazón; y ahí estaba, más solemne y más quieto que la momia de un rey en un subterráneo. Se desprendía una emanación de aquel gran amor embalsamado que, impregnándolo todo, ponía un perfume de ternura en el ambiente immaculado en que quería vivir. Cuando se arrodillaba en su reclinatorio gótico, le dirigía al Señor las mismas palabras suavísimas que le había susurrado antaño a su amante en las efusiones del adulterio. Lo hacía para que afluyeran las creencias, pero no bajaba del cielo deleite alguno y se incorporaba con los miembros cansados y la sensación inconcreta de un engaño inmenso. Esa búsqueda, pensaba, no era sino un mérito más; y, orgullosa de su devoción, Emma se comparaba a las damas de clase elevada de antaño, con cuya grandeza había soñado ante un retrato de La Vallière, quienes, arrastrando tan majestuosamente la cola recamada de sus largos vestidos, se retiraban a lugares solitarios para llorar a los pies de Cristo todas las lágrimas de un corazón que la existencia había herido.

Se entregó entonces a caridades excesivas. Cosía ropa para los pobres; mandaba leña a las parturientas; y Charles un día, al volver a casa, se encontró en la cocina a tres pillos sentados a la mesa y tomando una sopa. Volvió a traer a casa a la niña, a quien Charles había vuelto a mandar con el ama mientras ella estaba mala. Quiso enseñarle a leer; por mucho que llorase Berthe, ya no se irritaba. Era un propósito deliberado de resignación, una indulgencia universal. Hablase de lo que hablase, lo hacía con expresiones sublimes. Le decía a su hija:

—¿Se te han pasado los retortijones, ángel mío?

La madre del señor Bovary no veía nada que pudiera criticar, salvo quizá aquella manía de tejer camisolas para los huérfanos en vez de zurcir sus paños de cocina. Pero, harta de peleas domésticas, la buena mujer estaba a gusto en aquella casa tranquila; y se quedó en ella incluso hasta pasada la Pascua, para evitar los sarcasmos de Bovary padre, quien, todos los Viernes Santos sin falta, encargaba embutido.

Además de la compañía de su suegra, quien le daba cierta firmeza con su juicio recto y sus modales circunspectos, Emma trataba casi a



diario con otras señoras. Con la señora Langlois, con la señora Caron, con la señora Dubrueil, con la señora Tuvache y, regularmente, de dos a cinco, con la bondadosa señora Homais, que era la única que no había querido creerse nunca ninguna de las cotillerías que contaban de su vecina. También los niños de Homais iban a verla; los acompañaba Justin. Subía con ellos al dormitorio y se quedaba a pie firme al lado de la puerta, quieto y sin decir nada. Muchas veces, incluso, la señora Bovary se sentaba ante el tocador sin acordarse de que estaba allí. Empezaba por quitarse el peinecillo, sacudiendo la cabeza con un ademán brusco; y la primera vez que Justin vio entera aquella melena, que bajaba hasta las pantorrillas desenroscando sus ondas negras, fue para el pobre niño como penetrar de repente en algo extraordinario y nuevo cuyo esplendor lo asustó.

No cabe duda de que Emma no se fijaba ni en sus atenciones calladas ni en sus timideces. No se figuraba ni por asomo que el amor, que había desaparecido de su vida, palpataba allí, a su lado, bajo esa camisa de retor basto, en aquel corazón de adolescente abierto a los efluvios de su hermosura. Por lo demás, lo envolvía todo ahora en una indiferencia tal, tenía palabras tan afectuosas y miradas tan altaneras, talantes tan diversos, que ya no era posible distinguir el egoísmo de la caridad ni la corrupción de la virtud. Una noche, por ejemplo, se enfadó con la criada, que le pedía permiso para salir y balbucía buscando un pretexto; luego, de repente, dijo:

—Quieres a ese hombre, ¿verdad? Y sin esperar a que le contestase Félicité, ruborizada, añadió con expresión triste:

—¡Venga, vete corriendo! ¡Pásalo bien!

A comienzos de la primavera hizo que pusieran el jardín patas arriba, pese a las objeciones de Bovary; Charles se alegró, sin embargo, al ver que por fin manifestaba una voluntad en algo. Lo fue haciendo más a menudo según iba mejorando. Para empezar, se las ingenió para echar a la Rolet, el ama, que había tomado la costumbre, durante la convalecencia, de acudir con excesiva frecuencia a la cocina con sus dos niños de pecho y el niño interno, que tenía apetito de caníbal. Se quitó luego de encima a la familia Homais, despidió sucesivamente a las demás visitas e incluso fue con menos asiduidad a la iglesia, lo que mereció completa aprobación por parte del boticario, que le dijo en tono amistoso:

—¡Se había vuelto usted un poco tragasantos!

El padre Bournisien se presentaba, como antes, todos los días al

salir de la catequesis. Prefería quedarse fuera, tomando el aire entre las frondas, como llamaba al cenador. Era la hora a la que volvía Charles. Tenían calor; les traían sidra dulce y bebían juntos brindando por el completo restablecimiento de la señora.

Binet andaba por allí, es decir, algo más abajo, pegado a la tapia de la terraza, pescando cangrejos. Bovary lo invitaba a tomar un refresco; y se daba muy buena maña para destapar las cantarillas.

—Hay que sujetar así la botella —decía, paseando por las inmediaciones y hasta lo más remoto del paisaje una mirada satisfecha—, bien firme encima de la mesa, y luego, cuando ya se han cortado los bramantes, empujar el corcho a golpecitos, despacio, despacio, como hacen por lo demás con el agua de Seltz en los restaurantes.

Pero, durante la demostración, con frecuencia un chorro de sidra les saltaba a la cara; y entonces el sacerdote, con una risa opaca, no dejaba nunca de hacer el chiste:

—¡Su calidad salta a la vista!

Era un buen hombre, desde luego, y un día ni siquiera puso el grito en el cielo cuando el boticario le aconsejó a Charles que, para distraer a la señora, la llevase al teatro a Ruán a ver al ilustre tenor Lagardy. Homais se extrañó de aquel silencio, quiso saber su opinión, y el cura dijo que consideraba la música menos peligrosa para las buenas costumbres que la literatura.

Pero el boticario salió en defensa de las letras. El teatro, a lo que aseguraba, servía para meterse con los prejuicios y, so capa de agradar, enseñaba a ser virtuoso.

—¡Castigat riendo mores, señor Bournisien! Mire, por ejemplo, la mayoría de las tragedias de Voltaire; están salpicadas de reflexiones filosóficas que las convierten, para el pueblo, en una auténtica escuela de ética y de diplomacia.

—Yo —dijo Binet— vi hace tiempo una obra que se llamaba *Le gamin de Paris* en la que se destaca la forma de ser de un general anciano que está pero que muy chiflado. Le pone las peras al cuarto a un joven de buena familia que había seducido a una operaria que, al final...

—Hay, desde luego —decía Homais—, literatura mala, igual que hay mala farmacia; pero condenar en bloque la parte más importante de las bellas artes me parece una torpeza, una idea gótica digna de aquellos tiempos abominables en los que encerraban a Galileo.

—Bien sé —objetó el párroco— que existen obras buenas, autores



buenos; sin embargo, aunque no fuera más que por esas personas de sexos diferentes reunidas en una estancia deliciosa adornada con pompas mundanas, y además esos disfraces paganos, ese colorete, esos candelabros, esas voces afeminadas, todo eso no puede por menos de engendrar a la postre cierto libertinaje e inspirar a la gente pensamientos deshonestos y tentaciones impuras. O tal es, al menos, la opinión de todos los padres. En fin —añadió adoptando de repente un tono de voz místico mientras tomaba una pulgarada de rapé—, si la Iglesia ha condenado esos espectáculos, será que tiene razón; debemos someternos a sus decretos.

—¿Por qué —preguntó el boticario— excomulga a los cómicos? Porque resulta que, antaño, contribuían abiertamente a las ceremonias del culto. Sí, se representaban en pleno coro algo así como unas farsas, llamadas misterios, en las que con frecuencia se ofendían las leyes de la decencia.

El sacerdote se contentó con soltar un gemido y el boticario siguió diciendo:

—¡Es lo que pasa también en la Biblia! Hay... saben ustedes... más de un detalle... picante. ¡Unas cosas... la verdad... muy atrevidas! —Y añadió, ante el gesto de irritación del padre Bournisien—: Vamos, no me dirá usted que es un libro que pueda ponerse en manos de alguien de tierna edad, y me contrariaría mucho que Athalie...

—Pero ¡si los que recomiendan la Biblia son los protestantes, no nosotros! —exclamó el cura, perdiendo la paciencia.

—En cualquier caso —dijo Homais—, me asombra que en nuestros días, en un siglo de luces, aún haya quien se obstine en proscribir un descanso intelectual que es inofensivo, moralizador y, en ocasiones, incluso higiénico, ¿verdad, doctor?

—Desde luego —respondió el médico indolentemente, bien porque, compartiendo las mismas ideas, no quisiera ofender a nadie, bien porque no tuviera idea alguna.

La conversación parecía ya concluida cuando al boticario le pareció oportuno dar una última estocada.

—Curas he conocido que se vestían de paisano para ir a ver cómo movían las piernas las bailarinas.

—¡Vamos! —dijo el párroco.

—¡Le aseguro que los he conocido! —Y, separando las sílabas de la frase, Homais repitió—: Los-he-co-no-ci-do.

—¡Bueno, pues hacían mal! —dijo Bournisien, resignado a oír de

todo.

—¡Anda y que no hacen también otras cosas! —exclamó el boticario.

—¡Caballero!... —dijo el sacerdote con mirada tan feroz que el boticario quedó intimidado.

—Solo quería decir —replicó entonces con tono menos brusco— que la tolerancia es la forma más segura de llevar las almas a la religión.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! —admitió el buen hombre volviendo a sentarse.

Pero solo se quedó dos minutos más. Luego, en cuanto se hubo marchado, el señor Homais le dijo al médico:

—¡Esto es lo que yo llamo una agarrada! Le he dado cien vueltas y de qué manera, ¿se ha fijado?... ¡En fin, hágame caso, lleve a la señora al teatro, aunque no sea más que para hacer rabiar una vez en la vida a uno de esos cuervos, qué diablos! Si alguien pudiera sustituirme, los acompañaría. ¡Dese prisa! Lagardy va a dar solo una representación; lo han contratado en Inglaterra con un cachet considerable. ¡Es, por lo que dicen, una buena pieza! ¡Y riquísimo! ¡Lo acompañan tres amantes y su cocinero! Todos esos grandes artistas gastan el dinero a manos llenas; necesitan una existencia disoluta que les anime un poco la imaginación. Pero se mueren en el hospital porque, de jóvenes, no tienen el sentido común de ahorrar algo. Bueno, que cene usted bien. ¡Hasta mañana!

Aquella idea del teatro no tardó en prosperar en la cabeza de Bovary, pues hizo enseguida a su mujer partícipe de ella; ésta, de entrada, se negó, alegando el cansancio, el trastorno, el gasto. Pero, por una vez, Charles no cedió, pues le parecía que aquel recreo iba a serle muy provechoso. No veía impedimento alguno; su madre les había mandado trescientos francos con los que ya no contaba, las deudas corrientes no eran tremendas ni mucho menos y aún faltaba tanto para que vencieran los pagarés de Lheureux que no era necesario acordarse de ellos. Por lo demás, suponiendo que ella lo hacía por mostrarse considerada, Charles insistió más; de forma tal que Emma acabó, a fuerza de agobios, por decidirse. Y el día siguiente a las ocho se metieron en La Golondrina.

El boticario, a quien nada retenía en Yonville, pero que se creía en la obligación de no moverse de allí, suspiró al verlos marchar:

—¡Bueno, pues que tengan buen viaje, felices mortales! —les dijo.



Luego, dirigiéndose a Emma, que llevaba un vestido de seda azul con cuatro volantes:

—¡Está usted preciosa! Va a causar estragos en Ruán.

La diligencia paraba en el Hotel de La Cruz Roja, en la plaza Beauvoisine. Era una de esas fondas como hay en todos los arrabales de las capitales de provincias, con cuadras grandes y habitaciones pequeñas, donde se ve a las gallinas picoteando granos de avena en pleno corral, bajo los cabriolés sucios de barro de los viajeros de comercio, albergues viejos y acogedores con balcones de madera carcomida que crujen con el viento en las noches de invierno, siempre llenos a rebosar de gente, de estruendo y de guisotes, con las mesas negras pringosas de carajillos, los cristales gruesos amarillos de moscas, las servilletas húmedas manchadas de vino malo; no han dejado de oler a pueblo, como esos mozos de granja vestidos de clase media, y tienen un café del lado que da a la calle y, del lado que da al campo, un huerto. Charles se fue enseguida a hacer recados. Confundía la platea con el gallinero, el patio de butacas con los palcos, pidió explicaciones, no se enteró, lo fueron mandando del interventor al director, regresó a la fonda, volvió a la taquilla y, de esa manera, recorrió varias veces la ciudad de punta a cabo, desde el teatro hasta el bulevar.

La señora se compró un sombrero, unos guantes y un ramillete. Al señor le daba mucho miedo perderse el principio y, sin haber tenido tiempo de tomarse un caldo, se presentaron ambos ante las puertas del teatro, que estaban cerradas.



Capítulo XV





El gentío esperaba pegado a la pared, simétricamente encajonado entre unas balaustradas. En las esquinas de las calles aledañas, unos carteles gigantescos repetían, en caracteres barrocos: «*Lucie de Lammermoor*¹... Lagardy... Ópera... etcétera». Hacía bueno, la gente tenía calor; corría el sudor por los rizos, todos habían sacado el pañuelo para secarse la frente encarnada, y, a veces, un viento tibio que soplaba desde el río movía blandamente el filo de las cortinas de dril colgadas de la puerta de las tabernas. Un poco más abajo, sin embargo, lo refrescaba a uno una corriente de aire gélido que olía a sebo, a cuero y a aceite. Era el aliento de la calle de Les Charrettes, repleta de almacenes grandes y negros donde metían rodando barriles.

Por temor a hacer el ridículo, Emma quiso, antes de entrar, dar una vuelta y pasear por el puerto; y Bovary, por prudencia, no soltó las entradas de la mano, metida en el bolsillo de los pantalones y apoyada contra el vientre.

A Emma le latió más deprisa el corazón nada más entrar en el vestíbulo. Sonrió de vanidad involuntaria al ver cómo la muchedum-

¹ Donizetti adaptó la ópera para su estreno en Francia, en 1839, con un libreto que tradujeron Alphonse Royer y Gustave Vaëz. El nombre de los personajes está, por lo tanto, en francés.



bre echaba a correr hacia la derecha, por el otro pasillo, mientras que ella subía las escaleras de la platea. Le gustó como a un niño empujar con el dedo las anchas puertas tapizadas; respiró hondamente el olor polvoriento de los pasillos y, cuando estuvo sentada en su palco, metió la cintura para enderezar el busto con desenvoltura de duquesa.

La sala estaba empezando a llenarse, de todos los estuches salían los prismáticos, y los abonados se saludaban al verse de lejos. Venían a descansar en las bellas artes de las preocupaciones de la venta; pero no se olvidaban de los negocios, seguían hablando de algodones, de aguardiente seco o de índigo. Se veían allí caras de ancianos, inexpresivas y apacibles, y que, blancuzcas de pelo y de tez, parecían medallas de plata que hubiera empañado un vapor de plomo. Los barbilindos se pavoneaban en el patio de butacas, exhibiendo en la abertura del chaleco corbatas de color de rosa o verde manzana; y la señora Bovary los admiraba desde arriba mientras ellos apoyaban en los junquillos de pomo de oro la palma abierta de los guantes amarillos.

Entretanto, encendieron las velas de la orquesta; la araña bajó desde el techo, proyectando en la sala, con los rayos de sus facetas, un júbilo súbito; luego entraron los músicos, uno detrás de otro, y al principio hubo un gran guirigay de contrabajos que roncaban; de violines que chirriaban; de pistones que trompeteaban; y de flautas y de flautines que piaban. Pero se oyeron en el escenario tres golpes; comenzó un redoble de timbales; sonaron los acordes de los cobres y se alzó el telón, dejando ver un paisaje.

Era la encrucijada de un bosque, con una fuente a la izquierda, a la sombra de un roble. Unos campesinos y unos nobles con el tartán al hombro cantaban juntos una canción de caza; llegó luego un capitán que invocaba al ángel del mal alzando los brazos al cielo; apareció otro, se fueron y los cazadores siguieron cantando.

Emma se hallaba inmersa de nuevo en las lecturas de juventud, en pleno Walter Scott. Le parecía oír a través de la niebla el sonido de las gaitas escocesas repetirse entre los brezos. Por lo demás, el recuerdo de la novela le facilitaba la comprensión del libreto e iba siguiendo la intriga frase a frase mientras le volvían pensamientos inaprensibles y los dispersaban en el acto las ráfagas de música. Dejaba, entregada, que la acunasen las melodías y se sentía vibrar con todo el ser como si los arcos de los violines se le pasearan por los nervios. No tenía ojos bastantes para mirar los trajes, los decorados,



los personajes, los árboles pintados que temblaban con los pasos y las gorras de terciopelo, los gabanes, las espadas, todas esas imaginaciones que se movían dentro de la armonía como dentro de una atmósfera de otro mundo. Pero se adelantó una joven y le lanzó una bolsa a un escudero de verde. Se quedó sola y se oyó entonces una flauta que era como el murmullo de una fuente o como gorjeos de pájaro. Lucie comenzó a cantar con expresión arrojada la cavatina en sol mayor; penaba de amor, pedía alas. También Emma habría querido, huyendo de la vida, alzar el vuelo en un abrazo. De repente, apareció Edgar-Lagardy.

Era de una de esas palideces espléndidas que prestan algo de la majestad de los mármoles a las razas ardientes del sur. Le ceñía el torso vigoroso un jubón de tono pardo; un puñalito labrado le golpeaba el muslo izquierdo; y se le iban las pupilas en miradas lánguidas al tiempo que descubría los dientes blancos. Contaban que una princesa polaca, al oírlo cantar una noche en la playa de Biarritz, donde carenaba botes, se había enamorado de él. Se había arruinado por su culpa. Y él la había dejado plantada por otras mujeres, y aquella celebridad sentimental no dejaba de favorecer su reputación artística. Aquel comediante diplomático tenía incluso buen cuidado de que apareciera siempre en la propaganda alguna frase poética acerca de la fascinación de su persona y la sensibilidad de su alma. Una voz espléndida, un aplomo imperturbable, más temperamento que inteligencia y más énfasis que lirismo eran los toques finales que realzaban aquel carácter admirable de charlatán, donde había rasgos de peluquero y rasgos de torero.

Entusiasmó desde la primera escena. Estrechaba a Lucie en los brazos, se apartaba de ella, volvía, parecía desesperado: tenía estallidos de ira y luego estertores elegíacos de dulzura infinita, y le fluían las notas de la garganta desnuda, colmadas de sollozos y de besos. Emma se inclinaba para verlo, arañando con las uñas el terciopelo del palco. Se llenaba el corazón con aquellos lamentos melódicos que se demoraban con el acompañamiento de los contrabajos, como gritos de naufragos en la tempestad. Ya le eran conocidas todas esas embriagueces y esas angustias que habían estado a punto de matarla. La voz de la cantante no le parecía sino el retumbar de su conciencia; y aquella ficción, que la embelesaba, algo de su propia vida. Pero nadie en la tierra la había querido con un amor así. Él no lloraba como Edgar la última noche, a la luz de la luna, cuando se decían: «¡Hasta



mañana, hasta mañana!»... La sala se venía abajo con las ovaciones; repitieron el strettó entero; los enamorados hablaban de las flores de su tumba, de juramentos, de destierro, de fatalidad, de esperanzas y, cuando se dieron el adiós final, Emma soltó un grito agudo que se confundió con la vibración de los últimos acordes.

—Pero —preguntó Bovary— ¿por qué la anda persiguiendo el noble ese?

—No, no —contestó ella—; es su amante.

—Pues jura vengarse de su familia, mientras que el otro, el que llegó antes, decía: «Amo a Lucie y creo que me ama». Y además se fue con su padre, cogidos del brazo. Porque es su padre, ¿verdad?, ese bajito y feo que lleva una pluma de gallo en el sombrero.

Pese a las explicaciones de Emma, nada más empezar el dúo recitativo en que Gilbert le cuenta a su señor, Ashton, sus abominables maniobras, Charles, al ver el anillo falso de compromiso que tiene que engañar a Lucie, creyó que era un recuerdo amoroso que enviaba Edgar. Por lo demás, confesaba que no se enteraba de la historia, por culpa de la música, que era un estorbo para entender lo que decían.

—Da lo mismo —dijo Emma—. ¡Cállate!

—Es que a mí me gusta estar al tanto —siguió diciendo él, inclinándose sobre el hombro de Emma—, ya lo sabes.

—¡Cállate! ¡Cállate! —dijo ella, impacientada.

Lucie avanzaba, sostenida a medias por sus damas, con una corona de azahar en la cabeza y más pálida que el raso blanco del vestido. Emma se acordaba del día de su boda; y volvía a verse allí, entre los trigales, en el caminito, cuando iban hacia la iglesia. ¿Por qué no se había resistido y había suplicado, como hacía ésta? Y, antes bien, estaba alegre, sin darse cuenta del abismo al que se estaba arrojando... ¡Ay! Si en plena lozanía de su hermosura, antes de las mancillas del matrimonio y la desilusión del adulterio, hubiera podido asentar su vida en algún corazón noble y sólido, entonces la virtud, el cariño, los placeres y el deber habrían sido una misma cosa y ella nunca habría descendido de la elevación de esa dicha. Pero tal felicidad, sin duda, era una mentira imaginada para quitar la esperanza de cualquier deseo. Ahora estaba enterada de la pequeñez de las pasiones, que el arte exageraba. Esforzándose, pues, por apartar de ello el pensamiento, Emma quería no ver ya en esa reproducción de sus dolores sino una fantasía plástica apta para entretener la vista; e incluso son-

reía para sus adentros con compasión desdeñosa cuando, al fondo del escenario, tras el portier de terciopelo, apareció un hombre con gabán negro.

El ancho sombrero a la española cayó al hacer él un ademán; y en el acto los instrumentos y los cantantes entonaron el sexteto. Edgar, centellante de ira, dominaba todas las demás voces con la suya, más clara. Ashton, por su parte, le espetaba, con notas graves, provocaciones homicidas: Lucie soltaba su queja aguda, Arthur modulaba, aparte, sonidos intermedios, y la voz de barítono del capellán zumbaba como un órgano, mientras las voces de las damas, repitiendo sus palabras, lo hacían en un coro delicioso. Estaban todos en fila, gesticulando; y la ira, la venganza, los celos, el terror, la misericordia y el asombro brotaban a la vez de las bocas entreabiertas. El enamorado ofendido blandía la espada desenvainada: el cuello de guipur se alzaba a sacudidas, siguiendo los movimientos del pecho; y daba zancadas a derecha e izquierda, haciendo ruido en las tablas con las espuelas de las botas blandas, desbocadas en los tobillos. Debía de tener, pensaba Emma, un amor inagotable para poder verterlo así sobre el gentío con efluvios tan amplios. Todos los intentos de desacreditarlo se esfumaban ante la poesía del papel, que se adueñaba de ella, y, al arrastrarla hacia el hombre la ilusión del personaje, intentó imaginarse su vida, esa vida clamorosa, extraordinaria, espléndida, y que podría haber sido la de ella, no obstante, si lo hubiera querido el azar. ¡Podrían haberse conocido y haberse querido! Con él, habría viajado por todos los reinos de Europa, de capital en capital, compartiendo sus fatigas y su orgullo, recogiendo las flores que le arrojaban, bordándole con sus propias manos los trajes; luego, todas las noches, al fondo de un palco, tras el enrejado de oro, habría recibido, extasiada, las expansiones de esa alma que no habría cantado sino para ella sola; desde el escenario la habría mirado mientras actuaba. Pero ¡se apoderó de ella una locura! ¡La miraba, estaba segura! Sintió deseos de correr a arrojarse en sus brazos para buscar refugio en su fuerza, como en la encarnación del amor mismo, y de decirle, de gritarle: «¡Ráptame, llévame, vámonos! ¡Soy tuya, tuya! ¡Tuyos son todos mis ardores y todos mis sueños!».

Bajó el telón.

El olor del gas se mezclaba con los alientos; con el viento de los abanicos era más sofocante la atmósfera. Emma quiso salir; la muchedumbre atestaba los pasillos y volvió a desplomarse en su buta-



ca con palpitaciones que la ahogaban. Charles, por temor a que se desmayase, fue corriendo a buscarle al ambigú un vaso de agua de cebada.

Le costó mucho volver a su sitio ya que le daban en los codos a cada paso porque llevaba el vaso en las manos; e incluso le tiró por los hombros las tres cuartas partes del vaso a una señora de Ruán con un vestido de manga corta que, al notar la frialdad del líquido correrle por los riñones, dio chillidos de pavo real como si la estuvieran asesinando. Su marido, que era el dueño de unas hilaturas, se indignó con el torpe aquel; y mientras ella se secaba con el pañuelo las manchas del elegante vestido de tafetán cereza, él mascullaba en tono hosco las palabras «indemnización, gastos y reembolsar». Por fin llegó Charles junto a su mujer, diciéndole sin resuello:

—¡La verdad, ya creía que no volvía! ¡Hay una de gente... una de gente!... —Y añadió—: ¿A que no adivinas a quién me he encontrado por allá arriba? ¡Al señor Léon!

—¿Léon?

—¡En persona! Va a venir a saludarte.

Y, según lo estaba diciendo, el que había sido pasante en Yonville entró en el palco. Le alargó la mano con un desparpajo aristocrático; y la señora Bovary, mecánicamente, tendió la suya, obedeciendo sin duda a la atracción de una voluntad más fuerte. No la había vuelto a sentir desde aquel atardecer de primavera en que llovía sobre las hojas verdes, cuando se despidieron de pie junto a la ventana. Pero no tardó, acordándose de lo que mandaba el decoro en una situación como aquélla, en hacer el esfuerzo de quitarse de encima el entumecimiento de los recuerdos y empezó a balbucir frases rápidas:

—¡Ah, qué tal!... Pero ¡cómo! ¡Si está usted aquí!

—Silencio —gritó una voz desde el patio de butacas porque ya empezaba el tercer acto.

—¿Así que está usted en Ruán?

—Sí.

—Y ¿desde cuándo?

—¡Fuera! ¡Fuera!

Se volvían para mirarlos. Se callaron.

Pero, a partir de ese momento, Emma dejó de atender; y el coro de los invitados, la escena de Ashton y su criado, el gran dúo en re mayor, todo transcurrió para ella como desde lejos, como si los instrumentos se hubieran vuelto menos sonoros y los personajes más

remotos; recordaba las partidas de cartas en casa del boticario, y el paseo hasta la casa del ama, las lecturas en el cenador, las charlas a solas junto a la chimenea encendida, todo aquel amor humilde, tan sosegado y tan prolongado, tan discreto, tan tierno, y que, sin embargo, se le había olvidado. ¿Por qué volvía? ¿Qué combinación de aventuras volvía a llevarlo a su vida? Léon estaba detrás de ella, con el hombro apoyado en el tabique; y, de vez en cuando, Emma notaba que se estremecía con el soplo cálido que le salía a Léon de la nariz y le resbalaba a ella por el pelo.

—¿Se lo pasa bien? —preguntó él, inclinándose y tan de cerca que le rozó la mejilla con la punta del bigote.

Ella contestó, indolentemente: —¡Pues no, la verdad, no mucho!

Él le propuso entonces que salieran del teatro y fueran a algún sitio a tomar unos helados.

—¡Ay, todavía no! ¡Vamos a quedarnos! —dijo Bovary—. La protagonista lleva la melena suelta: esto promete ser una tragedia.

Pero la escena de la locura no le interesaba a Emma y le pareció que la cantante exageraba en la interpretación.

—Grita demasiado alto —dijo, volviéndose hacia Charles, que estaba escuchando.

—Sí... a lo mejor... un poco —replicó él, indeciso entre la evidencia de que le gustaba y el respeto que tenía a las opiniones de su mujer.

Luego dijo Léon, suspirando:

—Hace un calor...

—¡Insoportable! Es cierto...

—¿Te encuentras mal? —preguntó Bovary.

—Sí, me ahogo; vámonos.

Léon le puso con delicadeza en los hombros el largo chal de encaje y fueron los tres a sentarse al puerto, al aire libre, delante de las cristaleras de un café.

De lo primero que hablaron fue de la enfermedad de Emma, aunque ésta interrumpió a Charles de vez en cuando, por temor, decía, de aburrir a Léon; y él les contó que había venido a Ruán a pasar dos años en un bufete muy importante, para avezarse en los casos, que eran, en Normandía, diferentes de los que se trataban en París. Preguntó, luego, por Berthe, por la familia Homais, por la señora Lefrançois; y, como en presencia del marido no tenían nada más que decirse, no tardó en acabarse la conversación.



Gente que salía del teatro pasó por la acera, tarareando o voceando a pulmón herido: «¡Oh, hermoso ángel, Lucie mía!». Entonces, Léon, para dárselas de diletante, empezó a hablar de música. Había visto a Tamburini, a Rubini, a Persiani, a Grisi; y, comparado con ellos, Lagardy, pese al ruido que metía, no valía nada.

—Y, sin embargo —interrumpió Charles, que le estaba hincando el diente al sorbete de ron—, dicen que en el último acto está completamente admirable; siento haberme ido antes de que acabase, porque estaba empezando a pasármelo bien.

—Por lo demás —siguió diciendo el pasante—, dará otra representación dentro de poco.

Pero Charles contestó que se iban a la mañana siguiente.

—A menos —añadió, volviéndose hacia su mujer— que quieras quedarte aquí tú sola, chatita.

Y, cambiando de estrategia ante esta ocasión inesperada que se le brindaba a su esperanza, el joven empezó a alabar a Lagardy en la intervención final. ¡Era algo soberbio, sublime! Entonces, Charles insistió:

—Podrías volver el domingo. ¡Vamos, ánimo! Haces mal en no quedarte si te parece por lo más remoto que te va a sentar bien.

Entretanto, las mesas de alrededor se iban quedando vacías; un camarero vino a apostarse discretamente cerca de ellos; Charles, que se dio por enterado, sacó la bolsa; el pasante lo detuvo agarrándole el brazo e incluso se acordó de dejar, además, algo de calderilla, golpeando el mármol con las dos monedas.

—Me contraría mucho, de verdad —susurró Bovary—, que se gaste usted...

Léon hizo un ademán desdeñoso y rebotante de cordialidad y añadió, cogiendo el sombrero:

—¿Estamos de acuerdo, no? ¿Mañana a las seis?

Charles insistió en que no podía estar fuera de casa más tiempo; pero nada le impedía a Emma...

—Es que... —balbució ésta, con una sonrisa singular— no estoy muy segura de que...

—¡Bueno, pues piénsalo! Ya veremos, la noche es buena consejera...

—Luego le dijo a Léon, que los acompañaba—: Ahora que anda usted por nuestros pagos espero que venga de vez en cuando a pedirnos de cenar.

El pasante afirmó que no dejaría de hacerlo; por lo demás, necesitaba ir a Yonville para un asunto de su bufete. Y se separaron delante del pasaje de Saint-Herbland cuando estaban dando las once y media en la catedral.





Tercera
Parte





Capítulo I





Léon, al tiempo que estudiaba Derecho, había ido más que asiduamente a La Chaumière, donde había tenido incluso mucho éxito con las modistillas, que lo encontraban distinguido. Era un estudiante de lo más decoroso: no llevaba el pelo ni demasiado corto ni demasiado largo, no se gastaba el primer día del mes el dinero del trimestre y tenía buenas relaciones con sus profesores. En cuanto a cometer excesos, siempre se había abstenido, más por pusilánime que por mirado.

Con frecuencia, cuando se quedaba leyendo en su cuarto, o sentado al atardecer bajo los tilos de Le Luxembourg, se le caía de las manos el Código y le volvía el recuerdo de Emma. Pero poco a poco se fue debilitando ese sentimiento y se amontonaron encima otras ansias, aunque persistía, colándose entre ellas; porque Léon no perdía del todo la esperanza y existía para él algo así como una promesa incierta balanceándose en el porvenir igual que una fruta de oro que colgase de alguna fronda fantástica.

Luego, al volver a verla después de tres años de ausencia, se le despertó la pasión. Era necesario, pensó, resolverse al fin a pretender poseerla. Por lo demás, la timidez se le había ido desgastando al contacto con las compañías festivas y regresaba a provincias desprecian-



do todo cuanto no pisara con zapato de charol el asfalto del bulevar. Junto a una parisina vestida de encajes, en el salón de algún doctor ilustre que fuera un personaje condecorado y con coche, el infeliz pasante habría temblado seguramente como un niño; pero aquí, en Ruán, en el puerto, ante la mujer de aquel medicucho, se sentía a gusto, seguro de antemano de que iba a deslumbrarla. El aplomo depende del ambiente en que se ejerza: no hablamos en el piso principal como en el cuarto piso y a la mujer rica parecen rodearla, para guardar su virtud, todos sus billetes de banco, a modo de coraza, metidos en el forro del corsé.

Tras separarse la víspera de los señores Bovary, Léon los había seguido por la calle; luego, al verlos entrar en La Cruz Roja, dio media vuelta y se pasó la noche cavilando un plan.

Al día siguiente, pues, a eso de las cinco, entró en la cocina de la fonda con un nudo en la garganta, las mejillas pálidas y ese talante resuelto de los cobardes a quienes nada detiene.

—El señor no está —le contestó un sirviente.

Le pareció de buen augurio. Subió.

Emma no pareció turbarse al verlo; se disculpó, antes bien, por que se les hubiera olvidado decirle dónde paraban.

—¡Ah, lo he adivinado! —contestó Léon.

—¿Cómo?

Él aseguró que el instinto lo había guiado hacia ella, al azar. Emma sonrió y, en el acto, para reparar aquella bobada, Léon contó que se había pasado la mañana buscándola en todos los hoteles de la ciudad, uno tras otro.

—¿Así que se animó a quedarse? —añadió.

—Sí —dijo ella—; y he hecho mal. No hay que acostumbrarse a los placeres impracticables cuando la rodean a una mil exigencias...

—Sí, ya me imagino...

—De ninguna manera, porque usted no es mujer.

Pero también los hombres tenían sus tribulaciones, y la conversación empezó con unas cuantas reflexiones filosóficas. Emma se extendió mucho sobre el tema de la miseria de los afectos terrenales y el eterno aislamiento en que queda enterrado el corazón.

Para darse a valer, o por una imitación ingenua de aquella melancolía que inducía la suya propia, el joven declaró que había sentido un hastío prodigioso en todo el tiempo que habían durado sus estudios. Los trámites procesales le irritaban, le atraían otras voca-

ciones y su madre lo atosigaba continuamente, en todas las cartas. Al ir especificando ambos los motivos de su dolor, según hablaban se iban exaltando algo más en aquella confidencia progresiva. Pero a veces se retraían de exponer del todo lo que pensaban e intentaban entonces que se les ocurriese una frase que, no obstante, pudiera traducirlo. Ella no confesó la pasión que había sentido por otro; él no dijo que la había olvidado.

Era posible que él no se acordase ya de sus cenas, después de los bailes de carnaval, con mujeres disfrazadas con pantalones; y seguramente ella no se acordaba de las citas de hacía tiempo, cuando corría por las mañanas entre la hierba hacia la mansión de su amante. Los ruidos de la ciudad apenas si les llegaban; y la habitación parecía pequeña, como hecha ex profeso para que fuera aún más recoleto su aislamiento. Emma, que llevaba una bata de bombasí, apoyaba el moño contra el respaldo de un sillón viejo; el papel amarillo de la pared formaba por detrás como un fondo de oro; y la cabeza destocada se repetía en el espejo, con la raya blanca en medio y el filo de las orejas asomando de los bandós.

—Pero ¡discúlpeme! —dijo—. ¡Hago mal! ¡Lo estoy aburriendo con mis eternas quejas!

—¡No! ¡Eso nunca, nunca!

—¡Si supiera —añadió ella, alzando al techo los hermosos ojos donde rodaba una lágrima— todo lo que había soñado!

—¡Y yo también! ¡Ay, he sufrido tanto! Muchas veces salía, iba por ahí, a rastras a lo largo de los muelles, aturdiéndome con el ruido de la muchedumbre sin poder desterrar la obsesión que me perseguía. Hay en los bulevares, en una tienda de grabados, uno, italiano, que representa a una musa. Va envuelta en una túnica, mira la luna y lleva nomeolvides en la melena suelta. Algo me empujaba hacia allí continuamente; he pasado en ese sitio horas enteras. —Luego, con voz trémula—: Se parecía un poco a usted.

La señora Bovary volvió la cabeza para que no le viera en los labios la irresistible sonrisa que notaba que le asomaba.

—Muchas veces —siguió diciendo él— le escribía cartas y luego las rompía.

Ella no contestaba. Él prosiguió:

—A veces me imaginaba que una casualidad la llevaría hasta allí. Creía reconocerla al volver las esquinas; y corría detrás de todos los coches de punto por cuya ventanilla flotaba un chal o un velo pare-



cido a los suyos...

Emma parecía decidida a dejarle hablar sin interrumpirlo. Con los brazos cruzados y la cabeza gacha, se miraba atentamente la roseta de las zapatillas y movía levemente, a intervalos, dentro del raso, los dedos del pie.

Pero, sin embargo, suspiró:

—Lo más lamentable, ¿verdad?, es arrastrar como yo una existencia inútil. ¡Si nuestros dolores pudieran valerle a alguien, nos consolaría pensar en el sacrificio!

Léon empezó a alabar la virtud, el deber y las inmolaciones silenciosas, pues él tenía también una necesidad increíble de abnegación que no conseguía saciar.

—Me gustaría mucho —dijo Emma— ser monja en un hospital.

—Por desgracia —contestó él— para los hombres no hay misiones santas como ésta y no veo por parte alguna un oficio... a excepción, quizá, del de médico...

Encogiéndose un poco de hombros, Emma lo interrumpió para lamentarse de su enfermedad, de la que había estado a punto de morir. ¡Qué lástima! A estas alturas ya habría dejado de sufrir. Léon en el acto envidió la paz del sepulcro: una noche, incluso, había hecho testamento, disponiendo que lo enterrasen envuelto en aquel cubrepiés tan bonito con tiras de terciopelo que ella le había regalado; porque así es como querrían haber sido y se fabricaban los dos un ideal al que ajustaban ahora su vida anterior. Por lo demás, la palabra es una laminadora que estira siempre los sentimientos.

Pero, al llegar a ese hallazgo del cubrepiés, preguntó ella:

—¿Y eso por qué?

—¿Por qué?

Léon titubeaba.

—¡Porque la quise mucho!

Y, congratulándose de haber superado la dificultad, Léon la miró a la cara con el rabillo del ojo.

Fue como el cielo cuando una ráfaga de viento dispersa las nubes. La acumulación de pensamientos tristes que los ensombrecían parecieron retirarse de los ojos azules; se le puso el rostro radiante.

El esperaba. Ella contestó por fin:

—Siempre lo sospeché...

Entonces se refirieron a los sucesos menudos de aquella existencia remota, cuyos placeres y melancolías acababan de resumir en una

sola palabra. Léon se acordaba de las bóvedas de clemátides, de los vestidos que llevaba, de los muebles de su cuarto, de la casa entera.

—¿Y dónde están nuestros pobres cactus?

—Los mató el frío este invierno.

—¡Ay, no sabe cuánto me he acordado de ellos! Los volvía a ver muchas veces como antes, cuando, en las mañanas de verano, daba el sol en las celosías... y veía cómo sus brazos, desnudos, asomaban entre las flores.

—¡Mi pobre amigo! —dijo Emma, alargándole la mano.

Léon se apresuró a apoyar en ella los labios con insistencia. Luego, tras respirar hondo, dijo:

—Usted era para mí en aquel tiempo no sé qué fuerza incomprendible que dominaba mi vida. En una ocasión, por ejemplo, fui a su casa; pero seguramente no se acuerda, ¿verdad?

—Sí que me acuerdo —dijo ella—. Siga.

—Estaba abajo, en el vestíbulo, lista para salir, en el peldaño de arriba; y llevaba un sombrero de florecitas azules; sin que me lo pidiera la acompañé, a pesar mío. A cada minuto, sin embargo, era cada vez más consciente de lo tonto que era y seguía andando a su lado, sin atreverme del todo a seguirla, y sin querer separarme de usted. Cuando entraba en una tienda, me quedaba en la calle, la miraba por los cristales quitarse los guantes y contar las monedas encima del mostrador. Luego llamó en casa de la señora Tuvache, le abrieron, y me quedé como un estúpido delante de la puerta, grande y pesada, que se había cerrado tras entrar usted.

La señora Bovary, al oírlo, se asombraba de ser tan vieja: todas aquellas cosas que volvían le parecía que aumentaban su existencia; eran como unas inmensidades sentimentales hacia las que retrocedía; y decía, de vez en cuando, en voz baja y con los párpados entornados:

—Sí, ¡es verdad!... ¡Es verdad!... Es verdad...

Oyeron dar las ocho en los diversos relojes del barrio de Beauvoisine, que está lleno de internados, de iglesias, de palacetes abandonados. Habían dejado de hablar; pero notaban, al mirarse, un zumbido en la cabeza, como si algo sonoro les hubiera brotado a los dos de la mirada fija. Acababan de unir las manos; y el pasado, el porvenir, las reminiscencias y los sueños, todo se mezclaba en la dulzura de aquel éxtasis. Las sombras se adensaban en las paredes, donde brillaban aún, medio perdidos entre la oscuridad, los colores chillones de cua-



tro cromos que representaban cuatro escenas de *La torre de Nesle*¹ con unos pies en español y en francés. Por la ventana de guillotina se veía una esquina de cielo negro entre tejados puntiagudos.

Emma se puso de pie para encender dos velas encima de la cómoda y volvió a sentarse.

—Y bien... —dijo Léon.

—¿Y bien? —contestó ella.

Léon estaba pensando en cómo reanudar el diálogo interrumpido cuando Emma le dijo:

—¿A qué se debe que nadie hasta ahora me haya manifestado nunca sentimientos así?

El pasante protestó exclamando que costaba entender a los caracteres ideales. Él la había querido desde la primera vez que la vio; y se desesperaba pensando en lo dichosos que habrían sido si, por un favor del azar, se hubieran conocido antes y se hubieran unido de forma indisoluble.

—A veces lo he pensado —añadió ella.

—¿Qué sueño! —susurró Léon. Y jugueteando con delicadeza con el ribete azul del largo cinturón blanco de Emma, añadió—: ¿Y quién nos impide que volvamos a empezar...?

—No, amigo mío —respondió ella—. Soy demasiado vieja... y usted es demasiado joven... ¡Olvideme! Otras lo querrán... y usted las querrá.

—¡No como a usted! —exclamó Léon.

—¿Qué niño es! ¡Vamos, sea sensato! ¡Quiero que lo sea!

Le explicó que aquel amor era imposible y que debían quedarse, como antes, en los simples términos de una amistad fraterna.

¿Lo decía en serio? Seguramente la propia Emma no lo sabía, pendiente del encanto de la seducción y de la necesidad de defenderse; y, mientras contemplaba al joven con mirada enternecida, rechazaba con suavidad las caricias que él intentaba con manos trémulas.

—¡Ay, perdón! —dijo él, retrocediendo.

Y a Emma le entró un temor inconcreto al ver aquella timidez, más peligrosa para ella que el atrevimiento de Rodolphe cuando se le acercaba con los brazos abiertos. Nunca le había parecido tan guapo ningún hombre. Brotaba de su comportamiento un candor ex-

quisito. Bajaba las pestañas largas, finas y curvadas. Las mejillas, de epidermis suave, se arrebolaban —pensaba Emma— con el deseo que ella le inspiraba; y notaba un deseo irresistible de poner los labios en ellas. Entonces, inclinándose hacia el reloj de sobremesa como para mirar la hora, dijo:

—¿Qué tarde es, Dios mío! ¡La de tiempo que llevamos charlando!

Léon entendió la indirecta y buscó el sombrero.

—¡Si hasta se me ha olvidado el teatro! ¡Y el pobre Bovary que me había dejado aquí para eso! Iba a llevarme, con su mujer, el señor Lormeaux de la calle Grand-Pont.

Y ya no había otra oportunidad, porque se iba a la mañana siguiente.

—¿De verdad? —dijo Léon.

—Sí.

—Pero tengo que verla otra vez pese a todo —siguió diciendo Léon—, tenía que decirle...

—¿Qué? —Algo... importante, serio. ¡Y, además, no, no se irá, es imposible! Si supiera... ¡Escúcheme! ¿Es que no lo ha entendido? ¿Es que no ha adivinado?

—Y eso que habla usted muy bien —dijo Emma.

—¡Ay, bromas! ¡Basta, basta! Por compasión, arregle las cosas para que la vea otra vez. una vez más... solo una.

—Pues... Se quedó callada y luego, como cambiando de opinión:

—¡Ay, no, aquí no!

—Donde quiera.

—¿Le parece bien que...?

Pareció pensarlo y dijo, con tono cortante:

—Mañana a las once, en la catedral.

—¡Allí estaré! —exclamó Léon, asiéndole las manos, pero ella se soltó.

Y, como estaban ambos de pie, él detrás de ella y Emma con la cabeza agachada, Léon se inclinó hacia su cuello y le dio un beso largo en la nuca.

—Pero ¡está loco! ¡Ay, está loco! —decía ella con risitas sonoras, mientras llovían los besos.

Entonces, alargando la cabeza por encima del cuello de Emma, Léon pareció buscar un consentimiento en sus ojos, que se posaron en él rebosantes de majestad gélida.

Léon retrocedió tres pasos para irse. Se quedó en el umbral. Lue-

¹ Drama romántico de Alexandre Dumas (1832).



go cuchicheó con voz trémula:

—Hasta mañana.

Ella contestó con un ademán de la cabeza y desapareció como un pájaro en la habitación de al lado.

Emma le escribió al pasante por la noche una carta interminable en que se desdecía de la cita: ahora había concluido ya todo y, por la dicha de ambos, no debían verse más. Pero, tras cerrar la carta, no supo qué hacer, porque no tenía las señas de Léon.

«Se la daré mañana en mano —se dijo—. Vendrá.»

Léon, a la mañana siguiente, con la ventana abierta y tarareando en el balcón, se lustró personalmente los zapatos con varias capas de charol. Se puso un pantalón blanco, calcetines finos y un frac verde; se echó en el pañuelo todas las esencias que tenía y, luego, tras ir a que le rizasen el pelo, se lo desrizó para darle mayor elegancia natural.

«¡Todavía es muy pronto!», pensó, al mirar el reloj de cuco del peluquero, que marcaba las nueve.

Leyó un figurín atrasado, salió, se fumó un puro, recorrió tres calles, pensó que ya era la hora y fue despacio hacia la plaza de la catedral.

Era una hermosa mañana de verano. Relucían los artículos de plata en los comercios de los orfebres y la luz que caía oblicuamente en la catedral dejaba reflejos en las separaciones de las piedras grises; un tropel de pájaros revoloteaba en el cielo azul, alrededor de los pináculos trifoliados; la plaza, donde retumbaban gritos, olía a las flores que bordeaban el empedrado: rosas, jazmines, claveles, narcisos y nardos, distribuidos desigualmente por zonas verdes y húmedas, valeriana y pamplinas; en el centro, gorgoteaba la fuente y, debajo de unos paraguas grandes, entre melones cantaloup amontonados en pirámides, unas vendedoras con la cabeza al aire envolvían en papel ramos de violetas.

El joven cogió uno. Era la primera vez que le compraba flores a una mujer; y, al olerlas, se le hinchó el pecho de orgullo, como si aquel homenaje destinado a otra persona hubiera recaído, de rebote, en él.

Pero temía que lo vieran y entró resueltamente en la iglesia.

El pertiguero estaba en ese momento en el umbral, en el centro

del pórtico de la izquierda, debajo de Mariamna² bailando, con el plumero en la cabeza y la espada pegada a la pantorrilla, más majestuoso que un cardenal y reluciente como un santo cáliz.

Se acercó a Léon y, con esa sonrisa de empalagosa benignidad que ponen los sacerdotes cuando hacen preguntas a los niños, le dijo:

—El señor no debe de ser de aquí. ¿Quiere ver el señor las curiosidades de la iglesia?

—No —dijo Léon.

Empezó por dar la vuelta a las naves laterales. Fue luego a echar un vistazo a la plaza. Emma no llegaba. Subió al coro.

La nave se miraba en el espejo de las pilas llenas de agua bendita, junto con el comienzo de las ojivas y algunas partes de las vidrieras. Pero el reflejo de los dibujos, al quebrarse en el borde del mármol, seguía más allá, por el enlosado, como una alfombra abigarrada. La luz clara del exterior se estiraba por la iglesia en tres rayos gigantescos que entraban por los tres pórticos abiertos. De vez en cuando pasaba, al fondo, un sacristán, haciendo, ante el altar, la genuflexión oblicua de los devotos con prisas. Las arañas de cristal pendían, inmóviles. En el coro ardía una lámpara de plata; y, de las capillas laterales, de las zonas oscuras de la iglesia, se escapaba a veces algo así como la exhalación de un suspiro al tiempo que el ruido de una verja que se cerraba y cuyo eco retumbaba en las elevadas bóvedas.

Léon andaba, con paso circunspecto, pegado a las paredes. Nunca le había parecido tan grata la vida. Ella llegaría dentro de un rato, encantadora, alterada, espionando a sus espaldas las miradas que la seguían; y con aquel vestido de volantes y los lentes de oro y las botinas de tela fina, envuelta en toda clase de elegancias de las que él no había disfrutado, y con la inefable seducción de la virtud que sucumbe. La iglesia, como un tocador enorme, se ordenaba a su alrededor; las bóvedas se inclinaban para recoger, en la sombra, la confesión de su amor; las vidrieras resplandecían para iluminarle la cara, y los incensarios arderían para que apareciera como un ángel, entre el humo de los aromas.

Pero no llegaba. Léon tomó asiento en una silla y su mirada se posó en una vidriera azul donde se veían unos barqueros que llevan

² Mujer de Herodes el Grande. En algunas ediciones de la novela aparece Marianne en vez de Mariamne. De hecho, la escena representa el baile de Salomé.



cestas. La estuvo mirando atentamente mucho rato y contaba las escamas de los peces y los ojales de los jubones, mientras su pensamiento vagabundeaba en busca de Emma.

El pertiguero, apartado, se indignaba en su fuero interno con aquel individuo que se permitía admirar la catedral por su cuenta. Le parecía que se comportaba de forma monstruosa, que le estaba robando, como quien dice, y que casi cometía un sacrilegio.

Pero un frufú de seda en las baldosas, el borde de un sombrero, un camafeo negro... ¡Era ella! Léon se puso de pie y corrió a su encuentro.

Emma estaba pálida. Andaba deprimida.

—¡Lea! —dijo, alargándole un papel—. ¡Ay, no!

Y, de repente, retiró la mano para meterse en la capilla de la Virgen, donde, arrodillándose pegada a una silla, se puso a rezar.

Al joven le irritó aquel capricho de beata; pero, no obstante, le pareció encantador hasta cierto punto verla, en plena cita, absorta así en los rezos como una marquesa andaluza; no tardó luego en aburrirse, porque Emma se eternizaba.

Rezaba, efectivamente, o más bien se esforzaba en rezar con la esperanza de que le llegaría del cielo alguna decisión súbita; y, para recabar la ayuda divina, se llenaba la vista con los esplendores del sagrario, olía el perfume de los alhelíos blancos, rozagantes en los grandes jarrones, y atendía al silencio de la iglesia, que no conseguía sino incrementar el tumulto que tenía en el corazón.

Se incorporó y ya se marchaban cuando el pertiguero se acercó deprimida, diciendo:

—¡La señora no es de aquí, seguramente! ¿Quiere la señora ver las curiosidades de la catedral?

—¡Que no! —exclamó el pasante.

—¿Por qué no? —respondió ella.

Porque se aferraba, con su virtud titubeante, a la Virgen, a las esculturas, a los sepulcros, a todas las ocasiones.

Entonces, para ir por orden, el pertiguero los llevó a la entrada, cerca de la plaza, donde les señaló con el bastón un redondel grande de losas negras, sin nada escrito ni grabado.

—Ésta es —dijo majestuosamente— la circunferencia de la hermosa campana de Amboise. Pesaba cuarenta mil libras. No había otra igual en toda Europa. El operario que la fundió se murió de la alegría...

—Vámonos —dijo Léon.

El buen hombre echó a andar; luego, al llegar otra vez a la capilla de la Virgen, extendió el brazo en un ademán amplio de presentación y, más ufano que un propietario rural que enseña las espalderas, dijo:

—Esta piedra tan sencilla cubre a Pierre de Brézé, señor de La Varenne y de Brissac, gran mariscal de Poitou y gobernador de Normandía, que murió en la batalla de Montlhéry el 16 de julio de 1465.

Léon se mordía los labios y daba pataditas de impaciencia.

—Y, a la derecha, ese caballero acorazado de arriba abajo, montado en un caballo que se encabrita, es su nieto, Louis de Brézé, señor de Breval y de Montchauvet, conde de Maulevrier, barón de Mauny, chambelán del rey, caballero de la Orden y gobernador también de Normandía, que murió el 23 de julio de 1531, que era domingo, como pone en la inscripción; y, debajo, ese hombre a punto de bajar a la tumba es exactamente el mismo. No resulta posible, ¿verdad?, hallar una representación más perfecta de la nada.

La señora Bovary echó mano de los lentes. Léon, quieto, la miraba y ni siquiera intentaba ya decir algo, hacer un solo gesto, de tan desanimado como lo tenía esa doble determinación de verborrea y de indiferencia.

El guía sempiterno seguía:

—A su lado, esa mujer arrodillada que llora es su mujer, Diane de Poitiers, condesa de Brézé, duquesa de Valentinois, nacida en 1499 y muerta en 1566; y, a la izquierda, la mujer con el niño en brazos es la Santísima Virgen. Ahora miren hacia allá; ésos son los sepulcros de los De Amboise. Ambos fueron cardenales y arzobispos de Ruán. Aquél era ministro del rey Luis XII e hizo mucho por la catedral. Aparecieron en su testamento treinta mil escudos de oro para los pobres.

Y, sin detenerse mientras seguía andando, los empujó hacia una capilla atestada de barandillas, movió unas cuantas y dejó a la vista una especie de bloque que podría haber sido una escultura torpemente hecha.

—Antaño —dijo con un prolongado gemido—, decoraba la tumba de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Fueron los calvinistas, caballero, quienes la dejaron en el estado en que la ve. Por maldad la enterraron debajo del trono episcopal de Su Ilustrísima. Miren, ésa es la puerta por la que Su Ilustrísima va a sus aposentos. Vamos a ver las vidrieras del dragón.



Pero Léon se sacó vehemente una monedita del bolsillo y agarró a Emma del brazo. El pertiguero se quedó estupefacto de esa munificencia intempestiva, siendo así que al forastero le quedaban aún tantas cosas por ver. Así que lo llamó:

—¡Eh, caballero! ¡La flecha! ¡La flecha!

—Gracias —dijo Léon.

—¡Hace mal el señor! Va a medir cuatrocientos cuarenta pies, nueve menos que la gran pirámide de Egipto. Es toda ella de fundición, es...

Léon salió huyendo; porque le parecía que aquel amor suyo que llevaba casi dos horas inmovilizado en la iglesia, igual que las piedras, iba ahora a evaporarse como el humo por aquella especie de tubo truncado, de jaula oblonga, de chimenea calada que se aventura de forma tan grotesca encima de la catedral, como si fuera el intento extravagante de un artesano chapucero y fantasioso.

—Pero ¿adónde vamos? —decía Emma.

Léon seguía andando, sin responderle, con paso veloz, y ya estaba ella metiendo el dedo en el agua bendita cuando oyeron a sus espaldas un sonoro jadeo que interrumpía a intervalos regulares el rebotar de un bastón. Léon se volvió:

—¡Caballero!

—¿Qué?

Y reconoció al pertiguero, que llevaba debajo del brazo y en equilibrio contra el vientre alrededor de veinte volúmenes gruesos en rústica. Eran las obras que hablaban de la catedral.

—¡Imbécil! —refunfuñó Léon, abalanzándose fuera de la iglesia.

Un pilluelo andaba haciendo de las suyas en la plaza.

—¡Ve a buscarme un coche de punto!

El niño se fue como una bala por la calle de Les Quatre-Vents; se quedaron entonces a solas unos minutos, cara a cara y un tanto apurados.

—¡Ay! Léon... la verdad... no sé... si debo...

—Lo decía con tono melindroso. Luego, con expresión seria—: Es muy incorrecto, ¿sabe?

—¿Por qué? —contestó el pasante—. ¡En París se hace!

Y esta frase, como si fuera un argumento irresistible, la decidió.

Pero el coche de punto no acababa de llegar. Léon temía que Emma volviera a meterse en la iglesia. Por fin apareció el coche.

—¡Salgan por lo menos por el pórtico norte! —les gritó el perti-

guero, que se había quedado en el umbral—. Para ver la Resurrección, el Juicio Final, el Paraíso, el rey David, y los Réprobos entre las llamas del infierno.

—¿Dónde va el señor? —preguntó el cochero.

—Donde quiera —dijo Léon, metiendo a Emma a empujones en el coche.

Y el pesado carruaje echó a andar.

Bajó por la calle Grand-Pont, cruzó la plaza de Les Arts, el muelle Napoléon, el Pont Neuf, y se detuvo en seco delante de la estatua de Pierre Corneille.

—¡Siga! —dijo una voz que salía del interior.

El coche arrancó otra vez y, siguiendo desde la glorieta de La Fayette por la cuesta abajo, entró a galope tendido en la estación de ferrocarril.

—¡No, siga recto! —gritó la misma voz.

El coche salió de las verjas y no tardó, tras llegar al paseo, en ir trotando despacio, entre unos olmos altos. El cochero se enjugó la frente, se puso entre las piernas el sombrero de cuero y guió el coche fuera de los paseos laterales, a la orilla del agua, junto al césped.

Fue bordeando el río, cruzó de un salto Quatremares, Sotteville, la Grande-Chaussée, la calle de Elbeuf, y se paró por tercera vez delante del Jardín Botánico.

—¡Siga! —exclamó la voz con tono más empeinado.

Y, acto seguido, reanudando la marcha, el coche pasó por Saint-Sever, luego por el muelle de Les Curandiers, por el muelle de Les Meules, otra vez por el puente, por la plaza de Le Champ-de-Mars y por detrás de los jardines del hospital, donde unos ancianos con chaqueta negra paseaban al sol a lo largo de una terraza verde de hiedra. Subió por el bulevar de Bouvreuil, recorrió el bulevar Cauchoise, luego el Mont-Ribudet entero, hasta la cuesta de Deville.

Dio media vuelta; y entonces, sin propósito determinado ni dirección, anduvo vagabundeando. Lo vieron en Saint-Pol, en Lescure, en el monte Gargan, en La Rouge-Marc y en la plaza de Le Gaillardbois; en la calle de Maladrerie, en la calle de Dinanderie, delante de Saint-Romain, de Saint Vivien, de Saint-Maclou, de Saint-Nicaise; delante de la Aduana; en la plaza de La Basse-Vieille-Tour, en Les Trois-Pipes y en el Cementerio Monumental. De vez en cuando, el cochero miraba las tabernas con desesperación, desde el pescante. No entendía qué gusto desaforado por la locomoción impulsaba a



aquellos individuos a no querer detenerse. Lo intentaba a ratos y, en el acto, oía cómo brotaban a su espalda exclamaciones airadas. Entonces fustigaba a más y mejor a sus caballejos sudorosos, pero sin fijarse en los baches, tropezando acá y acullá sin que le importase, desmoralizado y llorando casi de sed, de cansancio y de tristeza.

Y en el puerto, entre camiones y barriles, y por las calles, y en las esquinas con guardacantones, los vecinos abrían los ojos de par en par, pasmados ante aquel hecho tan extraño en provincias, un coche con las cortinillas bajadas que aparecía una y otra vez, más cerrado que una sepultura y dando tumbos como un barco.

Una vez, mediado el día, en pleno campo, en el momento en que el sol pegaba más fuerte en los viejos faroles plateados, una mano desenguantada asomó por debajo de las cortinillas de tela amarilla y arrojó unos trozos de papel, que el viento dispersó y fueron a caer algo más lejos, como mariposas blancas, en un campo de tréboles rojos en flor.

Luego, a eso de las seis, el coche se detuvo en una callejuela del barrio de Beauvoisine y bajó una mujer que caminaba con el velo bajado, sin volver la cabeza.



Capítulo II





Al llegar a la fonda, la señora Bovary se quedó extrañada al no ver la diligencia. Hivert, que la había estado esperando cincuenta y tres minutos, había acabado por marcharse.

Nada la obligaba a irse, sin embargo; pero había dado su palabra de que estaría de regreso esa misma noche. Y además Charles la estaba esperando; y ya notaba en el corazón esa cobarde docilidad que es, para muchas mujeres, algo así como el castigo y, a la vez, el precio de redención del adulterio.

Hizo de prisa el baúl, pagó la cuenta, tomó un cabriolé en el patio y, metiendo prisa al cochero, dándole ánimos, preguntando cada minuto la hora y cuántos kilómetros llevaban recorridos, consiguió alcanzar a La Golondrina a la altura de las primeras casas de Quincampoix.

No bien estuvo sentada en su rincón, cerró los ojos y volvió a abrirlos en la parte de abajo de la cuesta, donde reconoció de lejos a Félicité, que estaba apostada delante de la casa del herrador. Hivert tiró de las riendas de los caballos y la cocinera, poniéndose de puntillas para llegar al montante, dijo misteriosamente:

—Señora, tiene que ir enseguida a casa del señor Homais. Es algo que corre prisa.

El pueblo estaba callado, como de costumbre. En las esquinas de las calles había montoncitos color de rosa que humeaban, porque



era la temporada de las mermeladas y todo el mundo en Yonville preparaba su remesa el mismo día. Pero delante de la botica podía admirarse un montón mucho mayor y que dejaba atrás a los otros por la superioridad que corresponde a un laboratorio frente a los fogones de una casa burguesa y a una necesidad general frente a los caprichos individuales.

Emma entró. El sillón grande estaba volcado, e incluso El Fanal de Ruán andaba por los suelos, extendido entre los dos morteros. Empujó la puerta del pasillo; y, en medio de la cocina, entre las cantarillas pardas llenas de granos de grosella, del azúcar molido, del azúcar en terrones, de las balanzas encima de la mesa y de los peroles a la lumbre, vio a todos los Homais, mayores y pequeños, con unos delantales hasta la barbilla y unos tenedores en la mano. Justin, a pie firme, agachaba la cabeza; y el boticario voceaba:

—¿Y a ti quién te mandaba ir a buscarlo al camaranchón?

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Que qué pasa? —contestó el boticario—. Estamos haciendo mermelada; se está cociendo, pero iba a salirse porque hervía mucho y he pedido otro perol. ¡Y entonces éste, por flojedad, por pereza, fue a coger la llave del camaranchón, que tengo en el laboratorio, colgada de un clavo! Así llamaba el boticario a un cuartito que estaba debajo del tejado, repleto de los utensilios y de los productos del oficio. Con frecuencia se pasaba allí las horas muertas pegando etiquetas, trasvasando, volviendo a cerrar; y lo consideraba no un simple almacén, sino un auténtico santuario de donde salían luego, elaborados con sus propias manos, todo tipo de píldoras, bolos, tisanas, lociones y pociones, que propalaban su fama por las intermediaciones. Nadie en el mundo ponía allí los pies; y él le tenía tanto respeto a aquel sitio que lo barría personalmente. En resumidas cuentas, la botica, abierta al primero que llegara, era el lugar donde exhibía su vanidad, pero el camaranchón era el refugio donde se absorbía egoístamente. Homais se deleitaba en él entregándose a sus actividades predilectas; en consecuencia, el atolondramiento de Justin le parecía de una irreverencia monstruosa; y, más encendido que las grosellas, repetía:

—¡Sí, del camaranchón! ¡La llave con la que encierro los ácidos y los álcalis cáusticos! ¡Mira que haber ido a coger un perol de reserva! ¡Un perol con tapadera! ¡Del que a lo mejor no echo mano nunca! ¡Todo tiene su importancia en las operaciones delicadas de nuestra arte! Pero ¡qué demonios, hay que distinguir y no utilizar para usos



casi domésticos las cosas destinadas a usos farmacéuticos! Es casi lo mismo que trinchar una pularda con un escalpelo, como si un magistrado...

—Pero ¡cálmate! —decía la señora Homais.

Y Athalie le tiraba de la levita:

—¡Papá! ¡Papá!

—¡No, dejadme! —seguía el boticario—. ¡Dejadme, carape! ¡Para esto, mejor hacerse tendero de ultramarinos, la verdad! ¡Anda, no respetes nada! ¡Rompe! ¡Destroza! ¡Suelta las sanguijuelas! ¡Quema el malvavisco! ¡Pon en vinagre los pepinillos en los botes de farmacia! ¡Haz tiras las vendas!

—Pero ¿no tenía usted que...? —dijo Emma.

—¡Luego! ¿Sabes a qué te estabas exponiendo?... ¿No has visto nada en el rincón de la izquierda, en el tercer estante? ¡Habla, contesta, articula una palabra!

—No... no sé —balbució el muchachito.

—¡Ah! ¡Conque no lo sabes! Pues ¡yo sí que lo sé! Has visto una botella de cristal azul, sellada con cera amarilla, en la que hay un polvo blanco y en la que puse incluso: «¡Peligro!». ¿Y sabes lo que había dentro? ¡Arsénico! ¡Y eso es lo que has ido a tocar! ¡Y has cogido un perol que estaba al lado!

—¡Al lado! —exclamó la señora Homais, juntando las manos—. ¿Arsénico? ¡Podrías habernos envenenado a todos!

Y los niños empezaron a pegar chillidos como si estuvieran sintiendo ya atroces dolores en las entrañas.

—¡O envenenar a un enfermo! —proseguía el boticario—. ¿Es que querías enviarme al banquillo de los asesinos en el tribunal de lo criminal? ¿Ver cómo me llevaban a rastras al patíbulo? ¿Acaso no sabes el cuidado que pongo en las manipulaciones aunque esté tremendamente acostumbrado? ¡Con frecuencia me espanto cuando me acuerdo de la responsabilidad que tengo! ¡Porque el gobierno nos persigue y la absurda legislación por la que nos regimos es una auténtica espada de Damocles que tenemos colgada encima de la cabeza!

A Emma ni se le ocurría ya preguntar qué querían de ella; y el boticario seguía hablando entre jadeos:

—¿Así es como agradeces las bondades que tenemos contigo? ¿Ésta es la recompensa por los desvelos paternos que te prodigo? Porque ¿dónde estarías sin mí? ¿Qué harías? ¿Quién te proporcio-



na el alimento, la educación, la ropa y todos los medios para que te incluyas un día de forma honorable en las filas de la sociedad? Pero para eso hay que sudar la gota gorda y, como suele decirse, dar el callo. *Fabricando fit faber, age quod agis*¹.

Estaba tan exasperado que soltaba citas en latín. En chino y en groenlandés las habría soltado si hubiera sabido esas lenguas; porque estaba teniendo uno de esos ataques en que el alma entera deja ver por igual todo cuanto se encierra en ella, lo mismo que el océano, que, en las tempestades, se abre en parte desde los fucos de la orilla hasta la arena de los abismos.

Y siguió diciendo:

—¡Estoy empezando a arrepentirme una barbaridad de haberme hecho cargo de ti! ¡Está claro que habría hecho mejor dejando que te pudieras en la miseria y la mugre en que naciste! ¡No valdrás nunca sino para cuidar animales con cuernos! ¡No tienes dote alguna para las ciencias! ¡Apenas si sabes pegar una etiqueta! ¡Y vives aquí, en mi casa, como un canónigo, y te tenemos en palmitas, y te lo pasas tan ricamente!

Pero Emma, volviéndose hacia la señora Homais, dijo:

—Me han dicho que viniera...

—¡Ay, Dios mío! —la interrumpió con cara de tristeza la bondadosa señora—. ¿Cómo se lo diría?... ¡Ha ocurrido una desgracia!

No concluyó. El boticario decía con voz tonante:

—¡Vacíalo! ¡Ráspalo! ¡Llévalo a su sitio! ¡Y date prisa!

Y, al zarandear a Justin agarrándolo por el cuello del blusón, se le cayó a éste un libro del bolsillo.

El niño se agachó. Homais fue más rápido y, tras recoger el tomo, lo estaba mirando con los ojos fuera de las órbitas y la mandíbula caída.

—¡El amor... conyugal! —dijo, separando despacio ambas palmas—.

¡Ah, muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bonito! ¡Y con grabados!... ¡Ah, esto pasa de castaño oscuro!

La señora Homais se acercó.

—¡No! ¡No lo toques!

Los niños querían ver los santos.

—¡Fuera de aquí! —dijo Homais imperiosamente.

Y se fueron.

El boticario empezó por dar paseos arriba y abajo, a zancadas, con el libro abierto a medias en las manos, girando los ojos en las órbitas, sin resuello, tumefacto, apoplético.

—Pero ¿es que tienes todos los vicios, desdichado?... ¡Ten cuidado, que vas por muy mal camino!... ¿No se te ha ocurrido que este libro infame podía caer en manos de mis hijos, ponerlos sobre aviso, empañar la pureza de Athalie, corromper a Napoléon? Está ya formado como un hombre. ¿Estás seguro al menos de que no lo han leído? ¿Me lo puedes garantizar...?

—Pero, bueno, señor mío —dijo Emma—, ¿no tenía algo que decirme...?

—Es verdad, señora... ¡Se ha muerto su suegro!

Efectivamente, el padre del señor Bovary había fallecido dos días antes, de repente, de un ataque de apoplejía, según se levantaba de la mesa; y, por exceso de precaución con la sensibilidad de Emma, Charles había rogado al señor Homais que le comunicara, con muchos miramientos, tan tremenda noticia.

Homais se había estado pensando la frase, la había limado, pulido, dado ritmo; era una obra maestra de prudencia y de transiciones, de giros exquisitos y de delicadeza; pero la ira se había llevado la retórica por delante.

Emma renunció a conseguir que le diera algún detalle y salió, pues, de la botica; porque el señor Homais había vuelto a sus vituperaciones. No obstante, se iba calmando y, ahora, refunfuñaba con tono benevolente, mientras se abanicaba con el gorro griego:

—¡Y no es que me parezca mal del todo la obra! El autor era médico. Tiene algunos aspectos científicos de los que no le viene mal a un hombre estar enterado y hasta me atrevería a decir que un hombre tiene que estarlo. Pero ¡más adelante, más adelante! Espera por lo menos a llegar a hombre y a que se te haya formado el temperamento.

Al golpe de llamador de Emma, Charles, que la estaba esperando, acudió con los brazos abiertos y le dijo con voz llorosa:

—¡Ay, querida...!

Y se inclinó con suavidad para besarla. Pero, al notar el contacto de sus labios, se adueñó de ella el recuerdo del otro hombre; y se pasó la mano por la cara estremeciéndose, en tanto que contestaba:

1 «Trabajando en la fragua se hace el hierro. No te distraigas.»

—Sí, ya lo sé... ya lo sé...

Charles le enseñó la carta donde su madre le refería el suceso sin la menor hipocresía sentimental. Lo único que lamentaba era que su marido no hubiera recibido los auxilios espirituales de la religión, ya que se había muerto en Deauville, por la calle, en el umbral de un café, tras un almuerzo patriótico con oficiales retirados.

Emma le devolvió la carta; luego, a la hora de la cena, fingió, por corrección, que no tenía apetito. Pero, como Charles le insistía, empezó a comer muy decidida, mientras que él, enfrente y en postura apesadumbrada, no se movía.

De vez en cuando alzaba la cabeza y le dirigía una mirada larga y colmada de desamparo. En una ocasión, suspiró.

—¡Me habría gustado volver a verlo!

Emma callaba. Por fin, dándose cuenta de que tenía que decir algo, preguntó:

—¿Qué edad tenía tu padre?

—¡Cincuenta y ocho años!

—¡Ah!

Pasó un cuarto de hora y Charles añadió:

—¡Mi pobre madre! ¿Qué va a ser de ella ahora?

Emma hizo un gesto de ignorancia.

Al verla tan taciturna, Charles supuso que estaba afligida y se esforzaba en no decir nada para no avivar ese dolor que lo enternecía. En cambio, dando de lado el suyo propio, preguntó:

—¿Te divertiste ayer?

—Sí.

Cuando quitaron la mesa, Bovary no se levantó, ni Emma tampoco; y, según lo iba mirando, la monotonía de aquel espectáculo iba desterrando de su corazón cualquier sentimiento compasivo. Le parecía canijo, débil, negado, un pobre hombre, en fin, lo mirase por donde lo mirase. ¿Cómo librarse de él? ¡Qué velada interminable! La tenía entumecida algo tan estupefaciente como un vapor de opio.

Oyeron en el vestíbulo el ruido seco de un bastón en el suelo de tarima. Era Hippolyte, que traía el equipaje de la señora. Para descargarlo hizo penosamente un giro de noventa grados con la pata de palo.

«¡Ni se acuerda ya de que la tiene!», se decía Emma, mirando al infeliz, al que le corría el sudor por el abundante pelo pelirrojo.

Bovary estaba buscando unos céntimos en el fondo de la bolsa; y,

sin que pareciera que tenía conciencia de cuán humillante era para él la sola presencia de aquel hombre que estaba allí como el reproche personificado de su irremediable ineptitud, dijo, al fijarse en las violetas de Léon, que estaban encima de la chimenea:

—¡Anda, qué ramo tan bonito!

—Sí —dijo ella con tono indiferente—; es un ramo que le compré antes... a una pordiosera.

Charles cogió las violetas y, refrescándose con ellas los ojos, enrojecidos por las lágrimas, las olía con precaución. Emma se las quitó rápidamente de la mano y fue a ponerlas en un vaso con agua.

Al día siguiente llegó la madre del señor Bovary. Ella y su hijo lloraron mucho. Emma, so pretexto de que tenía que mandar que hicieran unas cuantas cosas, se esfumó.

Al otro día tuvieron que ocuparse juntas de la ropa de luto. Fueron a sentarse, con las cajas de hilos, a la orilla del agua, en el cenador.

Charles pensaba en su padre y se extrañaba de sentir tanto cariño por aquel hombre a quien había creído hasta entonces que quería muy poco. La madre del señor Bovary se acordaba de su marido. Los peores días de antaño le parecían ahora envidiables. Todo lo borraba la añoranza de aquel hábito tan largo; y, de vez en cuando, mientras clavaba la aguja en la tela, le corría por la nariz un lagrimón y se le quedaba un momento colgando. Emma pensaba que, hacía apenas cuarenta y ocho horas, estaban juntos ella y Léon, lejos del mundo, embriagados, y que les faltaban ojos para mirarse. Intentaba recuperar los detalles más imperceptibles de aquel día desvanecido. Pero le estorbaba la presencia de su suegra y de su marido. Le habría gustado no oír nada, no ver nada, para no alterar el recogimiento de su amor, que se iba perdiendo, por mucho que hiciera, al superponerse las sensaciones externas.

Estaba descosiendo el dobladillo de un vestido, cuyas briznas se esparcían a su alrededor; la madre del señor Bovary, sin alzar la vista, cortaba con unas tijeras chirriantes; y Charles, en zapatillas de orillo y con la levita parda vieja, que le hacía las veces de bata, tenía las manos metidas en los bolsillos y tampoco decía nada; a su lado, Berthe, con un delantalito blanco, rascaba con la pala la arena de los paseos.

Vieron, de repente, que entraba por la puerta de la cerca el señor Lheureux, el de la tienda de telas. Venía a ofrecer sus servicios en consideración a la fatal circunstancia. Emma contestó que le parecía



que no lo iban a necesitar. El comerciante no se dio por vencido.

—Mil perdones —dijo—; me gustaría tener una conversación en privado. —Luego, en voz baja—: Es por lo del asunto ese... ya sabe.

Charles se puso encarnado hasta las orejas.

—¡Ah, sí! Efectivamente. —Y, en su turbación, se volvió hacia su mujer—: ¿No podrías tú... querida mía...?

Pareció que Emma lo entendía, porque se puso de pie; y Charles le dijo a su madre:

—¡Nada de importancia! Seguramente alguna bagatela doméstica.

No quería que se enterase de la historia del pagaré, porque temía sus comentarios.

En cuanto estuvieron a solas, el señor Lheureux empezó, con palabras bastante directas, a darle la enhorabuena a Emma por la herencia; habló luego de cosas indiferentes, de las espalderas, de la cosecha y de su propia salud, que seguía siendo regularcilla, a tranca y barrancas. Andaba siempre desde luego con unos trabajos de todos los demonios, aunque no le dieran, por mucho que dijera la gente, ni para ponerle mantequilla al pan.

Emma le dejaba hablar. ¡Llevaba dos días aburriéndose tanto!

—¿Y qué? ¿Ya está usted bien del todo? —seguía diciendo el señor Lheureux—. La verdad es que vi a su pobre marido en un estado... Es muy buen chico, aunque tengamos los dos ciertos problemas.

Emma le preguntó cuáles, porque su marido le había ocultado que habían discutido por la mercancía.

—Pero ¡si lo sabe usted muy bien! —dijo Lheureux—. Fue por aquellos caprichitos suyos, los cajones de viaje.

Se había echado el sombrero encima de los ojos y, con las manos a la espalda, sonriendo y silbando entre dientes, la miraba a la cara de forma insoportable. ¿Sospecharía algo? Emma se sumió en toda clase de aprensiones. Sin embargo, Lheureux acabó por añadir:

—Nos reconciamos y venía a proponerle otro arreglo.

El arreglo era renovarle al señor Bovary el pagaré que había firmado.

Por lo demás, el señor era libre de hacer lo que gustara; no debía andarse preocupando, sobre todo ahora que iba a tener tantos problemas.

—E, incluso, lo mejor sería que alguien lo descargase de esta preocupación, usted por ejemplo; con un poder resultaría muy cómodo,

y entonces nosotros dos podríamos tener nuestros asuntillos...

Emma no lo entendía. Él se calló. Luego, pasando a su negocio, Lheureux manifestó que la señora no podía por menos de comprarle algo. Iba a mandarle una lana fina, doce metros, un corte de vestido.

—Ese que lleva está bien para andar por casa. Pero necesita otro para las visitas. Es lo primero en lo que me he fijado al entrar. Tengo vista de indio.

No mandó la tela, sino que la llevó él. Volvió luego para las medidas; volvió una vez más con otros pretextos, intentando en todas las ocasiones resultar amable y servicial, como en feudo propio, habría dicho Homais, y dejándole caer siempre a Emma algún consejo relacionado con el poder notarial. A Emma se le olvidaba; al comienzo de la convalecencia, algo le había dicho Charles; pero le habían pasado tantos ajetreos por la cabeza que ya no se acordaba. Por lo demás, tuvo buen cuidado de no sacar a relucir ninguna discusión de intereses; la madre del señor Bovary se quedó sorprendida y atribuyó el cambio a los sentimientos piadosos que había adquirido durante la enfermedad.

Pero, en cuanto se marchó, Emma dejó maravillado a Charles con su estupendo sentido práctico. Habría que informarse, que comprobar las hipotecas, que ver si lo que procedía era una licitación o una liquidación. Citaba al azar expresiones técnicas, pronunciaba palabras ampulosas como «orden», «porvenir», «previsión» y exageraba continuamente las dificultades de la herencia; hasta tal punto que un día le enseñó un modelo de autorización general para «gestionar y administrar los negocios, contraer todo tipo de préstamos, firmar y endosar todo tipo de pagarés, pagar cualesquiera cantidades, etcétera». Había sacado partido a las lecciones de Lheureux.

Charles le preguntó ingenuamente de dónde salía aquel papel.

—Del señor Guillaumin. —Y, con la mayor sangre fría del mundo, añadió—: No me fio demasiado. ¡Los notarios tienen tan mala reputación! A lo mejor habría que consultar... Solo conocemos a... ¡Ay, a nadie!

—A menos que Léon... —replicó Charles, reflexionando.

Pero era difícil entenderse por carta. Entonces Emma se ofreció a hacer el viaje. Charles se lo agradeció. Ella insistió. Fue un combate de deferencias. Por fin, Emma exclamó con fingido tono de insubordinación pícaro:

—¡No, voy a ir, en serio!



—Qué buena eres —dijo él dándole un beso en la frente. A la mañana siguiente, sin más demora, se subió a La Golondrina para ir a Ruán a consultar a Léon. Se quedó tres días.



Capítulo III





Fueron tres días pletóricos, deliciosos, espléndidos, una auténtica luna de miel.

Paraban en el Hotel de Boulogne, en el puerto. Y vivían en él con las contraventanas cerradas y las puertas atrancadas, con flores por el suelo y jarabes helados que les traían desde por la mañana.

Al atardecer, cogían una barca cubierta e iban a cenar a una isla.

Era la hora en que se oye, junto a los astilleros, retumbar el martillo de los calafates contra el casco de los barcos. El humo del alquitrán salía de entre los árboles y podían verse en el río goterones grasientos que ondulaban desigualmente bajo la luz púrpura del sol como placas flotantes de bronce florentino.

Iban agua abajo entre barcas amarradas, cuyos largos cables oblicuos rozaban algo la parte de arriba de la de ellos.

Los ruidos de la ciudad se iban alejando insensiblemente, el rodar de las carretas, el barullo de las voces, el ladrido de los perros en los puentes de los barcos. Emma se desanudaba el sombrero y llegaban a su isla.

Se acomodaban en la sala de abajo de una taberna que tenía en la puerta redes negras colgando. Tomaban eperlanos fritos, nata fresca y cerezas, se tendían en la hierba; se besaban apartados bajo los ála-



mos; y habrían querido vivir para siempre, como dos Robinsones en aquel sitio pequeño que, en su estado de beatitud, les parecía el más esplendoroso de la tierra. No era la primera vez que veían árboles, cielo azul y hierba, ni que oían correr el agua, ni soplar la brisa en las hojas; pero, seguramente, nunca habían admirado todas esas cosas como si la naturaleza no hubiese existido anteriormente o hubiera empezado a ser hermosa solo desde que ellos habían saciado todos sus deseos.

Por la noche, regresaban. La barca iba siguiendo la orilla de las islas. Se quedaban al fondo, ocultos ambos en la sombra, sin hablar. Los remos cuadrados sonaban en los toletes de hierro; y, en el silencio, era como el golpeteo de un metrónomo, en tanto que, por atrás, la cuerda que iba a rastras por el agua no cesaba en su chapoteo suave.

En una ocasión, salió la luna; no perdieron entonces la oportunidad de hacer frases, pareciéndoles el astro melancólico y colmado de poesía; e incluso Emma empezó a cantar:

Bogábamos, ¿te acuerdas?, una noche abrazados¹...

Su voz, armoniosa y débil, se perdía entre las olas; y el viento se llevaba los gorgoritos, que Léon oía pasar a su alrededor como un latido de alas.

Emma estaba enfrente de él, apoyada en el tabique de la barca, en la que entraba la luna por uno de los postigos abiertos. El vestido negro, cuyos drapeados se abrían en abanico, la hacía parecer más delgada y más alta. Tenía la cabeza erguida, las manos unidas y alzaba los ojos al cielo. A veces la ocultaba por completo la sombra de los sauces; volvía, luego, a aparecer de repente, como una visión a la luz de la luna.

La mano de Léon se topó, en el suelo, junto a Emma, con un lazo de seda punzó.

El barquero lo miró y dijo por fin:

—¡Ah! A lo mejor es de un grupo al que llevé a dar una vuelta el otro día. ¡Vinieron un montón de personas de muy buen humor, caballeros y señoras, con pasteles, champaña, cornetas y de todo!

¡Había sobre todo uno, muy buen mozo, con bigotito, que era de lo más gracioso! Y le decían: «Venga, cuéntenos algo... Adolphe... Dodolphe...», algo así.

Emma se estremeció.

—¿Te duele algo? —dijo Léon, acercándosele.

—No, no es nada. Seguramente el relente de la noche.

—Y tampoco a él debían de faltarle mujeres —añadió en voz baja el marinero anciano, queriendo decirle algo cortés al forastero.

Luego, escupiéndose en las manos, volvió a agarrar los remos.

Pero ¡no quedó más remedio que separarse! Los adioses fueron tristes.

Léon tenía que mandar sus cartas a casa de la Rolet; y Emma le hizo unas recomendaciones tan concretas en lo referido al sobre doble que él admiró mucho aquella astucia amorosa.

—¿Me aseguras entonces que todo está en regla? —le preguntó Emma con el último beso.

—Sí, desde luego.

«Pero ¿por qué tendrá tanto empeño en contar con ese poder?», pensó después, según volvía, solo, por las calles.

¹ El lago de Lamartine (1820).



Capítulo IV





No tardó Léon en adoptar ante sus colegas un aire de superioridad; se abstuvo de tratarlos y descuidó por completo los expedientes.

Esperaba las cartas de Emma; las volvía a leer, le escribía. La evocaba con toda la fuerza de su deseo y de sus recuerdos. El ansia de volver a verla creció, en vez de mermar, con la ausencia; así que un sábado por la mañana se escapó del bufete.

Cuando, desde lo alto de la cuesta, divisó en el valle el campanario de la iglesia con su bandera de hojalata girando al viento, notó ese deleite mezclado con vanidad triunfante y enternecimiento egoísta que deben de sentir los millonarios cuando vuelven a su pueblo.

Fue a rondar la casa de Emma. Brillaba una luz en la cocina. Acechó su sombra detrás de los visillos. No apareció nadie.

La señora Lefrançois hizo muchos aspavientos al verlo, y lo encontró «más alto y más delgado», mientras que Artémise, en cambio, lo vio «más fuerte y más moreno».

Cenó en la sala pequeña, como antes, pero solo, sin el recaudador; porque Binet, harto de esperar a que llegase La Golondrina, había adelantado definitivamente la cena una hora y ahora cenaba a las cinco en punto y, además, aseguraba las más de las veces que aquella antigualla de reloj atrasaba.

Léon se decidió por fin y fue a llamar a la puerta del médico. La



señora estaba en su habitación y tardó un cuarto de hora en bajar. El señor pareció encantado de volver a verlo; pero no se movió de casa en toda la velada ni en todo el día siguiente.

Léon se vio con Emma a solas por la noche, muy tarde, detrás del jardín, en la callejuela: ¡en la callejuela como con el otro! Había tormenta y charlaban debajo de un paraguas a la luz de los relámpagos.

Separarse se había vuelto intolerable.

—¡Antes morir! —decía Emma.

Y se retorció entre el abrazo de él, sin dejar de llorar.

—¡Adiós!... ¡Adiós!... ¿Cuándo volveré a verte?

Desanduvieron lo andado para volver a besarse; y entonces fue cuando ella le hizo la promesa de dar pronto, por los medios que fuera, con una oportunidad permanente para verse con libertad por lo menos una vez por semana. Por lo demás, rebosaba esperanza. Iba a llegarle dinero.

Compró, pues, para su cuarto un par de cortinas amarillas de rayas anchas, cuyo precio módico le había alabado el señor Lheureux; soñó con una alfombra y Lheureux, afirmando que «no era para tanto», se comprometió a proporcionarle una. Emma no podía prescindir ya de sus servicios. Mandaba que fueran a buscarlo veinte veces al día; y él, en el acto, dejaba pendiente lo que estuviera haciendo sin permitirse refunfuñar. Tampoco se entendía por qué la Rolet almorzaba todos los días en casa de Emma y le hacía, incluso, visitas en privado.

Fue por entonces, es decir, a comienzos del invierno, cuando pareció aquejarle un ardiente entusiasmo por la música.

Una noche en que Charles la estaba escuchando, volvió a empezar cuatro veces la misma pieza, cada vez más despechada, mientras que él, que no veía diferencia alguna, exclamaba:

—¡Bravo!... ¡Muy bien!... ¡No tienes razón! ¡Sigue!

—¡No, no! ¡Es abominable! Tengo los dedos oxidados.

Al día siguiente, Charles le rogó que volviera a tocar algo para él.

—¡Está bien! Para darte ese gusto.

Y Charles admitió que Emma había perdido un poco de práctica. Se confundía al leer la partitura, todo sonaba emborronado; dijo luego, parándose en seco:

—¡Ay, se acabó! Tendrían que darme clases; pero... —Se mordió los labios y añadió—: ¡Veinte francos por sesión es demasiado!

—Sí, desde luego... un poco... —dijo Charles con risa bobalico-

na—. Pero me parece, de todas formas, que a lo mejor se podía encontrar algo por menos; porque hay artistas sin reputación que, muchas veces, valen más que las celebridades.

—Búscalos —dijo Emma.

Al día siguiente, al volver a casa, Charles la miró con expresión pícaro y no pudo, al fin, por menos de decir:

—¡Qué cabezota eres a veces! He ido hoy a Barfeuchères. Bueno, pues la señora Liégard me ha asegurado que a sus tres hijas, que son alumnas de La Miséricorde, les daba clase por dos francos y medio una profesora, ¡y además estupenda!

Emma se encogió de hombros y no volvió a abrir el instrumento. Pero, cuando pasaba junto a él (y si Bovary andaba por las inmediaciones), suspiraba:

—¡Ay, mi pobre piano!

Y, cuando venían visitas, no dejaba nunca de contarles que había dejado la música y no podía ya ponerse con ella otra vez por razones de fuerza mayor. Entonces la compadecían. ¡Qué lástima! ¡Con el talento que tenía! Se lo mencionaron incluso a Bovary. Se lo echaban en cara; y, más que nadie, el boticario.

—¡Comete usted un error! No hay que dejar nunca en barbecho las facultades de la naturaleza. ¡Además, piense, mi querido amigo, que, si anima a su mujer a estudiar, eso que se ahorra más adelante en la formación musical de su hija! A mí me parece que las madres tienen que hacerse cargo personalmente de la instrucción de sus hijos. Es una idea de Rousseau, algo nueva aún, quizá, pero que estoy seguro de que acabará por salir adelante, igual que la lactancia materna y las vacunas.

Charles volvió, pues, a la carga con el tema del piano. Emma contestó con acritud que más valía venderlo. ¡Ver desaparecer aquel piano, que tantas vanidosas satisfacciones le había procurado, era para Bovary como el indefinible suicidio de una parte de Emma!

—Si quisieras... —decía de vez en cuando—. Una clase tampoco iba a ser tan ruinoso.

—Pero las clases solo aprovechan si tienen continuidad —replicaba Emma.

Y así fue como se las ingenió para conseguir de su marido permiso para ir a la capital una vez por semana para ver a su amante. E, incluso, al cabo de un mes, a todo el mundo le pareció que había hecho muchísimos progresos.





Capítulo V





Era los jueves. Se levantaba y se vestía sin hacer ruido para no despertar a Charles, que le habría comentado que se arreglaba demasiado temprano. Luego andaba dando vueltas arriba y abajo; se ponía delante de las ventanas, miraba la plaza. La luz del amanecer pasaba entre los postes del mercado y en la casa del boticario, que tenía los postigos cerrados, se vislumbraban, en el color pálido de la aurora, las mayúsculas del rótulo.

Cuando el reloj marcaba las siete y cuarto, se iba a El León de Oro y Artémise le abría la puerta bostezando. Desenterraba para la señora las brasas tapadas con ceniza. Emma se quedaba sola en la cocina. De vez en cuando, salía. Hivert estaba enganchando los caballos sin prisas y atendiendo, por lo demás, a la señora Lefrançois, que, asomando la cabeza tocada por un gorro de dormir por un ventano, le encargaba recados y le daba explicaciones que habrían sacado de sus casillas a cualquier otro hombre. Emma golpeaba con la suela de las botinas en los adoquines del corral.

Por fin, cuando ya se había tomado la sopa y puesto el tabardo y había encendido la pipa y empuñado el látigo, Hivert se acomodaba tranquilamente en su sitio.

La Golondrina echaba a andar a trote corto y se pasaba tres cuartos de hora parándose de trecho en trecho para recoger viajeros que la esperaban de pie a la orilla del camino, delante de las cercas de



los corrales. Los que habían avisado la víspera se hacían esperar: los había incluso que estaban todavía en casa y en la cama; Hivert los llamaba, voceaba, renegaba y acababa por bajarse del asiento e iba a golpear con fuerza las puertas. El viento entraba por las ventanillas resquebrajadas.

Los cuatro bancos se iban llenando, el coche rodaba, desfilaban los manzanos; y la carretera, entre las dos cunetas largas y llenas de agua amarilla, se estrechaba cada vez más camino del horizonte.

Emma se la sabía de cabo a rabo; sabía que, tras un pastizal venía un poste; luego, un olmo; luego un pajar o una choza de peón caminero; algunas veces, incluso, para llevarse alguna sorpresa, cerraba los ojos. Pero nunca perdía la conciencia clara de la distancia que le quedaba por recorrer.

Por fin las casas de ladrillo iban apareciendo más seguidas, la tierra retumbaba bajo las ruedas, La Golondrina pasaba entre jardines en los que se divisaba, por los calados de la cerca, unas estatuas, un emparrado, unos tejos recortados y un columpio. Luego, de una simple ojeada, se abarcaba la ciudad.

Iba bajando en anfiteatro, hundida en la niebla, y se ensanchaba confusamente pasados los puentes. El campo abierto subía luego con movimiento monótono hasta tocar en lontananza la base inconcreta del cielo. Visto así, desde arriba, todo el paisaje parecía quieto como un cuadro; los barcos anclados se apiñaban en un rincón; el río encerraba en una curva el pie de las colinas verdes; y las islas, oblongas, parecían, en el agua, peces negros detenidos. Las chimeneas de las fábricas soltaban penachos pardos gigantescos cuya extremidad remontaba el vuelo. Se oía el rugir de las fundiciones junto con el carillón cristalino de las iglesias, que se alzaban entre la bruma. Los árboles de los bulevares, sin hojas, formaban matorrales violeta entre las casas, y los tejados, relucientes por la lluvia, espejeaban de forma desigual según a la altura a que estuvieran los barrios. A veces, una ráfaga de viento se llevaba las nubes hacia la cuesta de Sainte-Catherine, como si fueran olas aéreas que rompieran en silencio contra un acantilado.

Para Emma, algo vertiginoso se desprendía de aquellas existencias aglomeradas; y le henchían el corazón, como si las ciento veinte mil almas que palpitaban allí le hubieran enviado, todas a un tiempo, el vapor de las pasiones que ella les suponía. Crecía su amor en presencia de aquel ámbito y los zumbidos inconcretos que surgían

de ese espacio lo colmaban de tumulto. Volvía a verterlo ella sobre las plazas, los paseos, las calles, y la vieja ciudad de Normandía se extendía ante sus ojos como una capital desmesurada, como una Babilonia en la que estaba entrando. Se asomaba, agarrándose a la ventanilla con las manos, y aspiraba la brisa; los tres caballos galopaban, las piedras chirriaban entre el barro, la diligencia cabeceaba; e Hivert voceaba desde lejos a las tartanas por la carretera, mientras los burgueses que habían pasado la noche en Bois-Guillaume iban cuesta abajo, tranquilamente, en el cochecito de la familia.

Se detenían en la barrera; Emma se quitaba los chanclos, cambiaba de guantes, se arreglaba el chal y, veinte pasos más allá, bajaba de La Golondrina.

La ciudad estaba despertándose. Dependientes con gorro griego fregaban los escaparates de las tiendas; y mujeres con cestas en la cadera lanzaban a intervalos un grito sonoro en las esquinas de las calles. Emma caminaba mirando al suelo, pegada a las paredes y sonriendo de gusto tras el velo negro bajado.

Por temor a que la viera alguien, no solía ir por el camino más corto. Se internaba en callejuelas oscuras y llegaba, bañada en sudor, a la parte baja de la calle Nationale, cerca de la fuente que hay en ella. Es el barrio del teatro, de los cafés pequeños y de las mujeres de vida alegre. Muchas veces pasaba por su lado una carreta en que iba un decorado temblón. Unos camareros con delantal echaban arena en las baldosas, entre arbustos verdes. Olía a ajeno, a puros y a ostras.

Emma doblaba la esquina de una calle; y lo reconocía por el pelo rizado que le asomaba del sombrero.

Léon seguía andando por la acera. Emma lo iba siguiendo hasta el hotel; él subía, abría la puerta, entraba... ¡Qué abrazo!

Luego venía una avalancha de palabras y después, otra de besos. Se contaban las penas de la semana, los presentimientos, las preocupaciones que les daban las cartas; pero ahora lo olvidaban todo y se miraban, uno frente a otro, con risas voluptuosas y apelativos tiernos.

La cama era grande y de caoba, con forma de barquilla. Las cortinas, de levantina roja, caían desde el techo y se ahuecaban muy abajo, por la parte de la cabecera abocinada; y no había en el mundo nada tan hermoso como la cabeza morena y la piel blanca de Emma al resaltar contra ese fondo de tono púrpura cuando, con un gesto de pudor, cerraba los dos brazos desnudos para taparse la cara con



las manos.

El tibio aposento, con aquella alfombra discreta, aquellos adornos fantasiosos y aquella luz tranquila, parecía comodísimo para las intimidades de la pasión. Los listones terminaban en forma de flecha, los alzapaños de cobre y las gruesas bolas redondas de los morillos brillaban de repente si entraba el sol. Había encima de la chimenea, entre los candelabros, dos caracolas de esas de color de rosa donde se oye el ruido del mar si arrimamos el oído.

¡Cuánto les gustaba esa habitación agradable y tan alegre, pese a aquella suntuosidad un tanto ajada! Siempre se encontraban los muebles en el mismo sitio y, a veces, debajo del pie del reloj de sobremesa, horquillas que se había dejado olvidadas Emma el jueves anterior. Almorzaban junto a la chimenea, en un veladorcito con incrustaciones de palisandro. Ella cortaba los trozos y se los ponía a él en el plato diciéndole toda clase de zalamerías; y se reía con risa sonora y libertina cuando la espuma del champaña se desbordaba de la fina copa y le caía en las sortijas. Estaban tan absolutamente absortos en aquella posesión mutua que se creían que estaban en una casa propia donde vivirían hasta la muerte como marido y mujer, eternamente jóvenes. Decían «nuestro cuarto», «nuestra alfombra», «nuestros sillones» y ella decía incluso «mis zapatillas», un regalo de León, un capricho que se le había antojado a Emma. Eran unas zapatillas de raso de color de rosa ribeteadas con plumón de cisne. Cuando se sentaba en las rodillas de León, le colgaban los pies, porque no le llegaban al suelo; y el calzado primoroso, que no tenía talones, se le quedaba prendido solo de los dedos de los pies descalzos.

León paladeaba por vez primera la inefable delicia de las elegancias femeninas. Nunca se había topado con una forma de hablar tan deliciosa, con tal reserva en el vestir y tales posturas de paloma adormecida. Admiraba la exaltación del alma de Emma y los encajes de su falda. ¿No era acaso, por lo demás, una mujer de mundo? ¿Y una mujer casada, una amante de verdad, por fin?

Con su humor voluble, místico o alegre por turnos, charlatán, taciturno, exaltado, indolente, le iba sacando de dentro mil deseos, recordándole instintos o reminiscencias. Era la enamorada de todas las novelas, la heroína de todos los dramas, la ella imprecisa de todos los libros de versos. León encontraba en sus hombros el color ambarino de la odalisca en el baño; tenía el vestido de talle bajo de las cas-

tellanas feudales; también se parecía a *la mujer pálida de Barcelona*¹; pero ¡por encima de todo era un Ángel!

Con frecuencia le daba la impresión, al mirarla, de que se le escapaba el alma hacia ella y se derramaba igual que la linfa por el contorno de la cabeza de Emma y bajaba, arrastrada hacia la blancura del pecho.

Se arrodillaba delante de ella; y, apoyándole los codos en las rodillas, la miraba despacio, sonriendo y con la frente tensa.

Emma se inclinaba hacia él y susurraba como si la asfixiase la embriaguez:

—¡Ay, no te muevas! ¡No hables! ¡Mírame! ¡Te brota de los ojos algo tan dulce y que me hace tanto bien!

Lo llamaba «niño».

—Niño, ¿me quieres?

Y no oía la respuesta en aquellos labios que subían a toda prisa hasta los suyos.

Tenía el reloj un Cupido pequeño de bronce que juntaba los brazos para sostener una guirnalda dorada con ademán melindroso. Se reían de él muchas veces; pero, cuando llegaba la hora de separarse, todo les parecía muy serio.

Quietos y frente a frente se repetían:

—¡Hasta el jueves!... ¡Hasta el jueves!

Emma le cogía la cabeza de pronto con ambas manos, le daba un beso apresurado en la frente y, exclamando: «¡Adiós!», bajaba corriendo las escaleras.

Iba a la calle de La Comédie, a un peluquero, para que le retocase el peinado. Caía la noche; en la peluquería encendían el gas.

Oía la campanilla del teatro, que llamaba a los cómicos para comenzar la representación; y veía pasar, enfrente, hombres de cara blanca y mujeres con vestidos ajados que entraban por la puerta de los bastidores.

Hacía calor en aquella estancia demasiado baja de techo, donde zumbaba la estufa entre pelucas y pomadas. El olor de las tenacillas y las manos gordezuelas que le movían la cabeza no tardaban en aleargarla, y se dormía a medias con el peinador puesto. El peluquero

¹ Alusión al poema de Alfred de Musset *La andaluza*, que se cantaba con música de Hyppolite Monpou.



le ofrecía muchas veces, mientras la peinaba, entradas para el baile de disfraces.

¡Luego se iba! Subía por las calles en cuesta y llegaba a La Cruz Roja. Recuperaba los chanclos, que había dejado por la mañana debajo de un banco y se acurrucaba en su sitio, entre los viajeros impacientes. Algunos se bajaban al llegar al comienzo de la cuesta. Se quedaba sola en el coche.

En cada revuelta del camino se iban viendo cada vez más las luces de la ciudad, que formaban un ancho vapor luminoso por encima de las casas, que se confundían unas con otras. Emma se arrodillaba en los almohadones y dejaba que se le extraviase la vista en aquel resplandor cegador. Sollozaba, llamaba a León y le enviaba palabras tiernas y besos que se perdían en el viento.

Había en la cuesta un pobre diablo que deambulaba con un bastón entre las diligencias. Le cubría los hombros un amasijo de harapos, y un sombrero de pelo de castor, con la copa hundida y redondo como una palangana, le ocultaba el rostro; pero, cuando se lo quitaba, se le veían, donde deberían haber estado los párpados, dos órbitas abiertas y ensangrentadas. La carne se desflecaba en jirones rojos; y de esas órbitas fluían líquidos que se coagulaban en roñas verdes que le llegaban hasta la nariz, cuyas ventanas negras sorbían convulsivamente. Para dirigirle a alguien la palabra, echaba hacia atrás la cabeza con una risa estúpida; y entonces las pupilas azulencas, girando sin parar, y pegaban, yéndose hacia las sienas, con el filo de la llaga.

Iba detrás de los coches cantando una cancioncilla:

Muchas veces en días de calor
tiene la niña un sueño de amor.

Y luego salían en la canción pájaros, sol y hojas.

A veces aparecía de repente detrás de Emma con la cabeza destocada. Ella se echaba hacia atrás con un grito. Hivert le gastaba bromas al ciego. Lo animaba a que pusiera un puesto en la feria de Saint-Romain o le preguntaba entre risas qué tal estaba su amiguita.

En muchas ocasiones el coche estaba en marcha cuando aparecía bruscamente su sombrero por la ventanilla de la diligencia mientras él se agarraba con el otro brazo al estribo, entre las salpicaduras de las ruedas. La voz, que al principio era débil y parecía un llanto, se le

volvía aguda. Se prolongaba en la oscuridad como el lamento confuso de una pena inconcreta; y, entre el sonido de los cascabeles, el susurrar de los árboles y el zumbido de la oquedad de la caja del coche, tenía un matiz lejano que trastornaba a Emma. Le bajaba hasta el fondo del alma, como un torbellino en un abismo, y la arrastraba a espacios de melancolía ilimitada. Pero Hivert, que notaba el contrapeso, le daba latigazos al ciego. La correa le fustigaba las llagas y el ciego caía en el barro con un alarido.

Después los viajeros de La Golondrina acababan por quedarse dormidos, unos con la boca abierta, otros con la barbilla baja, apoyados en el hombro del vecino, o con el brazo pasado por la correa, al tiempo que oscilaban levemente con el cabeceo del coche; y el reflejo del farol, que se balanceaba fuera, más arriba de la grupa de los caballos limoneros, se colaba por las cortinas de calicó color chocolate y proyectaba sombras sanguinolentas en todos esos individuos inmóviles. Emma, ebria de tristeza, tiritaba con la ropa que llevaba; y notaba los pies cada vez más fríos y el alma más desesperada.

Charles la estaba esperando en casa; La Golondrina siempre iba con retraso los jueves. ¡Por fin llegaba la señora! Casi ni le daba un beso a la niña. La cena no estaba lista, pero ¡qué más daba! Disculpaba a la cocinera. Ahora era como si aquella mujer pudiera hacer lo que quisiera.

Muchas veces, su marido, al notar que estaba muy pálida, le preguntaba si estaba mala.

—No —decía Emma.

—Pero es que estás muy rara esta noche.

—¡Que no! ¡No es nada! ¡No es nada!

Había incluso días en que nada más llegar se iba a su cuarto, y Justin, que andaba por allí, se movía sin hacer ruido al pisar, más hábil en atenderla que la mejor de las doncellas. Ponía en su sitio las cerillas y la palmatoria, le preparaba la camisa, le abría las sábanas.

—Vamos —decía ella—, está bien. ¡Vete!

Porque Justin se quedaba de pie con las manos colgando y los ojos abiertos, como si lo sujetasen los hilos incontables de una ensoñación repentina.

El día siguiente era espantoso, y los sucesivos más insoportables aún debido a la impaciencia de Emma por asir de nuevo la dicha: una concupiscencia ávida, inflamada por las imágenes conocidas y que, el séptimo día, estallaba a gusto entre las caricias de León. Los



ardores de él se ocultaban tras expansiones de asombro maravillado y de agradecimiento. Emma disfrutaba de ese amor de forma discreta y absorta, lo nutría con todos los artificios de su cariño, y se estremecía con algo de temor al pensar que podría desaparecer más adelante.

Le decía con frecuencia, con mimo en la voz melancólica: —¡Tú, ay, me dejarás!... ¡Te casarás!... Serás como los otros.

Él preguntaba:

—¿Qué otros?

—Pues los hombres —contestaba ella. Luego añadía, apartándolo con ademán lánguido—: ¡Sois todos unos infames!

Un día en que comentaban filosóficamente los desengaños de este mundo, acabó por decir (para poner a prueba los celos de él o cediendo, quizá, a una necesidad excesiva de desahogo) que, hacía tiempo, antes que a él había querido a otro hombre, «no como a ti!», añadió enseguida jurando por la cabeza de su hija que no había pasado nada.

El joven la creyó, pero, sin embargo, le hizo preguntas, para saber a qué se dedicaba ese hombre.

—Era capitán de barco, querido.

¿No era ésa acaso una forma de anticiparse a cualquier investigación y, al mismo tiempo, de situarse en una posición muy elevada recurriendo a esa supuesta fascinación que había inspirado a un hombre que debía de ser de carácter belicoso y acostumbrado a que lo distinguieran?

El pasante se dio cuenta entonces de cuán ínfima era su posición; envidió las charreteras, las condecoraciones, los títulos. Todo eso debía de gustarle a Emma; se lo maliciaba al ver sus costumbres dispendiosas.

Aunque Emma ocultaba muchas de sus extravagancias, como, por ejemplo, que deseaba tener, para ir a Ruán, un tílburí azul del que tirase un caballo inglés y que condujera un groom calzando botas con vueltas. Ese capricho se lo había inspirado Justin al suplicarle que lo emplease en su casa como ayuda de cámara; y, aunque esa carencia no atenuaba el placer de la llegada en todas y cada una de las citas, no cabe duda de que incrementaba la amargura del regreso.

Muchas veces, cuando hablaban de París, Emma acababa por susurrar:

—¡Ay, qué bien viviríamos allí!

—¿Es que no somos felices? —respondía con suavidad el joven,



pasándole la mano por los bandós.

—Sí, es cierto —decía ella—; estoy loca; ¡bésame!

Emma era con su marido más encantadora que nunca, le preparaba cremas de pistacho y tocaba vales después de cenar. Él pensaba, pues, que era el más afortunado de los mortales y Emma vivía sin preocupación cuando una noche le preguntó Charles de pronto:

—Es la señorita Lempereur quien te da clases, ¿verdad?

—Sí.

—Pues coincidí con ella hace un rato —añadió Charles— en casa de la señora Liégeard. Le hablé de ti y no te conoce.

Fue como si cayera un rayo.

Pero Emma contestó con naturalidad:

—¡Ah, seguramente será que no se acuerda de cómo me llamo!

—Pero a lo mejor hay en Ruán varias señoritas Lempereur que den clase de piano —dijo el médico.

—¡Es posible! —dijo luego, con vehemencia—: Pues tengo los recibos. ¡Mira!

Y fue al secreter, revolvió todos los cajones, mezcló los papeles y acabó por perder de tal modo la cabeza que Charles la instó vehementemente a que no se tomase tanto trabajo por aquellos míseros comprobantes.

—Pues los tengo que encontrar —dijo ella.

Y, efectivamente, el viernes siguiente, Charles, al ponerse una bota en el cuarto ropero donde estaban sus trajes, notó una hoja de papel entre el cuero y el calcetín; la cogió y leyó:

He recibido por tres meses de clase y varios artículos la cantidad de setenta y cinco francos.

FÉLICIE LEMPEREUR, profesora de música

—¿Qué demonios hace esto en mis botas?

—Será que se ha caído de la caja de cartón vieja con facturas que está al borde el estante —contestó ella.

A partir de ese momento, su existencia no fue ya sino una trabazón de mentiras en que envolvía su amor como en unos velos para ocultarlo.

Era una necesidad, una manía, una afición, hasta tal punto que, si Emma decía que había pasado la víspera por la acera de la derecha



de una calle, había que creer que había ido por la izquierda.

Una mañana, cuando acababa de irse, muy poco abrigada como solía, empezó a nevar de repente; y cuando Charles estaba mirando el tiempo por la ventana vio al padre Bournisien en el coche de Tu-vache, que lo llevaba a Ruán. Bajó entonces y le encomendó al sacerdote un chal grueso para que se lo entregase a su mujer en cuanto llegase a La Cruz Roja. No bien se vio en la fonda, preguntó Bournisien dónde estaba la mujer del médico de Yonville. La hospedera le contestó que se la veía muy poco por allí. Así que, a última hora de la tarde, al reconocer a la señora Bovary en La Golondrina, el párroco le contó el inconveniente, sin que pareciese, por lo demás, que le daba importancia alguna, ya que empezó a cantar las alabanzas de un predicador que, por entonces, hacía maravillas en la catedral y al que se apresuraban a oír todas las señoras.

Y, aunque él no hubiera pedido explicaciones, otros, más adelante, podrían resultar menos discretos. A Emma le pareció útil, por lo tanto, parar en todas las ocasiones en La Cruz Roja; así que toda la buena gente del pueblo que la veía en las escaleras no sospechaba nada.

Un día, no obstante, el señor Lheureux se la encontró cuando salía del Hotel de Boulogne del brazo de Léon; y Emma se amedrentó, pensando que lo contaría. No era tan tonto.

Pero, tres días después, entró en su cuarto, cerró la puerta y dijo: —Necesitaría dinero.

Emma dijo que no podía darle nada. Lheureux se deshizo en quejas y trajo a colación todas las amabilidades que había tenido.

Efectivamente, de los dos pagarés que había firmado Charles, Emma hasta entonces solo había pagado uno. Y el otro, el comerciante, al rogárselo ella, aceptó sustituirlo por otros dos, cuya fecha de vencimiento, incluso, se había retrasado mucho. Se sacó luego del bolsillo una lista de suministros sin pagar, a saber: las cortinas, la alfombra, la tela para tapizar los sillones, varios vestidos y diversos artículos de aseo, cuyo importe ascendía a alrededor de dos mil francos.

Emma agachó la cabeza; Lheureux siguió diciendo:

—Pero, si no tiene usted efectivo, tiene posesiones.

Y mencionó una finquita con una mala casa, sitas en Barneville, cerca de Aumale, que no daban gran cosa. Anteriormente dependían de una casa de labor modesta que el padre del señor Bovary había

vendido, pues Lheureux lo sabía todo, incluso la cantidad de hectáreas y cómo se llamaban los vecinos.

—Yo, en su lugar —decía—, me la quitaría de encima y además tendría el excedente.

Emma objetó que sería difícil dar con un comprador; Lheureux le dio esperanzas de encontrar uno; pero ella preguntó qué habría que hacer para que pudiera venderla.

—¿No tiene el poder? —contestó Lheureux.

Esta palabra fue como una bocanada de aire fresco.

—Deme la nota —dijo Emma.

—¡Bah, no merece la pena! —contestó Lheureux.

Volvió a la semana siguiente, jactándose de que, tras haber hecho muchas gestiones, había dado con un tal Langlois que le tenía puesto el ojo hacia tiempo a la propiedad, aunque sin hablar del precio.

—¡Al precio que sea! —exclamó ella.

Sin embargo, lo que había que hacer era esperar y tantear a aquel individuo. Valía la pena hacer un viaje, pero como Emma no podía, Lheureux se ofreció a ir in situ para parlamentar con Langlois. Al volver, anunció que el comprador ofrecía cuatro mil francos.

A Emma se le iluminó la cara al oír la noticia.

—La verdad —dijo—, es un buen precio.

Cobró en el acto la mitad de esa suma y cuando quiso pagar la nota, el comerciante le dijo:

—Palabra de honor que me da pena ver que se queda de golpe sin una cantidad tan consecuente como ésa. Emma, entonces, miró los billetes de banco; y, soñando con la cantidad ilimitada de citas que esos dos mil francos representaban, balbució:

—¿Cómo? ¿Cómo?

—¡Bah! —respondió él, riendo con expresión bonachona—. En las facturas uno pone lo que quiere. ¡Como si no supiera yo lo que pasa en las casas!

La miraba fijamente y tenía en la mano dos papeles alargados que se pasaba una y otra vez por las uñas. Por fin, abriendo la cartera, puso encima de la mesa cuatro pagarés, de mil francos cada uno.

—Fírmeme esto —dijo— y quédese con todo el dinero.

Ella protestó, escandalizada.

—Pero, si le dejo el excedente —contestó descaradamente Lheureux —, ¿no le estoy haciendo un favor?

Y, cogiendo la pluma, escribió debajo de la factura: «He recibido



de la señora Bovary cuatro mil francos».

—¿De qué se preocupa si dentro de seis meses va a cobrar lo que falta de la venta de la casucha esa y le he puesto el vencimiento del último pagaré para después del pago?

Esas cuentas le parecían muy liosas a Emma y le sonaban los oídos como si retumbasen monedas de oro a su alrededor, según caían al suelo de unas bolsas reventadas. Lheureux le explicó para concluir que tenía un amigo, llamado Vinçart, que era banquero en Ruán, quien descontaría las cuatro letras y, luego, le entregaría personalmente a la señora el excedente de la deuda real.

Pero, en vez de dos mil francos, solo trajo mil ochocientos, porque el amigo Vinçart (como era lógico) se había quedado con doscientos para los gastos de comisión y descuento bancario.

Luego pidió, como quien no quiere la cosa, un recibo. —Ya sabe usted... en el comercio... a veces... Y ponga la fecha, por favor, la fecha.

Se le abrió entonces a Emma un horizonte de fantasías que podían hacerse realidad. Fue lo bastante prudente para apartar mil escudos, con los que pagó, cuando vencieron, los tres primeros pagarés; pero el cuarto llegó por casualidad un jueves, y Charles, trastornado, esperó pacientemente a que regresara su mujer para que se lo aclarase.

Si no le había contado lo de aquel pagaré había sido para ahorrarle quebraderos de cabeza domésticos; se le sentó en las rodillas, lo acarició, zureó, le hizo una larga enumeración de todas las cosas indispensables que había comprado a crédito.

—Bueno, estarás de acuerdo en que, en vista de la cantidad, no puede decirse que sea caro.

Charles, a quien no se le ocurría qué hacer, no tardó en recurrir al sempiterno Lheureux, quien le juró que aliviaría la situación si el señor le firmaba dos pagarés, uno de ellos de setecientos francos que vencería dentro de tres meses. Para poder hacerle frente, le escribió a su madre una carta patética. En vez de contestarle, vino en persona; y, cuando Emma quiso saber si Charles había sacado algo en limpio, él le contestó:

—Sí, pero quiere ver las cuentas.

Al día siguiente, con las claras del alba, Emma fue corriendo a casa del señor Lheureux para rogarle que le hiciera otra nota que no pasara de mil francos; porque, para enseñar la de cuatro mil, habría tenido que decir que ya había pagado las dos terceras partes y, por

consiguiente, confesar la venta del edificio, cuya gestión había llevado tan bien el comerciante, y de la que, efectivamente, nadie supo nada hasta más adelante.

Aunque todos los artículos eran muy baratos, a la madre del señor Bovary no dejó de parecerle que eran unos gastos exagerados.

—¿Es que no se puede vivir sin alfombra? ¿Y por qué se han vuelto a tapizar los sillones? En mis tiempos, en una casa solo había un sillón, para las personas de edad; o al menos eso es lo que pasaba en casa de mi madre, que era una mujer muy decente, os lo aseguro. ¡No todo el mundo puede ser rico! ¡No hay fortuna que aguante el despilfarro! ¡A mí me daría vergüenza darme la vida que os dais vosotros! ¡Y eso que yo soy vieja y necesito atenciones!... ¡Cuánto perendengue y cuánto capricho! ¡Vamos! ¡Forros de seda de dos francos, habiendo chaconada de cincuenta céntimos, e incluso de cuarenta, que hace el mismo apaño!

Emma, arrellanada en un confidente, contestaba con toda la calma posible:

—Señora, ¡ya está bien, ya está bien!...

Su suegra seguía con el sermón, pronosticando que acabarían en el hospicio. Y, por cierto, la culpa la tenía Bovary. Menos mal que había prometido destruir el poder aquel...

—¿Cómo?

—¡Ah, me lo ha jurado! —siguió diciendo la buena señora.

Emma abrió la ventana, llamó a Charles y al pobre muchacho no le quedó más remedio que confesar la promesa que le había sacado su madre.

Emma salió, volvió enseguida y le alargó majestuosamente una hoja de papel grueso.

—Muchas gracias —dijo la anciana.

Y arrojó el poder al fuego.

Emma se echó a reír con carcajadas estridentes, escandalosas y continuas: tenía un ataque de nervios.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Charles—. Si es que tú... hay que ver... ¡le haces unas cosas!

Su madre se encogía de hombros y aseguraba que todo eso no eran más que aspavientos.

Pero Charles se sublevó por primera vez y se puso de parte de su mujer, de forma tal que su madre decidió que se iba. Se marchó a la mañana siguiente y, cuando Charles, en el umbral, intentaba dete-



nerla, le contestó:

—¡No, no! ¡La quieres más que a mí! Y tienes razón, es ley de vida. Pero ¡será peor, ya verás! ¡Que os vaya bien! Porque tardaré en volver por aquí a hacerle cosas, como dices tú.

No por ello dejó de sentirse muy contrito con Emma; y ella no disimulaba el rencor que le tenía por haberle mostrado falta de confianza; hubo que suplicar mucho para que aceptase otro poder; y Charles fue con ella, incluso, a la notaría del señor Guillaumin para que le hiciera otro igual.

—Me parece bien —dijo el notario—; un científico no puede cargar con el engorro de los detalles prácticos de la vida.

Y para Charles supuso un alivio aquel comentario dulzón que daba a su debilidad la apariencia halagüeña de unas preocupaciones de envergadura.

¡Qué explosión el jueves siguiente, en el hotel, con Léon, en el cuarto de ambos! Emma rió, lloró, cantó, bailó, mandó que subieran sorbetes, quiso fumar cigarrillos. A él le pareció extravagante, pero adorable y espléndida.

No sabía qué reacción de todo el ser llevaba a Emma cada vez más a abalanzarse sobre los placeres de la vida. Se iba volviendo irritable, glotona y voluptuosa; y se paseaba con él por la calle, con la cabeza alta, sin temor, como decía ella, a comprometerse. A veces, no obstante, la sobresaltaba la idea súbita de encontrarse con Rodolphe; porque le parecía que, aunque se hubieran separado para siempre, no estaba completamente libre de esa dependencia.

Una noche no volvió a Yonville. Charles pensó que se iba a volver loco y Berthe no quería irse a la cama sin su mamá y sollozaba como si se le fuera a partir el pecho. Justin se había ido al azar carretera adelante y hasta el señor Homais salió de la botica.

Por fin, a las once, Charles no pudo aguantar más, engancho el caballo al coche, se subió de un salto, fustigó al animal y llegó a las dos de la mañana a La Cruz Roja. No estaba. Pensó que a lo mejor el pasante la había visto; pero ¿dónde vivía? Charles se acordó, por fortuna, de la dirección de su jefe y fue corriendo.

Empezaba a apuntar el día. Vio unas placas encima de una puerta; llamó. Alguien le dio a voces, sin abrirle, la información que pedía y añadió muchos insultos contra esos que molestaban a la gente en plena noche.

La casa en que vivía el pasante no tenía ni campanilla, ni aldabón

ni portero. Charles pegó puñetazos en los postigos. Pasó un agente de policía; entonces le entró miedo y se fue.

«Estoy loco —se decía—. Seguramente es que la invitaron a cenar en casa del señor Lormeaux.»

La familia Lormeaux ya no vivía en Ruán.

«¡Se habrá quedado a cuidar a la señora Dubreuil! Pero ¡si la señora Dubreuil se murió hace diez meses!... ¿Dónde estará?»

Se le ocurrió una idea. Pidió en un café L'Annuaire; y buscó a toda prisa el nombre de la señorita Lempereur, que vivía en el número 74 de la Ruelle-des-Marouquinières.

Según entraba en esa calle, Emma en persona apareció en el extremo opuesto; Charles más que abrazarla se le echó encima mientras exclamaba:

—¿Qué te entretuvo ayer?

—Me puse mala.

—¿De qué?... ¿Dónde?... ¿Cómo?...

—En casa de la señorita Lempereur.

—¡Estaba seguro! Iba para allá.

—¡Ah, no te molestes! —dijo Emma—. Acaba de salir; pero, en adelante, estate tranquilo. Comprende que no tengo libertad si sé que el mínimo retraso te trastorna tanto.

Era algo así como un permiso que se concedía a sí misma para no andarse con consideraciones en sus salidas. Y lo aprovechó cuanto le vino en gana. Cuando le apetecía ver a Léon, se marchaba alegando cualquier pretexto; y, como él no la esperaba ese día, se iba a buscarlo al bufete.

Las primeras veces fue una gran alegría; pero no tardó en dejar de ocultar la verdad: que su jefe se quejaba mucho de aquellos trastornos.

—¡Qué bobada! Vente —decía ella.

Y él se iba con disimulo.

Emma quiso que vistiera de negro de arriba abajo y que se dejase perilla para parecerse a los retratos de Luis XIII. Quiso ver dónde vivía y no le pareció nada del otro mundo; él se puso colorado, ella no se fijó y, luego, le aconsejó que se comprase unas cortinas como las suyas y, al mencionar él el gasto, dijo riéndose:

—¡Vaya, vaya, qué apego les tienes a tus dineritos!

Léon tenía que contarle cada vez que se veían todo lo que había hecho desde la última cita. Emma le pidió versos, que le escribiera



versos, una pieza amorosa en honor suyo; Léon no consiguió de ninguna manera dar con una rima para el segundo verso y acabó por copiar un soneto de un álbum de recuerdos.

No lo hizo por vanidad, sino para complacerla. No discutía las ideas de Emma; aceptaba todos sus gustos; se iba convirtiendo en la querida de Emma más que ella en la de él. Y ella le decía palabras tiernas con besos que le robaban el alma. ¿Dónde había aprendido aquella corrupción casi inmaterial de tan honda y disimulada como era?



Capítulo VI





En los viajes que hacía para verla, Léon cenó muchas veces en casa del boticario y pensó que la buena educación lo obligaba a invitarlo él.

—¡Con mucho gusto! —dijo el señor Homais—. Además tengo que remozarme un poco, porque aquí me estoy quedando anquilosado. ¡Iremos al teatro y al restaurante y haremos locuras!

—¡Ay, maridito! —susurró tiernamente la señora Homais, asustada ante los inconcretos peligros con los que se disponía él a enfrentarse.

—¿Qué pasa? ¿Te parece que no me perjudico bastante la salud viviendo entre las emanaciones continuas de la farmacia? Si es que las mujeres son así: tienen celos de la Ciencia y además se oponen a las más legítimas distracciones de uno. Da igual, cuente conmigo; uno de estos días me dejo caer por Ruán y nos gastamos juntos los cuartos.

El boticario se habría guardado en otro tiempo de usar una expresión así; pero ahora era dado al estilo desenfadado y parisino, que le parecía de muy buen gusto; e, igual que hacía su vecina, la señora Bovary, le preguntaba al pasante con curiosidad por las costumbres de la capital, e incluso decía palabras de jerga para deslumbrar... a los



burgueses; llamaba «covacha» al dormitorio, «tomate» al desorden, «finústico» a lo elegante, «Breda-street» a la calle de Breda¹ y decía «me largo» en vez de «me marchó».

Así pues, un jueves Emma se llevó la sorpresa de encontrarse en El León de Oro al señor Homais con ropa de viaje, es decir envuelto en un abrigo viejo que nadie le había visto nunca y llevando en la mano una maleta y en la otra el folgo que usaba en la tienda. No le había contado el proyecto a nadie por temor a que su ausencia preocupase a la clientela.

Pensar en volver a ver los sitios donde había pasado la juventud debía de enardecerlo, pues no paró de hablar en todo el camino; luego, nada más llegar, se bajó a toda prisa del coche para ir a buscar a Léon; y, por más que se resistió el pasante, el señor Homais se lo llevó a rastras al Café de Normandie, donde hizo una entrada majestuosa sin quitarse el sombrero, pues le parecía de lo más provinciano descubrirse en un lugar público.

Emma estuvo esperando a Léon tres cuartos de hora. Fue, por fin, con muchas prisas, al bufete y, perdida en todo tipo de conjeturas, acusándolo de indiferencia y reprochándose su debilidad, se pasó la tarde con la frente pegada a los cristales.

A las dos, Léon y Homais estaban aún sentados a la mesa, uno enfrente de otro. El local se iba quedando vacío; el tubo de la estufa, con forma de palmera, abría en el techo su circunferencia dorada; y, cerca de ellos, detrás de los cristales, a pleno sol, un surtidor pequeño gorgoteaba en un pilón de mármol donde, entre berros y espárragos, tres bogavantes aletargados se codeaban con unas codornices, amontonadas de costado.

Homais estaba encantado de la vida. Aunque el lujo lo embriagaba aún más que las viandas, el vino de Pomard, no obstante, estimulaba no poco sus facultades; y, cuando llegó la tortilla al ron, expuso teorías nada morales respecto a las mujeres. Lo que le seducía por encima de todo era el chic. Le chiflaban los vestidos elegantes en un piso bien amueblado; y, en cuanto a las prendas físicas, no hacía ascos a las reales hembras.

Léon miraba el reloj desesperado. El boticario bebía, comía, hablaba.

¹ En París, calle de la bohemia literaria y artística.

—Por cierto —dijo de repente— que en Ruán debe usted de estar bastante a dieta. Aunque sus amores no lo pillan lejos. —Y siguió, al ver que Léon se ruborizaba—: Vamos, sea sincero. ¿Va usted a negarme que en Yonville...?

El joven balbució algo.

—¿No le tiraba usted los tejos, en casa de la señora Bovary...?

—Pero ¿a quién?

—¿A la criada!

Lo decía en serio; pero la vanidad pudo más que la prudencia, y Léon, a su pesar, puso el grito en el cielo. Y además solo le gustaban las morenas.

—Cuenta con mi aprobación —dijo el boticario—; tienen más temperamento.

Y, arrimando la boca al oído de su amigo, lo puso al tanto de los síntomas que revelaban que una mujer tenía temperamento. Se engolfó incluso en una digresión etnográfica: las alemanas eran vaporousas; las francesas, libertinas; las italianas, apasionadas.

—¿Y las negras?

—Son para gustos artísticos —dijo Homais—. ¡Mozo! ¡Dos tacitas de café!

—¿Nos vamos? —dijo por fin Léon, perdiendo la paciencia.

—Yes.

Pero, antes de marcharse, quiso ver al dueño del café y le hizo unos cuantos elogios.

Entonces, el joven, para quedarse solo, alegó que tenía cosas que hacer.

—¿Ah, pues lo acompaño! —dijo Homais.

Y, según iban los dos calle abajo, le hablaba de su mujer, de sus hijos, del porvenir de esos niños, y de su farmacia: contaba la decadencia en que había estado antaño y el grado de perfección al que la había llevado él.

Al llegar al Hotel de Boulogne, Léon lo dejó plantado con brusquedad, subió deprisa la escalera y se encontró a su amante muy alterada.

Al oír el nombre del boticario, se enfadó, mientras Léon acumulaba razones de peso: él no tenía la culpa, ¿es que no conocía al señor Homais? ¿Podía pensar que prefiriese su compañía? Pero ella se apartaba; Léon la sujetó y, cayendo de rodillas, le rodeó la cintura con los brazos, en postura lánguida y rebosante de concupiscencia

y súplica.

Emma estaba de pie; con aquellos ojos suyos grandes y ardientes lo miraba muy seria y con expresión tremenda. Luego se le empañaron de lágrimas, bajó los párpados sonrosados, y dejó que le cogiera las manos; se las estaba llevando Léon a los labios cuando entró un criado con el aviso de que preguntaban por el señor.

—¿Vas a volver? —preguntó ella.

—Sí.

—Pero ¿cuándo?

—Dentro de un rato.

—Era un truco —dijo el boticario al ver a Léon—. Me ha parecido oportuno interrumpir esa visita que, al parecer, le contrariaba a usted. Vamos a casa de Bridoux a tomar una copa de digestivo.

Léon le juró que tenía que volver al bufete. Pero el boticario le gastó bromas con los papelotes y los procedimientos judiciales.

—Pero ¡olvídese un rato de Cujas y de Barthole², qué demonios! ¿Quién se lo impide? ¡Échele coraje! Vamos a casa de Bridoux para que vea usted el perro. ¡Es curiosísimo!

Y, como el pasante seguía en sus trece, dijo:

—Voy con usted. Mientras lo espero leeré un periódico o le echaré un vistazo a un Código.

Léon, a quien tenían aturrido el enfado de Emma, la cháchara del señor Homais y, quizá, la pesadez del almuerzo, estaba indeciso y como bajo el imperio de la fascinación del boticario, que repetía:

—¡Vamos a la farmacia de Bridoux! Está a dos pasos, en la calle de Malpalu.

Entonces, por cobardía, por necedad, por ese sentimiento incalificable que nos arrastra a cometer los actos más antipáticos, Léon dejó que lo llevase a la farmacia de Bridoux; y se lo encontraron en el patinillo, vigilando a tres mozos que, jadeantes, giraban la rueda enorme de una máquina de hacer agua de Seltz. Homais les dio consejos; abrazó a Bridoux; tomaron el digestivo. Léon intentó irse veinte veces; pero Homais lo detenía agarrándolo del brazo y diciendo:

—¡Enseguida! Ya salgo. Vamos a ir a El Fanal de Ruán, a hacerles una visita. Le presentaré a Thomassin.

² Jurisconsultos. Francés, Cujas (1522-1590) e italiano, Barthole (1313-1356).

Pudo, sin embargo, quitárselo de encima y fue corriendo al hotel. Emma ya no estaba.

Acababa de marcharse, exasperada. Ahora lo aborrecía. Que hubiera faltado a la cita le parecía un ultraje, y buscaba más razones para perderle el apego; era incapaz de heroísmo, débil, vulgar, más flojo que una mujer; y también tacaño y pusilánime.

Se fue calmando luego y acabó por darse cuenta de que seguramente lo había calumniado. Pero denigrar a quienes queremos nos quita siempre algo de apego. No hay que tocar los ídolos: el dorado se nos queda en las manos.

Ahora Léon y ella hablaban más a menudo de cosas que no tenían que ver con su amor; y, en las cartas que le enviaba Emma, salían flores, versos, la luna y las estrellas, recursos ingenuos de una pasión debilitada que intentaba reanimarse con todos los socorros externos. Emma se prometía continuamente que, en el viaje siguiente, notaría una felicidad muy honda; luego, se confesaba que no había sentido nada del otro mundo. Una esperanza nueva no tardaba en borrar la decepción, y Emma volvía a Léon más ardiente y más ávida. Se desnudaba con violencia, arrancando la cinta estrecha del corsé, que le silbaba alrededor de las caderas como una culebra que pasara escurriéndose. Iba de puntillas a comprobar otra vez que la puerta estaba cerrada y, después, dejaba, con un único ademán, que toda la ropa cayera junta; y, pálida, callada, seria, se desplomaba contra el pecho de Léon con un prolongado escalofrío.

Pero en aquella frente cubierta de gotas frías, en aquellos labios balbucientes, en aquellas pupilas extraviadas, en la presión de aquellos brazos, había algo extremoso, vago y lúgubre que le parecía a Léon que se metía sutilmente entre los dos como si quisiera separarlos.

No se atrevía a preguntarle nada; pero, al verla tan experta, se decía que debía de haber pasado por todas las pruebas del sufrimiento y del placer. Lo que antes le deleitaba, ahora le asustaba un poco. Y, por lo demás, se rebelaba contra aquella absorción cada día un poco mayor de su personalidad. Le guardaba rencor a Emma por aquella victoria permanente. Se esforzaba incluso por no quererla; pero solo con oír el crujido de sus botinas, se sentía cobarde, como los borrachos al ver licores fuertes.

Cierto es que Emma no dejaba nunca de tener con él todo tipo de atenciones, desde los refinamientos de la mesa hasta la coquetería



en el vestir y las miradas lánguidas. Traía de Yonville rosas prendidas en el pecho y se las arrojaba a la cara; se preocupaba por su salud; le daba consejos acerca de cómo debía comportarse; y, para tenerlo más sujeto, con la esperanza de que el cielo intervendría a lo mejor, le puso al cuello una medalla de la Virgen. Le preguntaba, como una madre virtuosa, por los compañeros. Le decía:

—No vayas con ellos, no salgas, piensa solo en nosotros; ¡quíereme!

Le habría gustado poder vigilar qué vida llevaba; y se le ocurrió mandar que lo siguieran por la calle. Había siempre junto al hotel una especie de vagabundo que se acercaba a pedir a los viajeros y que aceptaría... Pero se le rebeló el orgullo.

—¡Bah, qué más da! ¡Que me engañe, me da lo mismo! ¿Acaso me interesa tanto?

Un día en que se habían separado temprano y Emma volvía sola por el bulevar, divisó las tapias de su convento; se sentó entonces en un banco a la sombra de los olmos. ¡Qué tranquilidad la de aquellos tiempos! ¡Cuánto envidiaba los inefables sentimientos de amor que intentaba imaginarse según los libros!

Los primeros meses de matrimonio, los paseos a caballo por el bosque, el vizconde bailando el vals, y Lagardy cantando, todo le volvió a pasar ante los ojos... Y Léon le pareció de repente tan lejano como los demás.

«¡Y sin embargo le quiero!», se decía.

¡Qué más daba! No era feliz, nunca lo había sido. ¿De dónde venía esa carencia en su vida, ese pudrirse instantáneo de todas las cosas en que se apoyaba?... Pero, si había en alguna parte un ser fuerte y hermoso, un carácter valeroso, lleno a un tiempo de exaltación y de refinamientos, un corazón de poeta con forma de ángel, una lira con cuerdas de bronce que enviase al cielo el sonido de epitalamios elegíacos, ¿por qué no iba a encontrarlo por casualidad? ¡Ay, qué imposibles eran las cosas! Por lo demás, no merecía la pena buscar nada. ¡Todo mentía! Tras todas las sonrisas había un bostezo de hastío: en todas las alegrías, una maldición; en todos los placeres, el correspondiente asco; y los besos mejores dejaban en los labios un deseo irrealizable de una voluptuosidad más elevada.

Un estertor metálico pasó arrastrándose por los aires y la campana del convento sonó cuatro veces. ¡Las cuatro! Y le parecía que llevaba en aquel banco toda la eternidad. Pero, de la misma forma

que una muchedumbre puede caber en un espacio pequeño, en un minuto puede caber un mundo infinito de pasiones.

Emma vivía absorta en las suyas y se preocupaba del dinero tan poco como si fuera una archiduquesa.

Un día, no obstante, un hombre canijo, rubicundo y calvo llegó a su casa y dijo que lo enviaba el señor Vinçart, de Ruán. Quitó los alfileres que le cerraban el bolsillo lateral de la larga levita verde, se los pinchó en la manga y sacó, cortésmente, un papel.

Era un pagaré de setecientos francos con la firma de Emma y del que Lheureux, por mucho que había protestado ella, le había hecho el endoso a Vinçart.

Mandó a la criada a buscar a Lheureux a su casa. No podía ir.

Entonces, el desconocido, que se había quedado de pie, dando, a derecha e izquierda, ojeadas curiosas que disimulaban las gruesas cejas rubias, preguntó con expresión candorosa:

—¿Qué le digo al señor Vinçart?

—Pues —contestó Emma— dígame que... que no tengo dinero... Que lo deje para la semana que viene... Que espere... sí, la semana que viene.

Y el individuo se fue sin decir palabra. Pero al día siguiente, a mediodía, le llegó un protesto; y al ver el papel timbrado, donde aparecía varias veces y en letras grandes: «Señor Hareng, agente judicial en Buchy», se asustó tanto que fue a toda prisa a ver al comerciante de tejidos.

Lo encontró en la tienda, atando un paquete.

—A su disposición —dijo—. Enseguida estoy con usted.

No por ello dejó de hacer lo que tenía entre manos, con ayuda de una muchacha de trece años, algo jorobada, que le hacía al tiempo las veces de dependienta y de cocinera.

Luego, taconeando con los zuecos en la tarima de la tienda, subió, precediendo a Emma, al primer piso y la hizo pasar a un gabinete estrecho donde, encima de una mesa de despacho grande, de madera de pino, había unos cuantos registros protegidos por una barra de hierro transversal con un candado. Pegada a la pared, debajo de unos retales de indiana, podía verse a medias una caja fuerte, pero de dimensiones tales que debía de haber en ella algo más que pagarés y dinero. Pues el señor Lheureux era prestamista y allí es donde tenía la cadena de oro de la señora Bovary, junto con los pendientes del pobre Tellier a quien no le había quedado al fin más remedio que



vender el negocio y había comprado en Quincampoix una modesta tienda de ultramarinos donde se moría de catarro crónico entre unas velas menos amarillas que su cara.

Lheureux se sentó en el ancho sillón de paja, diciendo:

—¿Qué novedades hay?

—Tenga.

Y Emma le enseñó el papel.

—¿Y qué quiere que yo le haga?

Emma se enfadó entonces, le recordó la palabra que le había dado de que no endosaría los pagarés; él lo admitía.

—Pero me he visto en la necesidad. Tenía el agua al cuello.

—Y ahora ¿qué va a pasar? —preguntó Emma.

—¡Ah! Muy sencillo: un juicio en los tribunales y luego el embargo... Y no hay más cera que la que arde.

Emma se contenía para no pegarle. Le preguntó con suavidad si no habría forma de tranquilizar al señor Vinçart.

—¡Huy, tranquilizar a Vinçart! Usted no lo conoce. Es más feroz que un moro.

Pero el señor Lheureux tenía que intervenir.

—¡Oiga! Me parece que hasta ahora no la he tratado nada mal. —Y siguió, abriendo uno de los registros—: ¡Mire! —Luego, pasando el dedo de abajo arriba por la página—: A ver... a ver... El 3 de agosto, doscientos francos... El 17 de junio, ciento cincuenta... El 23 de marzo, cuarenta y seis... En abril... —Y se detuvo, como si temiera hacer algo de lo que tuviera que arrepentirse—. ¡Y no menciono los pagarés que firmó el señor, uno de setecientos francos y otro de trescientos! En cuanto a esas cositas que me ha ido dejando usted a deber y a los intereses, es el cuento de nunca acabar, no hay quien se aclare. ¡Ya lo he dejado por imposible!

Emma lloraba; llegó incluso a llamarlo su «buen señor Lheureux».

Pero él le seguía echando las culpas a aquel «bribón de Vinçart». Por lo demás, estaba sin un céntimo; ya nadie le pagaba, todo el mundo lo esquilmba; un pobre tendero como él no podía hacer adelantos.

Emma callaba; y al señor Lheureux, que mordisqueaba las barbas de la pluma, debió de preocuparle ese silencio, porque siguió diciendo:

—Si al menos un día de éstos tuviera algunos ingresos... podría...

—Por lo demás —dijo ella—, en cuanto a lo que falta por pagar del dinero de Barneville...

—¿Cómo?... Y, al enterarse de que Langlois aún no había pagado, pareció muy sorprendido. Luego, con voz melosa;

—Así que quedamos, decía usted...

—¡Ay, en lo que quiera!

Lheureux entonces cerró los ojos para pensar, escribió unos cuantos números y, asegurando que le iba a costar mucho, que el asunto era escabroso y aquello era para él una sangría, le dictó cuatro pagarés de doscientos cincuenta francos cada uno, con los vencimientos de mes en mes.

—¡Con tal de que Vinçart quiera hacerme caso! Pero de todas formas en eso quedamos, yo no soy de andarme con rodeos, soy persona muy llana. —Luego le enseñó, como quien no quiere la cosa, unas cuantas novedades, aunque, en su opinión, ninguna era digna de la señora—. ¡Mire qué corte de vestido! ¡Cuando pienso que cuesta a treinta y cinco céntimos el metro y garantizan que no destiñe! ¡Y la gente se lo cree! Ya supondrá usted que la verdad no se la contamos a nadie —decía, pretendiendo, al confesar esa granujada que les hacía a los demás, convencerla del todo de lo probo que era.

La volvió a llamar cuando se iba, para enseñarle tres varas de guipur que había encontrado hacía poco «en un remate».

—¡Fíjese qué bonito! —decía Lheureux—. Ahora lo usan mucho para apoyacabezas de los sillones, es lo que más se lleva.

Y luego, más rápido que un ilusionista, envolvió el guipur en papel azul y se lo puso a Emma en las manos.

—Dígame por lo menos cuánto...

—Luego, luego —dijo él dándose media vuelta.

Esa misma noche, Emma le metió prisa a Bovary para que le escribiera a su madre y que les mandase enseguida lo que quedaba por liquidar de la herencia. Su suegra contestó que ya no había nada; la liquidación estaba cerrada y, además de Barneville, les quedaba una renta de seiscientas libras, que les enviaría puntualmente.

La mujer del médico mandó entonces las facturas a casa de dos o tres clientes y no tardó en recurrir ampliamente a ese sistema, que daba sus frutos. Siempre tenía buen cuidado de poner una postdata: «Sobre todo no se lo comente a mi marido; ya sabe lo orgulloso que es... Discúlpeme... Su segura servidora...». Algunos protestaron y Emma interceptó las protestas.



Para sacar dinero empezó a vender los guantes viejos, los sombreros viejos, la chatarra; y era rapaz en el regateo; a su sangre campesina le gustaban las ganancias. Y, además, cuando fuera a la capital, pensaba comprar baratijas en las almonedas con las que seguramente se quedaría Lheureux a falta de otros compradores. Adquirió plumas de avestruz, porcelana china y arcones; pedía dinero prestado a Félicité, a la señora Lefrançois, a la hospedera de La Cruz Roja, a todo el mundo y en cualquier parte. Con el dinero de Barneville, que por fin le llegó, pagó dos letras; los otros mil quinientos francos se le escurrieron entre los dedos. Volvió a empeñarse. ¡Siempre lo mismo!

Cierto es que a veces intentaba echar cuentas; pero descubría cosas tan desorbitadas que no le cabían en la cabeza. Entonces volvía a empezar las cuentas, se hacía un lío enseguida, lo dejaba estar y no volvía a acordarse.

¡Ahora era una casa muy triste! Se veía salir de ella a proveedores con expresiones rabiosas. Había pañuelos rodando por encima de los fogones; y Berthe, para mayor escándalo de la señora Homais, llevaba agujeros en las medias. Si Charles, tímidamente, se atrevía a hacer un comentario, Emma le contestaba con tono muy violento que la culpa no la tenía ella.

¿Por qué esos arrebatos? Para Charles la explicación de todo era la pasada enfermedad nerviosa; y se reprochaba haber tomado por defectos las dolencias de Emma, se acusaba de egoísmo, le entraban ganas de ir a darle un beso.

«¡Ay, no —se decía—, que seguro que le parece un fastidio.»

Y se quedaba donde estaba.

Después de la cena, se paseaba solo por el jardín; se sentaba a Berthe en las rodillas y, abriendo el periódico de medicina, intentaba enseñarle a leer. La niña, que no estaba acostumbrada a estudiar, no tardaba en abrir mucho unos ojos muy tristes y se echaba a llorar. Entonces, la consolaba; iba a buscarle agua con la regadera para hacer ríos en la arena, o les quitaba ramas a los aligustres para plantar árboles en los parterres, lo que no deterioraba gran cosa el jardín, lleno de hierbajos. ¡Le debían tantos días de trabajo a Lestiboudois! Luego a la niña le entraba frío y preguntaba por su madre.

—Llama a tu tata —le decía Charles—. Ya sabes, cariño, que mamá no quiere que la molestemos.

Estaba empezando el otoño y ya se iban cayendo las hojas, ¡como hacía dos años, cuando Emma estaba enferma! ¡Cuándo acabaría

todo aquello?... Y seguía andando, con las manos a la espalda.

La señora estaba en su habitación. No se podía entrar. Se quedaba allí todo el día, adormilada, a medio vestir, y, de vez en cuando, quemaba pastillas del serrallo que había comprado en Ruán en la tienda de un argelino. Para no tener por las noches, acostado y dormido junto a ella, a aquel hombre, acabó, a fuerza de torcer el gesto, por desterrarlo al segundo piso; y leía hasta el amanecer libros extravagantes donde había escenas de orgías y situaciones sangrientas. Muchas veces le entraba el terror y gritaba. Charles acudía.

—¡Ay, vetel! —decía ella.

O, en otras ocasiones, la abrasaba con más fuerza la llama íntima que avivaba el adulterio y, jadeante, alterada, hecha un puro deseo, abría la ventana, respiraba el aire frío, despeinaba al viento la melena demasiado abundante; y, mirando las estrellas, ansiaba amores principescos. Pensaba en él, en Léon. En esos momentos lo habría dado todo por una sola de esas citas que la saciaban.

Las citas eran sus días de gala. ¡Quería que fueran esplendorosos! Y cuando Léon no podía hacerse él solo cargo de los gastos, Emma completaba liberalmente lo que faltaba, cosa que sucedía casi siempre. Él intentó que entendiera que estarían igual de bien en otro sitio, en un hotel más modesto; y ella puso peros.

Un día sacó del bolso seis cucharillas de plata sobredorada (el regalo de bodas del señor Rouault) y le rogó que le hiciera inmediatamente el recado de llevarlas al monte de piedad; y Léon obedeció, aunque la gestión le resultase desagradable. Tenía miedo de comprometerse.

Luego, al acordarse, le pareció que su amante iba teniendo un comportamiento muy extraño y que a lo mejor no estaban equivocados quienes querían apartarlo de ella.

Pues alguien le había enviado a su madre una larga carta anónima para avisarla de que Léon se estaba perdiendo con una mujer casada. Y, en el acto, la buena señora, vislumbrando el eterno espantajo de las familias, es decir, la imprecisa criatura pernicioso, la sirena, el monstruo que lleva una vida fantástica en las profundidades del amor, escribió al letrado señor Dubocage, el jefe de su hijo, quien se portó a la perfección en aquel asunto. Estuvo con él tres cuartos de hora, pretendiendo abrirle los ojos y avisarlo de la proximidad del abismo. Una intriga como ésa lo perjudicaría el día de mañana, cuando quisiera poner su propio bufete. Le suplicaba que rompiese;



y si no hacía ese sacrificio en su propio interés, que al menos lo hiciera por él, Dubocage!

Léon acabó por jurar que no volvería a ver a Emma; y se reprochaba haber faltado a su palabra al pensar cuántas situaciones apuradas y cuántos sermones podría acarrearle aún aquella mujer, y eso sin contar con las bromas que sus compañeros soltaban por las mañanas, alrededor de la estufa. Además estaba a punto de ascender a primer pasante: era el momento de sentar la cabeza. Así que había que renunciar a la flauta, a los sentimientos exaltados y a la imaginación; pues no hay burgués que, en el acaloramiento de la juventud, no se haya creído capaz, aunque solo haya sido un día o un minuto, de pasiones gigantescas y de elevadas empresas. El libertino más mediocre ha soñado con sultanas; y todos los notarios llevan en sí los restos de un poeta.

Ahora se aburría cuando Emma, de pronto, rompía en sollozos contra su pecho; y el corazón, igual que esas personas que no pueden soportar sino cierta dosis de música, se le adormilaba de indiferencia por el barullo de un amor cuyas exquisiteces no notaba ya.

Se conocían demasiado para que les aquejasen esas estupefacciones de la posesión que centuplican su júbilo. Ella estaba tan harta de él como él cansado de ella. Emma se volvía a topar en el adulterio con todas las ramplonerías del matrimonio.

Pero ¿cómo librarse de todo aquello? Y, además, por mucho que la humillase la bajeza de esa dicha, le tenía apego por costumbre o por corrupción; y todos los días se empecinaba, agostando cualquier felicidad por querer que fuera demasiado grande. Le echaba la culpa a Léon de sus esperanzas chasqueadas, como si la hubiera traicionado; e incluso deseaba una catástrofe que acarrase la separación, ya que no tenía valor para tomar esa decisión ella sola.

No por ello dejaba de escribirle cartas de amor, por aquello de que una mujer tiene que escribirle siempre a su amante.

Pero, al escribir, intuía a otro hombre, a un fantasma hecho con sus recuerdos más ardientes, sus lecturas más hermosas, sus concupiscencias más fuertes; y acababa por volverse tan auténtico y tan accesible que la dejaba palpitante y maravillada, aunque no pudiera, pese a todo, imaginarlo con claridad, pues se perdía, como un dios, tras la abundancia de sus atributos. Vivía en esa azulada comarca donde las escalas de seda se columpian desde los balcones, entre el hálito de las flores y la claridad de la luna. Lo notaba a su lado; iba a

llegar y la raptaría entera en un beso. Luego se desplomaba de golpe, quebrantada; porque aquellos arrebatos de amor inconcreto la dejaban más cansada que una orgía desenfrenada.

Sentía ahora Emma un entumecimiento continuo y universal. Con frecuencia recibía requerimientos en papel timbrado que apenas si miraba. Habría querido no seguir viviendo, o estar continuamente dormida.

El jueves de la tercera semana de Cuaresma no volvió a Yonville; fue a un baile de disfraces por la noche. Se puso un pantalón de terciopelo, unas medias rojas, una peluca con coleta y un sombrero de tres picos terciado. Saltó y brincó toda la noche al compás de los trombones; la gente le hacía corro; y al amanecer se vio en el peristilo del teatro con otras cinco o seis máscaras, hombres y mujeres disfrazados de marineros, amigos de Léon que hablaban de ir a cenar.

Los cafés de los alrededores estaban llenos. Encontraron en el puerto un restaurante de los más mediocres, cuyo dueño les abrió un reservado pequeño en el cuarto piso. Los hombres cuchichearon en un rincón, poniéndose de acuerdo seguramente en el gasto. Había un pasante, dos estudiantes de medicina y un dependiente. ¡Qué ambiente para ella! En cuanto a las mujeres, Emma no tardó en darse cuenta, por el metal de la voz, de que debían de ser todas de la más baja estofa. Entonces sintió miedo, echó hacia atrás la silla y bajó los ojos.

Los demás empezaron a comer. Emma no comía; le ardía la frente, le picaban los párpados y tenía la piel helada. Sentía en la cabeza el suelo vibrando aún con la pulsación rítmica de mil pies que bailaban. Luego, el olor del ponche y el humo de los puros la marearon. A punto de desmayarse, la llevaron a la ventana.

Empezaba a apuntar el día y una mancha grande de tono púrpura crecía en el cielo pálido por el lado en que estaba Sainte-Catherine. El río lívido temblaba con el viento; no había nadie en los puentes; se iban apagando las farolas.

Se fue recuperando y se acordó de Berthe, que estaría durmiendo en el cuarto de la criada. Pero pasó una carreta cargada de tiras largas de hierro, que pegaban en las paredes de las casas con una vibración metálica ensordecedora.

Les dio plantón de repente, se quitó el traje, le dijo a Léon que tenía que irse a casa y, por fin, se quedó sola en el Hotel de Boulogne. Todo le resultaba insoportable, y tampoco se soportaba a sí misma.



Habría querido, escapando como un pájaro, ir a remozarse a algún lugar muy lejano, en el espacio immaculado.

Salió, cruzó el bulevar, la plaza Cauchoise y los suburbios, hasta llegar a una calle poco edificada que daba a unos jardines. Andaba deprisa, el aire libre la calmaba; y, poco a poco, las caras del gentío, las máscaras, la gente bailando cuadrillas, las arañas, la cena, aquellas mujeres, todo desaparecía como brumas que se llevase el viento. Luego, al llegar a La Cruz Roja, se tiró encima de la cama, en el cuartito del segundo piso donde había cromos de la torre de Nesle. A las cuatro de la tarde, Hivert la despertó.

Al entrar en casa, Félicité le enseñó, metido detrás del reloj, un papel gris. Emma leyó: «Comunicación de copia ejecutoria de la sentencia...». ¿Qué sentencia? Era que la víspera habían llevado otro papel que Emma no había visto, así que la dejaron estupefacta las palabras siguientes: «Por disposición del rey, la ley y la justicia, a la señora Bovary...». Se saltó unas cuantas líneas y vio: «En un plazo improrrogable de veinticuatro horas». ¿Un plazo para qué? «Pagar la cantidad total de ocho mil francos.» Y añadía más abajo: «Se ejecutará por todas las vías judiciales y más concretamente mediante embargo judicial de sus muebles y pertenencias».

¿Qué podía hacer?... Faltaban veinticuatro horas. ¡Era al día siguiente! Seguramente Lheureux quería darle otro susto; pues intuyó de golpe todas sus maniobras y cuál había sido el propósito de tantas amabilidades. Lo que la tranquilizaba era aquella cantidad tan exagerada.

Pero el caso era que, a fuerza de comprar sin pagar, de pedir prestado, de firmar pagarés para renovar luego esos mismos pagarés que iban creciendo con cada nuevo vencimiento, había acabado por prepararle a Lheureux un capital que éste esperaba con impaciencia para invertirlo en sus especulaciones.

Se presentó en su casa con actitud desenvuelta.

—¿Está enterado de lo que me pasa? Será una broma, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo que no?

Él se volvió despacio y le dijo, cruzándose de brazos:

—¿Es que creía usted, querida señora, que iba a ser su proveedor y su banquero hasta la consumación de los siglos por amor a Dios? ¡Tendré que recobrar lo que he ido adelantando, seamos justos!

Emma puso el grito en el cielo por el importe de la deuda.

—¡Ah, lo siento! ¡El tribunal la ha admitido, ha dictado sentencia y se le ha comunicado! Además, no ha sido cosa mía, sino de Vinçart.

—Pero ¿no podría usted...?

—No, en absoluto.

—Pero... vamos a ver... razonemos.

Emma quiso salir por donde fuera: no se había enterado... había sido una sorpresa...

—¿Y quién tiene la culpa? —dijo Lheureux haciéndole una venia irónica—: Mientras yo estoy aquí trabajando como un negro, usted se dedica a pasárselo bien.

—¡No me lea la cartilla!

—Es algo que nunca viene mal —repuso él.

Emma fue cobarde, le suplicó; llegó incluso a colocar en las rodillas del comerciante la mano, bonita, blanca y afilada.

—Déjeme en paz! ¡Parece que quisiera usted seducirme!

—¡Es usted un miserable! —exclamó ella.

—¡Bueno, bueno, hay que ver cómo se pone! —contestó él, riéndose.

—Contaré quién es usted. Le diré a mi marido...

—¡Pues yo le enseñaré una cosita a su marido!

Y Lheureux sacó de la caja fuerte el recibo de mil ochocientos francos que le había dado Emma por el descuento bancario de Vinçart.

—¿No le parece —añadió— que el bueno del señor Bovary caerá en la cuenta de este pequeño robo suyo?

Emma se vino abajo, más hundida que si le hubieran dado un mazazo en la cabeza. Iba de la ventana al escritorio sin dejar de repetir:

—¡Ah! Le voy a demostrar... le voy a demostrar...

Lheureux se le acercó y le dijo con voz suave:

—Ya sé que no es agradable; pero, bien pensado, no se va a morir nadie y ya que es la única forma que le queda de devolverme mi dinero...

—Pero ¿de dónde lo voy a sacar? —dijo Emma, retorciéndose los brazos.

—¡Bah! Cuando se tienen amigos, como los tiene usted...

Y la miraba con una expresión tan perspicaz y tan terrible que a Emma se le estremecieron hasta las entrañas.

—Le prometo —dijo— que firmaré...



—¡Ya estoy harto de sus firmas!

—Venderé también...

—¡Vamos! —dijo él, encogiéndose de hombros—. Ya no le queda nada. —Y gritó por el ventanuco que daba a la tienda—: ¡Annette! Que no se te olviden los tres retales del número 14.

Apareció la criada: Emma se dio por enterada y preguntó «cuánto haría falta para detener todas las actuaciones judiciales».

—¡Ya es tarde!

—Pero ¿y si le trajera varios miles de francos, la cuarta parte de esa cantidad, la tercera parte, casi todo?

—¡No, no! ¡Es inútil!

Y la empujaba suavemente hacia la escalera.

—¡Se lo suplico, señor Lheureux, unos días más!

Sollozaba.

—¡Vaya por Dios! ¡Y ahora lágrimas!

—Me aboca a la desesperación.

—¡Me importa un comino! —dijo Lheureux cerrando la puerta.



Capítulo VII





Emma se portó de forma estoica cuando, al día siguiente, llegó el señor Hareng, el ujier judicial, con dos testigos, para levantar acta del embargo.

Empezaron por la consulta de Bovary y no apuntaron la cabeza frenológica, que consideraron herramienta profesional; pero, en la cocina, contaron las fuentes, las ollas, las sillas, los candeleros y, en el dormitorio, todas las chucherías de los estantes. Pasaron revista a los vestidos de Emma, a la ropa blanca, al cuarto de aseo; y su existencia, hasta en los recovecos más íntimos, quedó expuesta de arriba abajo, como un cadáver al que hacen la autopsia, a las miradas de aquellos tres hombres.

El señor Hareng, enfundado en un frac negro de tela fina y con corbata blanca y unos pantalones de trabillas muy tirantes, repetía de vez en cuando:

—¿Me permite, señora? ¿Me permite?

Lanzaba exclamaciones muchas veces:

—¡Qué precioso!... ¡Muy bonito!

Y seguía escribiendo, mojado la pluma en el tintero de cuerno que sujetaba con la mano izquierda.

Cuando acabaron con las habitaciones, subieron al desván. Emma tenía allí un pupitre donde guardaba las cartas de Rodolphe.

Tuvo que abrirlo.



—¡Ah, una correspondencia! —dijo el señor Hareng con sonrisa discreta—. Pero ¡permítame! Tengo que asegurarme de que no hay nada más en la caja.

E inclinó levemente los papeles como para que cayeran, de entre ellos, unos cuantos napoleones. Entonces Emma se indignó al ver cómo aquella manaza, de dedos encarnados y gruesos como babosas, tocaban esas páginas donde había latido su corazón.

¡Por fin se fueron! Volvió Félicité, a quien Emma había enviado a que estuviera al acecho para desviar a Bovary; y acomodaron a toda prisa en las dependencias de debajo del tejado al guarda de los bienes embargados, que juró que no saldría de allí.

Charles pareció preocupado durante la velada. Emma lo espiaba con ojos angustiados, pues le parecía ver acusaciones en las arrugas de su rostro. Y, cuando posaba la mirada en la chimenea con pantallas chinas, en los cortinajes, en los sillones, en todas esas cosas, en pocas palabras, que le habían endulzado las amarguras de la vida, le entraban remordimientos o, más bien, un arrepentimiento inmenso, que le exacerbaba su pasión en vez de destruirla. Charles atizaba el fuego plácidamente, con los pies en los morillos.

Hubo un momento en que el guarda, que seguramente se estaba aburriendo en el desván, hizo algo de ruido.

—¿Hay alguien arriba? —dijo Charles.

—¡No! —contestó ella—. Se habrá quedado abierto un tragaluz y lo moverá el viento.

Se fue a Ruán al día siguiente, que era domingo, para ver a todos los banqueros a los que conocía de nombre. Estaban en el campo o de viaje. No se desanimó; y a los que pudo ver, les pedía dinero, asegurando que lo necesitaba, que lo devolvería. Algunos se le rieron en la cara; todos se lo negaron.

A las dos fue corriendo a casa de Léon y llamó a la puerta. Nadie abría. Apareció por fin.

—¿Tú por aquí?

—¿Te molesta?

—No... pero...

Y confesó que al casero no le gustaba que fueran «mujeres» de visita.

—Tengo que hablarte —dijo Emma.

Él entonces cogió la llave. Ella lo detuvo.

—¡Ay, no! Allí, en nuestro cuarto.

Y fueron al Hotel de Boulogne.

Emma se bebió al llegar un vaso de agua lleno hasta arriba. Estaba muy pálida. Le dijo:

—Léon, vas a hacerme un favor. —Y, sacudiéndole ambas manos, que le tenía cogidas con fuerza, añadió—: ¡Oye, necesito ocho mil francos!

—¿Estás loca?

—¡Todavía no!

Y acto seguido le contó la historia del embargo y lo desesperada que estaba; porque Charles no estaba enterado de nada, su suegra la aborrecía y el señor Rouault no podía hacer nada; pero él, Léon, pondría manos a la obra para dar con esa cantidad indispensable...

—¿Cómo quieres que...?

—¡Vaya cobarde que estás hecho! —exclamó ella.

Entonces él dijo, tontamente:

—Estás exagerando el problema. A lo mejor ese buen señor se calmaba con mil escudos.

Razón de más para intentar alguna gestión; era imposible que no se pudieran encontrar tres mil francos. Y, además, Léon podía pedir un préstamo para darle el dinero.

—¡Venga! ¡Mira a ver! ¡Es imprescindible! ¡Corre!... ¡Ay, inténtalo, inténtalo! ¡Te querré mucho!

Léon se fue, regresó al cabo de una hora y dijo con expresión solemne:

—He ido a ver a tres personas... ¡Ha sido en vano!

Se quedaron luego sentados, uno frente a otro, a ambos lados de la chimenea, quietos, sin decir nada. Emma se encogía de hombros y daba pataditas en el suelo. Léon la oyó murmurar:

—¡Si yo estuviera en tu lugar, seguro que encontraba el dinero!

—Pero ¿dónde?

—¡En tu bufete!

Y lo miró.

Brotaba de sus pupilas ardientes una osadía infernal; y entornaba los párpados de forma lasciva e incitante, tanto que el joven notó que se quedaba sin fuerzas ante la voluntad muda de aquella mujer que le aconsejaba un delito. Entonces le entró miedo y, para evitar que entrase en más detalles, se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¡Morel vuelve esta noche! Espero que no me diga que no —se trataba de uno de sus amigos, el hijo de un hombre de negocios muy



rico —; y mañana te lo llevo —añadió.

Emma no pareció recibir aquella esperanza con tanta alegría como había supuesto Léon. ¿Sospechaba la mentira? Añadió, ruborizándose:

—Pero, si ves que a las tres no he llegado, no me esperes, querida. Tengo que irme, disculpa. ¡Adiós!

Le estrechó la mano, pero la notó inerte. Emma no tenía ya fuerzas para albergar sentimiento alguno.

Dieron las cuatro; y se levantó para regresar a Yonville, obedeciendo como una autómatas al impulso de la costumbre.

Estaba despejado; era uno de esos días del mes de marzo, claros y crudos, en que brilla el sol en un cielo blanco. Los vecinos de Ruán paseaban con cara feliz y con la ropa de los domingos. Llegó a la plaza de Le Parvis. Estaban saliendo del oficio de vísperas. El gentío fluía por los tres pórticos como un río bajo los tres arcos de un puente; y, en medio, más quieto que una roca, estaba el pertiguero. Recordó entonces el día en que, tan ansiosa y colmada de esperanzas, había entrado en aquella amplia nave que se extendía ante ella, menos profunda que su amor; y siguió andando, llorando tras el velo, aturdida, tambaleándose, a punto de desfallecer.

—¡Cuidado! —gritó una voz que salía de una puerta cochera que se estaba abriendo.

Se detuvo para que pasara un caballo negro que piafaba entre los varales de un tálburi conducido por un caballero con un abrigo de pieles de marta cebellina. ¿Quién era? Lo conocía... El coche se abalanzó hacia delante y desapareció.

Pero ¡sí era él, el vizconde! Aunque, en realidad, no estaba segura. Todo, en su fuero interno y en el mundo exterior, la abandonaba. Se sentía perdida, rodando al azar por abismos indescriptibles. Y casi se alegró cuando divisó, al llegar a La Cruz Roja, al bueno del señor Homais que miraba cómo estaban subiendo a La Golondrina una caja grande llena de productos farmacéuticos. Llevaba en la mano, en un pañuelo de cuello, seis cheminots para su mujer.

A la señora Homais le gustaban mucho esos panecillos amazacotados, en forma de turbante, que se toman en Cuaresma con mantequilla salada, una muestra postrera de las comidas góticas que es posible que se remonte a la época de las cruzadas y con las que se empapuzaban antaño los robustos normandos, pensando que lo que veían en la mesa, a la luz de las antorchas amarillas, entre las jarras

de hipocrás y las piezas enormes de embutido, eran cabezas de sarracenos, servidas para que dieran buena cuenta de ellas. De la misma forma se comía la mujer del boticario esos panecillos, heroicamente, aunque tenía muy mala dentadura; así que cada vez que el señor Homais hacía un viaje a la capital, no se olvidaba de llevarle unos cuantos, que compraba siempre en la casa del principal fabricante, en la calle de Massacre.

—¡Me alegro mucho de verla! —dijo, ofreciéndole la mano a Emma para ayudarla a subir.

Colgó luego los cheminots de las correas de la redecilla y se sentó con la cabeza destocada y los brazos cruzados, en postura napoleónica.

Pero cuando el ciego se presentó, como solía, al comienzo de la cuesta, exclamó:

—¡No me explico cómo las autoridades consienten aún unas actividades tan reprobables! ¡Habría que encerrar a estos desdichados e imponerles alguna tarea! ¡La verdad es que el Progreso va a paso de tortuga! ¡Estamos empantanados en plena barbarie!

El ciego tendía el sombrero, que iba de un lado para otro en la ventanilla, como si fuera uno de los bolsillos del tapizado que estuviera suelto.

—¡Aquí tenemos una enfermedad escrofulosa! —dijo el boticario.

Y, aunque conociese al pobre diablo, hizo como que lo veía por primera vez, masculló las palabras «córnea», «córnea opaca», «esclerótica» y «facies», y le preguntó luego con tono protector:

—¿Hace mucho que padeces esta espantosa enfermedad, amigo mío? En vez de emborracharte en la taberna, más te valdría seguir un régimen.

Lo animaba a que tomase buen vino, buena cerveza y buenos asados. El ciego seguía cantando; por lo demás, parecía casi idiota. Por fin, el señor Homais abrió la bolsa:

—Toma, cinco céntimos; devuélveme dos y medio. Y que no se te olviden las recomendaciones que te he hecho, que te sentarán bien.

Hivert se permitió emitir en voz alta ciertas dudas acerca de su eficacia. Pero el boticario aseguró que lo iba a curar personalmente con una pomada antiflogística de composición propia y le dio sus señas:

—Señor Homais, junto a la plaza del mercado, conocido de sobra.

—Bueno, pues, en pago —dijo Hivert—, danos la función.



El ciego se sentó en las pantorrillas y, echando hacia atrás la cabeza, moviendo las pupilas verdosas y sacando la lengua, se frotaba el estómago con las manos, mientras soltaba algo parecido a un aullido sordo, como el de un perro hambriento. Emma, asqueada, le arrojó por encima del hombro una moneda de cinco francos. Era cuanto tenía. Le parecía que quedaba bien lanzarla así.

Ya había vuelto a arrancar el coche cuando, de pronto, el señor Homais se asomó por la ventanilla y gritó:

—¡Nada de farináceos ni de productos lácteos! ¡Llevar lana directamente sobre la piel y exponer las zonas enfermas a humo de bayas de enebro!

El espectáculo de los objetos conocidos que iban desfilando ante sus ojos distraía poco a poco a Emma de su primitivo dolor. Le agobiaba un cansancio intolerable y llegó a su casa atontada, desanimada y casi dormida.

«¡Que sea lo que Dios quiera!», se decía. Y, además, ¿quién sabe? ¿Por qué no iba a ocurrir de un momento a otro un acontecimiento extraordinario? Incluso podría morirse Lheureux.

A las nueve de la mañana la despertó un ruido de voces en la plaza. Había una aglomeración en el mercado para leer un cartel grande pegado en uno de los postes; y vio que Justin se subía a un mojón y rompía el cartel. Pero, en ese momento, el guarda rural lo agarró por el cuello de la chaqueta. El señor Homais salió de la botica y, en medio del gentío, la señora Lefrançois parecía estar en plena perorata.

—¡Señora, señora! —exclamó Félicité entrando—. ¡Es algo espantoso!

Y la pobre muchacha, conmocionada, le alargó un papel amarillo que acababa de arrancar de la puerta. Emma leyó en un abrir y cerrar de ojos que todos sus muebles estaban en venta.

Entonces se miraron ambas sin decir nada. La criada y la señora no tenían secretos. Por fin, Félicité suspiró:

—Si yo estuviera en su lugar, señora, iría a casa del señor Guillaumin.

—¿Tú crees?

Se vistió, se puso el vestido negro y la capota con perlas de azabache y, para que no la vieran (seguía habiendo mucha gente en la plaza), tiró, en las afueras del pueblo, por el camino que iba siguiendo la orilla del agua.

Llegó sin aliento a la verja de la casa del notario; el cielo estaba

encapotado y nevaba un poco.

Al tirar de la campanilla, apareció en la escalera exterior Théodore, de chaleco rojo; acudió a abrirle casi con familiaridad, como a alguien bien conocido, y la hizo pasar al comedor.

Una estufa grande de porcelana ronroneaba debajo de un cactus que llenaba toda la hornacina; y, en unos marcos de madera negra, colgados en el papel de la pared que era una imitación de roble, estaban la *Esmeralda* de Steuben¹ y *La mujer de Putifar* de Schopin². La mesa servida, dos infiernillos de plata, el pomo de cristal de las puertas, el suelo de tarima y los muebles, todo relucía con una limpieza meticulosa, inglesa; unos vidrios de colores decoraban las esquinas de los cristales de las ventanas.

«Éste es el comedor que necesitaría yo», pensaba Emma.

Entró el notario, ciñéndose con el brazo izquierdo el batín ramado, mientras se quitaba y se volvía a poner apresuradamente con la otra mano el bonete de terciopelo marrón, ladeado pretenciosamente hacia la derecha, del que salían las puntas de tres mechones rubios que, naciendo del occipucio, le daban la vuelta a la calva.

Tras ofrecerle a Emma un asiento, se sentó él para almorzar, al tiempo que se disculpaba por la descortesía.

—Caballero —dijo ella—, le rogaría...

—¿Qué, señora? La escucho.

Emma empezó a exponerle la situación en que se encontraba.

El señor Guillaumin estaba al tanto, pues tenía una alianza secreta con el comerciante en telas, en cuyo negocio hallaba siempre capitales para los préstamos hipotecarios que le pedían que buscara.

Sabía, pues (y mejor que ella), la larga historia de esos pagarés, mínimos al principio, endosados a nombre de varias personas, con plazos de vencimiento largos y renovados una y otra vez hasta el día en que, reuniendo todos los protestos, el comerciante encargó a su amigo Vinçard que se hiciera cargo en nombre propio de las diligencias judiciales pertinentes, ya que no quería que sus conciudadanos lo considerasen una fiera cruel.

Emma entreveró el relato con recriminaciones contra Lheureux,

¹ Pintor ruso (1788-1856) con preferencia por los temas históricos.

² Pintor francés (1804-1880).



a las que el notario respondía de vez en cuando con alguna que otra palabra insignificante. Mientras se comía una chuleta y se tomaba el té, hundía la barbilla en la corbata azul cielo, en que iban pinchados dos alfileres de brillantes unidos por una cadenilla de oro; y sonreía con sonrisa singular, con expresión empalagosa y ambigua. Pero, al darse cuenta de que Emma tenía los pies mojados, dijo:

—Pero arrímelos a la estufa... más arriba... contra la porcelana.

A Emma le daba miedo ensuciarla. El notario siguió diciendo, con galantería:

—Las cosas hermosas nunca estropean nada.

Ella entonces intentó conmooverlo y, presa a su vez de la emoción, empezó a contarle las estrecheces por las que pasaba su casa, sus vaivenes, sus necesidades. El notario se hacía cargo: ¡una mujer elegante! Y, sin dejar de comer, se había vuelto hacia ella, de forma tal que le rozaba con la rodilla la botina, cuya suela se encorvaba mientras humeaba pegada a la estufa.

Pero, cuando Emma le pidió mil escudos, apretó los labios y dijo, luego, que había sentido mucho que no le hubiera encomendado, tiempo atrás, la gestión de sus bienes, pues había cientos de formas muy cómodas, incluso para una señora, de sacarle partido al dinero. Habría sido posible arriesgarse con seguridad casi total a estupendas especulaciones en las turberas de Grumesnil o en los terrenos de Le Havre; y dejó que Emma se consumiera de rabia pensando en las cantidades fantásticas que habría ganado con toda seguridad.

—¿Y cómo es que no acudió a mí? —repitió.

—No lo sé —respondió ella.

—¿Por qué, eh?... ¿Es que me tenía miedo? ¡Yo soy, antes bien, el que debería estar quejoso! ¡Si apenas nos conocemos! Y, no obstante, siento gran devoción por usted; espero que no le quepa ya la menor duda.

Alargó la mano y cogió la de Emma, puso en ella un beso voraz y se la colocó, luego, en la rodilla; y jugaba delicadamente con sus dedos, al tiempo que le decía mil zalamerías.

Susurraba, con aquella voz insulsa, como un arroyo que corre; le brotaba una chispa de los ojos a través del espejeo de las gafas; y las manos se metían por dentro de la manga de Emma, para palparle el brazo. Ella notaba en la mejilla el soplo de una respiración jadeante. Aquel hombre la estaba poniendo en una situación muy violenta.

Se levantó de un brinco y dijo:

—¡Caballero, estoy esperando!

—¿Esperando qué? —dijo el notario, que se puso palidísimo de pronto.

—Ese dinero.

—Pero... —Luego, cediendo a la irrupción de un deseo irrefrenable—: ¡Está bien! ¡Sí!... —Se arrastraba de rodillas ante ella, sin cuidarse del batín—. ¡Quédese, por favor! ¡La amo!

La agarró por la cintura. A la señora Bovary se le subió a la cara una oleada púrpura. Retrocedió con expresión terrible, exclamando:

—¡Caballero, se está usted aprovechando de forma vergonzosa de mi desvalimiento! ¡Estoy en situación de que me compadezcan, pero no en venta!

Y se fue.

El notario se quedó asombradísimo, con los ojos clavados en sus zapatillas bordadas, que eran muy bonitas. Un regalo de amor. Este espectáculo acabó por consolarlo. Por lo demás, estaba pensando que una aventura así lo habría llevado demasiado lejos.

«¡Qué miserable! ¡Qué patán!... ¡Qué infamia!», se decía Emma, mientras andaba con pasos nerviosos bajo los tiemblos de la carretera. El despecho por el fracaso acrecentaba la indignación del pudor ultrajado; opinaba que la Providencia se estaba ensañando con ella y con eso le crecía el orgullo, nunca había sentido tanta consideración por sí misma ni tanto desprecio por los demás. Iba en alas de un impulso belicoso. Le habría gustado pegar a los hombres, escupirles a la cara, machacarlos a todos; y seguía andando recto a toda prisa, pálida, trémula, rabiosa, rebuscando con ojos llorosos en el horizonte vacío, y como deleitándose en el odio que la asfixiaba.

Cuando divisó su casa, le entró un entumecimiento. No podía seguir andando; pero no quedaba más remedio. Y, además, ¿adónde iba a ir?

Félicité la estaba esperando en la puerta.

—¿Y qué?

—¡No! —dijo Emma.

Y estuvieron las dos un cuarto de hora pasando revista a diversas personas de Yonville que pudieran estar dispuestas a ayudarla. Pero, cada vez que Félicité nombraba a alguien, Emma replicaba:

—¿Es posible? ¡No querrán!

—Y el señor está a punto de volver.

—De sobra lo sé... Déjame sola.



Lo había intentado todo. Ahora ya no había nada que hacer; así que, cuando apareciese Charles, le diría:

—Aparta. Esa alfombra que estas pisando ya no es nuestra. De tu casa no tienes ni un mueble, ni un alfiler, ni una brizna de paja. Y soy yo quien te ha arruinado, ¡pobre hombre!

Y entonces él soltaría un tremendo sollozo; luego, lloraría mucho; y, por fin, cuando se le pasara la sorpresa, la perdonaría.

—Sí —murmuraba Emma, chirriando los dientes—, me perdonará, él, a quien no le bastaría con darme un millón para que yo le perdonase el haberme conocido... ¡Nunca! ¡Nunca!

Pensar en la superioridad de Bovary le exasperaba. Además, confesara o no confesara, dentro de un rato, al día siguiente, no por ello dejaría Charles de enterarse de la catástrofe; había, pues, que aguardar aquella espantosa escena y soportar la carga de su magnanimidad. Le entraron ganas de ir otra vez a ver a Lheureux: ¿para qué? De escribir a su padre: ya era demasiado tarde. Y es posible que se estuviera arrepintiendo ya de no haber cedido a las pretensiones del notario cuando oyó el trote de un caballo en el paseo. Era él, abría la cerca, estaba más pálido que el yeso de la pared. Emma bajó la escalera a saltos y huyó por la plaza; y la mujer del alcalde, que estaba charlando delante de la iglesia con Lestibouois, la vio entrar en casa del recaudador.

Fue corriendo a contárselo a la señora Caron. Las dos señoras subieron al desván; y, ocultas tras la ropa tendida en unas varas, se pusieron cómodas para ver lo que pasaba en casa de Binet.

Éste estaba solo en el sotabanco, imitando en madera una de esas tallas de marfil indescriptibles que se componen de medias lunas y de esferas huecas metidas unas dentro de otras; todo ello enhiesto como un obelisco y completamente superfluo; ¡estaba empezando la última pieza y a punto de llegar a la meta! En el claroscuro del taller, el polvo rubio salía volando de la herramienta como un airón de chispas bajo los cascos de un caballo al galope; las dos ruedas giraban y zumbaban; Binet sonreía con la barbilla baja y las ventanas de la nariz dilatadas y parecía, en resumidas cuentas, absorto en una de esas dichas completas que no tienen que ver, sin duda, más que con las ocupaciones mediocres que entretienen la inteligencia con dificultades fáciles y la sacian con una realización más allá de la cual ya no queda nada por soñar.

—¡Ah, ahí está! —dijo la señora Tuvache.



Pero, por culpa del torno, no era posible oír lo que Emma decía.

Por fin a las señoras les pareció entreoír la palabra «francos» y la Tuvache dijo en voz muy baja:

—Le está pidiendo por favor que le retrase el pago de las contribuciones.

—¡Eso parece! —contestó la otra señora.

La vieron pasear arriba y abajo; mirando, arrimados a la pared, los servilleteros, los candeleros, los boliches de barandilla, mientras Binet se acariciaba la barba satisfecho.

—¿Habrá ido a encargarle algo? —dijo la señora Tuvache.

—Pero si no vende nada —objetó su vecina.

El recaudador parecía estar escuchando al tiempo que abría unos ojos como platos, igual que si no entendiera de qué le hablaba. Emma seguía hablando de forma tierna y suplicante. Se le acercó; le subía y le bajaba el pecho; ya no decían nada.

—¿Le estará haciendo proposiciones? —dijo la señora Tuvache.

Binet estaba encarnado hasta las orejas. Emma le cogió las manos.

—¡Eso sí que es ir demasiado lejos!

Y seguramente le estaría proponiendo algo abominable; porque el recaudador —y eso que era un buen hombre que había combatido en Bautzen y en Lutzen y hecho la campaña de Francia y al que habían incluso propuesto para la medalla— retrocedió de repente, apartándose mucho, como si hubiera visto una serpiente, exclamando:

—¡Señora! ¡Cómo se le ocurre!...

—¡A las mujeres así habría que mandarlas azotar! —dijo la señora Tuvache.

—¿Dónde se ha metido? —añadió la señora Caron.

Porque Emma se había esfumado mientras hablaban; luego, al verla tirar por la calle mayor y torcer a la derecha como si fuese al cementerio, se perdieron en conjeturas.

—Señora Rolet —dijo Emma al llegar a casa del ama—, ¡me ahogo! Aflójeme el corsé.

Se desplomó en la cama; sollozaba. La Rolet la tapó con unas enaguas y se quedó de pie a su lado. Luego, como no contestaba a nada, la buena mujer se alejó, cogió la rueca y se puso a hilar lino.

—¡Ay, acabe con eso! —susurró Emma, a quien le pareció oír el torno de Binet.

«¿Quién se mete con ella? —se preguntaba el ama—. ¿Por qué



viene aquí?»

Tendida de espaldas, inmóvil y con la mirada fija, Emma veía vagamente los objetos aunque se aplicase en mirarlos atentamente con una insistencia estúpida. Contemplaba los desconchones de la pared, dos tizones que humeaban, pegados uno a otro por la punta, y una araña alargada que caminaba por encima de su cabeza, a lo largo de la viga estrecha. Por fin puso en orden los pensamientos. Recordaba... Un día, con Léon... ¡Ay, qué día tan lejano! El sol brillaba en el río y las clemátides olían bien. Entonces la arrastraron los recuerdos, como en el hervor de un torrente, y no tardó en acordarse del día anterior.

—¿Qué hora es? —preguntó.

La Rolet salió, alzó los dedos de la mano derecha hacia el lado en que estaba el cielo más claro y volvió a entrar despacio, diciendo:

—Falta poco para las tres.

—¡Ah, gracias! ¡Gracias!

Porque Léon vendría. ¡Seguro! Habría encontrado dinero. Pero a lo mejor había ido a su casa, sin sospechar que estaba allí; y mandó al ama que fuera corriendo y lo trajera.

—¡Dese prisa!

—¡Que ya voy, querida señora! ¡Que ya voy!

A Emma le extrañaba ahora no haber pensado en Léon desde el primer momento; ayer le había dado su palabra; y no dejaría de cumplirla; y ya se veía en casa de Lheureux, poniendo encima del escritorio los tres billetes de banco. Luego habría que inventar una historia para explicarle las cosas a Bovary. Pero ¿cuál?

El caso era que el ama tardaba mucho en volver. Pero, como no había reloj en la choza, Emma temía estar exagerando quizá el tiempo que había pasado. Empezó a dar paseos por el jardín, paso a paso; fue por el sendero que iba a lo largo del seto; y se volvió deprisa con la esperanza de que la buena mujer hubiese regresado por otro camino. Por fin, cansada de esperar, llena de sospechas que no quería admitir, no sabiendo ya si llevaba allí un siglo o un minuto, se sentó en un rincón, cerró los ojos y se tapó los oídos. La cerca chirrió: dio un brinco; antes de que pudiera abrir la boca, ya le había dicho la Rolet:

—¡En su casa no hay nadie!

—¿Cómo?

—¡Pues no, nadie! Y el señor llora y la llama. La están buscando.

Emma no contestó nada. Jadeaba mientras miraba a uno y otro

lado; y la campesina, a quien asustaba aquella cara, retrocedía instintivamente, creyendo que se había vuelto loca. Se pronto, se dio un golpe en la frente, porque le había pasado por el alma el recuerdo de Rodolphe, igual que un gran relámpago en una noche oscura. ¡Era tan bueno, tan delicado, tan generoso! Y, además, si titubeaba en hacerle el favor, ya sabría ella obligarlo recordándole en un abrir y cerrar de ojos su amor perdido. Se fue pues hacia La Huchette, sin darse cuenta de que corría a ofrecerse a lo que hacía un rato le había indignado tanto y sin sospechar mínimamente que era una prostitución.





Capítulo VIII





Se iba preguntando según andaba: «¿Qué voy a decir? ¿Por dónde empiezo?». Y, a medida que avanzaba, reconocía los matorrales, los árboles, los juncos marinos en la colina, la mansión a lo lejos. Recuperaba las sensaciones de los principios del amor y el pobre corazón oprimido se le dilataba amorosamente con ellas. Le daba en la cara un viento tibio; la nieve, al derretirse, caía gota a gota desde los capullos a la hierba.

Entró como antes por la puertecita del parque y llegó luego al patio central, que circunvalaba una fila doble de frondosos tilos. Columpiaban, con un silbido, las largas ramas. Todos los perros ladraron en la perrera, y retumbaban sus voces sin que nadie acudiera.

Subió las escaleras largas y rectas con balaustradas de madera que llevaban al corredor con suelo de losas polvorientas al que daban varias habitaciones en fila como en los monasterios y en las fondas. La de Rodolphe estaba al final, al fondo del todo, a la izquierda. Al poner los dedos en la cerradura la abandonaron de repente las fuerzas. Temía que él no estuviera, casi lo deseaba, y era, no obstante, la única esperanza que le quedaba, la última oportunidad de salvarse. Se quedó ensimismada un minuto y, templando el coraje en la sensación de necesidad presente, entró:

Él estaba ante el fuego, con los pies en el faldón de la chimenea, fumando una pipa.



—¡Caramba, es usted! —dijo levantándose de golpe.

—¡Sí, soy yo!... Querría pedirle un consejo, Rodolphe.

Y, pese a todo lo que se esforzaba, le resultaba imposible despegar los labios.

—¡No ha cambiado, sigue igual de encantadora!

—¡Bah! —respondió ella amargamente—. Muy pobres encantos son, amigo mío, puesto que usted los desdeñó.

Él empezó entonces a explicar su comportamiento, disculpándose con palabras inconcretas porque no se le ocurría nada mejor.

Emma cayó en la red de las palabras, y más aún en la de la voz y en la circunstancia de tenerlo delante; de forma tal que hizo como que se creía, o quizá se lo creyó de verdad, el pretexto de la ruptura: se trataba de un secreto del que dependían el honor e incluso la vida de una tercera persona.

—¡Qué más da! —dijo, mirándolo con tristeza—. Sufrí mucho.

Él contestó en tono filosófico:

—¡Así es la vida!

—¿Lo ha tratado bien, al menos, desde que nos separamos? —siguió diciendo Emma.

—¡Bah! Ni bien... ni mal.

—A lo mejor habría valido más no separarnos nunca.

—Sí... ¡quizá!

—¿Tú crees? —dijo ella, acercándosele. Y suspiró—: ¡Ay, Rodolphe! ¡Si supieras!... ¡Te quise tanto!

Y entonces Emma le cogió la mano y se quedaron un rato con los dedos enlazados, ¡igual que el primer día, en la feria! Él, por una reacción de orgullo, luchaba para no enternecerse. Pero Emma, desplomándose contra su pecho, le dijo:

—¿Cómo querías que viviera sin ti? ¡No es posible perder el hábito de la felicidad! ¡Estaba desesperada! ¡Creí que me moría! Te lo contaré todo, ya verás. ¡Y tú... huiste de mí!...

Se había pasado los tres últimos años evitándola cuidadosamente por esa cobardía natural que es característica de los fuertes; y Emma seguía diciendo, con ademanes deliciosos, más mimosa que una gata enamorada:

—Quieres a otras, confiesa. ¡Ay! Las entiendo, ¿sabes? Las disculpo; las habrás seducido, como me sedujiste a mí. ¡Tú sí que eres un hombre! Tienes todo lo necesario para que te quieran. Pero volveremos a empezar, ¿verdad? ¡Nos querremos! ¡Mira, me río, soy feliz!...



¡Di algo!

Estaba tan bonita, daba gusto verla, con aquella mirada en que temblaba una lágrima, como el agua de una tormenta en un cáliz azul.

Rodolphe se la sentó en las rodillas y le acariciaba con el dorso de la mano los bandos lisos en que, en la luz del crepúsculo, se reflejaba, como una flecha de oro, un último rayo de sol. Ella tenía la frente gacha; Rodolphe acabó por besarle los párpados, despacio, sin rozarlos apenas con los labios.

—Pero ¡si has llorado! —dijo—. ¿Por qué?

Ella rompió a sollozar. Rodolphe creyó que era la explosión de su amor; como Emma callaba, tomó ese silencio por un último pudor y exclamó entonces:

—¡Ah, perdóname! ¡Solo me gustas tú! ¡He sido imbécil y malo! ¡Te quiero, te querré siempre!... ¿Qué te pasa? ¡Vamos, dílo!

Y se ponía de rodillas.

—Pues... ¡estoy arruinada, Rodolphe! ¡Vas a prestarme tres mil francos!

—Pero... pero... —dijo él incorporándose poco a poco, mientras se le ponía en la cara una expresión muy seria.

—Ya sabes —seguía ella, deprisa— que mi marido tenía toda su fortuna colocada en manos de un notario, que desapareció. Pedimos dinero prestado; los clientes no pagaban. Por lo demás, no está rematada la liquidación; tendremos dinero más adelante. Pero hoy, por no tener tres mil francos, nos van a embargar; ahora, ahora mismo; y he venido, contando con tu amistad.

«¡Ah! —pensó Rodolphe, que se puso muy pálido de repente—. ¡Por eso ha venido.»

Dijo por fin, con expresión muy tranquila:

—No los tengo, mi querida señora.

No mentía. Si los hubiera tenido, se los habría dado seguramente, aunque llevar a cabo acciones tan nobles suela resultar desagradable: una petición pecuniaria es, de todos los chaparrones que le caen encima al amor, el más frío y el más desarraigador.

Emma, de entrada, se le quedó mirando unos minutos.

—¡No los tienes! —Repitió varias veces—. ¡No los tienes!... Tendría que haberme ahorrado esta última vergüenza. ¡Nunca me quisiste! ¡No vales más que los otros!

Se traicionaba, se perdía.



Rodolphe la interrumpió, afirmándole que él también andaba «con escaseces».

—¡Ah, te compadezco! —dijo Emma—. ¡Sí, muchísimo!... —Y, deteniendo la mirada en una carabina damasquinada que brillaba en una panoplia—: Pero ¡cuando uno es así de pobre no pone adornos de plata en la culata de la escopeta! ¡No se compra un reloj con incrustaciones de nácar! —siguió diciendo, señalando el reloj de sobremesa de Boulle¹—. ¡Ni silbatos de plata sobredorada para los látigos —y los tocaba— ni colgantes para el reloj de bolsillo! ¡Ah, no te falta de nada! Tienes hasta una licorera en tu cuarto; porque te cuidas, vives bien, posees una mansión, granjas, bosques; cazas a caballo, viajas a París... ¡Mira, aunque no fuera más que esto —exclamó cogiendo de encima de la chimenea unos gemelos—, una bobada mínima! ¡Son cosas de las que se puede sacar dinero!... ¡Bah, no los quiero! ¡Quédate con ellos! —Y arrojó muy lejos los dos gemelos, cuya cadena de oro se rompió al pegar contra la pared—. Porque es que yo te lo habría dado todo, lo habría vendido todo, habría trabajado con mis manos, habría pedido limosna por los caminos por una sonrisa, por una mirada, por oírte decir: «¡Gracias!». ¡Y tú te quedas ahí tan tranquilo en el sillón, como si no me hubieras hecho ya sufrir bastante! ¡Sabes muy bien que sin ti habría podido vivir feliz! ¡Quién te obligaba? ¿Era una apuesta? ¡Y eso que me querías, o lo decías!... Y hace un rato, incluso... ¡Ah, más habría valido que me echaras! Tengo en las manos el calor de tus besos y ahí, en ese sitio de la alfombra, ¡me jurabas de rodillas una eternidad de amor! Conseguiste que me lo creyera: ¡te pasaste dos años arrastrándome al sueño más espléndido y más dulce!... ¡Qué, te acuerdas de nuestros proyectos de viaje? ¡Ay, tu carta, tu carta, me rompió el corazón! ¡Y, luego, cuando vuelvo a él, a él, que es rico y feliz y libre, para implorarle una ayuda que me daría cualquiera, suplicante y trayéndole todo mi cariño, me rechaza porque le costaría tres mil francos!

—No los tengo —contestó Rodolphe con esa calma perfecta con que se cubre, como con un escudo, la ira resignada.

Emma se fue. Las paredes temblaban, el techo la aplastaba; y volvió a recorrer el largo paseo, tropezando con los montones de hojas

¹ André-Charles Boulle (1642-1732), ebanista de Luis XIV, cuyos muebles eran muy codiciados en el siglo XIX.

secas que el viento dispersaba. Llegó por fin a la cuneta que había delante de la verja. Se rompió las uñas en la cerradura de tanta prisa como tenía por abrirla. Luego, cien pasos más adelante, sin resuello a punto de desplomarse, se detuvo. Y entonces, al mirar atrás, divisó una vez más la mansión impasible, con el parque, los jardines, los tres patios y todas las ventanas de la fachada.

Tuvo un arrebató de estupor, sin más conciencia ya de sí misma que el latido de las arterias, que brotaba, a lo que le parecía oír, como una música ensordecedora que invadía el campo. Bajo sus pies, el suelo era más blando que el agua y los surcos le parecieron olas inmensas y pardas que rompían. Todos los recuerdos y las ideas que tenía en la cabeza huían a la vez, de un solo brinco, como los mil cohetes de unos fuegos artificiales. Vio a su padre; el despacho de Lheureux; el cuarto suyo y de Léon, lejos; otro paisaje. La locura prendía en ella; y consiguió recobrase, de forma confusa, cierto es, porque ya no se acordaba de la causa de aquel estado suyo tan terrible, es decir, de la cuestión del dinero. Solo el amor la hacía padecer, y sentía que se le iba el alma por ese recuerdo, de la misma forma en que los heridos, al agonizar, notan que se les va la existencia por la herida que sangra.

Caía la noche; las cornejas volaban.

Le pareció de repente que unos glóbulos color de fuego estallaban en el aire como balas fulminantes, aplastándose, y giraban y giraban para ir a derretirse en la nieve entre las ramas de los árboles. En el centro de todos estaba la cara de Rodolphe. Crecieron en número, y se acercaban y se le metían dentro; desapareció todo. Reconoció las luces de las casas que brillaban a lo lejos entre la niebla.

Entonces volvió a ver la situación, como un abismo. Parecía que el jadeo le iba a romper el pecho. Luego, en un arranque de heroísmo que casi la hizo sentirse alegre, bajó corriendo la cuesta, cruzó el tablón de las vacas, el paseo, el mercado y llegó a la botica.

No había nadie. Iba a entrar, pero, al ruido de la campanilla, podía acudir alguien; y, colándose por la cerca, conteniendo el aliento, palpando las paredes, fue hasta el umbral de la cocina, donde ardía una vela colocada encima del fogón. Justin, en mangas de camisa, se estaba llevando una fuente.

—¡Ah, están cenando! Esperemos.

Justin volvió. Emma dio un golpecito en el cristal. Él salió.

—¡La llave! La de arriba, donde están los...

—¿Qué? Justin la miraba, extrañado al ver qué pálido tenía el rostro, que destacaba, blanco, sobre el fondo negro de la noche. Le pareció extraordinariamente hermosa y majestuosa como un fantasma; sin entender qué le pedía, presintió algo espantoso.

Pero Emma repitió, vehemente y por lo bajo, con voz dulce y debilitante.

—¡La quiero! ¡Dámela!

Como el tabique era delgado, se oía, en el comedor, el golpeteo de los tenedores en los platos.

Emma alegó que necesitaba matar las ratas que le impedían dormir.

—Tendría que avisar al señor.

—¡No! ¡No vayas! —Luego, con expresión de indiferencia—: ¡Bah! No merece la pena. Ya se lo diré yo luego. ¡Vamos, alúmbrame!

Entró en el pasillo al que daba la puerta del laboratorio. En la pared había una llave con una etiqueta en que ponía «camaranchón».

—¡Justin! —gritó el boticario, que se impacientaba.

—¡Subamos!

La llave giró en la cerradura; y Emma se fue derecha al tercer estante, pues sus recuerdos la guiaban a la perfección, agarró el bote azul, lo destapó de un tirón, metió la mano y, sacándola llena de un polvo blanco, empezó a comérselo.

—¡Deténgase! —exclamó Justin echándose encima.

—¡Calla! Que no vengan...

Justin se desesperaba y quería llamar a alguien.

—¡No digas nada, que pagaría el pato tu amo!

Y se marchó, repentinamente apaciguada y casi con la serenidad del deber cumplido.

Cuando Charles, trastornado con la noticia del embargo, llegó a casa, Emma acababa de salir. Gritó, lloró, perdió el conocimiento, pero su mujer no volvió. ¿Dónde podía estar? Mandó a Félicité a casa de Homais, a casa del señor Tuvache, a casa de Lhereux, a El León de Oro, a todas partes; y en los intervalos de la angustia veía su reputación destrozada, el dinero de ambos perdido, el porvenir de Berthe destruido! ¿Y por qué?... ¡Ni una palabra! Esperó hasta las seis de la tarde. Por fin, como no podía aguantar más y supuso que Emma se había ido a Ruán, fue hasta la carretera, anduvo media legua, no se encontró con nadie, esperó un poco y regresó.

Emma había vuelto.



—¿Qué pasa?... ¿Por qué?... ¡Explicame!...

Ella se sentó delante del secreter y escribió una carta que selló despacio, añadiendo la fecha y la hora. Luego dijo con acento solemne:

—La leerás mañana; ¡hasta entonces te ruego que no me hagas ni una pregunta!... ¡No, ni una!

—Pero...

—¡Ay, déjame!

Y se tendió cuan larga era en la cama.

La despertó un sabor amargo que notaba en la boca. Vio a medias a Charles y volvió a cerrar los ojos.

Se espía con curiosidad para ver si sufría. Pero no, ¡nada aún! Oía el tictac del reloj, el ruido del fuego, y a Charles respirando junto a su cama.

«¡Ah, qué poca cosa es la muerte! —pensaba—. ¡Me quedaré dormida y se acabó!»

Bebió un sorbo de agua y se volvió de cara a la pared.

Aquel horrible sabor a tinta seguía.

—¡Tengo sed!... ¡Ay, qué sed tengo! —suspiró.

—¿Qué te pasa? —dijo Charles, alargándole un vaso.

—¡No es nada!... Abre la ventana... ¡Me ahogo!

Y le entró tan de repente una arcada que apenas si le dio tiempo a coger el pañuelo debajo de la almohada.

—¡Llévatelo! —dijo muy deprisa—. ¡Tíralo!

Charles le hizo preguntas; ella no le contestó. Estaba quieta por temor a que la mínima emoción la hiciera vomitar. Pero notaba un frío de hielo que le subía de los pies al corazón.

—¡Ah, ya empieza! —cuchicheó.

—¿Qué dices? Emma giraba la cabeza con ademán suave y colmado de angustia, sin dejar de abrir continuamente las mandíbulas, como si tuviera algo muy pesado en la lengua. A las ocho, volvieron los vómitos.

Charles se fijó en que, en el fondo de la palangana, había algo así como una arenilla blanca que se pegaba a la porcelana.

—¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Qué cosa más singular!

Pero Emma dijo con voz fuerte:

—¡No, te equivocas!

Entonces él, con delicadeza y casi acariciándola, le pasó la mano por el estómago. Emma soltó un grito agudo. Charles retrocedió,



muy asustado.

Luego ella empezó a quejarse, débilmente primero. Le pasaba por los hombros un gran escalofrío y se iba poniendo más blanca que la sábana donde clavaba los dedos crispados. El pulso, irregular, era ahora casi insensible.

Le rezumaban gotas de la piel azulada del rostro, que parecía como coagulada en la emanación de un vapor metálico. Daba diente con diente, los ojos desorbitados miraban alrededor con expresión vaga y no respondía a las preguntas más que moviendo la cabeza; sonrió incluso dos o tres veces. Poco a poco los gemidos se hicieron más fuertes. Se le escapó un alarido sordo; aseguró que estaba mejor y que se iba a levantar dentro de un rato. Pero le dieron convulsiones; exclamó:

—¡Ay, es atroz, Dios mío!

Charles cayó de rodillas junto a la cama.

—¡Habla! ¿Qué has comido? ¡Contesta, en nombre del cielo!

Y la miraba con una ternura en los ojos como no había visto nunca Emma otra igual.

—¡Pues mira ahí... ahí!... —dijo con voz desfallecida.

Charles fue de un salto al secreter, rompió el sello y leyó en voz alta: «Que no se culpe a nadie...» se detuvo, se pasó la mano por los ojos y volvió a leer.

—¿Qué?... ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Y solo podía repetir esta palabra: «¡Envenenada! ¡Envenenada!». Félicité fue corriendo a casa del señor Homais, que soltó la palabra, como una exclamación, en la plaza: la señora Lefrançois la oyó en El León de Oro; hubo quien se levantó para ir a contárselo al vecino, y el pueblo estuvo en vela toda la noche.

Desquiciado, balbuciente, a punto de caer, Charles daba vueltas por el cuarto. Tropezaba con los muebles, se mesaba los cabellos y el boticario no habría creído nunca que pudiera haber espectáculo tan espantoso.

Volvió a su casa para escribir al señor Canivet y al doctor Larivière. No daba pie con bola; hizo más de quince borradores. Hippolyte salió para Neufchâtel; y Justin espoleó tanto el caballo de Bovary que lo dejó en la cuesta de Bois-Guillaume, exhausto y a punto de reventar.

Charles quiso hojear su diccionario de medicina; no veía nada, las líneas bailaban.

—¡Calma! —dijo el boticario—. Solo hay que administrar un antídoto potente. ¿De qué veneno se trata?

Charles le enseñó la carta. Era arsénico.

—Bien, pues habría que analizarlo —respondió Homais.

Porque estaba al tanto de que en todos los envenenamientos hay que hacer un análisis; y Charles, que no lo entendía, contestó:

—¡Hágalo, hágalo! Sávela...

Volvió luego junto a Emma, se acurrucó en la alfombra y sollozaba con la cabeza apoyada en el borde de la cama.

—¡No llores! —le dijo Emma—. ¡Dentro de nada ya no te daré más preocupaciones!

—¿Por qué? ¿Quién te obligó?

Ella contestó:

—No quedaba más remedio, querido...

—¿No eras feliz? ¿He tenido yo la culpa? Pero ¡si he hecho cuanto he podido!

—Sí... es cierto... ¡Tú eres bueno!

Y le pasaba despacio la mano por el pelo. La dulzura de aquella sensación aumentaba el desconsuelo de Charles: notaba que todo su ser se venía abajo de desesperación al pensar que tenía que perderla cuando, precisamente, le demostraba más amor que nunca; y no se le ocurría nada; no sabía, no se atrevía, la urgencia de una decisión inmediata acababa de trastornarlo.

Ya había acabado, pensaba Emma, con todas las traiciones, las bajezas y las incontables codicias que la torturaban. Ahora ya no odiaba a nadie; le aplastaba el pensamiento una confusión crepuscular; y, de todos los ruidos de la tierra, Emma no oía ya más que el lamento intermitente de aquel pobre corazón, suave y claro como el último eco de una sinfonía que se aleja.

—Que me traigan a la niña —dijo, incorporándose apoyada en el codo.

—No estás peor, ¿verdad? —preguntó Charles.

—¡No! ¡No! Llegó la niña en brazos de la criada, con el largo camión blanco del que asomaban los pies descalzos, seria y casi soñando aún. Miraba con extrañeza la habitación tan desordenada, y guiñaba los ojos porque los candelabros que ardían encima de los muebles la deslumbraban. Seguramente le recordaban las mañanas del día de año nuevo o del tercer jueves de Cuaresma cuando la despertaban temprano, con luz de velas como ahora, e iba a la cama de su madre



a buscar los regalos, porque empezó a decir:

—Mamá, ¿dónde está? —Y, como todo el mundo se callaba, añadió—: ¡No veo mi zapatito!

Félicité la inclinaba hacia la cama, mientras la niña seguía mirando hacia la chimenea.

—¿Lo habrá cogido el ama? —preguntó.

Y, al oír ese nombre, que le devolvía el recuerdo de sus adulterios y de sus calamidades, la señora Bovary desvió la cabeza, como si le diese náuseas otro veneno más fuerte, que le subía a la boca. Berthe, entre tanto, seguía encima de la cama.

—¡Ay, mamá, tienes unos ojos muy grandes! ¡Qué blanca estás! ¡Cómo sudas!...

Su madre la miraba.

—¡Tengo miedo! —dijo la niña, echándose hacia atrás.

Emma le cogió la mano para besársela; Berthe se revolvía.

—¡Basta! ¡Que se la lleven! —exclamó Charles, que sollozaba en la alcoba.

Luego los síntomas cesaron por un rato; Emma parecía menos agitada; y, con cada palabra insignificante, con cada aliento de su pecho, algo más sosegado, Charles recobraba la esperanza. Por fin, cuando entró Canivet, se le arrojó, llorando, en los brazos.

—¡Ay, es usted! ¡Gracias! ¡Qué bueno es! Pero todo va yendo mejor. Mírela...

Su colega no compartía en absoluto esa opinión y, dado que, como él mismo decía, «iba derecho al grano», mandó un emético para limpiar por completo el estómago.

No tardó Emma en vomitar sangre. Tenía los labios más apretados, los miembros crispados y el cuerpo cubierto de manchas pardas; y el pulso se escabullía entre los dedos como un hilo tirante, como una cuerda de arpa a punto de romperse.

Empezó luego a dar gritos espantosos. Maldecía el veneno, lo increpaba, le rogaba que se diera prisa y rechazaba con los brazos tiesos todo cuanto Charles, más agonizante que ella, intentaba darle a beber. Él estaba de pie, con el pañuelo en los labios, con estertores, con llanto, y lo ahogaban unos sollozos que lo sacudían hasta los talones; Félicité corría de un lado a otro por el cuarto; Homais, inmóvil, lanzaba hondos suspiros, y el señor Canivet, aunque no perdía el aplomo, empezaba, no obstante, a alterarse.

—¡Diablos!... Pero si... está purgada y, cuando la causa cesa...

—Debe cesar el efecto —dijo Homais—; es evidente.

—Pero ¡sálvela! —exclamaba Bovary.

Así que, sin atender al boticario, que se arriesgaba aún a emitir la hipótesis: «Podría ser un paroxismo salutífero», Canivet iba a administrar triaca cuando oyeron el restallar de un látigo; todos los cristales temblaron y una berlina de posta, de la que tiraban con mucho brío tres caballos sucios de barro hasta las orejas, apareció de un salto por la esquina del mercado. Era el doctor Larivière.

La aparición de un dios no habría traído consigo mayor conmoción. Bovary alzó las manos, Canivet se detuvo en seco y Homais se quitó el gorro griego mucho antes de que entrase el doctor.

Pertenecía a la alta escuela quirúrgica nacida del delantal de disección de Bichat², a esa generación, ya desaparecida, de médicos filósofos que sentían por su arte un amor fanático y lo ejercían con exaltación y sagacidad. En su hospital no había nada que no temblase cuando estaba airado, y sus alumnos lo veneraban tanto que se esforzaban, en cuanto empezaban a ejercer, en imitarlo cuando pudieran; de forma tal que en todas las ciudades de los alrededores era posible encontrarse con su gabán largo y acolchado de merino y su ancha levita negra, cuyas bocamangas desabrochadas tapaban a medias las manos carnosas, unas manos muy bonitas que nunca llevaban guantes como para sumergirse en los padecimientos con mayor prontitud. Desdeñaba las condecoraciones, los títulos y las academias, era hospitalario, generoso y paternal con los pobres y, virtuoso sin creer en la virtud, habría podido casi pasar por un santo si, por la agudeza de su inteligencia, no lo hubieran temido como a un demonio. Tenía la mirada más cortante que los bisturís y se le colaba a uno en el alma, desarticulando todas las mentiras y yendo más allá de las alegaciones y los pudores. Así iba por la vida, rebosante de esa majestad campechana que proporcionan la conciencia de un gran talento, la riqueza y cuarenta años de existencia laboriosa e irreprochable.

Frunció las cejas nada más entrar por la puerta al ver la cara cadavérica de Emma, tendida de espaldas y con la boca abierta. Luego, mientras aparentaba estar escuchando a Canivet, se pasaba el índice por las ventanas de la nariz y decía:

² Marie François Xavier Bichat (1771-1802), médico, biólogo y fisiólogo francés.



—Bien, bien.

Pero hizo un gesto lento con los hombros. Bovary se fijó; ambos se miraron y aquel hombre, tan acostumbrado sin embargo al espectáculo del dolor, no pudo contener una lágrima que le cayó en la pechera de la camisa.

Quiso llevarse a Canivet a la habitación contigua. Charles fue tras ellos.

—¿Está muy mal, verdad? ¿Y si le pusiéramos sinapismos? ¡Vamos, digo yo, no sé! ¡Piense en algo usted, que ha salvado a tanta gente!

Charles le rodeaba el cuerpo con los brazos y lo miraba con expresión asustada y suplicante, medio desmayado contra el pecho del médico.

—¡Vamos, mi pobre muchacho, valor! Ya no hay nada que hacer. Y el doctor Larivière se dio media vuelta.

—¿Se va?

—Ahora vuelvo.

Salió como si fuera a darle alguna orden al cochero, junto con el señor Canivet, que tampoco tenía interés alguno en ver cómo se le moría Emma entre las manos.

El boticario se reunió con ellos en la plaza. Tenía una forma de ser que le impedía separarse de las celebridades. Instó, por lo tanto, al señor Larivière a que le hiciera el insigne honor de aceptar un almuerzo.

Enviaron enseguida a El León de Oro por pichones y a la carnicería por todas las chuletas que hubiera, por nata a casa de Tuvache y por huevos a la tienda de Lestiboudois, y el propio boticario ayudó a los preparativos mientras la señora Homais decía, atándose los cordones de la camisola:

—Nos disculpará, caballero, porque en estos pueblos de mala muerte en cuanto no se saben las cosas el día anterior...

—¡Saca las copas! —le dijo por lo bajo Homais.

—Si al menos estuviéramos en la capital tendríamos el recurso de las manitas de cordero rellenas.

—¡Que te calles!... ¡A comer, doctor!

Tras los primeros bocados, le pareció oportuno proporcionar algunos detalles acerca de la catástrofe:

—Primero vino una sensación de sequedad en la faringe, luego unos dolores intolerables en el epigastrio, superpurgación y coma.

—¿Cómo se envenenó?

—Lo ignoro, doctor, y no imagino siquiera de dónde pudo sacar ese ácido arsenioso.

A Justin, que llegaba en ese momento con una pila de platos, le entró un temblor.

—¿Qué te pasa? —dijo el boticario.

Al muchacho, al oír la pregunta, se le cayó todo al suelo con gran estrépito.

—¡Imbécil! —exclamó Homais—. ¡Torpe! ¡Patoso! ¡Burro, más que burro! —Luego, de pronto, recobrando el control, dijo—: Quise probar a hacer un análisis, doctor, y primo metí con delicadeza en un tubo...

—Más le habría valido meterle los dedos en la garganta —dijo el cirujano.

Su colega no decía nada porque hacía un rato le había caído, confidencialmente, una buena reprimenda por el emético; así que al bueno de Canivet, tan arrogante y cargado de razón cuando el episodio del pie zambo, se le veía ahora muy modesto; sonreía sin parar con expresión aprobatoria.

Homais se esponjaba con orgullo de anfitrión, y el triste recuerdo de Bovary no era ajeno, hasta cierto punto, al placer que sentía, por una reacción egoísta en la que se comparaba con él. Además la presencia del doctor lo tenía enajenado. Hacía gala de erudición, citaba, mezclándolo todo, las cantáridas, el upas, el manzanillo, la víbora.

—¡Y hasta he leído, doctor, que más de una persona se intoxicó y cayó como herida por el rayo al comer unas morcillas que habían pasado por una fumigación en exceso vehemente! O, al menos, eso decía en un informe espléndido, obra de una de nuestras celebridades farmacéuticas, uno de nuestros maestros, ¡el ilustre Cadet de Gassincourt!

Volvió la señora Homais con una de esas máquinas inestables que se calientan con espíritu de vino, porque Homais tenía mucho empeño en hacer el café en la mesa, tras haberlo, por lo demás, torrefactado, porfirizado y mezclado con sus propias manos.

—Saccharum, doctor —dijo, acercándole el azúcar.

Hizo luego bajar a todos sus hijos, para saber qué opinaba el cirujano de su constitución.

Finalmente, ya se iba el señor Larivière cuando la señora Homais le hizo una consulta referida a su marido, a quien se le espesaba la



sangre por quedarse dormido todas las noches nada más cenar.

—No se preocupe, señora, que así no llegará la sangre al río.

Y, riéndose del chiste, que pasó inadvertido, el doctor abrió la puerta. Pero la botica estaba a rebosar de gente; y le costó mucho poder librarse primero del señor Tuvache, que temía que su mujer padeciera pleuresía porque solía escupir en las cenizas; a continuación, del señor Binet, a quien le daban a veces ataques de hambre; de la señora Carol, que tenía picores; de Lheureux, a quien le daban mareos; de Lestibouois, que padecía reuma; y de la señora Lefrançois, que tenía ardor de estómago. Por fin echaron a andar los tres caballos y la opinión general fue que el médico no había sido nada amable.

Distrajo la atención del público la aparición del padre Bournisien, que pasaba por el mercado con los santos óleos.

Homais, como debía hacer por sus principios, comparó a los curas con cuervos que acuden al olor de la muerte; ver a un hombre de iglesia le resultaba ingrato personalmente porque la sotana le recordaba la mortaja, y aborrecía aquella porque le espantaba ésta.

No obstante, no retrocedió ante lo que llamaba su «misión» y volvió a casa de Bovary en compañía de Canivet, a quien Larivière, antes de irse, había recomendado mucho que volviera también; e incluso, sin las consideraciones que le hizo su mujer, se habría llevado consigo a sus dos hijos, para que se fueran acostumbrando a las circunstancias penosas y que les sirvieran de lección, de ejemplo y de espectáculo solemne que se les quedase en la cabeza para más adelante.

Cuando entraron, rebosaba la habitación de una solemnidad lúgubre. Había, encima del costurero cubierto con una servilleta blanca, cinco o seis bolitas de algodón en una fuente de plata, junto a un crucifijo grande, entre dos candeleros encendidos. Emma, con la barbilla pegada al pecho, abría mucho los párpados; y arrastraba por las sábanas sus pobres manos con ese gesto repulsivo y suave de los agonizantes que parecen querer ya taparse con el sudario. Pálido como una estatua y con los ojos encarnados como brasas, Charles estaba frente a ella, sin llorar, a los pies de la cama, mientras el sacerdote, apoyado en una rodilla, mascullaba palabras en voz baja.

Emma volvió la cara y pareció que le embargaba la alegría cuando vio de pronto la estola morada, al recuperar, seguramente, con un apaciguamiento extraordinario, la voluptuosidad perdida de sus primeros arrebatos místicos, acompañados de visiones de beatitud

eterna que ya estaban empezando.

El sacerdote se incorporó para coger el crucifijo; Emma entonces estiró el cuello como si estuviera sedienta y, pegando los labios al cuerpo del Hombre Dios, le dio, con todas sus fuerzas expirantes, el mayor beso de amor que hubiera dado nunca. El sacerdote rezó luego el Misereatur y el Indulgentiam, mojó el pulgar derecho en el óleo y empezó a ungirle: primero, los ojos, que tanto ansiaron los lujos de la tierra; luego, las ventanas de la nariz, que tan golosas fueron de brisas tibias y de aromas amorosos; luego, la boca, que se había abierto para la mentira, que había gemido de orgullo y gritado de lujuria; luego, las manos, que se deleitaban en los tactos suaves; y, finalmente, las plantas de los pies, tan veloces en otro tiempo, cuando corrían hacia la saciedad de los deseos y que ya no volverían a caminar.

El párroco se limpió los dedos, arrojó al fuego las briznas de algodón empapadas en los óleos y regresó para sentarse junto a la moribunda y decirle que ahora tenía que sumar sus sufrimientos a los de Jesucristo y confiarse a la misericordia divina.

Al concluir estas exhortaciones, intentó ponerle en la mano un cirio bendito, símbolo de los gozos celestiales que, dentro de poco, la iban a rodear. Emma, demasiado débil, no pudo cerrar los dedos y, sin el padre Bournisien, el cirio habría caído al suelo.

Estaba, no obstante, menos pálida y tenía en el rostro una expresión de serenidad, como si el sacramento la hubiese curado.

El sacerdote no dejó de comentarlo; le explicó incluso a Bovary que el Señor, a veces, prolongaba la vida a las personas cuando le parecía conveniente para su salvación; y Charles se acordó de un día en que, próxima también a la muerte, había comulgado.

«A lo mejor no hay que perder la esperanza», pensó.

Emma, efectivamente, miró a su alrededor, despacio, como quien despierta de un sueño; luego, con voz inteligible, pidió un espejo y se estuvo mirando un rato hasta que unos lagrimones le fluyeron de los ojos. Echó entonces hacia atrás la cabeza, dando un suspiro, y volvió a desplomarse en la almohada.

No tardó el pecho en empezar a jadear deprisa. Se le salió de la boca toda la lengua; las pupilas daban vueltas y palidecían como dos globos de lámpara que se apagan; y habría podido pensarse que estaba muerta de no ser por la alarmante aceleración de las costillas que sacudía un hálito rabioso, como si el alma diera brincos para sol-



tarse. Félicité se arrodilló ante el crucifijo y hasta el boticario dobló un tanto las pantorrillas mientras el señor Canivet miraba la plaza sin verla. Bournisien rezaba otra vez, con la cara inclinada sobre el borde de la cama, y la larga sotana negra le arrastraba por detrás, por la habitación. Charles estaba del otro lado, de rodillas, tendiendo los brazos hacia Emma. Le había cogido las manos y las estrechaba, sobresaltándose con todos los latidos del corazón de Emma, como si fueran el reflejo de una ruina que se desploma. Según iba creciendo el estertor, el sacerdote aceleraba las oraciones; se mezclaban con los sollozos ahogados de Bovary y, a veces, parecía que todo se desvanecía en el sordo murmullo de las sílabas que sonaban como el toque de difuntos de una campana.

Se oyó de pronto en la acera el ruido de unos zuecos pesados, junto con el roce de un bastón; y se alzó una voz ronca que cantaba:

Muchas veces en días de calor
tiene la niña un sueño de amor.

Emma se incorporó como un cadáver galvanizado, con el pelo suelto y los ojos fijos y fuera de las órbitas.

Para juntar rauda y veloz
las espigas que siega la hoz,
se agacha Nanette sin reposo
hacia los surcos generosos.

—¡El ciego! —exclamó Emma.

Y se echó a reír con una risa atroz, frenética, desesperada, creyendo ver el rostro repulsivo del pedigüeño, que se erguía entre las tinieblas de la eternidad como un espanto.

Tanto un día el viento sopló
que las faldas le levantó.

Emma cayó de nuevo en la cama con una convulsión. Todos se acercaron. Había dejado de existir.



Capítulo IX





Con la muerte de una persona llega una especie de estupefacción, por lo difícil que es entender ese advenimiento de la nada y resignarse a creérselo. No obstante, cuando se dio cuenta de la inmovilidad de Emma, Charles se arrojó sobre ella gritando:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Homais y Canivet lo obligaron a salir de la habitación.

—¡Modérese!

—Sí —decía él, forcejeando—; seré sensato, no haré nada malo. Pero ¡déjenme! ¡Quiero verla! ¡Es mi mujer!

Y lloraba.

—Llore —respondió el boticario—. ¡Dele libertad a la naturaleza, eso le servirá de alivio!

Más débil que un niño, Charles dejó que lo llevaran abajo, a la sala, y el señor Homais no tardó en regresar a su casa.

En la plaza, lo abordó el ciego, que, habiendo llegado trabajosamente a Yonville con la esperanza de la pomada antiflogística, preguntaba a todos los transeúntes dónde vivía el boticario.

—¡Vaya por Dios! ¡Como si no tuviera nada más importante que hacer! ¡Lo siento, vuelve luego!

Y se metió a toda prisa en la botica.

Tenía que escribir dos cartas, hacerle una poción calmante a Bo-



vary, dar con un embuste que pudiera ocultar el envenenamiento y redactar un artículo para El Fanal; y eso sin contar con las personas que lo estaban esperando para que las informase; y, cuando todos los vecinos de Yonville hubieron oído la historia que les contó él, el arsénico que Emma había confundido con azúcar preparando unas natillas, Homais volvió a casa de Bovary.

Se lo encontró solo (el señor Canivet se acababa de marchar), sentado en el sillón, junto a la ventana y contemplando las baldosas de la sala con mirada estúpida.

—Ahora tendría usted que fijar la hora de la ceremonia —dijo el boticario.

—¿Por qué? ¿Qué ceremonia? —Luego, con voz balbuciente y asustada—: ¡Ay, no! ¿Verdad que no? Quiero que se quede conmigo.

Homais, para conservar la compostura, cogió una jarra de la estantería y regó los geranios.

—¡Ay, gracias! —dijo Charles—. ¡Qué bueno es usted!

Y no acabó la frase, porque le ahogaba la cantidad de recuerdos que le traía el gesto del boticario.

Entonces, para distraerlo, a Homais le pareció conveniente hablar un poco de horticultura; las plantas necesitaban humedad. Charles inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Por lo demás, ahora ya no tardará en volver a hacer bueno.

—¡Ah! —dijo Bovary.

El boticario, que se había quedado sin ideas, apartó cuidadosamente los visillos.

—¡Anda! Por ahí va el señor Tuvache.

Charles repitió, como un autómatas:

—Por ahí va el señor Tuvache.

Homais no se atrevió a volver a mencionarle las disposiciones funerarias; fue el sacerdote quien consiguió que se resolviera a ello.

Se encerró en su consulta, cogió una pluma y, tras sollozar un rato, escribió:

Quiero que la entierren con el vestido de novia, zapatos blancos y una corona. Que le dejen suelto por los hombros el pelo; tres cajas, una de roble, otra de caoba y otra de plomo. Que nadie me diga nada, seré fuerte. Que le pongan por encima una pieza grande de terciopelo verde. Así lo quiero. Hágase.



A los demás les extrañaron mucho esas ideas novelescas de Bovary; y el boticario fue en el acto a decirle:

—Ese terciopelo me parece completamente superfluo. Y además el gasto...

—¡Y a usted qué le importa! —exclamó Charles—. ¡Déjeme! ¡Usted no la quería! ¡Váyase!

El sacerdote lo cogió del brazo para dar con él un paseo por el jardín. Disertaba acerca de la vanidad de los asuntos terrenales. Dios era muy grande y muy bueno: había que someterse sin protestar a sus designios, e incluso darle las gracias.

Charles estalló en blasfemias.

—¡Aborrezco a ese Dios suyo!

—Sigue usted llevando por dentro el espíritu de rebeldía —suspiró el sacerdote.

Bovary se había alejado. Caminaba a zancadas siguiendo la tapia, junto a las espalderas, y le crujían los dientes y alzaba al cielo miradas de maldición; pero no se movió ni una hoja.

Caía una lluvia menuda. Charles, que llevaba el pecho al aire, acabó tiritando; volvió a la cocina y se sentó.

A las seis se oyó un ruido de chatarra en la plaza; era La Golondrina que llegaba; y se quedó con la frente pegada a los cristales, mirando cómo iban bajando, uno tras otro, todos los viajeros. Félicité le puso un colchón en el salón; se desplomó en él y se quedó dormido.

Aunque era un filósofo, el señor Homais respetaba a los muertos. Así que, sin guardarle rencor al pobre Charles, volvió por la noche para el velatorio y trajo consigo tres libros y una carpeta, para tomar notas.

Ya estaba allí el padre Bournisien y dos cirios grandes ardían a la cabecera de la cama, que habían sacado de la alcoba.

El boticario, a quien le resultaba penoso el silencio, no tardó en soltar unos cuantos lamentos acerca de aquella joven infortunada; y el sacerdote le contestó que lo único que se podía hacer ya por ella era rezar.

—No obstante —replicó Homais—, una de dos: o ha muerto en estado de gracia (como dice la Iglesia) y, en tal caso, ya no necesita en absoluto nuestras plegarias; o ha muerto impenitente (creo que ésa es la expresión eclesiástica), y entonces...

Bournisien lo interrumpió para decir con tono hosco que no por eso había que dejar de rezar.



—Pero —objetó el boticario—, si Dios conoce todas nuestras necesidades, ¿de qué sirve la oración?

—¡Cómo! —dijo el sacerdote—. ¡La oración! ¿Acaso no es usted cristiano?

—¡Disculpe! —dijo Homais—. Admiro el cristianismo. De entrada, manumitió a los esclavos, le dio al mundo una ética...

—¡Eso no tiene nada que ver! Todos los textos...

—¡Ojo! En lo referido a los textos, abra usted la historia; sabido es que los falsificaron los jesuitas.

Entró Charles y, acercándose a la cama, corrió despacio las cortinas.

Emma tenía la cabeza inclinada hacia el hombro derecho. Las comisuras de los labios, despegadas, formaban un agujero negro en la parte de abajo de la cara; ambos pulgares estaban doblados sobre la palma de las manos; una especie de polvillo blanco le salpicaba las pestañas, y los ojos empezaban a esfumarse en una palidez viscosa que parecía una telaraña delgada, como si unas arañas la hubieran tejido por encima. La sábana se hundía desde los senos hasta las rodillas, y luego la alzaba la punta de los dedos de los pies; y a Charles le parecía que llevaba encima unas masas infinitas, un peso enorme.

El reloj de la iglesia dio las dos. Se oía el murmullo crecido del río, que fluía en las tinieblas, al pie de la terraza. El padre Bournisien se sonaba de vez en cuando, sonoramente; y la pluma de Homais chirriaba en el papel.

—¡Vamos, mi buen amigo —dijo—, retírese! ¡Este espectáculo le destroza!

Cuando se hubo marchado Charles, el boticario y el párroco volvieron a su polémica.

—¡Lea a Voltaire! —decía aquél—. ¡Lea a D'Holbach, lea la Enciclopedia!

—¡Lea las *Cartas de unos cuantos judíos portugueses*!¹ —contestaba éste—; ¡lea la *Razón del cristianismo* de Nicolas², que fue magistrado!

Se acaloraban, se habían puesto colorados, hablaban al tiempo,

¹ *Lettres de quelques juifs portugais, allemands et polonais, à M. de Voltaire: avec un petit commentaire, extrait d'un plus grand, à l'usage de ceux qui lisent ses œuvres: suivies des mémoires sur la fertilité de la Judée*, del padre Antoine Guenée (1769).

² Obra de 1834 de Jean-Jacques Nicolas (1807-1888).

sin escucharse; a Bournisien le escandalizaba tamaño atrevimiento; a Homais le maravillaba tamaña necedad; y no les faltaba mucho para pasar a los insultos cuando volvió a aparecer Charles de repente. Le atraía una fascinación. Subía continuamente las escaleras.

Se ponía enfrente de Emma para verla mejor y se abstraía en aquella contemplación, que, de tan honda, dejaba de ser dolorosa.

Recordaba historias de catalepsia y los milagros del magnetismo; y se decía que, si lo deseaba muchísimo, a lo mejor conseguía resucitarla. En una ocasión, incluso, se inclinó hacia ella y le gritó por lo bajo: «¡Emma! ¡Emma!». Con tanta fuerza le salió el aliento que tembló contra la pared la llama de los cirios.

Al amanecer llegó la madre del señor Bovary; al besarla, a Charles se le volvió a desbordar el llanto. Ella intentó, como ya había intentado el boticario, hacerle algún comentario sobre los gastos del entierro. Charles se indignó tanto que su madre se calló; y él la mandó incluso en el acto a Ruán a comprar lo que hiciera falta.

Estuvo solo toda la tarde: habían llevado a Berthe a casa de la señora Homais; Félicité estaba arriba, en el dormitorio, con la señora Lefrançois. Por la noche vinieron visitas. Charles se ponía de pie y daba la mano sin poder hablar; luego el visitante se sentaba junto a los demás, que formaban una media circunferencia amplia delante de la chimenea. Con la cara gacha y la pantorrilla en la rodilla contraria, columpiaban la pierna mientras soltaban de vez en cuando hondos suspiros; y cada cual se aburría a su aire; pero todos se empeñaban en no ser los primeros en irse.

Homais, cuando llegó a las nueve (desde hacía dos días era la persona más vista en la plaza), iba cargado con una provisión de alcanfor, de benjuí y de hierbas aromáticas. Llevaba también un recipiente lleno de cloro, para ahuyentar los miasmas. En esos momentos, la criada, la señora Lefrançois y la madre del señor Bovary daban vueltas alrededor de Emma, acabando de vestirla; y bajaron el velo largo y tieso que le tapó hasta los zapatos de raso.

Félicité sollozaba:

—¡Ay, mi pobre señora! ¡Mi pobre señora!

—Mírenla —decía, suspirando, la hospedera—. ¡Lo bonita que sigue estando! ¡Cualquiera juraría que se va a levantar dentro de un rato!

Se inclinaron, luego, para ponerle la corona.

Hubo que incorporarle algo la cabeza; y entonces le salió de la

boca una oleada de líquidos negros, como un vómito.

—¡Ay, Dios mío! ¡El vestido! ¡Tengan cuidado! —exclamó la señora Lefrançois—. Pero ¡eche una mano! —le decía al boticario—. ¿No será que tiene miedo?

—¿Miedo yo? —replicó él, encogiéndose de hombros—. ¡De ninguna manera! ¡Con todo lo que llevo visto en el Hôtel-Dieu cuando estudiaba farmacia! ¡Hacíamos ponche en el aula de disección! La nada no espanta al filósofo; e incluso, como digo con frecuencia, tengo la intención de legar mi cuerpo a los hospitales, para serle de utilidad más adelante a la Ciencia.

El párroco, al llegar, preguntó cómo estaba el señor; y, cuando le contestó el boticario, siguió diciendo:

—Hágase cargo, el golpe está aún demasiado reciente.

Entonces Homais le dio la enhorabuena por no estar expuesto, como todo el mundo, a perder a una compañera querida; y de aquí se derivó una discusión acerca del celibato de los curas.

—¡Porque —decía el boticario— no es natural que un hombre prescindiera de las mujeres! Se han visto crímenes que...

—Pero ¡mecachis en la mar! —exclamó el sacerdote—. ¿Cómo pretende usted que un individuo comprometido en el matrimonio pueda guardar, por ejemplo, el secreto de confesión?

Homais se metió con la confesión. Bournisien la defendió; explicó por lo menudo los cambios radicales que se le debían. Citó diversas anécdotas de ladrones que se habían vuelto honrados de pronto. Algunos militares, tras acercarse al tribunal de la penitencia, habían notado cómo se les abrían los ojos. Había en Friburgo un ministro que...

Su acompañante se había quedado dormido. Al cabo de un rato, como el ambiente tan pesado de la habitación le daba un poco de ahogo, el sacerdote abrió la ventana, por lo que se despertó el boticario.

—¡Venga, tome un poco de rapé! —le dijo el párroco—. Acepte, que despeja.

Ladridos continuos se demoraban a lo lejos, en alguna parte.

—¿Oye aullar a un perro? —dijo el boticario.

—Dicen que huelen a los muertos —contestó el sacerdote—. Como las abejas, que se van de la colmena cuando se mueren las personas.

Homais no levantó acta de esos prejuicios porque se había vuelto a quedar dormido.

El padre Bournisien, más robusto, siguió un rato moviendo los labios por lo bajo; luego, insensiblemente, bajó la barbilla, soltó el librote negro y empezó a roncar.

Estaban uno enfrente del otro, con el vientre sacado, la cara abotagada expresión enfurruñada, coincidiendo por fin, después de tantos desacuerdos, en la misma debilidad humana; y estaban tan quietos como el cadáver que, a su lado, parecía dormir.

Charles, al entrar, no los despertó. Era la última vez. Venía a despedirse de ella.

Las hierbas aromáticas humeaban aún y unos torbellinos blancos de vapor se mezclaban en las inmediaciones de la ventana con la niebla que entraba. Había algunas estrellas y la temperatura era templada.

La cera de los cirios caía en lagrimones en las sábanas de la cama. Charles los miraba arder y se le cansaban los ojos en el resplandor de las llamas amarillas.

Se estremecían reflejos tornasolados en el vestido de raso, blanco como la luz de la luna. Debajo, desaparecía Emma; y a Charles le daba la impresión de que, expandiéndose más allá de sí misma, se perdía confusamente en las cosas de alrededor, en el silencio, en la noche, en el viento que pasaba, en los aromas húmedos que se alzaban.

Luego, de repente, la veía en el jardín de Tostes, en el banco, contra el seto de espino; o en Ruán, por las calles; en el umbral de su casa; en el corral de Les Bertaux. Oía aún la risa de los jóvenes que se divertían y bailaban bajo los manzanos; el perfume del pelo de Emma llenaba la habitación y su vestido le temblaba en los brazos a Charles con un ruido de chispas. ¡Era ese de ahí, ese mismo!

Estuvo mucho rato así, recordando todas las dichas ya idas, las posturas de Emma, sus ademanes, el timbre de su voz. Tras una desesperación le venía otra, y otras más, inagotables como las olas de una marea desbordante.

Le entró una curiosidad terrible; despacio, con la punta de los dedos, palpitante, le levantó el velo. Pero lanzó un grito de espanto que despertó a los otros dos. Se lo llevaron a la fuerza abajo, a la sala.

Luego vino Félicité a decir que Charles quería un mechón de pelo.

—¡Córtelo! —contestó el boticario.

Y, como la criada no se atrevía, se acercó él, con las tijeras en la



mano. Temblaba tanto que le pinchó la piel en varios sitios. Por fin, sobreponiéndose a la emoción, Homais dio dos o tres tijeretazos al azar, lo que dejó unas marcas blancas en aquella hermosa cabellera negra.

El boticario y el párroco volvieron a abstraerse en sus ocupaciones, no sin quedarse dormidos de vez en cuando, hecho del que se acusaban mutuamente cada vez que se despertaban. Entonces el padre Bournisien rociaba el cuarto con agua bendita y Homais echaba algo de cloro por el suelo.

Félicité se había cuidado de dejarles, encima de la cómoda, una botella de aguardiente, un queso y un brioche grande. Y el boticario, que no podía más, suspiró a eso de las cuatro de la mañana:

—¡La verdad es que me agradecería tomar algo de sustento!

El sacerdote no se hizo rogar; salió para ir a decir misa y regresó; y comieron y chocaron los vasos, con unas cuantas risitas, sin saber a qué venían, animados con esa alegría inconcreta que se adueña de las personas tras sesiones de tristeza; y, con el último vasito, el sacerdote le dijo al boticario, dándole una palmada en el hombro:

—¡Acabaremos por llevarnos bien!

Se encontraron abajo, en el vestíbulo, con los operarios, que llegaban. Y tuvo Charles entonces que soportar dos horas el suplicio del martillo que retumbaba en los tablones. Bajaron luego a Emma en su caja de roble, que metieron en las otras dos; pero, como el ataúd era demasiado ancho, tuvieron que rellenar los huecos con la lana de un colchón. Por fin, cuando las tres tapas estuvieron serradas, clavadas y soldadas, lo expusieron delante de la puerta; abrieron la casa de par en par; y los vecinos de Yonville empezaron a acudir.

Llegó el señor Rouault. Se desmayó en la plaza al ver el paño negro.



Capítulo X





No le había llegado la carta del boticario hasta pasadas treinta y seis horas del acontecimiento; y, por consideración a su sensibilidad, el señor Homais la redactó de forma tal que era imposible saber a qué se refería.

El pobre hombre se desplomó primero como si le hubiera dado una apoplejía. Luego le pareció entender que Emma no estaba muerta. Pero que podía estarlo... Por fin, se puso el blusón, cogió el sombrero, se sujetó una espuela y salió a galope tendido; y, durante todo el camino, el señor Rouault, jadeante, se reconcomió de angustia. Una vez, incluso, no le quedó más remedio que bajarse del caballo. Ya no veía; oía voces a su alrededor; notaba que se estaba volviendo loco.

Amaneció. Vio tres gallinas negras que dormían en un árbol; se sobresaltó, espantado con aquel presagio. Entonces le prometió a la Santísima Virgen tres casullas para la iglesia y que iría descalzo desde el cementerio de Les Bertaux hasta la capilla de Vassonville.

Entró en Maronnes llamando a voces a la gente de la fonda, abrió la puerta pegando un golpe con el hombro, fue de un salto hasta el saco de avena, vació en el pesebre una botella de sidra dulce y volvió a subirse al jamelgo, cuyas herraduras echaban chispas.

Se decía que seguramente la salvarían; seguro que los médicos



daban con un remedio. Se acordó de todas las curaciones milagrosas que le habían contado.

Luego se le aparecía muerta. La tenía delante, echada de espaldas en medio de la carretera. Tiraba de las bridas y la alucinación se esfumaba.

En Quincampoix, para darse ánimos, se bebió tres cafés seguidos.

Pensó que se habían equivocado de nombre al escribir la carta. La buscó en el bolsillo, la palpó, pero no se atrevió a abrirla.

Llegó incluso a pensar que a lo mejor era una broma, una venganza de alguien, una ocurrencia de un juerguista achispado; y, además, si se hubiera muerto, algo se habría notado. Pero ¡no! El campo no tenía nada de particular, el cielo estaba azul, los árboles se balanceaban; pasó un rebaño de ovejas. Divisó el pueblo; lo vieron llegar tumbado encima del caballo al que daba bastonazos y de cuya cincha goteaba sangre.

Cuando volvió en sí, cayó, hecho un mar de lágrimas, en brazos de Bovary.

—¡Mi hija! ¡Emma! ¡Mi niña! Explíqueme...

Y Charles le contestaba entre sollozos:

—¡No lo sé, no lo sé! ¡Es una maldición!

El boticario los separó.

—No adelantamos nada con esos espantosos detalles. Yo pondré al tanto al señor. Viene gente. ¡Dignidad, caramba! ¡Filosofía!

El pobre muchacho quiso aparentar fortaleza y repitió varias veces:

—Sí... ¡valor!

—Está bien —dijo el buen hombre—. ¡Lo tendré, por Dios vivo! La acompañaré hasta el final.

La campana tañía. Todo estaba dispuesto. Hubo que echar a andar.

Y, sentados en las sillas del coro, vieron pasar una y otra vez a los tres chantres que salmodiaban. El músico del serpentón soplaba con todas sus fuerzas. El padre Bournisien, revestido con todas las galas, cantaba con voz aguda; le hacía un saludo al sagrario, alzaba las manos, estiraba los brazos; Lestiboudois recorría la iglesia con el bastoncillo de ballena; junto al facistol, estaba el ataúd entre cuatro filas de cirios. A Charles le entraban ganas de levantarse a apagarlos.

Intentaba, no obstante, esforzarse en la devoción, lanzarse a la esperanza de una vida futura donde volvería a ver a Emma. Se imagi-

naba que se había ido de viaje, muy lejos, hacía mucho. Pero cuando se acordaba de que estaba allí debajo y de que todo había acabado, de que se la llevaban para enterrarla, le entraba una rabia feroz, negra, desesperada. A veces, le parecía que ya no sentía nada; y disfrutaba de esa disminución del dolor al tiempo que se reprochaba que era un miserable.

Se oyó algo parecido al ruido seco de un bastón con contera de hierro, que golpeaba las baldosas a intervalos regulares. Venía del fondo y se detuvo en seco en las naves laterales. Un hombre con una chaqueta gruesa de color pardo se arrodilló trabajosamente. Era Hippolyte, el mozo de El León de Oro, que se había puesto la pierna nueva.

Uno de los chantres dio la vuelta a la nave para la colecta, y los céntimos sonaban, uno tras otro, en la bandeja de plata.

—¡Dese prisa, caramba, que yo estoy sufriendo! —exclamó Bovary al tiempo que le lanzaba airadamente cinco francos.

El eclesiástico se lo agradeció con una prolongada reverencia.

¡Cantaban, se arrodillaban, se levantaban, aquello no se acababa nunca! Charles se acordó de que una vez, en los primeros tiempos, habían ido juntos a misa y se habían colocado del otro lado, a la derecha, pegados a la pared. La campana volvió a sonar. Hubo mucho movimiento de sillas. Los que cargaban con el ataúd metieron tres varas debajo y todos salieron de la iglesia.

Apareció entonces Justin en el umbral de la botica. Y se volvió a meter de pronto, muy pálido y tambaleándose.

La gente se asomaba a las ventanas para ver pasar el cortejo. Charles, delante, sacaba pecho. Fingía coraje y saludaba con una seña a quienes, saliendo de las callejas o de las puertas, ocupaban un puesto entre el gentío.

Los seis hombres, tres de cada lado, andaban a pasitos y jadeando un poco. Los curas, los chantres y los dos monaguillos rezaban el De profundis; y sus voces iban por el campo, subiendo y bajando, ondulando. Desaparecían a veces en las revueltas del camino; pero la gran cruz de plata no dejaba nunca de asomar entre los árboles.

Detrás iban las mujeres, cubiertas con capas negras y con las capuchas caladas; llevaban en la mano un cirio grande encendido. Charles se sentía desfallecer con aquella continua repetición de oraciones y de velas y aquellos olores desabridos de cera y de sotana. Soplaba una brisa fresca, el centeno y la colza verdeaban, unas goti-



tas de rocío temblaban a la orilla del camino, en los setos de espino. Toda clase de ruidos alegres poblaban el horizonte: el tableteo que pasaba a lo lejos por las rodadas de una carreta; el grito repetido de un gallo o la carrera de un potro al que se veía escapar bajo los manzanos. Unas nubes de color de rosa tachonaban el cielo límpido; unas lamparillas azuladas se inclinaban encima de las chozas cubiertas de iris; Charles, al pasar, reconocía los corrales. Se acordaba de mañanas así, en que, tras haber ido a ver a algún enfermo, salía de esos corrales para regresar a donde estaba ella.

El paño negro, salpicado de lágrimas blancas, se alzaba de vez en cuando, destapando el ataúd. Los portadores, cansados, andaban más despacio; y avanzaba a tirones reiterados, como una barca que cabecease con cada ola.

Llegaron.

Los hombres siguieron hasta abajo, hasta un lugar en que habían cavado la tumba en el césped.

Se agruparon alrededor; y, mientras el sacerdote hablaba, la tierra roja, retirada hacia los bordes, caía por las esquinas, sin ruido y sin parar.

Luego, cuando estuvieron colocadas las cuatro cuerdas, pusieron el ataúd encima. Charles miró cómo bajaba. Y seguía bajando.

Por fin se oyó un choque; las cuerdas subieron, chirriando. Entonces Bournisien cogió la laya que le alargaba Lestiboudois; con la mano izquierda, al tiempo que asperjaba con la derecha, empujó vigorosamente una paletada entera; y la madera de la caja, que golpearon los guijarros, hizo ese ruido formidable que nos parece el retumbar de la eternidad.

El sacerdote le entregó el hisopo a su vecino. Era el señor Homais. Lo sacudió, muy serio, y luego se lo alargó a Charles, que se hundió hasta las rodillas en la tierra y la arrojaba a manos llenas mientras gritaba: «¡Adiós!». Le mandaba besos; iba a rastras hacia la fosa para enterrarse con ella.

Se lo llevaron; y no tardó en calmarse, notando quizá, como todos los demás, la inconcreta satisfacción de haber acabado de una vez.

El señor Rouault, según volvían, empezó a fumarse tranquilamente una pipa: lo que a Homais, en su fuero interno, le pareció poco decoroso. Se fijó también en que el señor Binet se había abstenido de hacer acto de presencia, que Tuvache «había ahuecado el

ala» después de la misa, y que Théodore, el criado del notario, llevaba un frac azul, «como si fuera tan difícil conseguir un frac negro, que es lo que mandan los cánones, ¡qué demonios!». Y para contar aquellas observaciones suyas iba de un grupo a otro. En todos había lamentos por la muerte de Emma; y el que más se lamentaba era Lheureux, que había acudido puntualmente al entierro.

—¡Pobrecita! ¡Qué dolor para su marido!

—¡Sin mí, ya sabe, habría atentado contra sí mismo de alguna forma nefasta!

—¡Con lo buena persona que era! ¡Y pensar que el sábado, sin ir más lejos, pasó por mi tienda!

—No he dispuesto de tiempo —dijo Homais— para prepararme unas cuantas palabras y decirlas ante su tumba.

Al volver a casa, Charles se cambió de ropa y Rouault se volvió a poner el blusón azul. Era nuevo y, como por el camino se había secado los ojos muchas veces con las mangas, le había desteñido en la cara; y el rastro del llanto había dejado rayas en la capa de polvo que lo manchaba.

La madre del señor Bovary estaba con ellos. Los tres callaban. Por fin dijo, suspirando, el buen hombre:

—¿Se acuerda, amigo mío, de que fui una vez a Tostes, cuando acababa usted de perder a su primera difunta? ¡En aquellos tiempos, lo consolaba! Se me ocurrían cosas para decirle; pero ahora... —Añadió luego, con un quejido prolongado que le alzó el pecho—: ¡Ay, para mí es el final, ya ve! Se me fue mi mujer... luego mi hijo... ¡y hoy mi hija!

Quiso volverse en el acto a Les Bertaux, diciendo que no podría dormir en aquella casa. Se negó incluso a ver a su nieta.

—No, no, que me iba a dar demasiada pena. ¡Dele muchos besos, eso sí! ¡Adiós!... ¡Es usted un buen chico! ¡Y, además, descuide, que esto no se me olvidará nunca! —dijo dándole una palmada en el muslo—. Le seguiré mandando la pava.

Pero, al acabar de subir la cuesta, miró atrás, como lo había hecho en una ocasión anterior en el camino de Saint-Victor, cuando se separó de Emma. Las ventanas del pueblo eran un ascua porque les daban de lado los rayos del sol, que se ponía en la pradera. Se puso la mano de visera; y divisó en el horizonte un recinto tapiado donde unos árboles, acá y acullá, formaban bosquecillos negros entre unas piedras blancas; luego siguió adelante, a trote corto, porque el jamel-



go cojeaba.

Charles y su madre, pese a que estaban muy cansados, se quedaron mucho rato charlando esa noche. Hablaron de los días pasados y del porvenir. Ella se iría a vivir a Yonville y llevaría la casa. No volverían a separarse. La madre estuvo ingeniosa y cariñosa, alegrándose en su fuero interno de recuperar un afecto que llevaba tantos años fuera de su alcance. Dieron las doce. El pueblo estaba callado, como solía; y Charles, despierto, seguía pensando en ella.

Rodolphe, que había andado todo el día por el bosque para distraerse, dormía tranquilamente en su mansión; y Léon, lejos, dormía también.

Había uno que, a aquellas horas, no dormía.

En la tumba, entre los pinos, lloraba un niño arrodillado; y el pecho, quebrantado de sollozos, jadeaba en la sombra con el peso de una añoranza inmensa, más suave que la luna y más insondable que la noche. La verja crujió de pronto. Era Lestiboudois, que venía a buscar la laya, que se había dejado olvidada; reconoció a Justin, que escalaba la tapia, y supo entonces a qué atenerse en lo referido al sinvergüenza que le robaba las patatas.



Capítulo XI





Charles, a la mañana siguiente, llevó a la niña a casa. Preguntó por su mamá. Le contestaron que estaba de viaje y que le iba a traer juguetes. Berthe volvió a nombrarla varias veces; luego, a la larga, no volvió a acordarse de ella. La alegría de aquella niña consternaba a Bovary; y además tenía que soportar los intolerables consuelos del boticario.

No tardaron en volver a empezar los asuntos de dinero, pues el señor Lheureux pinchaba otra vez a su amigo Vinçart y Charles se entrampó por cantidades desorbitadas, pues nunca quiso acceder a que se vendiera mueble alguno que hubiera pertenecido a Emma. Su madre se irritó muchísimo. Y él se enfadó más aún. Había cambiado por completo y la madre se fue a su casa.

Entonces todo el mundo empezó a aprovecharse. La señorita Lempereur reclamó seis meses de clases, aunque Emma nunca había dado ninguna (pese a la factura pagada que le enseñó a Bovary): había sido un arreglo de las dos; el de la tienda de alquiler de libros reclamó tres años de suscripción; la Rolet reclamó la entrega de alrededor de veinte cartas; y, al pedirle Charles explicaciones, tuvo la delicadeza de contestar:

—¡Ah, no lo sé! Eran cosas de ella.

Cada vez que pagaba una deuda, Charles pensaba que ya había terminado. Pero no dejaban de llegar otras, continuamente.

Pidió los atrasos de visitas antiguas. Y le enseñaron las cartas que



había enviado su mujer. Y entonces tuvo que disculparse.

Ahora, Félicité se ponía los vestidos de la señora; no todos, porque Charles había guardado unos cuantos e iba a mirarlos por las noches al cuarto de aseo, donde se encerraba; la criada era más o menos de la misma estatura y, muchas veces, Charles, al verla por detrás, tenía un arrebatado de ilusión y exclamaba:

—¡Ay, quédate, quédate!

Pero, por Pentecostés, Félicité levantó el vuelo de Yonville, se fugó con Théodore; y robó cuanto quedaba en el guardarropa. Fue por entonces cuando la señora viuda Dupuis tuvo el honor de participar «el enlace del señor Léon Dupuis, su hijo, notario en Yvetot, con la señorita Léocadie Leboeuf, de Bondeville». Charles, al darle la enhorabuena, escribió la siguiente frase: «¡Cuánto se habría alegrado mi pobre mujer!».

Un día en que, vagando por la casa, subió al desván, notó bajo la suela de la zapatilla una bolita de papel delgado. La abrió, leyó: «¡Valor, Emma! ¡Valor! No quiero ser causa para usted de una existencia desgraciada». Era la carta de Rodolphe, que había caído al suelo entre unos cajones y ahí se había quedado, y que el viento del tragaluz acababa de empujar hacia la puerta. Y Charles se quedó muy quieto y con la boca abierta, en el mismo sitio en que, en otro tiempo, y aún más pálida que él, Emma, desesperada, quiso morir. Acabó por descubrir una R pequeña al final de la segunda página. ¿Quién era? Recordó las asiduidades de Rodolphe, su repentina desaparición y la expresión apurada que había puesto al encontrarse con ella tiempo después, en dos o tres ocasiones. Pero el tono respetuoso de la carta le permitió hacerse ilusiones.

«A lo mejor fue un amor platónico», se dijo.

Por lo demás, Charles no era de los que van al fondo de las cosas; retrocedió en presencia de las pruebas y sus celos inconcretos se perdieron en la inmensidad de su pena.

Seguro que la habían adorado, pensaba. No cabía duda de que todos los hombres la habían codiciado. Con eso, le pareció aún más hermosa, y le vino un deseo permanente y rabioso, con el que se enardecía la desesperación y que era ilimitado puesto que era ya irrealizable.

Para serle agradable, como si aún viviera, adoptó sus gustos y sus ideas; se compró botas de charol y se acostumbró a llevar corbata blanda. Se ponía pomada en el bigote y firmó pagarés, como ella.

Emma lo corrompía desde más allá del sepulcro.

No le quedó más remedio que vender, pieza a pieza, la cubertería de plata; luego vendió los muebles del salón. Todas las habitaciones se fueron quedando vacías; pero el dormitorio, el dormitorio de ella, seguía como antes. Después de cenar, Charles subía a ese cuarto. Ponía delante de la chimenea la mesa redonda y arrimaba su sillón. Él se sentaba enfrente. Ardía una vela en uno de los candelabros dorados. Berthe, junto a él, coloreaba estampas.

El pobre hombre sufría al verla tan mal vestida, con las botas sin cordones y la sisa de las blusas rasgada hasta las caderas porque la asistenta no le hacía ningún caso. Pero era tan dulce y tan buena e inclinaba con tanto encanto la cabecita dejando que le cayera por las mejillas la hermosa melena rubia que a Charles lo invadía un deleite infinito, un gusto mezclado con amargura, como esos vinos malos que huelen a resina. Le arreglaba los juguetes, le hacía monigotes de cartón o le volvía a coser la tripa rota de las muñecas. Luego, si posaba la mirada en el costurero, en un lazo que andaba rodando o incluso en un alfiler que se había quedado en una rendija de la mesa, soñaba y con una cara tan triste que la niña se ponía tan triste como él.

Ahora nadie venía a verlos, porque Justin se había escapado y se había ido a Ruán, donde era mozo en una tienda de ultramarinos y los hijos del boticario cada vez tenían menos trato con la niña, porque el señor Homais no estaba por la labor, en vista de la diferencia de categoría social, de que siguiera habiendo intimidad.

El ciego, al que no había podido curar con su pomada, se había vuelto a la cuesta de Bois-Guillaume, donde les contaba a los viajeros el intento vano del boticario, de forma tal que cuando Homais iba a la capital se ocultaba detrás de las cortinillas de La Golondrina para no encontrárselo. Lo aborrecía; y, en interés de su reputación y queriendo librarse de él a toda costa, organizó en su contra toda una batería oculta que denotaba el alcance de su inteligencia y la villanía de su vanidad. Pudieron, pues, leerse durante seis meses consecutivos en *El Fanal de Ruán* unos sueltos del siguiente tenor:

Todos los que viajan hacia las fértiles comarcas de Picardía se habrán fijado, seguramente, por la zona de Bois-Guillaume, en un ser mísero que padece de una espantosa llaga facial. Importuna a los viajeros, los acosa y les hace pagar un auténtico impuesto. ¿Vivimos aún en aquellos



espantosos tiempos de la Edad Media en que se permitía a los vagabundos exhibir en nuestras plazas públicas la lepra y las escrófulas que se habían traído de las cruzadas?

O también:

Pese a las leyes contra los vagabundos, los alrededores de nuestras capitales siguen plagados de bandas de pordioseros. Algunos, que van solos, no son, posiblemente, los menos peligrosos. ¿En qué están pensando nuestros ediles?

Homais, además, se inventaba anécdotas:

Ayer, en la cuesta de Bois-Guillaume, un caballo espantadizo...

Y, a continuación, refería un accidente que había causado la presencia del ciego.

Tanto insistió que metieron al ciego en la cárcel. Pero lo soltaron. Volvió a las andadas; y Homais, también. Era una guerra. Homais la ganó, porque condenaron a su enemigo a reclusión perpetua en un asilo.

Este éxito lo enardeció; y, a partir de entonces, no hubo en el distrito perro atropellado, pajar incendiado ni mujer a quien le pegasen una paliza, de los que no diera cuenta al gran público, siempre guiado por el amor al progreso y el odio a los curas. Comparaba las escuelas primarias y los frailes, en detrimento de éstos; sacaba a relucir la noche de San Bartolomé a cuento de un subsidio de cien francos concedido a la iglesia; y denunciaba los abusos y soltaba ocurrencias, como él decía. Homais iba haciendo labor de zapa y se volvía peligroso.

¡Pero lo asfixiaban los límites estrechos del periodismo y no tardó en necesitar un libro, una obra! Entonces escribió una *Estadística general del distrito de Yonville, seguida de unas observaciones climatológicas*; y la estadística lo condujo a la filosofía. Trató las cuestiones trascendentales: el problema social, la edificación de las clases menesterosas, la piscicultura, el caucho, los ferrocarriles, etcétera. Acabó por avergonzarse de su condición de burgués. Alardeaba de estilo de artista. ¡Fumaba! Se compró dos estatuillas Pompadour muy elegantes para decorar el salón.



No se desentendía por ello de la farmacia; ¡al contrario! Se mantenía al tanto de los descubrimientos. Estaba pendiente del auge de los chocolates. Fue el primero en traer al departamento de Seine-Inférieure el Cho-ca¹ y *la revalentia*². Se entusiasmó con las cadenas hidroeléctricas Pulvermarcher⁴⁵³ y llevaba una personalmente; y, por las noches, cuando se quitaba la camiseta de franela, a la señora Homais la dejaba deslumbrada la espiral de oro que lo cubría y sentía un nuevo ardor por aquel hombre más aherrojado que un escita y esplendoroso como un mago.

Se le ocurrieron unas ideas estupendas para la tumba de Emma. Empezó por proponer una columna rota con un paño drapeado; luego, una pirámide; luego un templo de Vesta, una especie de rotonda... o también «un hacinamiento de ruinas». Y, en cualquiera de esos proyectos, Homais no renunciaba al sauce llorón, que consideraba símbolo obligado de la tristeza.

Charles y él fueron juntos a Ruán para ver tumbas en el comercio de un contratista de sepulturas; y los acompañó un pintor, un tal Vaufrylard, que era amigo de Bridoux y no dejó de decir ocurrencias chistosas. Por fin, tras mirar alrededor de cien dibujos, de pedir un presupuesto y de ir por segunda vez a Ruán, Charles se decidió por un mausoleo en cuyas dos caras principales habría «un genio llevando una antorcha apagada».

En cuanto al epitafio, a Homais nada le parecía tan hermoso como *Sta viator*, pero de ahí no salía; se devanaba los sesos, repetía continuamente: *Sta viator...* Por fin, dio con *amabilem conjugem calcas!*⁴ y con eso se quedaron.

1 Marca de chocolate.

2 Preparación alimenticia y reconstituyente a base de harinas de guisantes, lentejas y maíz.

3 Batería galvánica formada de pilas pequeñas a modo de eslabones de un cadena, a la que se atribuía propiedades contra enfermedades nerviosas y dolores musculares.

4 «Detente, caminante, para no hollar a una amable esposa.» Homais se inspira en el epitafio que el príncipe de Condé mandó poner en la tumba de su adversario el alemán Franz von Mercy muerto en 1645, tras la batalla de Nördlingen. *Sta, viator, heroem calcas* («Detente, caminante, para no hollar a un héroe»).



Una cosa peculiar es que a Bovary, aunque pensaba en ella continuamente, se le estaba olvidando Emma; y le desesperaba notar cómo se le escapaba aquella imagen de la memoria entre los esfuerzos que hacía para conservarla. Soñaba con ella no obstante todas las noches; era siempre el mismo sueño: se le acercaba, pero cuando acababa de abrazarla, se le caía de los brazos en estado de putrefacción.

Lo estuvieron viendo entrar en la iglesia una semana, al caer la tarde. El padre Bournisien le hizo incluso dos o tres visitas y luego lo dejó. Por lo demás, el buen párroco iba cayendo en la intolerancia, en el fanatismo, decía Homais; despotricaba contra las ideas seculares de la época y no dejaba de contar, cada quince días, en el sermón, la agonía de Voltaire, que murió comiéndose sus propios excrementos como todo el mundo sabe.

Pese a la forma ahorrativa en que vivía Bovary, no llegaba ni con mucho a liquidar las deudas pasadas. Lheureux se negó a renovar todos los pagarés. El embargo llegó a ser inminente. Recurrió entonces a su madre, que accedió a que hipotecase sus bienes, pero renegando mucho de Emma; y le pedía, a cambio del sacrificio, un chal que se había librado de la rapiña de Félicité. Charles se lo negó. Riñeron.

Fue ella quien dio los primeros pasos para la reconciliación proponiéndole llevarse a la niña, que le echaría una mano en casa. Charles accedió. Pero, en el momento de la partida, lo abandonó todo el valor. Y entonces la ruptura fue definitiva, completa.

Según se iba quedando sin afectos, se apegaba más al cariño de su hija. Aunque de vez en cuando le daba preocupaciones, porque a veces tosía, y tenía chapetas rojas en los pómulos.

En la casa de enfrente, hacía ostentación de prosperidad y buen humor la familia del boticario, a cuya satisfacción contribuía todo. Napoléon le ayudaba en el laboratorio; Athalie le bordaba un gorro griego; Irma recortaba redondeles de papel para tapar los tarros de mermelada; y Franklin decía de un tirón la tabla de multiplicar. Era el más dichoso de los padres y el más afortunado de los hombres.

¡Error! Lo corroía una ambición sorda: Homais quería la Legión de Honor. No le faltaban acreditaciones para ello:

—Primero haber destacado, durante la epidemia de cólera, por mi abnegación sin límites; segundo haber publicado, en edición de autor, varias obras de utilidad pública, tales como... —y citaba aquella memoria suya llamada: De la sidra, de su fabricación y de sus efectos;

por no mencionar algunas observaciones acerca del pulgón lanoso, enviadas a la Academia, su volumen de estadística e incluso su tesis de doctor en Farmacia—; sin contar con mi pertenencia a varias sociedades científicas —pertenecía solo a una—. Y, por fin —exclamaba, yéndose por la tangente—, ¡aunque no fuera más que por lo que se me ve en los incendios!

Entonces Homais se arrió al Poder. Le hizo en secreto grandes favores al señor prefecto durante las elecciones. Acabó por venderse, por prostituirse. Llegó incluso a enviarle una petición al monarca, donde le suplicaba que le hiciera justicia; lo llamaba nuestro buen rey y lo comparaba con Enrique IV.

Y todas las mañanas el boticario se abalanzaba sobre el periódico para ver en él su nombramiento; no venía. Por fin, no pudo aguantar más y mandó que le trazasen en el jardín una extensión de césped con la forma de la estrella de la condecoración, y dos rodetes de hierba, que salían de la parte de arriba para imitar el lazo. Daba paseos alrededor, con los brazos cruzados, meditando sobre la estupidez del gobierno y la ingratitud de los hombres.

Por respeto, o por algo parecido a la sensualidad que le hacía demorar las investigaciones, Charles no había abierto aún el compartimento secreto de un escritorio de palisandro que solía usar Emma. Un día, por fin, se sentó delante del mueble, dio vuelta a la llave y empujó el resorte. Allí estaban todas las cartas de Léon. ¡Esta vez ya no cabía duda! Leyó con avidez hasta la última, rebuscó en todos los rincones, en todos los muebles, en todos los cajones, detrás de las paredes, sollozando, dando alaridos, desesperado, loco. Encontró una caja, la reventó de un puntapié. El retrato de Rodolphe le saltó a la cara, entre notitas de amor, todas revueltas.

A todo el mundo le extrañó verlo tan desanimado. Ya no salía, no recibía a nadie, se negaba incluso a ir a visitar a sus pacientes. Dijeron entonces que se encerraba para beber.

A veces, no obstante, algún curioso se izaba para mirar por encima del seto del jardín; y divisaba, pasmado, a ese hombre de barba crecida, vestido con ropa sórdida, hosco, y que lloraba en voz alta según andaba.

A última hora de la tarde, en verano, cogía a su niña y se la llevaba al cementerio. Y se volvían de noche cerrada, cuando ya solo había luz en la plaza en el tragaluz de Binet.

No obstante, la voluptuosidad de su dolor no era completa por-



que no tenía cerca a nadie para compartirla: e iba a ver a la señora Lefrançois para poder hablar de ella. Pero la hospedera solo le hacía caso a medias, porque también tenía sus penas, dado que el señor Lheureux acababa por fin de abrir Las Favoritas del Comercio, e Hivert, que gozaba de gran reputación en lo tocante a las comisiones, exigía un aumento de ingresos y amenazaba con pasarse a la competencia.

Un día en que Charles había ido al mercado de Argueil para vender el caballo —como último recurso—, se encontró con Rodolphe.

Al verse, ambos se quedaron pálidos. Rodolphe, que se había limitado a enviar su tarjeta, balbució de entrada unas cuantas disculpas; luego se envalentonó y llevó incluso el aplomo (hacía mucho calor, estaban en agosto) hasta invitarlo a tomar una botella de cerveza en la taberna.

De codos enfrente de Charles, mordisqueaba el puro mientras charlaba; y Charles se ensimismaba en sus pensamientos mirando aquel rostro que ella había querido. Le parecía que volvía a ver algo de ella. Estaba maravillado. Habría querido ser aquel hombre.

Rodolphe seguía hablado de cultivos, de ganado, de abonos, tapando con frases triviales todas las rendijas por donde podía colarse una alusión. Charles no lo escuchaba; Rodolphe se daba cuenta y le iba siguiendo en los gestos de la cara el paso de los pensamientos. Y esa cara iba enrojeciendo despacio, las ventanas de la nariz latían deprisa, los labios se estremecían: hubo incluso un momento en que Charles, rebosante de ira sorda, clavó los ojos en Rodolphe, quien, con algo parecido al espanto, se interrumpió. Pero no tardó en asomarle de nuevo al rostro el mismo cansancio fúnebre.

—No le guardo rencor —dijo.

Rodolphe se había quedado mudo. Y Charles, con la cabeza entre las manos, repitió con voz apagada y el tono resignado de los dolores infinitos:

—¡No, ya no le guardo rencor!

Añadió incluso una frase trascendente, la única que dijo en la vida:

—¡La culpa la tuvo la fatalidad!

A Rodolphe, que había llevado las riendas de esa fatalidad, le pareció muy indulgente para un hombre en su situación; e incluso risible, y un poco despreciable.

Al día siguiente, Charles fue a sentarse en el banco del cenador. Entraban rendijas de luz por el cañizo; las hojas de parra recortaban

sus sombras encima de la mesa, el jazmín olía bien, el cielo era azul, alrededor de los lirios en flor zumbaban las cantáridas, y Charles se asfixiaba como un adolescente bajo el agobio de los inconcretos efluvios amorosos que le henchían el corazón apenado.

A las siete, vino Berthe, que llevaba toda la tarde sin verlo, a buscarlo para cenar.

Tenía la cabeza echada hacia atrás y apoyada en la pared, los ojos cerrados, la boca abierta, y, en las manos, un mechón largo de pelo negro.

—¡Ven de una vez, papá! —dijo la niña.

Y, pensando que quería jugar, lo empujó con suavidad. Charles cayó al suelo. Estaba muerto.

Treinta y seis horas después, a petición del boticario, llegó el señor Canivet. Lo abrió y no encontró nada.

Cuando estuvo ya todo vendido, quedaron doce francos con setenta y cinco céntimos que valieron para pagar el viaje de la señorita Bovary a casa de su abuela. La buena mujer se murió ese mismo año; y como el señor Rouault estaba paralítico, se hizo cargo de ella una tía. Es pobre y la manda a ganarse la vida a unas hilaturas de algodón.

Desde la muerte de Bovary, han pasado tres médicos, uno detrás de otro, por Yonville y ninguno ha salido adelante porque el señor Homais les puso la proa en el acto. Tiene ahora muchísimos clientes; las autoridades lo tratan con miramientos y la opinión pública lo arropa.

Le acaban de conceder la Legión de Honor.



Colofón

Esta edición de *Madame Bovary*, obra maestra del escritor Gustave Flaubert, fue diseñada por Fabián Alexander Lasso en Pasto, Nariño, Colombia, y cuidadosamente impresa en noviembre de 2024.

El diseño tipográfico combina la elegancia clásica con una lectura cómoda gracias al uso de las tipografías *Carena*, creada por Brandsemut, y *Baskerville*, desarrollada por ANRT. Ambas fueron seleccionadas para reflejar el carácter atemporal de la obra y su delicado equilibrio entre lo tradicional y lo moderno.

Desde su primera publicación en 1857, *Madame Bovary* ha desafiado las convenciones de su época, consolidándose como un referente universal de la literatura. Esta edición tiene como propósito brindar a los lectores una experiencia única e inolvidable, honrando el legado de esta obra maestra.

Para todas esas personitas que son mi apoyo incondicional y mi mayor motivación para seguir adelante. A quienes me enseñan a confiar en el proceso, a aprender de los errores y a encontrar belleza incluso en los días difíciles.

Gracias por ser mi razón para seguir explorando este camino.